DAVID LEAVITT

Los dos hoteles Francfort



ANAGRAMA

Panorama de narrativas

LOS DOS HOTELES FRANCFORT

DAVID LEAVITT


ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Título de la edición original:
The Two Hotel Francforts

Edición en formato digital: enero de 2022

Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

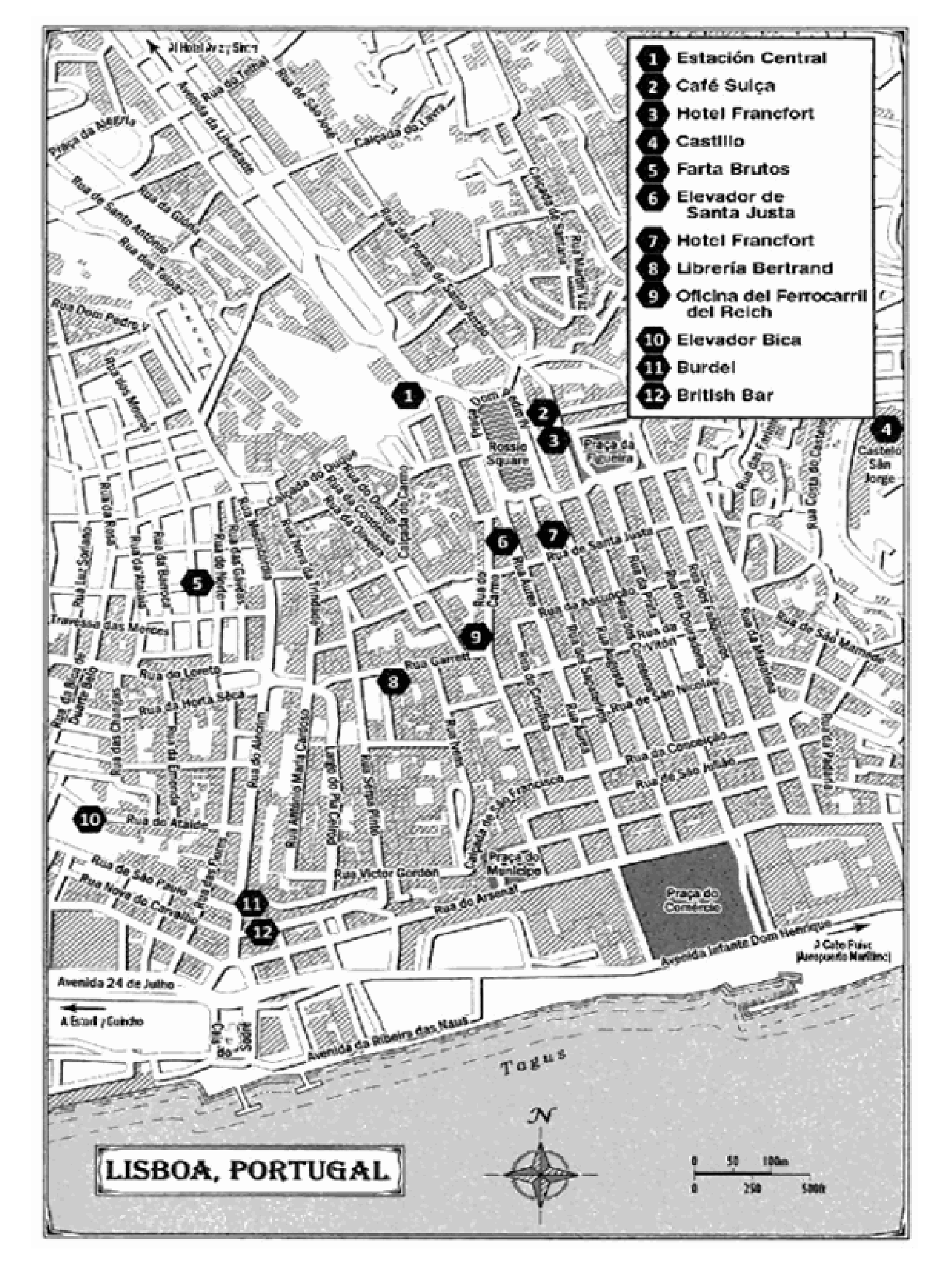
ISBN: 978-84-339-4387-3

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es



En memoria de mi padre, Harold Leavitt.



1 Estación Central
2 Café Suiça
3 Hotel Francfort
4 Castillo
5 Farta Brutos
6 Elevador de Santa Justa
7 Hotel Francfort
8 Librería Bertrand
9 Oficina del Ferrocarril del Reich
10 Elevador Bica
11 Burdel
12 British Bar
Rossio Square
Praça da Figueira
Castelo São Jorge
Praça do Município
Praça do Comércio
Avenida da Liberdade
Rua Garrett
Rua de Santa Justa
Rua do Arsenal
Rua de São Paulo
Avenida 24 de Julho
Avenida Infante Dom Henrique
Avenida da Ribeira das Naus
Tagus
N
LISBOA, PORTUGAL

EN CUALQUIER PARTE

1

Conocimos a los Freleng en Lisboa, en el Café Suiça. Fue en junio de 1940, cuando todos estábamos en Lisboa a la espera del barco que habría de rescatarnos y llevarnos a Nueva York. Al decir nosotros me refiero, por supuesto, a los norteamericanos, expatriados de mucho tiempo en su mayoría, para quienes la perspectiva de volver a casa era una perspectiva amarga. Ahora parece grosero hablar de nuestro trance, que era insignificante comparado con el de los verdaderos refugiados: los europeos, los judíos, los judíos europeos. Pero a la sazón estábamos demasiado preocupados por lo que estábamos perdiendo como para preocuparnos de quienes estaban perdiendo más.

Julia y yo llevábamos en Lisboa casi una semana. Yo soy de Indianápolis. Ella había crecido en la parte oeste de Central Park, pero durante toda su juventud había soñado con un apartamento en París. Bien, yo hice realidad ese sueño, hasta cierto punto. Es decir, teníamos un apartamento en París. Teníamos los muebles. Pero nunca estuvo satisfecha, mi Julia. Siempre he sospechado que el elemento que no encajaba era yo.

En cualquier caso, aquel verano, la invasión de Francia por parte de las tropas de Hitler nos había obligado a dar por concluida nuestra estancia en París y volar precipitadamente a Lisboa, donde habríamos de esperar al vapor *Manhattan*, que el Departamento de Estado había requisado y enviado para repatriar a los norteamericanos que se habían quedado varados. A la sazón sólo cuatro vapores —el *Excalibur*, el *Excambion*, el *Exeter* y el *Exochorda*— hacían la travesía regular a Nueva York. Se llamaban así —se bromeaba porque transportaban *exeuropeos* al *exilio*. Cada uno de ellos podía albergar a unos ciento veinticinco pasajeros, a diferencia del *Manhattan*, que podía dar cabida a mil doscientos, y en el que, al igual que en los vuelos del clíper que despegaba todas las semanas del Tajo, no era posible conseguir un pasaje a menos que uno fuera diplomático o VIP.

Así que disponíamos de una semana libre en Lisboa hasta la llegada del *Manhattan*, lo cual a mí no me importaba, ya que acabábamos de pasar un tiempo horrible esquivando bombas y fuego

de mortero al atravesar Francia, y acto seguido habíamos soportado el suplicio del paso de la frontera española y la brega con los policías de fronteras, empeñados en demostrar que eran más nazis que los nazis. Y Lisboa era una ciudad de paz, lo cual significaba que todo lo que escaseaba en Francia y en España abundaba allí: carne, cigarrillos, ginebra. El único problema era el exceso de población flotante. Era casi imposible conseguir una habitación en un hotel. La gente se pasaba las noches en el casino de Estoril, jugando, y luego dormía durante todo el día en la playa. Pero nosotros tuvimos suerte: teníamos una habitación; y muy confortable, además. No, a mí no me importaba en absoluto.

Pero a Julia sí. Ella odiaba Portugal. Odiaba el griterío de las pescaderas y el olor del bacalao en salazón. Odiaba a los niños que la perseguían con billetes de lotería. Odiaba a los refugiados ricos que tenían habitaciones en mejores hoteles y a los refugiados pobres que no tenían habitación, y a la misteriosa mujer de nuestra planta que se pasaba la mayor parte del día apoyada a la entrada de su puerta, en el pasillo oscuro, fumando —«como Mesalina esperando a Silio», decía Julia—. Pero lo que más odiaba, lo que odiaba más que ninguna de estas cosas, era la perspectiva de volver a casa.

¡Oh, cómo odiaba Julia la idea de volver a casa! Y había sido así desde el comienzo de la guerra. Primero había intentado convencerme de que nos quedáramos en París; luego, cuando las bombas empezaron a caer sobre la ciudad, de que nos instaláramos en el sur de Francia; luego, cuando Mussolini empezó a hablar de invadir el sur de Francia, de que nos embarcáramos para Inglaterra, algo que la Neutrality Act nos prohibía hacer (y algo que no le perdonaría a Roosevelt). Y ahora quería quedarse en Portugal. ¡Portugal! Debería decir —*puedo* decir, ya que Julia está muerta y no puede impedírmelo— que mi mujer era judía, dato que ella prefería mantener en secreto. Y es cierto, en Portugal no había antisemitismo reseñable, sencillamente porque era un país en el que no había judíos. La Inquisición había resuelto ese pequeño problema. Así pues, Julia había decidido que aquel país en el que se sentía tan poco proclive a pasar unas cuantas semanas sería un lugar perfectamente agradable donde quedarse hasta que acabara la guerra. Porque cuando nos instalamos en París quince años atrás, había jurado que nunca regresaría a casa mientras viviera. Bien, pues nunca lo hizo.

Así fue como coincidió que estábamos en el Café Suiça aquella mañana —Suiça era el café que, de todos los cafés de Lisboa, habíamos elegido colonizar nosotros los extranjeros—. Estábamos sentados en la terraza, desayunando y mirando cómo circulaba el tráfico en torno a la Plaza del Rossio, y Julia estaba hablando de esta idea de instalarse en Portugal, mientras yo me tomaba el café y comía

el segundo de esos deliciosos pastelillos rellenos —especialidad del Suiça—, y ella hacía un solitario. Los hacía constantemente, utilizando una baraja especial de cartas minúsculas. *Flap-flap*, hacían las cartas, *bla-bla-bla*, se oía su voz, que por enésima vez aireaba su plan loco de alquilar un apartamento o una casa de campo en Estoril; y, como le expliqué yo por enésima vez, la idea no era buena, porque Hitler podía aliarse con Franco en cualquier momento, en cuyo caso Portugal sería engullida por el Eje. ¡Y qué curioso comprobar que, a la postre, ella tenía razón y yo estaba equivocado! Porque habríamos estado perfectamente a salvo en Portugal. Bien, ahora es demasiado tarde para que pueda restregármelo por las narices.

Fue entonces cuando las palomas cayeron en picado; tantas, y en un vuelo tan bajo, que tuve que agacharme. Y al hacerlo golpeé las cartas de Julia y las tiré al suelo.

—No pasa nada. Las recogeré —le dije a Julia, y me estaba agachando para hacerlo cuando se me cayeron las gafas. Un camarero que pasaba, pendiente de que no se le derramaran las tazas de café de la bandeja, les dio un puntapié y las mandó fuera de la acera justo cuando pasaba por allí Edward Freleng. Fue él quien las pisó.

—Oh, maldita sea —dijo, recogiendo del suelo lo que quedaba de la montura—. ¿De quién son?

—Mías —dije desde el suelo, donde seguía intentando recoger las cartas: una auténtica proeza, ya que se había levantado una brisa (o quizá las palomas habían agitado el aire circundante) que las había esparcido a lo largo de la acera.

—Déjeme ayudarle —dijo Edward, y se puso de rodillas a mi lado.

—Gracias —dije.

Al ver que la tarea nos desbordaba, varios parroquianos varones del café y varios camareros se pusieron de rodillas sobre la acera para ayudarnos. Como comandos, bregamos para reunir y recoger las cartas, y para dar caza a las que la brisa había alejado, mientras Julia lo observaba todo con una suerte de desapego paralizado. Por supuesto, yo entendía —tal vez lo entendía sólo yo— lo que estaba en juego. Si se perdían cuatro o cinco cartas, sería mala suerte. Pero si se perdía una sola sería una catástrofe.

Y, milagrosamente, las encontramos todas; ante lo cual todos los hombres que habían participado en la operación estallaron en espontáneos aplausos.

—Gracias —le reiteré a Edward.

—¿Por qué me lo agradece? —dijo él—. Soy el que ha pisado sus gafas.

—No ha sido culpa suya.

—No, han sido las palomas —dijo Iris Freleng desde unas mesas

más allá.

—Algún necio ha querido darles de comer —dijo Edward—. Son implacables, esos pájaros. Las pirañas del aire, las llaman las gentes de aquí.

—¿Sí?

—Seguro que sí. Piraña es una palabra portuguesa.

—¿Ha sido mucho el daño? —preguntó Iris.

—No demasiado —dijo Julia—. Tienen algunas esquinas dobladas.

—Me refería a las gafas de su marido. Pero me alegra oír lo de las cartas. Nunca he visto unas cartas tan pequeñas.

—Son especiales para solitarios —dije yo—. Mi mujer es una especie de *experta* de todo lo que tiene que ver con los solitarios.

—No soy una *experta* —dijo Julia.

—Para las variantes que ella juega se necesitan dos barajas, y ésa es la razón por la que tienen que ser tan pequeñas. Porque si no se necesitaría una mesa de comedor para poder desplegarlas todas.

—Qué interesante —dijo Iris—. Yo nunca he tenido afición a las cartas.

—*No* soy una *experta* —repitió Julia, metiendo las cartas en su caja, forrada de piel de caimán con la palabra SOLITARIO en letras de oro.

—Por supuesto les pagaré la reparación —dijo Edward—. De las gafas.

—No importa —dije yo—. Tengo unas de repuesto en el hotel.

—Qué afortunados —dijo él—. Me refiero a que tienen hotel.

Entonces Iris sugirió que nos sentáramos con ellos en su mesa. Después del destrozo que había causado Edward a las gafas, dijo, lo menos que podían hacer era invitarnos a un café.

—O a una copa —dijo Edward.

Miré a Julia. Su expresión era neutra.

—Muy amable de su parte —dije. Pero cuando me levanté para cubrir el pequeño trayecto entre ambas mesas, di un traspié.

—Cuidado —dijo Edward, sujetándome por el brazo.

Nos sentamos con ellos. Nos presentamos. Nos examinamos. Por lo que pude apreciar, los Freleng eran más o menos de nuestra edad: cuarenta y pocos años. Iris llevaba el pelo recogido en una redecilla. Su acento era británico, y el de Edward era ese tipo de acento norteamericano sin flexiones que no delata la región de procedencia. Su voz era suave y dura a un tiempo, como el ruido de los neumáticos de un coche sobre la grava mojada.

Nos preguntaron de dónde veníamos, y les dijimos que de París. ¿Y ellos?

—Oh, hemos vivido por todas partes —dijo Iris—. Niza, Bordighera, Biarritz. Hace unos años alquilamos una casita de campo en Pyla. En un pueblecito de pescadores, muy cerca de Arcachon.

—Estando tan cerca de la frontera española, nos imaginamos que podríamos esperar hasta el último minuto para marcharnos —dijo Edward—. Pero cuando llegó el último minuto, sólo tuvimos cinco horas para hacer las maletas e irnos.

—Además —dijo Iris—, mi pasaporte (¡cómo no!) caducaba ese mismo día. ¡Ese mismo día! El pasaporte con el visado de Estados Unidos. Así que cuando llegamos a Burdeos lo primero que tuvimos que hacer fue ir al consulado británico para hacerme un pasaporte nuevo, y luego al consulado estadounidense a que me dieran el visado, y todo esto antes de ir al consulado español y al consulado portugués.

—Nosotros también estuvimos en Burdeos —dijo Julia—. En el Splendide, el director alquilaba los sillones del vestíbulo por medias horas.

—El albergue de la Cruz Roja no admitía perros.

Julia, de pronto, lanzó un grito y se puso de pie de un brinco.

—¿Qué pasa? —pregunté, levantándome también de un brinco.

—Algo me está chupando la pierna.

—No se preocupe, es Daisy —dijo Iris, y sacó de un tirón de debajo de la mesa a un fox terrier de pelo duro—. Te encanta la crema hidratante, ¿eh, Daisy?

—Me ha dado un susto de muerte —dijo Julia—. ¿Muerde?

—Tiene quince años —dijo Edward—. Los años de morder se le pasaron ya, creo.

La conciencia tardía de estar montando un espectáculo se adueñó acto seguido de Julia, que volvió a sentarse apresuradamente.

—Deben disculpar a mi mujer —dije—. No está acostumbrada a los perros.

—¿Quiere decir que no tuvo perros cuando era pequeña? —dijo Iris.

—Teníamos un caniche, pero era más bien de mi hermano.

—Lo verdaderamente curioso de los perros —dijo Edward— es que al principio los tienes de cachorros, y para cuando te quieres dar cuenta tienen la misma edad que tú, y luego ya son viejos. Es como ver cómo tus hijos se convierten en tus abuelos.

—Daisy era una belleza de joven —dijo Iris—. Podría haber sido toda una campeona si no hubiera tenido una cola alegre.

—¿Qué es una cola alegre? —pregunté.

—Que se le curva demasiado —dijo Edward.

—Pobrecita. —Iris se colocó a la perrita sentada en el regazo—. Habían pensado pasarse los años de la chochez en una casita de

campo junto al mar, ¿no? Nosotros también.

Los ojos de Iris se llenaron de lágrimas.

—Ahora soy yo quien debo pedir disculpas por mi mujer —dijo Edward—. Todo esto ha sido mucho más duro para ella de lo que está dispuesta a admitir. No es que no haya sido duro para todos. Ustedes, por ejemplo…

—¿Nosotros? —dije—. Oh, nosotros hemos tenido suerte.

—¿Sí? Dime cómo es eso, haz el favor —dijo Julia.

—Bueno, hemos llegado hasta aquí sin que nos maten, ¿no? Un barco viene a rescatarnos. Y cuando piensas en lo que algunos de estos pobres diablos darían por un pasaje en ese barco…

—Perdona, pero no veo por qué el hecho de que tengan que abandonar su casa es peor que el que nosotros tengamos que abandonar la nuestra —dijo Julia.

—Oh, pero lo es —dijo Iris—. Porque nosotros tenemos adónde huir, ¿no? Mientras que a ellos lo que les espera es el exilio. Es decir, si es que encuentran un país que acepte acogerlos.

—Pero también es el exilio para nosotros —dijo Julia—. Francia también era nuestro hogar.

—Lo que nosotros somos es intrusos —dijo Iris—. Turistas que se han quedado unos cuantos años o unas cuantas décadas.

—Eso es un poco rudo, ¿no? —dijo Edward—. Esa anciana dama que conocimos el otro día, la señora Thorpe…, llevaba viviendo en Cannes cincuenta años. No le queda nadie en los Estados Unidos; no tiene dinero, ni ningún sitio adonde ir.

—Al menos es mejor que un campo de concentración —dijo Iris, ante lo cual Julia dio un pequeño respingo—. No, la verdad es que Daisy es aquí la única europea. ¿Saben lo que la gente que se acerca a mí sigue preguntándome? ¡Si es un schnauzer! ¡Imagínate, Daisy, confundirte con un perro alemán!

—Aunque de raza inglesa, Daisy nació en Toulouse —dijo Edward —. Fruto de un matrimonio morganático entre un campeón inglés y una campesina francesa.

—El campeón Harrowhill Hunters Moon —dijo Iris.

Daisy había puesto las patas delanteras encima de la mesa. Muy delicadamente, deslizó un panecillo fuera de un plato y empezó a mordisquearlo.

—Esto me recuerda —dijo Iris— que tenemos una cita en el veterinario a las once. No es nada grave —añadió, dirigiéndose a Julia, que estaba todo lo echada hacia atrás que le permitía la silla—. Sólo que sus heces no han sido muy muy sólidas y estoy pensando que podría tener lombrices. Las hay de un tipo que parecen granos de arroz. Pero es que también ha comido arroz.

Julia se puso muy pálida.

—Pero, querida —dijo Edward—, ¿no crees que antes deberíamos ayudar a llegar al hotel al señor Winters, para que pueda coger sus gafas de repuesto?

—Oh, claro —dijo Iris—. Qué poco delicado por mi parte.

—Por favor, no se preocupen —dije—. Me las arreglaré perfectamente.

—Tonterías —dijo Iris—. Sin sus gafas está tan ciego como un murciélago.

—¿Dónde se hospedan? —dijo Edward.

—En el Francfort —dijimos Julia y yo al unísono.

—Qué curioso… —dijo Iris—. Nosotros también.

—Deben de estar en el otro —dijo Edward—. Porque si no ya les habríamos visto.

—¿El otro?

—Hay dos. El Hotel Francfort que está cerca del Elevador y el Francfort Hotel que está aquí al lado del café.

—Nosotros estamos en el de cerca del Elevador —dije.

—Es el mejor de los dos. ¿Saben? Ha llegado a ser un chiste que circula entre los forasteros. «Imagínese, huimos de los alemanes y acabamos en un hotel llamado Francfort.»

Iris miró su reloj.

—Verás, Eddie —dijo—. ¿Por qué no acompañas *tú* al señor Winters al hotel…

—El ciego guiando al ciego, ¿no?

—… y quizá la señora Winters quiera venir conmigo al veterinario?

—¿Yo?

—No le importa, ¿verdad? Y se lo agradecería tanto. Aunque sólo fuera por la compañía. Para ser sincera, estoy harta de pasar todo el santo día con Eddie. Sin ánimo de ofender, querido.

—No me ofendo.

—Pero soy horrible con los perros —dijo Julia.

Me miró en demanda de ayuda.

—A mí me parece una buena idea —dije.

—Pagaré la cuenta —dijo Edward.

—¿Cómo puedes…? —me dijo Julia moviendo los labios. Pero yo fingí que no la veía.

Estaba ciego como un murciélago, ¿no?

2

Dejamos a Iris, a Julia y a Daisy en un taxi. Julia montó la primera. Luego Iris le tendió la perrita. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo alta que era Iris, sobre todo comparada con Julia, que medía apenas un metro cincuenta y cinco. Para encajar bien en el taxi Iris tuvo que doblarse como una navaja plegable.

Alargando el brazo para detener el tráfico, Edward me guió por las calles. Sentía un poco de vértigo de alivio y agradecimiento; hacia él, y también hacia Iris, que me había hecho el enorme favor de llevarse a Julia de mi cuidado durante un rato. Porque las semanas anteriores habían sido arduas, y Julia…; bueno, lo más amable que podría decir de ella es que había hecho muy poco por hacerlas más llevaderas. Sólo el llevarla a comer suponía un gran esfuerzo. En casa nunca comía mucho, pero ahora no comía prácticamente nada. Ni le importaba un comino nuestra habitación del Francfort, pese a ser un paraíso en comparación con algunos de los sitios donde habíamos dormido durante nuestro viaje: hoteles mugrientos, graneros, una noche en el suelo de una oficina de correos rural de Francia, varias noches en el coche. No quiero sugerir que Julia era incapaz de hacer frente a la adversidad. Todo lo contrario. No me cabe la menor duda de que, de haberse tratado de un viaje que a ella le hubiera gustado hacer, habría soportado de buen grado todo tipo de incomodidades. Pero no había sido en absoluto un viaje que deseara hacer, y por tanto cada cama, cada comida, cada necesidad de ir al baño había constituido un tormento.

—¿Crees que comerán juntas? —le pregunté a Edward—. Nuestras mujeres, quiero decir.

Confiaba en que Iris pudiera conseguir lo que yo no había conseguido: hacer que Julia comiera una comida decente al menos una vez, y, al hacerlo, me brindara a mí unas cuantas horas de asueto.

—No veo por qué no —dijo Edward. Me cogió del brazo, como si yo fuera de verdad ciego—. Bien, no sé el grado de conocimiento que tienen de esta ciudad…

—No mucho.

—Entonces le haré de cicerone un rato. El barrio en el que estamos

es Baixa. El barrio de las colinas que tenemos enfrente es el Bairro Alto. El barrio de las colinas a nuestra espalda es Alfama. Es donde está el castillo. Por los jardines se pasean unos pavos reales blancos. Ahora estamos cruzando el Rossio. Rossio no es el nombre oficial, por supuesto. El nombre oficial es Plaza Don no sé quién. Esa gran estatua de allí, sobre el pedestal, es del Don no sé quién de marras. Oh, y allí tiene una interesante muestra de color local. ¿Puede ver los adoquines? Es un adoquinado en forma de olas, y el efecto que quiere causar es náutico, y simboliza el dominio de los mares de Portugal. Bien, el siglo pasado, cuando los ingleses expatriados colonizaron Lisboa, llamaron al Rossio «Plaza que se Balancea», porque cuando la cruzaban después de una velada bebiendo se mareaban. ¡Cuidado!

Me había faltado poco para caerme; lo habría hecho si Edward no me hubiera agarrado.

—Parece conocer muy bien la ciudad —dije—. ¿Había estado aquí antes?

—Es mi primera vez. He llegado hace setenta y dos horas. Lo que me convierte en un viejo conocedor de Lisboa.

—Bastante más veterano que yo, que llevo una semana.

Volví a tropezar y fui a dar contra un costado de mi acompañante.

—No ve nada, ¿verdad?

—Oh, veo los contornos de las cosas. Los colores, las formas. Allí hay un gusano amarillo enorme. Y al lado una bola botando. Y peonzas girando.

—El gusano es un tranvía. La bola es un perro. Las peonzas son niños. —Apretó la mano en torno a mi brazo—. Ahora que lo pienso, me pregunto si no me convendrá más asegurarme de que *no* se pone las otras gafas.

—¿Por qué?

—Porque sin ellas es usted mi prisionero. Está usted absolutamente en mis manos.

Me dio un puñetazo suave en el bíceps. Me eché a reír. No pude evitarlo.

—¿Qué le parece tan gracioso?

—No lo sé… Supongo que el aspecto tan extraño del mundo.

—¿Qué aspecto tiene?

—Como si el viento lo volara todo. Hasta las cosas sólidas. Las leyendas de los letreros… son como esas escrituras en el cielo que empiezan a disgregarse y difuminarse.

—¿Y yo? ¿Qué aspecto tengo yo?

—Oh, a usted le veo bien. Soy miope, no hipermétrope.

—Sí, pero ¿qué aspecto tengo?

Me paró de pronto, en seco. Me cogió por la barbilla y me giró

para que lo encarase. De cerca, sus facciones se enfocaron y adquirieron una precisión tanto más nítida cuanto más impreciso se hacía el fondo. Una cicatriz en zigzag le surcaba toda la barbilla. La nariz era ancha como una campana, y los ojos verdes y pequeños pestañearon una vez…, dos veces…

—Tiene un aspecto… —dije—, pues… un aspecto bueno.

Al parecer mi respuesta fue más divertida de lo que yo habría esperado, porque Edward se echó a reír y me dio unas palmaditas en la espalda. Reanudamos el paseo.

—Curiosa expresión, «corto de vista»[1] —dijo—. Me refiero a que decir que alguien ve bien de cerca ¿no es como decir que un hombre manco tiene dos piernas? ¿O como llamar «comedor de carne» a alguien que no come pescado? El caso es que si nos habláramos así todo el tiempo, ¿cómo nos diríamos las cosas unos a otros? Pero es que *nos hablamos* así todo el tiempo.

No tenía la menor idea de cómo responder a aquello (lo cual, supongo, ilustraba su punto de vista), así que no dije nada. Habíamos llegado al extremo opuesto del Rossio, donde estaban los cafés de más postín: el Brasiliera, el Chave d'Ouro, el Nicola. Edward seguía con la mano en mi brazo. No me estaba guiando exactamente, sino más bien tirando de mí como podía tirar de un perro con correa. No es que me importara. En serio; después de tantas semanas de apechugar con la carga de Julia, era un placer poder apoyarme en el hombro de alguien. Y el hombro de Edward era…, ¿cómo lo diría?, fiable. En parte porque era alto. Yo mido un metro setenta y tres, dieciocho centímetros más que mi mujer, pero dieciocho centímetros menos que Edward, cuya estatura era particularmente sobresaliente en Portugal, donde muy pocos hombres miden más de un metro sesenta y cinco o un metro sesenta y siete. Pero había algo más. Edward poseía la cualidad que poseen ciertos canes: que siempre parecen tener un destino en mente, incluso cuando no lo tienen.

Me preguntó a qué me dedicaba y se lo dije. (A la sazón trabajaba para la General Motors. Dirigía el departamento de ventas de Buick en Francia, o lo había hecho hasta la llegada de los alemanes.)

—Así que tienen un empleo muy bien remunerado —dijo—. Eso es estimulante. No puedo recordar cuándo fue la última vez que conocí a alguien con un empleo bien remunerado, aparte de los camareros y los directores de hotel. Huelga decir que yo no tengo un empleo bien remunerado.

—¿No?

Negó con la cabeza.

—No he tenido un empleo en mi vida. Un momento, eso no es cierto. El verano en que cumplí dieciséis años trabajé en una tienda.

Vendía té de hierba del sol, conservas caseras y libros de ocultismo. Nunca me pagaron. Me siguen debiendo siete dólares.

—¿Dónde fue eso?

—En California, en la comunidad teosófica donde vive mi madre. O quizá debería decir en la sociedad teosófica que vive de mi madre.

Yo no sabía lo que era la teosofía.

—¿Y adónde irá cuando vuelva a los Estados Unidos?

—Oh, a Nueva York. Quiero decir, ¿adónde, si no?

—¿Es de Nueva York?

—He vivido en Nueva York. En realidad no soy de ninguna parte. Mi padre era húngaro, pero cuando yo nací hacía mucho tiempo que había dejado Hungría. En cuanto a mi madre, bueno, técnicamente es polaca, aunque creció en Inglaterra. Lo que significa que no pudieron comunicarse nunca más que en idiomas ajenos. Y como mi madre habla un inglés excelente pero no es muy buena en francés, y mi padre hablaba un francés excelente pero no es muy bueno en inglés…, pues no es nada sorprendente que yo no pronunciara una sola palabra hasta los cinco años.

—Pero su inglés es perfecto.

—Se debe a la suerte. Tenía una tía abuela que vivía en Nueva York. Me acogió en su regazo. Gracias a ella recibí una educación.

—¿Dónde?

—En Harvard, y luego en Heidelberg (un período corto), y luego en Cambridge para el doctorado, que nunca acabé. Fue entonces cuando conocí a Iris, en Cambridge. ¿Qué me dice de usted?

—Oh, un poco de universidad en Indiana. En el Wabash College. Quizá haya oído hablar de él.

—Sí, en efecto. Aunque no sabría decir dónde.

Nos estábamos acercando al Francfort —a nuestro Francfort—. Me han dicho que el hotel cerró hace unos años. Estaba en la Rua Santa Justa, al pie del famoso Elevador de Santa Justa, desde cuya azotea almenada podía disfrutarse de una magnífica vista de la ciudad: los muelles, las colinas lejanas en cuyas sombras, las noches claras, destellaban Estoril y Sintra. El Francfort tenía una puerta giratoria. Siempre me han encantado las puertas giratorias, el espejo y el remolino en ellas; cómo, cuando pasas a través de ellas, por espacio de un instante estás sellado, en un ataúd, secuestrado en el interior de una cuña de vidrio… Y ahora estaba en uno de los compartimentos de la puerta giratoria mientras Edward ocupaba el siguiente a mi espalda, empujándome con tal fuerza que al salir al otro extremo tropecé y me caí como si estuviera borracho. Islotes de mobiliario salpicaban el piso de baldosa del vestíbulo, cada uno con sus arrecifes de alfombrado. Las cortinas estaban corridas, como escudos frente al sol. En la

penumbra artificial, los pendientes de las mujeres titilaban como monedas; el fulgor localizado de los cigarrillos era como el fulgor de unas minúsculas antorchas.

—¡Vaya! —dijo Edward—. ¡Un vestíbulo de hotel perfecto! El nuestro no tiene vestíbulo, sólo una pequeña y mísera recepción. Oh, y tienen también un jardín de invierno.

—Los jardines de invierno no son de mucha utilidad en verano —dije, como si se tratara de algo de lo que hubiera que avergonzarse—. Bien, gracias por traerme al hotel sano y salvo. A partir de aquí creo que podré arreglármelas.

—Tonterías. No voy a dejar que se rompa el cuello en uno de esos pasillos oscuros. Espere un segundo.

Se alejó a grandes pasos hacia el mostrador de recepción, donde habló unos cinco minutos con el Senhor Costa, director del hotel, en un francés demasiado idiomático y rápido para que yo pudiera seguirle. Porque aunque había vivido en Francia quince años, trabajando para una compañía norteamericana, jamás había llegado a dominar la lengua francesa. Y Julia tampoco. Y ello era para nosotros todo un motivo de vergüenza.

Cuando volvió, llevaba la llave de nuestra habitación.

—Disculpe. Le estaba pidiendo que apuntara mi nombre por si habilitan alguna otra habitación… ¡Oh, un ascensor! ¡Lo que daríamos por un ascensor! Sobre todo ahora que estamos en el ático.

—Sí, pero es un ascensor muy viejo —dije, mientras entrábamos en él—. Se avería continuamente.

—Chsss… —dijo Edward llevándose un dedo a los labios—. No se deben decir esas cosas, porque las oye él… —Ante lo cual el ascensor, como para darle la razón, se estremeció y se alzó, zarandeándose, y pateó el aire, por así decir, durante unos segundos largos, antes de auparse con un gran gemido y mucho esfuerzo hasta el descansillo de la segunda planta—. ¿Ve lo que le digo? Y sucede lo mismo con los coches. No debe uno alabarles, porque se averían. Claro que, estando como está usted en el ramo del automóvil, ya debe de saberlo.

—No tengo por costumbre hablar con mis automóviles.

—Muy sabio por su parte. La conversación de los automóviles no es gran cosa.

Volvió a cogerme del brazo. Me condujo por el pasillo —él y Mesalina se saludaron con un movimiento de cabeza como si se conocieran de antiguo— hasta mi habitación, en cuya puerta introdujo la llave como si fuera la suya propia. El sol inundó la rendija.

—Vaya, qué agradable —dijo, paseando la mirada por nuestra pequeña habitación, la cama estrecha, el piso de intrincado embaldosado, la silla única (sobre cuyo respaldo Julia había lanzado

unas bragas). Frascos y botes, los ungüentos y lociones hidratantes a los que mi mujer fiaba la conservación de su juventud, descansaban esparcidos por todo el tablero del tocador—. ¡Oh, no me diga que además tienen cuarto de baño!

—Me temo que lo tenemos, sí.

—No tema, alégrese. ¿Puedo?

Abrió con el codo la puerta del cuarto de baño. Había ropa interior colgada en un cordel que Julia había tendido sobre la bañera.

—Siento que todo esté tan desordenado —dije.

Pero Edward no me escuchaba. Lo primero que hizo fue probar el grifo del agua fría, luego el del agua caliente. Luego levantó el tapón del desagüe. Luego tocó con los dedos una de las bragas de Julia.

—Seda —dijo, acariciando la tela—. Con encaje hecho a mano. Muy bonitas.

Me quedé estupefacto. ¿Era un cumplido? Y, en caso afirmativo, ¿a quién iba dirigido?

—Julia siempre ha sido muy suya con sus cosas —dije.

—Tiene una cintura muy fina —dijo él, pasando la mano por uno de los huecos de las piernas—. El tipo de Iris es más redondo. Más rubensiano; si es que Rubens pintó alguna vez chicas escocesas. Por supuesto, ella nunca llevaría este tipo de lencería. Lo único que se pone son esas bragas blancas y normales de algodón. Bragas de colegiala. —Me sonrió—. ¿A usted le gusta ese tipo de bragas? Ya sabe, una mujer hecha y derecha con unas bragas de chiquilla.

—No lo sé. No he pensado nunca en ello.

—Oh, venga… Seguro que ha pensado en ello. —Se me acercó—. Bragas de colegiala en una mujer con curvas. El efecto puede ser bastante atractivo.

—Discúlpeme —dije.

Salí del cuarto de baño y fui hasta la ventana y la abrí.

—¿Se encuentra bien?

—Muy bien. Necesitaba un poco de aire.

Ahora estaba a mi espalda, con las manos sobre mis hombros.

—Ah, qué buen olor. Un olor lisboeta de verdad. Ropa blanca secándose, vísceras de pescado, humo de carbón… ¿Y eso qué es? Escuche…

Aparte del lamento de una contraventana que estaba suelta, lo único que se oía era a un pianista —un niño, supuse— practicando un intermezzo de Brahms.

—Oh, él —dije—. Lleva tocando esa pieza desde que estamos aquí. Pero parece que no puede ir más allá de ese acorde. Espere un segundo, ya llega. —Y, en efecto, dejó atrás los primeros compases, llegó al acorde problemático, y le salió mal. Volvió a empezar—.

Todos los días lo mismo. Al cabo de un tiempo se hace bastante insoportable.

—Al menos no es el tráfico. Nuestra habitación da a un mercado al aire libre. Si cerramos la ventana, el calor es sofocante. Pero si la abrimos, el ruido no nos deja dormir. Y para qué hablar del olor pestilente.

—Qué extraño que los dos hoteles tengan el mismo nombre.

—Sí, ¿verdad? Lo he preguntado por ahí. La historia es que antes tenían el mismo dueño. Y que al morir dejó un hotel a un hijo y el otro hotel al otro, pero los dos hijos se volvieron competidores encarnizados y cada uno de ellos trató de superar al otro en remodelaciones y demás, hasta que al final los dos fueron a la bancarrota y tuvieron que venderlos. Y aunque hace bastantes años que los hoteles no tienen relación de ningún tipo, la pendencia continúa, como por voluntad propia. El problema es que nadie de fuera de Lisboa se da cuenta de que en realidad hay *dos* Hotel Francfort. ¿O debería decir dos hoteles Francfort?

—No estoy seguro.

—Llamémosles a los dos Hotel Francfort.[2] Y como nadie que no sea de Lisboa sabe que son dos, pues la mitad de las veces las cartas dirigidas a huéspedes de uno llegan al otro, donde en la mayoría de los casos acaban en la basura.

—¿De veras?

—Lo he comprobado. Es un desastre para los refugiados, que siempre están esperando que algo de vital importancia les llegue por correo. ¿Puedo? —Sacó una silla de debajo del tocador y se sentó. Me volví hacia él. Tenía las piernas extendidas y lo bastante abiertas para que el pantalón le abultara la entrepierna.

—Siéntese —dijo.

No había otro sitio donde sentarse aparte de la cama, así que me senté en el borde. Él se puso las manos detrás de la cabeza, y al hacerlo se deslizó un poco hacia fuera en la silla. Ahora sus piernas, cruzadas a la altura de los tobillos, se estiraron hasta el punto de que nuestros zapatos —la punta de nuestro zapatos— se tocaron.

—Pete —dijo—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Le he ofendido antes, al hablar como lo he hecho de la ropa interior de su mujer?

—¿Ofenderme? No.

—Pero sí le he escandalizado. —Atrajo hacia sí las rodillas y se inclinó hacia delante—. Debe perdonarme. Los años de vida de hotel me han hecho grosero.

—Creía que tenía una casa.

—Tenemos una casa… ahora. Antes, sin embargo, durante los años de peregrinaje, como yo los llamo, vivimos en hoteles. Docenas de ellos. Y noche tras noche, después de cenar, las damas se retiraban al salón. Y noche tras noche, después de cenar, los caballeros se retiraban a la sala de fumar. A fumar puros y a contar historias sucias. Los establecimientos europeos son anticuados en este sentido. Por supuesto, usted conserva la inocencia respecto de todo esto.

Dio un pequeño empellón a mi zapato con el suyo.

—No, no es así.

—Está bien. Yo lo encuentro estimulante.

—Pero no soy ajeno a eso. ¿Cómo podría serlo? Toda mi vida he trabajado en exposiciones y ventas de coches. Los vendedores de coches no son precisamente ursulinas. Se cuentan montones de chascarrillos bastante picantes.

—¿De veras? Cuénteme uno.

—No me acuerdo de ninguno en este momento.

—Está bien. Véndame un coche. Me encantará comprarle un coche.

—Puedo venderle el *mío*. Es un coche precioso. Un Buick Limited Touring Sedan de 1939, seis ocupantes, apenas usado, con los kilómetros justos entre París y Lisboa en el cuentakilómetros.

—¿Condujo hasta Lisboa? ¿Cómo fue la cosa?

—En la carretera de Burdeos el tráfico era lentísimo. Había granjeros con carretas de burros, y campesinos llevando a sus madres en cochecitos de niños, y caballos cargados hasta el límite con toda la morralla imaginable: orinales, banquetas de ordeñar, cajones de pollos. Y en medio de todo ello, los Packard y los Hispano-Suiza tocando el claxon para acelerar las cosas. Y luego, cada varias horas, aparecía un convoy militar tratando de circular en dirección contraria, hacia París, pero la carretera no tenía arcén y todo acababa en un embrollo sin remedio… Y pensé: Francia está sentenciada.

—Dios mío.

—Y Julia se negaba a hacerlo en los campos. Todas las demás mujeres lo hacían, incluso las que iban en limusinas; no tenían remilgos para levantarse las pieles y agacharse. Pero Julia sí.

—Nosotros vinimos en tren —dijo Edward—. En el Sud Express estuvimos parados nueve horas a las afueras de Salamanca, con las luces encendidas y diluviando. Llovió a lo largo de todo el camino hasta la frontera portuguesa. El sol sólo salió cuando ya habíamos cruzado. Quiero decir que literalmente salió mientras pasábamos de un país a otro. ¿Qué le parece como simbolismo barato? —De pronto hizo chasquear los dedos—. Ya me acuerdo de dónde he oído hablar de Wabash. «The Wabash Cannonball.» ¿Cómo era la letra? «Dejando atrás los lagos de no sé dónde, sobre los que se abate no sé qué…»

—«No se puede hacer ningún cambio en el Wabash Cannonball.»

—Era un tren, ¿no?

—Existen todo tipo de historias acerca de él. Por ejemplo, que tenía setecientos vagones. Y que la locomotora era tan rápida que llegabas a tu destino antes de que salieras de la estación.

—Curioso que diga usted eso —dijo Edward—, porque cuando de niño iba a visitar a mi madre a California, siempre cumplía con esa especie de ritual extraño. Recorría todo el largo del tren, desde la cabeza hasta la cola, yendo hacia atrás mientras el tren iba hacia delante, hasta llegar al furgón de cola. Y luego hacía el trayecto inverso, desde la cola hasta la locomotora. Tenía que hacerlo. Era como lo de no pisar las grietas. Bueno, pues había olvidado todo esto hasta hace unos días, en el Sud Express. Me sorprendí cumpliendo aquel ritual de la niñez. Sólo que el tren iba tan lento que podía acompasar mi paso con su marcha. Y avanzaba hacia atrás exactamente a la misma velocidad que el tren iba hacia delante. De forma que en cada ventana que miraba la vista era la misma. Un campo embarrado, una cabra… Ahora bien, si ese tren hubiera tenido setecientos vagones…

Descruzó las piernas, volvió a cruzarlas en sentido contrario, y mientras lo hacía las estiró un poco. Esta vez nuestros pies se encajaron con fuerza.

Ninguno de los dos se movió. La contraventana suelta golpeó contra el muro. El niño pianista ejecutaba inevitablemente mal el acorde.

—Oh, sus gafas —dijo Edward—. Sigue sin sus gafas.

Pero yo me había olvidado por completo de mis gafas.

3

Me llevó diez minutos encontrar las gafas. Mientras Edward esperaba de pie, perplejo, yo revolvía nuestro baúl, mi maleta, la maleta de Julia, el estuche de la máscara antigás donde guardábamos el dinero y los papeles, hasta que al final las localicé en mi neceser. Eran unas gafas viejas, de montura de concha, con los cristales algo rayados.

En cuanto me las puse empecé a sentir náuseas.

—¿Está usted bien? —preguntó Edward, tendiéndome la mano para que me apoyara en ella.

Ahora sus pestañas estaban puntiagudas como agujas, y su cicatriz tan viva como una herida reciente.

—Estoy bien —dije—. Sólo necesito orientarme. La graduación es un poco más baja que la de las otras.

—Yo nunca he llevado gafas. ¿Puedo probarlas?

Se las tendí. Me sentí aliviado al ver cómo su cuerpo recuperaba su imprecisión visual.

Se las puso y empezó a tambalearse teatralmente.

—Dios mío, no veo nada.

—Porque su vista es buena.

—Veinte-quince. Mejor que perfecta. A veces me pregunto por qué no hacen gafas para la gente que ve *demasiado* bien. Me refiero a que ver con tanta claridad duele; ¿no es una especie de minusvalía? ¿Una especie de… vista ilusoria? —Se quitó las gafas, las limpió con el faldón de la camisa, y me las devolvió—. Bueno, me ha divertido mucho esta pequeña comedia de equivocaciones. Le doy las gracias por ello.

—¿No debería dárselas yo a usted?

—¿Por qué? ¿Porque le he roto las gafas?

—No… Porque me ha traído al hotel.

—Oh, era lo menos que podía hacer. —Fue hasta la puerta, giró el pomo y se dio la vuelta—. Por cierto, ¿le apetecería cenar con nosotros esta noche? ¿Usted y su mujer?

Su tono, me pareció, no era comprometedor, y, con intención de que el mío sonara igualmente no comprometido, dije que tendría que

preguntárselo a Julia, porque podía darse el caso de que estuviera muy cansada.

—Decidiremos sobre la marcha, entonces. Según vayan las cosas. Y ahora ya sabe dónde encontrarme.

—En el otro Francfort.

—Éste es el otro Francfort. O quizá los dos son «el otro Francfort». Bueno, adiós.

Nos dimos la mano y se fue. Me quedé en la puerta hasta que dejé de oír sus pisadas en el pasillo. Ahora que me estaba acostumbrando a llevar de nuevo las gafas, me sobresaltó comprobar lo mucho que aquel cuarto se parecía a un serrallo. No era sólo los frascos y los botes del tocador; eran los vestidos largos de Julia, los saltos de cama, su olor… a cigarrillos y a polvos cosméticos y a Jicky de Guerlain. Pero también estaba el olor de Edward, astringente y canino. Para evitar que lo oliera Julia, abrí la ventana de par en par. Habían fijado la contraventana suelta; el niño pianista había desistido de seguir practicando de momento. Abajo, en la calle, una anciana estaba sentada en una banqueta pelando patatas.

Entré en el cuarto de baño y me quité la ropa. Lo que vi en el espejo no me impresionó en absoluto: cara anglosajona normal y corriente, mejillas «apatatadas» (por su aire apático, inerte). Con excepción de las tetillas de un rojo de granada, el pecho era tan uniforme como un campo. El cinturón me había dejado una marca rosada en la panza, como si un tractor acabara de pasar por encima de ella. Un cuerpo del Medio Oeste. Una Gran Llanura. ¡Y cuán variado era —en comparación— el paisaje de…, pongamos, la cara de Edward! La cicatriz, sobre todo, me resultaba fascinante. ¿No había mencionado en algún momento Heidelberg? He leído en alguna parte que en las universidades alemanas los estudiantes se baten en duelos de sable a modo de rito de paso. Las heridas faciales eran medallas de honor, que lavaban amorosamente con agua rancia. ¿Era ésa la historia de la cicatriz de Edward? Fuera la que fuere, quería conocerla. Quería conocer a Edward.

Se acercaba la hora de la comida. Tenía un hambre voraz, así que me vestí y bajé al restaurante del hotel. Dejé la llave en recepción por si Julia volvía y quería subir a la habitación. Sólo había unas cuantas mesas ocupadas, porque Lisboa es una ciudad donde se come tarde. Pedí una tortilla. Cuando me la sirvieron vi que era una tortilla a la española, es decir, con trocitos de patata. La devoré. Luego tomé un flan, tres albaricoques y un plátano. Luego tomé dos *garotos*, esos cafés con leche portugueses, cortos y humeantes. Y dos vasos de *aguardente*, el equivalente portugués del orujo. Luego volví al vestíbulo. La llave de la habitación ya no estaba colgada en el tablero de recepción. Sentí que se me revolvía el estómago. Me recordé que tenía que comer más

despacio. Mis digestiones ya no eran como antes.

No quise arriesgarme a montar de nuevo en el ascensor. Subí los dos tramos de escaleras hasta nuestra planta. Y llamé.

—¿Quien es? —dijo Julia desde el interior de la habitación.

—Soy yo.

La puerta se abrió. Julia no me besó; ni me saludó siquiera. En lugar de ello volvió al tocador, sobre el que estaba haciendo un solitario. Levantó del cenicero un cigarrillo a medio fumar; dio una chupada y lo volvió a dejar.

—¿Cuándo has vuelto? —dije.

—Hace veinte minutos —dijo ella.

—¿Y qué tal?

—¿Qué?

—El rato que has estado con ella. ¿Te lo has pasado bien?

Se volvió y me dirigió una mirada airada.

—¿Que si me lo he pasado bien? ¿Bromeas? Después de recorrer kilómetros y kilómetros en un taxi para llegar a un arrabal de mala muerte… Y ese perro asqueroso, con su aliento repugnante… Y luego la hora de espera en medio de un calor sofocante para ver al veterinario, con esa muestra de sus cacas *humeantes* allí mismo, entre nosotros… ¿Y me preguntas si me lo he pasado bien?

—Lo siento. No me había dado cuenta de…

—Pero lo peor, lo que realmente me ha dado cien patadas… Como sabes, es inglesa. Me refiero a que tiene pasaporte inglés. Así que, si hubieran querido, podrían haber embarcado en Burdeos en ese barco… El que Churchill ha mandado para rescatar a los británicos varados aquí y allá. Podrían haber subido a ese barco, y ahora estarían en Londres. Hoy mismo. Pero no lo han hecho. ¿Por qué? Por el perro.

—¿De veras?

—¡Sí! ¡Eso es! ¡Por esa única razón! No tienen demasiadas ganas de ir a Nueva York. Me lo ha dicho. Nueva York o Londres: a ellos les da igual. Son nómadas, dice. Así que han renunciado a la posibilidad de zarpar para Londres, y se han sometido al horrendo tormento de conseguir todos esos visados y de cruzar España y llegar aquí, y todo porque si se hubieran ido a Inglaterra habrían tenido que dejar a la perra en cuarentena. ¡Un perro de quince años! ¿Qué me dices a esto?

—Bueno… Deben de querer mucho a esa perrita.

—Por supuesto. Entiendo que para algunas mujeres un perro puede hacer de sustituto de un hijo. Pero teniendo en cuenta las circunstancias…

—Pero, Julia, el hecho de que ellos no vayan a Inglaterra no quiere decir que nosotros hubiéramos podido hacerlo. Sabes perfectamente que no podíamos. No nos habrían permitido embarcar.

—Veo que insistes. Ni siquiera lo intentaste. ¿Cómo sabes que no habríamos podido embarcar?

—Conocen las leyes tan bien como yo.

—¿Y si le hubieras ofrecido dinero al capitán?

—¿A un capitán inglés? Por favor…

Su solitario había llegado a un punto muerto, y recogió las cartas.

—Es que parece tan injusto… que ellos dejaran pasar esa oportunidad por la que yo mataría. Y por la más ridícula de las razones.

—Ridícula para ti, quizá.

—Te reto a que encuentres una sola persona en Lisboa que no esté de acuerdo en que perder la oportunidad de ir a Inglaterra por un perro de quince años es absolutamente ridículo.

No respondí a eso. Abrí la ventana que ella había cerrado.

—Esta habitación está asquerosa de sucia —dije—. Apesta.

—La criada no ha pasado. Las criadas, aquí, no valen para nada… Se limitan a hacer la cama y cambiar las toallas, y eso sólo cuando les viene en gana. Ni siquiera te recogen la ropa.

—¿Y no puedes recoger tu ropa tú misma?

—¿Por qué tendría que hacerlo? ¿Por qué? Sólo vamos a quedarnos una semana más. Diez días como mucho. Aborrezco este hotel. Aborrezco esta ciudad.

—Sin embargo, esta mañana mismo te has puesto a hablar de que querías quedarte.

—Oh, preferiría quedarme aquí antes que tener que volver a Nueva York, llegado el caso. Y no es que me quede otra alternativa. Al parecer soy la esclava de mi marido.

—No eres mi esclava. Puedes hacer lo que te dé la real gana.

—¿Qué me estás sugiriendo, que me las arregle yo sola?

—No seas tonta.

—No, creo que es eso lo que me estás sugiriendo. ¿Y sabes qué? Que es una buena idea. De hecho, no veo ninguna razón para no empezar a hacer ahora mismo la maleta, sobre todo porque al parecer consideras insoportables mis hábitos personales.

—En ningún momento he dicho eso.

—Bien, no te preocupes. Pronto me habré ido y podrás tener la habitación tan ordenada como te venga en gana.

—Julia, por favor…

—Disculpa. —Se levantó, me empujó hacia un lado, sacó su maleta del armario, y empezó a arrojar dentro de ella toda la ropa que estaba desperdigada por el cuarto, los frascos y botes, las cartas del solitario, y la ropa interior colgada encima de la bañera (aún no seca del todo).

—Julia, esto es de locos. No puedes quedarte aquí sola. ¿De qué vas a vivir?

—Conseguiré un trabajo.

—Pero no tienes papeles. No se puede trabajar sin papeles. Y, además, no es seguro.

—A mí me parece totalmente seguro.

—De momento sí. Pero ¿cuánto va a durar esa seguridad? ¿No ves que esto se puede volver terriblemente peligroso, incluso para nosotros? Sobre todo si entramos en guerra. Y además está el hecho de que tú eres…

—¿Qué? Sigue. Dilo.

—Muy bien. Judía.

—¿Y cómo se supone que lo van a averiguar? En el pasaporte pone tu nombre. Winters no es un apellido judío.

—No, pero verás, Julia: en Alemania la gente tiene que *demostrar* que no es judía. Aquí también puede llegar eso, si Portugal acaba en el lado de ellos. Por favor, cariño… —Le detuve la mano, que no paraba de hurgar en el armario—. Por favor, sé realista.

Fuera lo que fuere lo que estaba agarrando, lo dejó caer. Le solté la mano. Se sentó en el borde de la cama y se echó a llorar.

—No es *justo*. Cuando fui a París, le dije a mi familia que nunca jamás volvería a Nueva York. Y lo decía de verdad. Y ahora tendrán ocasión de hacer lo que llevan esperando tantos años: reírse de mí. Decirme: «Ya te lo dije…»

—Pero si ni siquiera tienes por qué verlos.

—¿Bromeas? Estarán en el muelle esperándonos. En cuanto empecemos a bajar la escalerilla, allí los tendremos.

—Pero ¿cómo van a saber que vamos?

—Mi madre lo sabrá. Sabe todo lo que hago.

Me senté a su lado y le rodeé con un brazo los omóplatos calientes, estrechos.

—No dejaré que eso ocurra —dije—. Te lo dije desde el principio: cuidaré de ti, Julia. Te protegeré. No tenemos que quedarnos ni una sola noche en Nueva York si no quieres. Podemos coger un taxi desde el mismo puerto hasta la estación Grand Central. Y coger un tren para Chicago. Para visitar a mi hermano Harry, por ejemplo…

—Nunca le he gustado. Desaprobó que te casaras conmigo.

—Eso fue hace siglos. Nos ha echado de menos.

—No estaré cómoda allí. No estoy cómoda en ninguna parte más que en Europa. Cuando zarpamos de Nueva York, juré que me enterrarían aquí… ¿Te acuerdas? Y lo decía de verdad.

—Y así será, Julia. Así será. —Alzó la cara y me miró—. Oh, no lo digo en ese sentido. Lo que quiero decir es que cuando acabe la guerra

volveremos. Retomaremos las cosas donde las dejamos. Porque, en línea recta, Nueva York no está tan lejos, ¿verdad? Literalmente en línea recta, ahora que existen esos vuelos tan rápidos.

—Me gustaría que no hubiera ningún vuelo de ninguna clase. Nada de barcos, nada de naves volantes. Que no hubiera forma de cruzar el Atlántico.

La besé en la mejilla.

—Hoy te sientes así —dije—. Confía en mí. En cuanto dejemos atrás estas semanas, las cosas volverán a verse con más optimismo.

—Veremos.

Se levantó. Entró en el cuarto de baño. Oí cómo corría el agua en el lavabo.

—Oh, quería preguntarte —dije, a través de la puerta entreabierta —, ¿qué te ha parecido? Aparte de lo del perro.

—¿Quién? ¿Iris? Está loca… Pero, bueno, esa gente suele estarlo.

—¿Esa gente?

—Los escritores. ¿No te lo ha dicho? Son Xavier Legrand. Ya sabes, el de las novelas policíacas. Escribieron la primera como en broma, para ver qué tal, y la mandaron a un editor de Estados Unidos. Dijeron que el autor era un vecino suyo, un comisario de policía francés retirado, y que ellos eran los traductores. Bien, pues con las tres primeras novelas se las arreglaron para tener engañado a todo el mundo, pero entonces un editor *francés* empezó a husmear en el asunto, con idea de publicar las novelas en su lengua original. Lo cual, lógicamente, era imposible, porque no existían tales originales. Las novelas se habían escrito en inglés, y los Freleng tuvieron que descubrir el pastel. Pero a nadie pareció importarle, y ahora es un secreto a voces que Xavier Legrand es esta pareja de expatriados. Y les ha ido muy bien. Y no es que necesiten el dinero.

—¿Tienen dinero?

—Ella no lo ha dicho, por supuesto. Este tipo de gente nunca *lo dice*. Pero es la manera que tienen de no decirlo la que te lo dice.

Salió del cuarto de baño secándose la cara. Que nosotros no fuéramos de ese tipo de gente; que yo tuviera que trabajar; que sin mi empleo no hubiéramos podido permitirnos vivir en Francia… habían sido siempre para ella realidades dolorosas. Mi origen es decididamente de clase media —mi padre dirigía una fundición—, lo cual, en muchos sentidos, me convertía en una pareja muy poco apropiada para Julia. Lo que ella necesitaba en realidad era un hombre como Edward, un hombre con dinero para gastar a manos llenas, con dinero que no tenía que ganar. Pero cuando la conocí, no había tal tipo de hombre en perspectiva, o al menos ninguno dispuesto a darle lo que ella deseaba, que era un apartamento en París. No lo

digo como menosprecio. Vivíamos más que confortablemente, Julia y yo. Ni una sola vez en el curso de nuestro matrimonio tuve que negarle nada de lo que quería. Pero no éramos ricos. Gastábamos casi todo lo que yo ganaba. Nuestros ahorros eran en francos, y con la ocupación alemana habían perdido la mayor parte de su valor. Hasta el punto de que, de no haber sido por los trescientos dólares en billetes (obsequio de mi hermano Harry), que en un momento de cautela previsora yo había guardado en el cajón de los calcetines, no sé cómo habríamos sobrevivido en Lisboa. Probablemente Julia habría tenido que vender sus joyas.

Al final volvió a sentarse ante el tocador. Volvió a barajar las cartas.

—Me ha preguntado si nos gustaría cenar con ellos esta noche —dije al cabo de un momento—. Edward, quiero decir.

—Oh. ¿Y qué le has respondido?

—Que dependía de ti. De si te apetecía a ti. —Inspiré, y dejé pasar unos segundos—. ¿Qué dices?

—¿Por qué no? Hay que comer, ¿no?

—¿Quieres decir que aceptas?

—¿Por qué te sorprende tanto? Se podrá decir todo lo que se quiera de ellos, pero no que sean unos pelmazos. ¿Cuál es la alternativa? ¿Otra cena deprimente aquí en el hotel? No, gracias.

—De acuerdo. Les llamaré para decirles que nos parece bien. O, mejor, me pasaré por su hotel y les dejaré una nota. Sí, será mejor dejarles una nota.

—¿Qué crees que debo ponerme?

—¿Por qué no sales y te compras un vestido?

—¿En Lisboa? Por favor. —Pero por el tono supe que estaba considerando la idea.

—Bueno, me voy —dije—. Volveré dentro de media hora o así. También… —ahora estaba en el umbral de la puerta— debes tener en cuenta, cariño, que Inglaterra tampoco es un país seguro. Después de todo, hay racionamiento. Y cualquier día pueden empezar a caer bombas.

—Y puede que cualquier día lleguen submarinos a Long Island —dijo Julia.

—Tienes razón —dije—. Cualquier día podrían llegar submarinos a Long Island.

4

Si uno hubiera conocido a Julia aquel verano, el verano de 1940, probablemente habría pensado que era una mujer serena, elegante, desnutrida y austera. Tenía cuarenta y tres años pero aparentaba treinta y cinco; de piel pálida y tersa y pelo castaño a lo *garçon* y enormes ojos como de marsupial nocturno. Vestía de forma tradicional. Lanvin o Chanel, nunca Schiaparelli. Tweed o algodón o seda negra, nunca raso verde espuma de mar. Nada en su apariencia sugería erotismo o resentimiento o vulnerabilidad. Pero era una mujer llena de sorpresas.

Nos conocimos… Pero el hecho es éste: ni aunque me fuera la vida en ello podría acordarme exactamente de dónde la conocí. Sólo que fue en alguna recepción que siguió a alguna conferencia pública o algún recital de música o de poesía. Porque en Nueva York, en la década de los años veinte, las conferencias y los recitales de música o de poesía eran en gran medida el territorio de los inquietos y los perdidos, categorías ambas a las que yo habría podido pertenecer como miembro con carnet. Tenía veinticinco años y trabajaba en un concesionario de Oldsmobile de Broadway, empleo que había conseguido a través de mi hermano Harry, quien, pese a ser dos años menor que yo, estaba ya ascendiendo en el escalafón de la General Motors. Como muchos de los benjamines en las familias, Harry consideraba un deber cuidar de sus dos hermanos mayores, a los cuales tenía por holgazanes. Bien, nuestro hermano George… sí era un vago. Sigue siéndolo. Yo, sencillamente, carecía de meta. Después de mi licenciatura en Wabash, volví a casa de mis padres, cuyo matrimonio estaba yéndose al traste. Mi padre tenía otra mujer, y mi madre lo sabía. La mayoría de las noches mi madre se emborrachaba hasta alcanzar un estado de estupor en la mesa de la cocina. Una tarde mi padre me convocó a su estudio y me dijo: «No importa que me odies mientras cuides de tu madre.» ¡Como si con aquello no tuviera garantizado mi abandono de la casa paterna! Así que le escribí a Harry, que me buscó un trabajo en Nueva York. Creo que entendió que me haría mucho bien salir de Indianápolis y empezar a ganarme el pan por mí mismo. En lo relativo a nuestra madre, Harry se ocupó también de ella. Los hijos más pequeños de las familias son así. Y fue

un sacrificio por el que, en los años que siguieron, habría de castigarme siempre que se le presentaba la ocasión.

Y fue así como me encontré en Nueva York, vendiendo coches, y lo cierto es que el estar en un sitio diferente de Indianápolis me hizo mucho bien, y que constituyó un gran descubrimiento ver que era capaz de ganar mi propio dinero. Pero seguía sin meta en la vida, y tenía pocos amigos, y ésa era la razón por la que asistía a las conferencias y los recitales de música y de poesía. Y en uno de esos actos públicos conocí a Julia, que también asistía regularmente a ellos, aunque por motivos diferentes. Era de familia adinerada, pero no tenía dinero a su disposición. Vivía con su madre viuda, que la sometía a un férreo control.

Unos antecedentes históricos. La familia de Julia era judía, y procedía de Baviera. Su apellido de soltera era Loewi. En la década de 1850, su abuelo y dos hermanos de éste emigraron de Fürth a Nueva York, donde abrieron una fábrica de botones forrados de tela. De los botones forrados de tela pasaron al lúpulo, y del lúpulo a las materias primas. En Nueva York —he sabido después—, los judíos alemanes se distanciaron con mucho de sus primos que hablaban yiddish, la mayoría de los cuales llegaron a principios de siglo huyendo de la pobreza y los pogromos. Para entonces los judíos alemanes —los judíos de Julia, podríamos decir— estaban todos bien situados. Tenían su propia Quinta Avenida en la parte Oeste de Central Park. Tenían su propio club, el Harmonie Club, en el mismo corazón de Manhattan, y, más significativamente, justo enfrente del Metropolitan Club, su gemelo gentil, del que se diferenciaba únicamente por la llamativa falta de decoración navideña en diciembre. Un judío polaco tenía las mismas posibilidades de entrar en el Harmonie Club que un judío de entrar en el Metropolitan Club (y ello era algo que se presuponía inherente al orden natural de las cosas). Porque ¿cómo iba una población inmigrante a demostrar su atrincheramiento sino ejerciendo su propio poder de exclusión? De adolescente, Julia asistió a los cotillones judío-alemanes. Sus hermanos remaban en las regatas judío-alemanas del Hudson. Y aunque siempre había otros cotillones, otras regatas de las que ellos estaban excluidos —y ellos lo sabían—, las crónicas de *sus* cotillones y *sus* regatas aparecían justo al lado de las de aquéllas en las páginas de sociedad del *New York Times*. Eran raros los ejemplos de rebeliones o anomalías en la historia familiar. Uno de los tíos de Julia, abogado recién salido de Harvard, se pegó un tiro en la cabeza en su despacho una mañana de invierno de 1903. Se dio por supuesto que era un homosexual no confeso. Otro se estableció en Haití, trató de organizar un golpe de Estado contra el presidente Hyppolite y fue deportado de forma fulminante, tras lo cual dedicó la mayor parte de su vida a poner pleitos al gobierno de los Estados

Unidos. Por último estaba la tía Rosalie. Antes de la guerra, ella y su marido, el tío Edgar, habían viajado a Francia. Iban camino de Viena, donde Edgar, que padecía de diabetes, debía consultar a un especialista, cuando en medio del Atlántico entró en coma y murió. Recibió el descanso eterno en el mar. Se daba por descontado que a continuación Rosalie volvería a casa y guardaría luto por su esposo. Pero en lugar de ello se instaló en un chalet de Cannes y se casó con un profesor de tenis sueco. Dado el curso que habría de tomar la vida de Julia, cabría suponer que cuando aconteció todo esto miraba con admiración a su tía, pero lo cierto es que la despreciaba y la temía. Bien, quizá todos despreciamos y tememos a esos familiares cuya existencia prueba que, por mucho que lo queramos creer, no somos originales.

Como Harry, Julia era la benjamina de la familia. Yo soy el primogénito. Soy glotón por naturaleza; e impetuoso e indiferente al éxito mundano: el polo opuesto a Harry, que es metódico, abstemio y emprendedor, al tiempo que estoico, carente de sentido del humor y abnegado. Según cuenta, todo lo que ha hecho él en la vida no sólo ha sido en beneficio de algún semejante sino que le ha exigido privarse de un placer, grande o pequeño (cuando, para ser sinceros, lo único que en realidad le produce placer es precisamente, que yo sepa, privarse de cosas). A menudo esto es así con los benjamines de las familias. Saben que son producto de la edad mediana y su desilusión, y que es ésa la razón por la que hay tan pocas fotografías de ellos de bebés, y por la que los dejaban tanto tiempo abandonados a su suerte, o, peor aún, a merced de sus hermanos, que los torturaban. Los benjamines de las familias deben aprender a arreglárselas solos. No tienen elección. Y el caso de Julia era aún peor, porque a la carga de ser la benjamina se añadía la de ser mujer en un mundo que favorecía a los varones. De ahí que la determinación, la desolación en cuanto a perspectivas, la tenacidad fueran los rasgos más sobresalientes de su carácter.

Por supuesto, cuando la conocí no vi nada de esto. Antes bien lo que vi fue una criatura a un tiempo ágil y nerviosa, parecida a esos cervatillos que a veces sobresaltamos en los bosques de los Cayos de Florida. La noche misma en que nos conocimos, me pidió que la llevara a mi cuarto, y fue toda una revelación. Comprendí que, a falta de anhelos apremiantes o metas, durante toda mi vida había estado buscando una voluntad decidida ajena a mí capaz de —por así decir— llevarme a cuestas. Podría haber sido una religión, podría haber sido un partido político, podría haber sido una colección de instrumentos musicales hechos de cajas de limpiabotas. Pero fue Julia. La adoré, la deseé, y si aún no la conocía…, ¿qué importaba? ¿Realmente necesitas conocer aquello que te cautiva? (Probablemente sí. Pero vete a

convencer a alguien joven de ello…) Por supuesto, hubo señales que debí tener cuenta. Me mintió sobre su edad. Dijo que tenía veinticuatro años cuando lo cierto es que tenía veintinueve (tres años más que yo). No tenía amigos, al menos ninguno que me llegara a presentar. En cuanto a su familia, me dijo que la despreciaba y que estaba viviendo con su madre sólo hasta que pudiera permitirse irse de casa. Los miembros de su familia eran toscos, mientras que ella valoraba el arte. Había recibido clases de pintura y de alfarería y de canto; había intentado escribir una novela. Pero con ninguna de sus pinturas estaba satisfecha, sus vasijas de barro se le caían una y otra vez de la rueda y abandonó el canto cuando la profesora le dijo que tenía que dejar de fumar. En lo referente a la novela, no lograba parar de reescribir el primer capítulo. Al cabo de un año había escrito novecientas páginas, todas primeros capítulos.

Tenía una idea fija, que era vivir en París. Sólo en París, creía, podría enraizar y florecer el impulso artístico que se había visto frustrado en Nueva York. Le pregunté cuántas veces había estado en París, y ella me dijo que no había estado nunca. Iba a viajar con dos de sus hermanas en el verano de 1914, pero la guerra dio al traste con el plan. (Nunca perdonó a la guerra por ello.) Felizmente, aconteció que por aquel entonces tenía una institutriz francesa, una mujer joven prematuramente envejecida que por las tardes le leía en alta voz *Les malheurs de Sophie*, de la condesa de Ségur, obra que, por razones misteriosas, suscitó una gran fascinación en tantas niñas de la época. Fue Sophie, me contó Julia, la que le inspiró las primeras ideas de lo que era «ser francés», y su convicción más temprana de que estaba destinada a vivir en Francia —convicción que no hizo más que crecer mientras crecía ella, y que le hizo pasar de las desventuras de Sophie a las desventuras de la Claudine de Colette, que su institutriz desaprobaba enérgicamente y que resultaban, por eso mismo, tanto más tentadoras. Ahora tengo ante mí el ejemplar de *Claudine en París* de Julia. Las páginas están quebradizas e hinchadas, pues Julia tiene la costumbre de leer en el baño. Muchos pasajes están subrayados, incluido éste:

«Estábamos sentadas en una mesita, contra una columna. A mi derecha, bajo un panel con tempestuosos pintarrajos de bacantes desnudas, un espejo me aseguraba que no tenía tinta en la mejilla, que mi sombrero estaba derecho y que mis ojos danzaban en lo alto de una boca roja de sed, y tal vez un poco afiebrada. Renaud, sentado frente a mí, tenía las manos temblorosas y las sienes húmedas.

»Dejé escapar un pequeño gemido de codicia, excitada por la estela de aroma que dejaba a su paso un plato de camarones.»

Hoy me pregunto qué era más fuerte en Julia, el deseo intenso de Renaud o los camarones. Los camarones, sospecho. Porque si lo que

deseaba era un francés, creo de verdad que podría haber encontrado uno. Tal vez habría tenido que esperar un poco, pero habría encontrado uno. Lo malo era que un francés le habría pedido más de ella misma y le habría dado menos a cambio. Y quizá la habría engañado. Y quizá habría interferido en el éxtasis de los camarones. No quiero sugerir que Julia fuera venal; sólo que, como la mayoría de los benjamines, era enormemente pragmática. Lo que necesitaba era un marido sometido hasta el punto de hacer todo lo posible por hacerla a ella feliz, pero lo bastante vago para poder contar con su fidelidad. Y ahí encajaba yo a la perfección.

Así que nos prometimos, y me metió en la cabeza la idea de mudarnos a París, y yo no era en absoluto reacio a ella. Por el contrario, su deseo apasionado despertaba en mí un deseo apasionado simétrico: el deseo de satisfacer su deseo. Porque nunca en mi vida me había topado con una voluntad tan tenaz o un anhelo tan intenso como el de Julia. Quizá los gurús inspiran en sus discípulos un sentimiento similar a éste: el sentimiento que una mujer con determinación puede generar en un hombre cuya capacidad de pasión, aunque grande, carece de ambición específica o de meta a la que dedicar todo su empeño. En consecuencia, escribí a Harry preguntándole si podría buscarme un empleo en la oficina de París de la General Motors, o en alguna sala de exposición y venta parisina. Me respondió —con toda la razón— con recelo. ¿Había alguna mujer en el asunto?, quiso saber. Le contesté que sí, que había una mujer, ante lo cual él cogió el primer tren de Detroit a Nueva York para investigar qué pasaba. Cenamos los tres juntos, y la velada no fue —como cabe imaginar— lo que se dice un gran éxito. Julia y Harry debieron de detectar al benjamín que había en el otro, porque se miraron con desconfianza desde el primer momento. Harry le hizo multitud de preguntas que yo jamás habría sido tan osado o rudo para hacérselas, y, al hacerlas él, la obligó a revelar dos hechos que hasta el momento se las había arreglado para ocultarme. El primero, que era judía. El segundo, que era divorciada. El que fuera judía no me sorprendió gran cosa. Ya lo había imaginado. El que fuera divorciada —he de reconocer— fue para mí algo parecido a un golpe. Después de dejar a Harry en un taxi, tuvimos una escena lacrimógena. Me dijo que no había querido decirme que era judía por miedo a que yo tuviera escrúpulos religiosos, y que no había querido hablarme de su ex marido por miedo a que el hecho de ser divorciada pudiera suponer un menoscabo en la opinión que tenía de ella. Había sido mucho tiempo atrás, siendo Julia muy joven. El nombre de su ex marido era Valentine Breslau. No se habían amado. La unión se la habían impuesto sus respectivos padres, que querían reforzar una alianza empresarial entre las dos familias. Valentine había prometido que la

llevaría a París de luna de miel. Pero en lugar de a París la había llevado a las Poconos. Le había hecho peticiones «odiosas», y cuando ella se negó a satisfacerlas, se dedicó a las prostitutas. Durante seis meses Julia soportó sus brutalidades, hasta que un día no pudo aguantar más y lo abandonó, y volvió con sus padres. Valentine le suplicó que volviera. Ella se negó. Sus padres le suplicaron que volviera con él. Ella no les hizo caso. Su padre fue una «bestia» al respecto —me contó Julia—, más preocupado por el consorcio empresarial cuya viabilidad ponía en peligro aquel divorcio que por el bienestar de su propia hija. Poco tiempo después, su padre murió de un ataque al corazón. Mientras me contaba esto, Julia rompió a llorar. La estreché entre mis brazos y le prometí que yo haría que todo fuera bien, incluso con su madre. Julia estaba convencida de que su madre tenía poderes. Podía leer la mente de Julia. A modo de ejemplo, Julia le contó la historia siguiente: una tarde, poco después de su divorcio, ella y la señora Loewi tuvieron una fuerte disputa, al final de la cual Julia abandonó el apartamento de sus padres, jurando que no volvería nunca más. Pasó unas horas en un taxi, por las calles de la ciudad. Al cabo decidió alojarse en un hotel. Y el hotel en cuestión —me aseguró— no era ningún hotel famoso; y Dios sabe que hay miles de hoteles en Nueva York. Bueno, pues el caso es que, fuera como fuere, el director parecía estar esperándola: sabía su nombre, y le dijo que no había habitaciones. Horrorizada, Julia huyó a otro hotel, y allí también la esperaba el director, que sabía su nombre y le dijo que no había habitaciones.

Julia interpretaba el episodio del modo siguiente: su madre, adivinando los hoteles adonde intentaría ir su hija —adivinándolos incluso antes de que su hija se decidiera por ellos—, había telefoneado a los directores y les había dicho que su hija iba a llegar a la recepción en breve, y que no tenía intención de pagar la factura.

Me eché a reír. Y dije que me parecía una tontería.

A Julia no le hizo ninguna gracia.

—Puede que tuviera espías —dije.

—No los necesita —dijo Julia.

Decidí ir a ver a su madre. Le diría a la señora Loewi que iba a casarme con su hija a cualquier precio. Iba a casarme con ella incluso sin la bendición de la familia. Que me casaría con ella aunque la repudiaran. No le conté nada a Julia de mi plan. Sabía que trataría de disuadirme. En el apartamento de los Loewi, un viejo criado me hizo pasar al comedor. Aunque el recinto daba a Central Park, las cortinas estaban echadas, como para demostrar que la familia se podía permitir hacer caso omiso de la vista. La mesa era larga, con sillas recargadas e incómodas. La señora Loewi me estaba esperando. Me pareció una dama extraordinariamente anticuada, con modales propios, como su

atuendo, del siglo anterior. Estaba a la cabecera de la mesa, y yo me senté a su derecha. Tomamos té. Durante toda mi perorata, ella permaneció con las manos rechonchas enlazadas delante de ella. Su cara era impasible. Al final dejé de hablar. Transcurrieron unos segundos, y entonces pronunció una frase única y clara: «Le ruego que reconsidere su decisión.» Eso fue todo. Su voz era más aguda de lo que me esperaba; menos enérgica, más juvenil. Esperé a que dijera algo más. No dijo nada. Me quedé consternado. Había esperado postergaciones, amenazas, y cuando menos un intento de comprarme que yo galantemente rechazaría; pero, en lugar de ello, me encontraba ante aquella especie de recomendación escueta, expresada de forma desapasionada y como nacida de un sentido del deber. Al final me levanté. Ella me imitó. De pie, la señora Loewi era incluso más baja que Julia, aunque más robusta. Me llegaba hasta el codo. Me acompañó hasta la puerta, donde me dio la mano. Por primera y única vez, la miré a los ojos. ¿Y qué vi en ellos? Compasión. Alivio. Y un ápice de astucia.

En el rellano llamé al ascensor. Mientras bajaba, el empleado me dirigió lo que a mí me pareció una mirada impertinente. En el vestíbulo, el portero, después de acompañarme a la puerta giratoria, la empujó con tal fuerza que hubiera caído de bruces al otro lado, en la acera, si un transeúnte no lo hubiera evitado. Estaba seguro de que había sido un empujón deliberado. Pero no volví a entrar para darle un puñetazo en la mandíbula al portero; en lugar de ello, me alejé de allí a toda prisa. Me dirigí hacia el sur, hacia mi apartamento, donde me esperaba Julia.

Fue entonces, por primera y última vez, cuando dudé de la mujer con la que pronto iba a casarme. Dudé de ella tanto que me asusté; me refiero a que me asustó la *duda*, no el pensamiento que la había generado: que Julia podía ser una mentirosa y una farsante. Porque nunca son los hechos, ¿no es cierto? Es siempre la duda… Así, no hacemos caso a ninguna de las señales de advertencia, por evidentes que éstas sean, y no permitimos que nada interfiera en la obtención de lo que queremos. Lo cual nos hace a todos mentirosos y farsantes…

Llegué al apartamento, y allí estaba, mi Julia, intensa en su ira y su horror, preparada para lo peor. Porque de un modo u otro —quizá a través del portero o del criadose había enterado de mi visita a su madre. «¿Qué mentiras te ha contado de mí?», me preguntó. A modo de respuesta, le tapé la boca con un beso. Le aseguré que no importaba, que todo iría bien. Para entonces Harry se las había arreglado para conseguirme el puesto en París, no muy convencido de lo que hacía, según quiso dejarme claro. No confiaba en Julia. Dijo que le caía muy mal. Y que no me creyera que mi trabajo en París iba a ser una perita en dulce. Estaba a prueba. Mi jefe informaría

directamente a Harry de mis progresos. Harry había tenido que «cobrar un montón de favores» para conseguirme aquel puesto, me advirtió, y si fracasaba sería él quien pagaría las consecuencias. El destino de mi hermano pequeño estaba en mis manos; lo mismo que el mío estaba en las suyas. «Y claro que me gustaría a mí también dar el salto y vivir en París», añadió. «Pero alguien ha de cuidar de la pobre mamá.» Unos días después, Julia y yo nos casamos en una oficina del registro civil. Al día siguiente zarpamos rumbo a Francia en el *Aquitania*. Fue ya a bordo del barco cuando envió a su familia el famoso telegrama en el que juraba no volver a pisar jamás suelo norteamericano.

Desearía poder decir que París estuvo a la altura de las expectativas de Julia. Por desdicha, sin embargo, no fue así. Quizá nunca lo esté para aquellos que albergan tales expectativas en relación con la ciudad. Yo no albergaba expectativa alguna a ese respecto, y por tanto fui feliz allí. Me gustaba mi trabajo. Los coches me interesaban, al igual que las peculiaridades de dirigir una sucursal norteamericana de Buick en una ciudad europea. Asunto acerca del cual, solía bromear, podría escribir un libro; y era verdad. Cruasanes por la mañana, bistec a la pimienta en el almuerzo, una copa de Cointreau después del trabajo, antes de volver a casa con Julia, mi Julia. Bella y ardiente y cambiante e inquieta. Al final no había cumplido su destino artístico. Más bien se había vuelto una mujer de moda, ociosa y un tanto vanidosa, que se pasaba el día visitando boutiques y leyendo el *Vogue*, y consultando a decoradores de interiores en un esfuerzo incesante por conseguir que nuestro apartamento encajara con sus fantasías de juventud. Ni una sola vez en todos los años de nuestro matrimonio ha mirado ella a otro hombre, puedo asegurarlo, pese a que muchos hombres la han mirado a ella. Si algo era Julia era mojigata. Una parte desmesurada de su tiempo lo empleaba en hacer solitarios. Ahora veo que su energía sólo valía para los primeros tramos ascendentes. No sabía escribir más que primeros capítulos. Los del medio —el vasto texto de la mitad— podían con ella. Y su familia —pese a la gran distancia que nos separaba de ella— nunca se hallaba demasiado lejos. Julia se los encontraba constantemente en cafés y restaurantes y calles de París. Estábamos sentados, por ejemplo, en una mesa del Café de la Paix un domingo soleado a primera hora de la tarde; yo levantaba la cabeza de la carta y descubría que Julia se había ido. Se había esfumado. Cuando volvía, minutos después, llevaba gafas oscuras. «Es la tía Sophie. Mira, allá está…», susurraba. O: «Allí está mi primo Hugo.» O: «La tía Louise… Debe de estar de vacaciones.» Era el pie para que yo pidiera la cuenta, hubiéramos comido ya o no. No tengo ni idea de cuántos de aquellos fantasmas eran realmente los parientes que Julia

creía que eran. Aun así, yo siempre la complacía. ¿Cómo habría podido no hacerlo? Pues a la vista de ellos Julia se ponía realmente pálida, y luego, en el taxi, el corazón le latía con tanta fuerza en el pecho que hasta yo podía percibirlo… Yo quería hacerla feliz; hacerla feliz era mi vocación, y las más de las veces tenía éxito. O eso creía. Por supuesto, era un necio. Envanecido en mi saciedad, varonilmente satisfecho de satisfacer hasta el más pequeño de sus deseos, no veía algo que era obvio incluso para ella: que sus deseos eran humo; que su satisfacción era humo… Hasta que una mañana, al despertar, descubrí que aquella carga de procurarle constante cuidado estaba esquilmándome la vida. Me había convertido en mi hermano.

5

Antes de la cena fui a Bertrand, la librería de la Rua Garret. Quería ver si tenían alguna obra de Xavier Legrand, y ¡vaya si tenían! La que compré se titulaba *La salida honrosa*. Según leí en la contracubierta, trataba de un político francés al que, la víspera de su detención por el asesinato de la persona que le hacía chantaje, encuentran muerto en su despacho. Al parecer es un suicidio. El caso parece, pues —como se suele decir—, cerrado nada más abrirse, hasta que el protagonista, el inspector Voss de la Sûreté de París, llega al escenario del crimen y expresa sus dudas, no sólo acerca de que el político se haya quitado la vida sino también de que haya matado realmente al chantajista. Así, nuestro buen inspector tiene en sus manos no un asesinato sino dos.

Aquella noche me llevé el libro al Suiça. Pensaba pedirle a Edward que me lo dedicara. Pero en cuanto lo vi, lo pensé mejor y me abotoné el bolsillo de la chaqueta donde me había metido el ejemplar. Los Freleng habían elegido ya una mesa en la acera. Al acercarnos Edward se levantó y me hizo una seña con la mano. Desde la última vez que lo había visto, se había afeitado (vi que tenía dos pequeños cortes en una mejilla), e Iris se había quitado la redecilla y se había recogido el pelo holgadamente en lo alto de la cabeza. Me había hecho a la idea —quién sabe por qué— de que tenía el pelo castaño. Pero en realidad era de un rojo brillante. Llevaba una falda campesina y una blusa de ganchillo que le daban un aire de poetisa eduardiana. Hasta donde podía yo apreciar, no llevaba maquillaje, lo cual me hizo temer que pudiera cohibir de alguna forma a Julia. Pese a su inicial renuencia, Julia había cedido a su impulso y se había comprado un vestido negro. Y se había puesto sus perlas. Y llevaba los zapatos que durante el largo viaje desde París había reservado por si se presentaba una ocasión en la que necesitara un calzado impecable. La piel le brillaba como pulida por las cremas.

Apenas nos habíamos sentado cuando Daisy, que estaba tumbada a los pies de Edward, se levantó con un gruñido, tropezó con Julia y se puso a lamerle un tobillo.

—Daisy, por favor —dijo Edward.

—Tendrá que perdonarla —dijo Iris—. Lo lame todo últimamente.

Zapatos, mantas, calcetines sucios.

—Es verdad —dijo Edward—. Hasta cuando sube las escaleras chupa cada escalón antes de poner la pata encima. Supongo que para cerciorarse de que es real.

—Daisy, ya basta. Deja en paz a Julia —dijo Iris.

—Está bien, no se preocupen —dijo Julia, alargando la mano hacia abajo para darle unas palmaditas en la cabeza, y para apartarla de sus tobillos.

—Nunca hemos estado en Pyla —dije—. ¿Qué tal es?

—Un pueblecito de pescadores típico —dijo Edward—. Con unos cuantos hoteles que, hacia el final, estaban llenos de belgas.

—Para ellos era el lugar adonde huir —dijo Iris.

—¿Y su casa? —preguntó Julia.

—Rústica. Siempre con la chimenea encendida en invierno.

—Nos mudamos allí sobre todo por Daisy —dijo Edward—. Ya se imaginan… Se pasó la juventud viviendo en hoteles, sin espacio para correr (a excepción de los pasillos, siempre perseguida por las criadas). Así que, siendo ya vieja, merecía hacer las cosas para las que estaba destinada: sacar erizos de sus madrigueras, revolcarse sobre espinas de peces muertos.

—Daisy tiene debilidad por los peces muertos —dijo Iris—. Edward la llevaba de paseo a la playa todas las tardes, y si había un pez muerto a la vista, podías apostar que echaba a correr hacia él como un rayo.

—¿De veras?

—Teníamos además una maravillosa cocinera, Celeste, que hacía todo tipo de platos especiales para ella, sólo para venir luego muy enfadada para quejarse: «*Madame, j'ai préparé pour le chien un ragoût de boeuf, eh bien, il va dans le jardin manger les crottes de chat. Comme si c'était des bombons*!»

—¿Puedo subírmela encima de las rodillas? —dije.

—Qué buena idea —dijo Julia.

Levanté a la perrita del suelo (lo cual le permitió a Julia recoger las piernas debajo de la silla). Ahora la cara de Daisy estaba apenas a unos centímetros de la mía. Tenía los ojos nublados, y los dientes de un tono amarillo castaño. Sin demasiada alharaca, dio un par de vueltas sobre sí misma, se hizo una bola y se puso a dormir.

Tan subrepticiamente como pudo, Julia mojó la servilleta en su vaso de agua y se la llevó al tobillo que le había lamido Daisy.

—¿Y ustedes? —dijo Iris—. ¿Dónde vivían en París?

Julia torció el gesto ante el verbo en pasado.

—En el Dieciséis —dijo—. En la Rue de la Pompe.

—Oh, conozco esa zona. Tan… burguesa. ¿Cómo era su

apartamento?

—Bueno, ya sabe, típicamente parisino. *Parquet, moulures, cheminée*, como suele decirse.

—Lo acabábamos de redecorar —dije.

—La decoración original era Imperio —dijo Julia—. Elegante pero recargada. Pero conocí a ese decorador maravilloso, un genio, la verdad, y ahora casi no reconocemos nuestra propia casa.

—¿Ah, sí? ¿Qué es lo que hizo?

—Primero quitó el empapelado y encaló todas las paredes. Luego lijó todos los paneles y los dejó de color casi crudos. Después, donde solía estar la gran alfombra Aubusson, puso una alfombra sencilla de lana, y enfrente de la chimenea colocó un sofá blanco de piel y un par de sillones cuadrados con los lados de pergamino y una mesa de zapa…

—¿Qué es zapa? —preguntó Edward.

—Piel de pez —dije.

—Piel de tiburón —me corrigió Julia—. Y unas cuantas piezas Luis XV para rematar las cosas. Y las paredes desnudas. Sin nada en absoluto. Ésa es su firma.

—Y una pantalla para ocultar el piano —dije—. No sé qué tendrá ese hombre contra los pianos.

—Puede que su madre le obligara a tocar Brahms —dijo Edward, y guiñó un ojo.

—Y las obras fueron de tal envergadura que tuvimos que mudarnos a un hotel durante dos meses —dijo Julia—. Y no las terminaron hasta el noviembre pasado.

Con la punta seca de la servilleta se dio unos toques en los ojos.

—Hicieron fotos —dije—. Pueden verlas si quieren en *Vogue*. El *Vogue* norteamericano. En el número de febrero.

—En el de marzo.

—¡Qué fantástico! —dijo Iris—. Tuvo que ser horrible marcharse de su casa.

—Oh, sí, lo fue… —dijo Julia.

—¿Tienen a alguien cuidándola? —preguntó Edward.

—La portera —dijo Julia.

—Si aún sigue en París —dije yo—. Yo creo que ya se habrá ido también.

—Por supuesto que no se ha ido de París —dijo Julia—. No todo el mundo se ha ido de París. Algunos franceses sienten que su deber patriótico es quedarse.

—¿Y el decorador?

—Espero por su bien que se haya ido de París —dije—. Porque es

judío y… —A punto estuve de decir «marica», pero no lo hice—. Pero no lo hemos visto aquí en Lisboa, y eso me hace temer que no haya conseguido salir de Francia.

—Jean tiene amigos en Marsella —dijo Julia—. Seguramente habrá ido a vivir con ellos.

—O puede que esté en Portugal pero recluido, en *résidence forcée* —dijo Edward—. Ese periodista… del *Chicago Tribune*, creo, nos habló de ello el otro día.

Según ese periodista, continuó Edward, la policía política portuguesa había cancelado el servicio ferroviario desde Vilar Formoso, en la frontera española, hasta Lisboa. Ahora sólo los ciudadanos británicos y norteamericanos podían cruzar la frontera y seguir hasta la capital, con la sola excepción de aquellos que podían presentar visados válidos para países no europeos y pasajes en barcos con destino a África o a alguna de las Américas—. De los cuales debe de haber sólo unos cuantos.

—¿Y los demás?

—Aquí es donde aparece en escena la *résidence forcée*. Son, en esencia, centros costeros y balnearios, lugares en los que hay muchos hoteles que normalmente estarían llenos pero no lo están por culpa de la guerra. Bien, allí es donde los están mandando, a los refugiados. Y no se les permite irse.

—*Résidence forcée* —dijo Iris en tono burlón—. Un nombre muy fino para un campo de concentración.

—Si lo piensa bien, es una genialidad de Salazar —dijo Edward—. Porque si los metiera en un campo de concentración de verdad, tendría que «pagar la cuenta». Mientras que así son *ellos* los que la pagan.

—Pero si no se les permite venir a Lisboa, ¿cómo van a poder ir a sus consulados a solicitar los visados para poder marcharse?

—Exactamente. Ése es el problema. Y aún hay muchos otros que no consiguen visados…

—Tiene usted razón, señor —dijo un anciano calvo que estaba sentado a la mesa de al lado—. A mí me la han negado hoy mismo. Y a mi mujer.

—¿Oh, sí? —dijo Edward.

El anciano asintió con la cabeza. Era un hombre muy delgado, y vestía un buen traje que claramente no había ido al tinte en muchas semanas. Con él había una mujer de baja estatura y porte regio. Llevaba unos inmensos pendientes de diamantes, y sobre el respaldo de su silla había un abrigo de pieles.

—Señor, venimos de Amberes —dijo el anciano—. Soy de profesión…, ¿cómo lo llamarían ustedes…? *Comptable*. Aunque somos

naturales de Letonia, mi mujer y yo llevábamos veinte años viviendo en Bélgica. Y hace quince que somos ciudadanos belgas. Nuestros hijos son belgas y se alistaron en el ejército belga. Bien, cuando empezaron a caer bombas, no tuvimos otra opción que irnos de Amberes. Desde la frontera viajamos a París, y de París a Burdeos, como todo el mundo, con un colchón en la baca del coche… Pero ¿sirve de mucho un colchón, señor? Por todas partes, a lo largo de la carretera, ¿qué vemos sino coches con los cristales hechos añicos, llenos de cuerpos, y con colchones en las bacas, intactos? Se habría podido dormir perfectamente en ellos.

»Luego, en Burdeos, nos dan visados. Cruzamos la frontera de España, cruzamos España, pensando todo el tiempo que Lisboa era nuestra salvación. Lisboa, sí, el puerto de la libertad. Y al final llegamos, ¿y qué nos encontramos? ¿Libertad? ¡Bah! ¡Un espejismo! ¡Una mentira! El cónsul estadounidense nos dice: "Bien, Fischbein, ahora necesito cinco copias de cada solicitud de visado, dos copias del certificado de nacimiento, una copia certificada de los impuestos, y la señora lo mismo." "Pero, señor", le digo, "cuando llegaron los alemanes, no tuvimos más que dos horas, no pensamos en que necesitaríamos lo de los pagos de impuestos." "Oh, bueno, lo siento, Fischbein", dice. "Ah, y tiene usted que traerme también un papel de su banco que diga que tiene fondos suficientes, y las cartas de dos fiadores en los Estados Unidos." "Pero eso es imposible, señor", digo. "El banco ha sido requisado por los alemanes. Nuestra cuenta ha sido confiscada, mi empresa ha sido confiscada." "Ah, bueno, lo siento, de verdad", dice él, "pero no está en mis manos; son las leyes de los Estados Unidos." "Bien", digo yo. "Sí, las leyes en tiempo de paz, pero ahora estamos en guerra… Deben cambiar esas leyes." "Pero, señor", dice él, "hay cupos para cada país, y para Bélgica el cupo es de cuatrocientas noventa y dos personas." Cuatrocientas noventa y dos personas, sí, mientras que para Inglaterra es de treinta y cuatro mil siete.

—¿De dónde ha sacado usted esas cifras? —preguntó Edward.

—Lo he calculado yo mismo. —Del bolsillo de la chaqueta sacó una hoja de papel cebolla con el logo del Suiça—. Mire, señor. Según su propio Departamento de Estado, el cupo de inmigración para cada país europeo se fija tomando el porcentaje de los ciudadanos norteamericanos nacidos en ese país, según el censo de 1920, que ascienden a ciento cincuenta mil. Así que yo he calculado…

De pronto Madame Fischbein alzó las manos al aire.

—Abel, ¿por qué pierdes el tiempo? —clamó—. ¿Es que no ves lo que tienes delante de los ojos? No nos quieren, nadie nos quiere, somos *les ordures*, y lo más que podemos esperar es que nos suban a una barcaza llena de desechos y nos manden a…, Dios sabe adónde, la

Terre de Feu.

—Pero no es justo.

—¿Desde cuándo importa lo que es o no justo? —Se volvió hacia Edward—. Señor, debo pedir disculpas por mi marido. No tolera la realidad, vive en un sueño. No un sueño placentero, un sueño de cifras, de números, se pasa el día haciendo su aritmética, una y otra vez, es una especie de locura. Qué cupo es éste, qué cupo es aquél. Le pido perdón. Abel, tenemos que irnos.

Madame Fischbein se levantó con ademán majestuoso. Iba profusamente enjoyada: tres o cuatro sartas de perlas en el cuello, media docenas de pulseras en cada muñeca, anillos de oro en todos los dedos.

—Pobrecillos —dijo Iris cuando se hubieron ido—. Debe de llevar puestas todas las joyas que tiene.

—Seguramente es todo lo que han podido llevarse en la huida —dije.

—En la antigüedad, a los muertos se les enterraba con monedas bajo la lengua —dijo Edward—, para que pagaran a Caronte el paso de la laguna Estigia.

6

El lector quizá ha observado que, en la conversación reseñada más arriba, mi mujer no pronunció ni media palabra. Puedo asegurarle a ese lector, sin embargo, que estuvo escuchando. Lo sé por el modo en que iba pasándose entre los dedos las perlas, como sartas de cuentas.

De todos los argumentos inflexibles que yo había esgrimido contra su deseo de quedarse en Europa, el que más le costó rebatir fue el de que era judía. En este punto siempre se había mostrado susceptible, y no porque fuera antisemita. Es decir, no ocultaba el hecho de serlo ni mostraba un odio explícito por su raza, o por sí misma por pertenecer a ella. Y sin embargo pienso que consideraba una carga ser judía, y que hubiera pagado un precio muy alto por verse liberada de ella. Es a menudo el caso de esos aspectos de nuestra identidad que no nos importan nada personalmente pero que les importan mucho a aquellos con quienes tenemos que tener tratos materiales para vivir en este mundo. Tal vez habría sido diferente si Julia hubiera tenido algo parecido a un sentimiento religioso, o hubiera vivido alguna experiencia personal relacionada con la persecución antisemita aparte de saber que, de haber pretendido alquilar un apartamento en la Quinta Avenida, sus padres habrían obtenido una negativa rotunda y grosera. Pero sus padres nunca intentaron alquilar un apartamento en la Quinta Avenida, y éste es el punto crucial. No era el modo Loewi de causar problemas. Era el modo Loewi de orillar los problemas, o de ignorarlos, o ambas cosas.

París, por supuesto, era otra historia. No se podía vivir en París en aquellos años sin tener conciencia del odio hondo y permanente que muchos franceses sentían por sus propios judíos, y, aún más intensamente, por los judíos forasteros. A raíz del caso Dreyfus, este odio había permanecido soterrado durante un tiempo, para volver a brotar, al principio con cautela, tras el ascenso al poder de Hitler. Se percibía más como una amenaza insidiosa y vaga que como un peligro manifiesto. A partir de mediados de la década de los años treinta, a nuestra portera, Madame Foucheaux, a quien teníamos tanto afecto (al margen de esto), y a quien hubiéramos confiado nuestra propia vida, se la veía a menudo en su pequeña jaula de cristal de la portería,

leyendo *Je Suis Partout* y *Gringoire* a la luz cérea y amarillenta de la lámpara del techo. Su hijo JeanPaul, que vivía con ella, estaba suscrito a ambos periódicos, y le pasaba a su madre los números atrasados cuando él había terminado de leerlos. Aunque Jean-Paul era un redomado fascista, siempre era sumamente cortés con nosotros, se quitaba la gorra ante Julia y la ayudaba a llevar los paquetes. Llegué a la conclusión de que no tenía la menor idea de que Julia era judía. Dicho lo cual, añadiré que había varios vecinos en el edificio que sin ningún género de duda eran judíos, y a quienes Jean-Paul rechazaba hasta el punto de hacer alarde de tal rechazo. En la puerta de unos de esos vecinos, un médico austriaco y su mujer, se garabatearon esvásticas e injurias difamatorias en tres ocasiones diferentes en el curso de 1938. Nadie albergaba la menor duda sobre quién era el autor de tales actos vandálicos; ni siquiera —intuyo— la pobre Madame Foucheaux, que sacudía la cabeza y lloraba. Sin embargo nadie dijo o hizo nada, y cuando al final el matrimonio se fue del edificio, y Jean-Paul, al pasar a nuestro lado en el portal, se quitó la gorra ante Julia como de costumbre y masculló algo parecido a «¡Ya era hora de que se fueran!», Julia no entendió sus palabras o hizo como que no las había entendido.

Creo que lo que a mi mujer le resultaba enormemente frustrante era no poder librarse de su condición de judía lo mismo que se había librado de su vida en Nueva York, o como se habría librado de un vestido que se hubiera quedado anticuado. En esto se parecía a muchos burgueses judíos que, al considerarse primero franceses y luego judíos, cometieron el error de suponer que Francia iba a considerarlos de igual modo. Pero Francia no lo hizo; ni, a decir verdad, tampoco lo hizo nuestro país, los Estados Unidos. Más tarde supe que cuando Jean, el decorador de Julia, llegó a Nueva York desde Buenos Aires a finales de 1940, el funcionario de emigración tachó «francés» en el censo de pasajeros y escribió «hebreo» a lápiz encima de su nombre. Gracias a Dios Julia nunca tuvo que pasar por algo semejante. Un trance semejante la habría matado.

Muy raras veces —si es que lo hizo alguna vez— me habló de sus parientes en Alemania. Ignoro hasta qué punto sabía de ellos. Dado lo unida que estaba su familia, no puedo creer que no tuviera conocimiento de cómo les iban las cosas, o que no se preocupara por su difícil situación. Si estaba al tanto de ella, nunca lo manifestó, creo que porque hablar de sus parientes alemanes habría supuesto reconocer la amenaza nazi de forma que podría haber restado fuerza a sus argumentos para quedarse en Europa. Me resulta asombrosa la capacidad del ser humano para engañarse a sí mismo, algo de lo que yo mismo me declaro tan culpable como el que más, tanto cuando lo que está en juego es algo que perder como cuando es algo que ganar.

Y quizá esta capacidad es positiva, algo necesario, un talento que debemos cultivar para sobrevivir, hasta que llega el día en que nos mata. En cualquier caso, conocía bien a mi mujer, y por tanto sabía que su silencio durante nuestra conversación con los Fischbein era un silencio de alerta y de miedo, y que el mero hecho de haber seguido allí sentada mientras hablábamos sin levantarse de un brinco o ponerse a gritar le había exigido todas las reservas de buenos modales que su institutriz le había inculcado en su juventud, y que había tenido que hacer un gran esfuerzo.

Y entonces Edward alargó el brazo en el aire, y dijo que deberíamos irnos, y pidió la cuenta al camarero. De esa manera tan típica de los hombres norteamericanos, rivalizaron por quién pagaba la cuenta. Ganó Edward, lo que indica cuán desprevenido estaba yo, ya que en las batallas por pagar la cuenta no suelo ser manco.

—Les voy a llevar a un pequeño y maravilloso restaurante que he descubierto —dijo, mientras nos alejábamos cruzando el Rossio—. Se llama Farta Brutos. Sí, en serio. Así se llama.

—¿Significa lo que me suena a mí que significa? —pregunté.

—Una traducción literal sería algo así como «brutos hartos» —dijo —. Acuérdense de Brutus, el de *Popeye*.

—La comida no es que sea exactamente refinada —dijo Iris—. Pero ¡es auténtica!

—Suena genial —dijo Julia, con voz que delataba su desazón. Gambrinus, el restaurante preferido por los refugiados más ricos, era más de su agrado. Habíamos cenado en él días antes, y en la mesa de al lado estaba Cartier.

—Me alegro de que le agrade —dijo Edward—. Yo, personalmente, no tengo paciencia para esos sitios para turistas.

Rodeó con un brazo los hombros de Julia. Ella dio un respingo. Apretaron el paso, hasta llegar a distanciarse unos tres metros de Iris y de mí. No podía andar más rápido sin dejar atrás a Iris, que tenía que ocuparse de Daisy y se veía forzada a pararse cada varios segundos para que la perrita olfateara y mojara los puntos que elegía en la acera.

—Su mujer es tan guapa —dijo Iris—. Tan… menuda. Cuando yo era niña, habría dado cualquier cosa por ser así de menuda. Crecí muy pronto, ¿sabe? Al cumplir quince años medía ya uno ochenta. Las chicas de mi colegio (unos auténticos cielos, las criaturas) me llamaban Cigüeña. Para compensar, se me cargaron los hombros, y ahora sufro un encorvamiento crónico de la columna que tengo que agradecerles.

—Qué horror.

—Oh, hay cosas peores. Además, cuando estoy con Edward no lo

sufro tanto. Con otros hombres, quizá porque mi timidez les hace sentirse tímidos. Apocados. Usted, por ejemplo.

—¿Yo? Yo no me siento apocado.

—Entonces, ¿por qué no me ha pasado un brazo por el hombro como ha hecho Edward con Julia? Admítalo. No lo ha hecho porque le intimido. Pero no se preocupe. De hecho no quiero que me pase un brazo por el hombro.

—De acuerdo.

—Eso de que las parejas se intercambien durante el paseo… lo encuentro bastante aburrido. ¡Mire lo que le saca de altura! Imagino que está embelesado. Tiene muy buena mano con las mujeres. ¿Sabe lo que me dijo la primera noche que pasamos juntos? Me dijo: «Me gustaría pintarte en la pose de la *Madonna del largo cuello*, de Parmigianino.»

—¿De veras?

—Y yo le pregunto: ¿cómo iba a poder resistirme a él después de esto? Nadie me había comparado nunca con una pintura. Así que me casé con él.

La distancia entre Iris y yo y Edward y Julia había aumentado. Al otro extremo de ella, la risa de Edward ya no era tan sonora. Julia caminaba muy erguida. ¿Qué le estaba diciendo su acompañante?

Íbamos en dirección al Elevador de Santa Justa, en el que, pese a hallarse a un tiro de piedra de nuestro hotel y ser una de las grandes atracciones de Lisboa, ni Julia ni yo habíamos montado todavía; otra de las muchas cosas que nosotros aún no habíamos hecho durante nuestra semana de estancia en la ciudad, y que los Freleng sí habían hecho en la suya de apenas setenta y dos horas. La primera vez que vi el Elevador, pensé que era una torre medieval. Tenía una azotea almenada. E incluso parecía inclinada; una ilusión óptica, supe muy pronto, ocasionada por la absoluta verticalidad de la ciudad, del mismo modo en que los edificios viejos, encaramados en sus perchas, se escoran. Casi nada es llano en Lisboa, pero las colinas son empinadas, lo que explica la necesidad de los llamados *elevadores*, la mayoría de los cuales son en realidad funiculares, que corren como arterias a través del entramado de calles estrechas que reptan laderas arriba. De hecho, el Elevador de Santa Justa es el único de ellos que es propiamente un ascensor. El hueco metálico por el que ascienden las cabinas alcanza una altura de casi cincuenta metros.

—Así que no sorprende en absoluto —dijo Edward cuando nos reagrupamos las dos parejas— que el arquitecto que lo construyó hubiera estudiado con Eiffel.

—Hablando de Eiffel —dijo Iris—, ¿saben lo que pasó cuando Hitler entró en París? Que quiso subir a lo alto de la Torre Eiffel en el

ascensor, pero los mecánicos cortaron los cables eléctricos.

—¡Bravo por ellos! —dije.

—Y sólo se quedó una noche. Supongo que París era demasiado exuberante para su gusto.

Entramos en la primera de las cabinas. Sus paneles eran de roble pulido, y la había fabricado —nos informaba una placa de bronce— R. Waygood & Co., ingenieros de Londres.

—Una prueba más de los firmes lazos existentes entre Inglaterra y Portugal —dijo Edward, haciendo piruetas para zafarse de la correa de Daisy, que se le enrollaba entre las piernas—. La más antigua de las alianzas europeas que sigue en pie; probablemente es la única razón por la que permiten a los británicos llegar hasta Lisboa en lugar de condenarlos a la *résidence forcée*.

—¿Y los norteamericanos? —dijo Julia.

—Norteamérica es neutral, así que no hay problema.

—Hablando de Inglaterra —dijo Iris (yo había descubierto ya que era una de sus frases preferidas, ya que le permitía cambiar de tema de conversación a voluntad)—, ¿han oído que el duque de Kent está en la ciudad? Va a ser el huésped de honor en la inauguración de la Exposición de Salazar, donde también habrá delegaciones de Francia y Alemania.

—Dejemos que Salazar junte a esos tres a comer en el mismo comedero —dijo Edward.

—Es otro lugar en el que tampoco hemos estado —dije—. La Exposición.

—La Exposición del Mundo Portugués —dijo Edward, adoptando una voz de cicerone—. Celebra el doble centenario de la nación… Portugal se fundó en 1140, y se independizó de España en 1640.

—He oído que es espléndida —dijo Julia—. Dicen que han traído todo un poblado de Angola para la ocasión.

—¿No es horrible? —dijo Iris—. Esa pobre gente, exhibida dentro de un cercado de cuerdas. Como animales en el zoo. —Miró a Daisy, que se había dormido en el suelo del Elevador—. Bueno, pues como iba diciendo, el duque de Windsor no está en la ciudad porque está en la ciudad el duque de Kent. Él y la duquesa de Windsor tienen que esperarse en Madrid hasta que Jorge se vaya. Están furiosos, pero no pueden hacer nada, porque sería una ruptura del protocolo que los dos hermanos estuvieran en el mismo país al mismo tiempo.

—¿Cómo es que sabe todo eso?

—Escucho a escondidas. Es parte de nuestro método. Capto el cotilleo, y de ahí saco una trama. Luego Eddie recoge los hechos para que podamos estar seguros de que se ajustan a la realidad.

—¿Qué era aquello que decía Oscar Wilde? —dijo Edward—.

«Cualquiera puede escribir con acierto.»

—«Cualquier puede *tocar* con acierto.» Se refería al piano.

—Lo que mi mujer dice es que ella es el cerebro de la operación. Y que yo me ocupo del trabajo ingrato. Me cercioro de que los hechos de los que parte son ciertos, pues normalmente no lo son. Corrijo su ortografía, que normalmente es atroz.

—¿Así que están escribiendo una novela ambientada en Lisboa? —dijo Julia—. Qué interesante. Me pregunto si acabaremos apareciendo como personajes en ella.

—No le dé ideas —dijo Edward.

—Parte de la idea…, bueno, aún está en una fase embrionaria, de un suicidio en un hotel de Lisboa —dijo Iris—. Un suicidio *aparente*. Se me ocurrió la idea porque fue así como conseguimos la habitación. ¿Saben? Habíamos probado suerte en más de una decena de hoteles, y cuando lo intentamos en el Hotel Francfort fue como dar palos de ciego. Y, para nuestra sorpresa, el director nos dijo que justo aquella mañana había quedado una habitación libre. El huésped que la ocupaba…, fueron sus palabras exactas, «había tenido que marcharse repentinamente, en mitad de la noche». Les pregunto a ustedes: ¿cuál es la probabilidad de que alguien, en la circunstancia histórica que atravesamos, deje un hotel de Lisboa de pronto, en mitad de la noche?

—Iris se pasó todo el día escudriñando la habitación para encontrar pruebas —dijo Edward—. Grietas en el techo, en caso de que se hubiera ahorcado. Sangre en las baldosas.

—¿Encontró algo? —preguntó Julia.

—Por desgracia, no —dijo Iris—. ¿Pero qué importan los hechos?

—¿Cómo van a situar a su detective en Lisboa? —pregunté yo.

—Es judío. Habrá venido a Lisboa por la misma razón que nosotros.

—¿Usted es judía?

—No. Eddie es judío.

—Julia ya lo sabe —dijo Edward—. De hecho, lo hemos estado hablando. Nuestras abuelas son de la misma parte de Baviera. Pensamos que hasta podríamos ser primos.

Julia frunció el ceño. Ahora entendía por qué había estado tan rígida cuando Edward la llevaba cogida de los hombros.

Mientras nosotros charlábamos, el ascensorista, un hombre de edad avanzada con un uniforme que no le quedaba bien y que había estado todo el tiempo junto al bordillo, fumando, apagó el cigarrillo y entró en la cabina. Éramos los únicos pasajeros. Sin embargo, esperó hasta las nueve en punto (las campanadas confirmaron la hora) para cerrar la puerta y poner en marcha el motor. El Elevador crujió, ronroneó e inició el ascenso.

Hay un sentimiento que uno tiene —o yo tengo, al menos— cuando un ascensor asciende: una desazón, casi una ingravidez, como si el suelo hubiera desaparecido debajo de tus pies; un sentimiento, ahora que lo pienso, no demasiado distinto al de pasar a través de una puerta giratoria. Si las mujeres no hubieran estado con nosotros, le habría pasado un brazo por los hombros a Edward. Pero las mujeres estaban con nosotros, y por lo tanto sólo tenía el panel de roble de la pared para apoyarme, mientras al otro lado del cristal la azotea de nuestro Hotel Francfort iba bajando bajo el cielo del crepúsculo y unas bragas se desprendían de una cuerda de tender y se inflaban al aire en su descenso hacia la calle.

Y ya estábamos en lo más alto. Salimos. A nuestra izquierda había una escalera de caracol.

—La mejor vista es a la caída del sol —dijo Edward—. Vamos.

Levantó a Daisy del suelo y empezó a subir por la escalera. Iris y Julia le siguieron. Yo me quedé a la zaga por si tenía que sostener a Julia en caso de que se mareara.

El primer pensamiento que me asaltó cuando llegamos a la azotea fue que las barandillas eran demasiado bajas para impedir que alguien cayera al vacío.

El segundo fue que nunca en mi vida había contemplado una vista parecida.

—¿No es extraordinario? —dijo Edward, acercándose hasta donde yo estaba—. Trescientos sesenta grados. Mire, Pete. Ahí tiene las murallas. Antes, sin las gafas, no podía verlas. Y el río… Podría ser más ancho que el Mississippi. Y el Rossio. Sólo desde aquí arriba se aprecia realmente el efecto náutico, ese rodar de las olas.

—Por favor, Eddie —dijo Iris—. Estás haciendo que me entren náuseas.

Tenía la mano en el estómago.

—Mi mujer sufre de vértigo y de mareos, la pobre —dijo Edward.

—Es verdad —dijo Iris—. Por eso, de todas las formas de suicidio, la de tirarse al vacío es la que se me hace más duro imaginarme. El valor que se necesita…

—Así es como se mató el padre de Jean —dijo Julia.

—¿Quién? —dijo Iris.

—Jean. Nuestro decorador. Su padre se tiró por la ventana del piso donde vivían, en la Avenue Mozart. En 1915. Era alemán, ¿saben?, y aunque llevaba años viviendo en Francia nunca se molestó en cambiar de nacionalidad. Así que cuando estalló la guerra, fue declarado extranjero enemigo, a pesar de tener dos hijos combatiendo en el frente. Combatiendo por Francia. Y los dos murieron con menos de un mes de diferencia uno de otro. Así que se tiró por la ventana.

Refirió esto con la mayor naturalidad, sin inmutarse.

—No me lo habías contado —dije.

—Lo he pensado ahora, cuando ha dicho eso —dijo Julia mirando a Iris— de cómo alguien podía llegar a tener el valor necesario. Bueno, él lo hizo.

Julia se frotó los brazos desnudos, como si de pronto le hubiera entrado frío.

—Estoy seguro de que dice mucho de una persona, la forma que elige para suicidarse —dijo Edward—. Si yo quisiera matarme, me pondría una pistola en la boca. Espectacular pero indoloro. ¿Y usted, Pete?

—¿Yo? Yo no me mataría. Nunca he pensado en ello.

—Oh, venga. Seguro que sí. Todo el mundo lo ha pensado.

Negué con la cabeza.

—Es cierto —dijo Julia—. Está totalmente comprometido con la vida.

Su tono era casi amargo.

Me volví hacia el río. Aunque habían transcurrido muchos años desde que abandoné el Medio Oeste, las costas seguían intimidándome, horrorizándome. La primera vez que vi el Atlántico tenía veinte años. Sentí el impulso de escapar gritando. Me han contado que hay gente del noreste que siente lo mismo la primera vez que se baja de un tren en Kansas o en Nebraska. Las llanuras sin fin, la vastedad del cielo…, les inspiran una especie de terror.

Entonces sucedió una cosa extraña. Las palomas empezaron a dar vueltas alrededor del Elevador. Sin aviso previo, una de ellas se abatió sobre la cabeza de Edward. Él se agachó, y Daisy, de pronto, brincó del suelo ladrando y arremetiendo contra lo alto.

—Quieta, tranquila, chica… —dijo Edward, cogiéndola en brazos.

Pero ella no dejó de ladrar, no dejó de arremeter contra lo alto.

—¿Qué diablos le pasa? —dijo Iris.

—Las palomas —dijo Edward—. Te lo dije. Son infernales.

—Pero Daisy no suele portarse así. Es un terrier. Nunca les había hecho ni caso a los pájaros.

—¿No sería mejor que bajásemos? —dije—. Está anocheciendo.

—¿No es increíble —dijo Julia— lo mucho que en verano tarda el sol en empezar a ponerse y, una vez que ha empezado, lo rápido que se pone?

Era verdad. En cuestión de minutos el cielo había pasado del amarillo al azul, y al morado, como el de una magulladura.

—Pete tiene razón —dijo Edward—. Si no bajamos pronto, vamos a tener que hacerlo lamiendo los peldaños, como Daisy.

Por quién sabe qué razón, empezamos a bajar los escalones en orden inverso al de antes: yo el primero, luego las mujeres, y Edward detrás de ellas. Desde la plataforma, un puente de hierro salía proyectado hacia las sombras. Lo cruzamos. Iris aferrada a mi brazo, desafiante, sin mirar hacia los peatones de la Rua do Carmo, casi cincuenta metros más abajo.

—Recuerdo que alguien me dijo una vez que si te tiras de una azotea tienes que hacerlo de cabeza, no de un salto —dijo—. Así te aseguras de que lo primero que se estrella contra el suelo es la cabeza, y mueres instantáneamente. —Se echó a reír—. ¡Vaya, qué giro más tétrico ha tomado la conversación! Con lo alegres que estábamos hace un rato.

—Ya —dijo Edward—. Se diría que está llegando el fin del mundo o algo.

7

Con una seguridad que empezaba ya a parecer perfectamente previsible, Edward nos guió a través de un laberinto de callejas adoquinadas tan estrechas que las ancianas que se asomaban a las ventanas podían casi besarse. Para empezar, ¿cómo había descubierto Farta Brutos? Me habría gustado saberlo. El restaurante no tenía letrero. Ni, al parecer, tenían nombres las calles en cuya esquina se hallaba situado. Eran dos calles en sendas pendientes tan escarpadas que el restaurante se hundía varias decenas de centímetros bajo el nivel de la acera. La puerta era tan baja que tuve que agacharme para entrar. En una especie de vestíbulo, un grupo escandaloso de jóvenes varones comía en una mesa circular.

—Ahí tiene algo que no se puede ver ya en París —me dijo Iris—. Hombres jóvenes.

El propietario —un anciano de panza abultada y pelo sospechosamente exuberante y negro— no tardó en acercarse a recibirnos. Al ver a Edward, exclamó algo con alborozo. Se estrecharon la mano (las dos manos). Se abrazaron. Se besaron en la mejilla.

—Mírele —dijo Iris, dándome un codazo en las costillas—. Se diría que es un cliente habitual. Y sólo hemos estado aquí una vez. Y lo mismo sucede en cualquier sitio adonde vamos.

El dueño del restaurante nos invitó a bajar unos cuantos escalones más para pasar al comedor propiamente dicho, que era apenas un poco más grande que el vestíbulo. Había cinco mesas, cuatro de ellas ocupadas por portugueses varones que fumaban y gritaban.

—Menos mal que he reservado —dijo Edward, sentándose en la mesa libre.

Traté de sacar una silla de debajo de la mesa para Julia, pero no había espacio suficiente. Tuvo que deslizarse de lado para ocupar su sitio. Las sillas eran bajas y estrechas, de respaldos rígidos. A través de las ventanas se veían los zapatos de los viandantes que pasaban.

—¿Qué os parece? —dijo Edward—. Desde luego no es el tipo de sitio donde te encuentras con el duque de Kent.

—Seguramente no tendrá el estómago que hace falta para esto —

dijo Iris mientras el camarero dejaba en la mesa unas jarras de vino y de agua, una cesta con panecillos y una cazuelita con algo parecido a paté de pescado.

—¿Hay carta en inglés? —dijo Julia.

—Oh, aquí no tienes que preocuparte por la carta —dijo Edward—. Deja que Armando elija por ti.

—Estupendo.

Edward sirvió el vino, que tenía un color ambarino y bastante claro.

—*Vinho verde*. Una variedad del norte, hecho de uvas sin madurar. Y ahora me gustaría proponer un brindis. Por nosotros. Las cuatro estaciones.

—¿Las cuatro estaciones?

—Sí, porque las cuatro están representadas aquí esta noche. El señor Winters, con su veraniega esposa Julia. Luego voy yo, Freleng, que es casi *frühling*, ¿no? Y el iris, que florece en otoño.

—Pero los lirios florecen en primavera.

—No todos —dijo Julia—. Algunos florecen en otoño.

—¿Ah, sí? —dijo Iris—. No lo sabía. Como ya os dirá Eddie, soy un desastre para la jardinería.

Brindamos, y durante un instante los ojos pequeños, húmedos, muy azules de Iris miraron directamente a los míos. Había en ellos una vulnerabilidad que no casaba en absoluto con su tono sarcástico. ¿O su tono sarcástico era meramente defensivo, el golpear con el puño cerrado de un niño contra ciertos conocimientos insufribles?

Armando volvió enseguida, con una sopera llena de un líquido espeso, de color marrón-rojizo, y sirvió los platos con el cucharón. A Daisy le dio un bol de agua y un riñón. Al probar la sopa, no pude evitar preguntarme si el riñón habría sido utilizado en su elaboración, eso, o sangre de cerdo, porque la sopa tenía un acusado sabor metálico. Las vísceras no me asustan. Las paladeo con gusto. Al igual que Edward. Julia, sin embargo, olió la sopa y se encogió con asco, mientras que Iris sintió tal entusiasmo con el *vinho verde* que pareció no haber visto siquiera la sopa. La retiraron enseguida, de todas formas, y trajeron un humeante guiso de pato con arroz coronado por unas lonchitas rizadas de chorizo.

—Es la especialidad de la casa —dijo Edward—. Se prepara como el risotto italiano, y luego se mete en el horno para que el arroz quede crujiente.

Sirvió unas cucharadas en mi plato. ¡Qué diferente era aquello de la cocina francesa!

—En la cocina francesa —le dije a Edward—, se tiene o bien la pureza de un ingrediente concreto (los canónigos, por ejemplo, en una

ensalada), o bien un sabor que hace difícil identificar cualquiera de sus ingredientes. Esto tiene las dos cosas.

—Exacto. La fuerte acritud de la carne de pato, y la acritud del chorizo, y el… ¿cómo describirías el arroz?

—El arroz tiene más bien textura, no sabor. El paladar no sabría precisar mucho qué sabor tiene.

—Escúchales —le dijo Iris a Julia—. ¿Por qué no podrán los hombres hablar con sensatez? No es más que comida.

—Y el sabor de conjunto de cada bocado —dijo Edward—, que casi hace que se te salten las lágrimas, porque hay algo… tan nostálgico en esto, aunque sea completamente nuevo… Me refiero a que seguro que, para algunos, ésta es la comida de su niñez. Y no importa que no sea la de tu propia niñez. El pasado, algo como una idea colectiva del pasado, cobra vida en tu boca.

—Has estado leyendo a Proust últimamente, ¿verdad? —dijo Iris.

—Creo que podría vivir aquí —dijo Edward—. Si consiguiera aprender el idioma. El idioma, ése sería el reto.

—A mí me suena a ruso —dijo Julia.

—Por supuesto, es más fácil leerlo que hablarlo —dije—. Cuando hojeo los periódicos, reconozco la mitad de las palabras, más o menos.

—Hablando del portugués —dijo Iris—, ¿sabéis cómo llama la gente de aquí al café donde nos reunimos los extranjeros? ¿Al Suiça? Bompernasse.

—¿*Bom* qué?

—Bompernasse. Es un juego de palabras. Montparnasse combinado con *bom perna*, que en portugués es «pierna bonita».

—Por todas las francesas que se sientan en su terraza por la tarde, fumando y enseñando las piernas —dijo Edward—. Algo que jamás haría una portuguesa respetable. De hecho sería un escándalo hasta que una mujer portuguesa entrara en un café.

—Es un país tan atrasado en algunas cosas —dijo Julia.

—Pero yo pensaba que querías quedarte aquí hasta que terminara la guerra —dije.

—Eso no significa que crea que es el país ideal para vivir —dijo Julia—. Quiero decir que esto no es París.

—¿París es tu sitio preferido para vivir de todo el mundo?

—Por supuesto. ¿El tuyo no?

—Oh, yo no podría decir que tengo un sitio preferido. Pero Eddie… se siente como en casa en cualquier parte. Cierra los ojos, haz girar el globo terráqueo, manda a Eddie al punto donde te marque el dedo cuando la esfera se pare y te aseguro que al cabo de un mes será el alcalde.

—Pero ¿sentirte en casa en cualquier parte no es lo mismo que no

sentirte en casa en ninguna?

—No, lo cierto es que no —dijo Edward—, aunque ésa es una percepción errónea muy común. De hecho, la persona que no se siente en casa en ninguna parte pertenece a una categoría completamente diferente de la de la persona que se siente en casa en todas partes. Iris está en el primer grupo.

—Es verdad —dijo Iris—. Ni siquiera entiendo lo que quiere decir la gente cuando dice que se siente en casa.

—Bueno, ¿no es…, no sé, como un sentido de pertenencia?

—Eso tengo entendido. Pero «pertenecer», «casa»…, para mí no son más que palabras. Y no me molesto en tratar de explicármelas. Sería como intentar explicarle a un ciego lo que es la vista.

—Pero seguramente sentirás algo por el sitio donde te has criado.

—Supones que me he criado en alguna parte. Y no es así. Nací en Malasia. Mi madre murió en el parto, y mi padre cuando yo tenía cuatro años. Apenas lo recuerdo; ni recuerdo al ama que me amamantó. A los cinco años me mandaron a Inglaterra, y aunque tenía varios parientes allí ninguno se interesó mucho por mí. Así que a partir de entonces todo fueron colegios, uno después de otro… Hasta que conocí a Eddie.

—La huerfanita Iris —dijo Edward.

—Creo que es probable que por eso tenga un perro —dijo Iris—. Un perro es algo constante. Puedes confiar en él de una forma en que no puedes confiar en un lugar. Por supuesto, cuando nos fuimos de Pyla podríamos haber dejado allí a Daisy. Nuestros amigos nos dijeron que estábamos locos, que llegar a Nueva York ya iba a ser bastante difícil sin tener que llevarnos a una perra vieja. Bien, pues no cedí. Habría preferido quedarme en Pyla y aguantar la ocupación antes que abandonar a Daisy con algún aldeano francés que le iba a pegar un tiro en cuando nos perdiera de vista. —Volvía a tener lágrimas en los ojos—. Y luego en Irún, en la aduana española, el guardia insistió en que Daisy era mercancía comercial y que teníamos que pagar un arancel. Le dije: «Tiene quince años. ¿Cuánto cree usted que me iban a dar por ella.» Pero me dio la impresión de que iba a porfiar en lugar de dar su brazo a torcer, así que le pagamos el arancel de marras.

Un camarero retiró los platos y dejó tres boles inmensos en la mesa. El primero con unas natillas aguadas, el segundo con peras al vino tinto y el tercero con una papilla espesa anaranjada.

—Yemas de huevo con azúcar —dijo Edward, sirviéndose—. Tremendamente dulce.

—Demasiado dulce para mi gusto —dijo Julia.

—¿Crees que podríamos darle algo de eso a Daisy? —preguntó Iris —. Dicen que el huevo es bueno para los perros. Les da lustre en el

pelo.

—Si piensas que no le va a dar diarrea —dijo Edward—. Una diarrea es lo último que necesitamos.

Julia se estremeció. Me serví natillas y miré enfrente de mí, al otro lado de la mesa.

Por segunda vez en la velada, los ojos de Edward se encontraron con los míos.

Y por segunda vez me guiñó un ojo.

8

Después de cenar volvimos paseando hacia el Rossio. Las calles estaban llenas del sonido lastimero de los cantantes de fados.

—Llamadme esnob, pero no le veo el encanto al fado —dijo Iris.

—Son canciones tan tristes —dijo Julia.

—El fado tiene que ser triste —dijo Edward—. Es la expresión última de la más portuguesa de las emociones, la *saudade*, cuya mejor definición podría ser ese anhelo perpetuo de algo perpetuamente esquivo…, pero no, no de una saciedad… Más bien de lo que nunca llegará a hacerse realidad.

—¿Quizá de lo que nunca estará en la carta del Farta Brutos? —sugerí.

—¡Sí! —dijo Edward.

—Si quieres saber mi opinión, son como aullidos —dijo Iris—. Daisy no puede soportarlos, ¿y tú?

Daisy estaba ocupada olisqueando unos excrementos de paloma de la acera.

—No, eso no, Daisy —dijo Edward, tirando de la correa—. No queremos pararnos aquí.

Lo miré inquisitivamente. Con el hombro señaló el escaparate ante el que nos habíamos parado. Castillos, maestros cantores, elfos. La acogedora Múnich, la campechana Heidelberg. Los alegres, despreocupados valses de Viena.

—La Oficina de Ferrocarriles de la Alemania del Reich —dijo.

—Hace muy poco, en diciembre, se anunciaban en *Vogue* —dijo Julia—. Sesenta por ciento de descuento con las ofertas especiales.

Un hombre joven con sombrero de fieltro se acercó a nosotros.

—¿Planean un viaje, señora? —le preguntó a Julia.

—¿Qué? —dijo ella—. Oh, no. Bueno, no a Alemania.

—Pero ustedes son norteamericanos. ¿Por qué no unas vacaciones en Alemania?

—Lo cierto es que no somos norteamericanos —dijo Iris—. Somos tasmanos.

—¿Tasmanos?

Iris asintió con la cabeza.

—¿Ha estado en Tasmania? Es encantador. Famoso por sus animales, sobre todo por el diablo de Tasmania. —Señaló a Daisy—. Por supuesto, éste está domesticado…, más o menos. Pero aun así yo no me acercaría mucho.

El joven saludó con el sombrero y se fue a toda prisa. Edward se echó a reír a carcajadas.

—¿A qué ha venido eso? —dije.

—Un informador alemán —dijo Edward—. Están por toda la ciudad. Suelen hacerse pasar por ingleses, para sonsacar información.

—Lo he reconocido por el trasero voluminoso —dijo Iris.

—¿Qué? —dijo Julia, tapándose la boca con la mano.

—Es la teoría de mi mujer —dijo Edward—. Que a los informadores se les reconoce siempre por sus traseros grandes.

—No es una teoría. A mí me lo dijeron. Me lo dijo alguien que sabe del tema.

—Pero ¿por qué tienen que tener traseros grandes? —preguntó Julia.

—Puede que por todo el tiempo que pasan sentados —dije yo.

—O por la doble vida que llevan —dijo Edward—. Podría ser que la doble vida, esa doble vida que llevan, les engorde el trasero. Aquí Pete, por ejemplo, no tiene el trasero gordo. Y apuesto a que nunca ha llevado una doble vida. ¿Me equivoco, Pete?

—¿En lo del trasero o en lo de la vida?

—Déjame echar una ojeada —dijo Iris, poniéndose a mi espalda—. ¡Dios mío, es verdad! Sólo tiene ese… plano llano. Es como si no tuviera culo en absoluto.

—Por supuesto que tengo culo. Sólo que estos pantalones…

—Pero, Pete, no tienes. —Casi a pesar de sí misma, Julia se echó a reír—. Quiero decir, sí tienes, pero no…, no mucho.

—*Reductio ad absurdum* —dijo Edward—. Un hombre con conciencia clara.

—Mientras que tú, cariño —dijo Iris—, tienes un culo claramente protuberante. No gordo…, sólo protuberante. Una moneda de diez centavos botaría en él —le dijo a Julia.

—Con todo lo que eso implica —dijo Edward.

Habíamos pasado bajo el puente que habíamos cruzado antes, el que unía el Elevador con el Bairro Alto. En lo alto del Rossio, un cronómetro de neón marcaba la hora, con las palabras OMEGA, EL MEJOR parpadeando debajo de él.

—Para ser un país pobre, parece que tienen dinero para electricidad —dijo Julia.

—Es excesivo —dije—. Me da dolor de cabeza.

—¿Preferirías volver a los apagones?

—De alguna forma, sí.

Lo cierto es que siempre he preferido la oscuridad a la luz, el silencio al ruido.

Cuando llegamos al Francfort Hotel, le tendí la mano a Edward, pero él ignoró mi gesto.

—¿A alguien le apetece una copa de buenas noches? —dijo.

—No cuentes conmigo —dijo Iris—. Apenas he dormido desde que llegamos, y me da que esta noche podré hacerlo. Julia también está cansada, ¿no, Julia?

—En realidad…

—Deja que se vayan —dijo Iris, tocándole el brazo—. Los hombres necesitan tiempo para ellos mismos. Sobre todo cuando han estado encerrados semanas y semanas con sus mujeres.

—Oh, de acuerdo. Estoy un poco cansada. Pero vete tú, Pete.

—¿Qué te parece, Pete? —dijo Edward.

—Por mí bien, si a ti te apetece —dije.

Una vez que dejamos a nuestras mujeres en nuestros respectivos hoteles Francfort, nos embargó una timidez inesperada. Caminábamos en silencio. En las aceras de Baixa, los ancianos jugaban a las cartas a la luz de las farolas de gas alrededor de las cuales arremolinaban las moscas. Los chiquillos jugaban al fútbol, a una hora en la que cualquier niño anglosajón que se precie llevaría ya horas en la cama.

Al poco pasamos por delante de mi coche, mi Buick, con los guardabarros salpicados de barro español seco.

Nos paramos.

—Ése es mi coche —dije.

—¿Sí? —dijo Edward—. ¿Tienes las llaves?

Las llevaba encima, en efecto. Seguía con la costumbre de metérmelas en el bolsillo cada vez que salía, y no sólo las llaves del coche, sino las de nuestro apartamento de París, de mi oficina, de la *chambre de bonne* en la que el decorador de Julia había arrumbado nuestros muebles viejos.

—Vayamos a dar una vuelta con el coche —dijo Edward—. Vámonos a Estoril.

—Pero no conozco el camino.

—Es muy fácil. Sigues hasta el río y tuerces a la derecha.

Nos montamos en el Buick. El habitáculo olía a naftalina, a cigarrillos, a un café deplorable que se me había derramado en algún lugar de España. Cuando Julia y yo llegamos a Lisboa, aparqué el Buick y traté de olvidarme de él. Durante diez días horribles, había

sido nuestra única casa —algunas noches había sido también nuestra cama—, de forma que su sola visión bastaba para evocar en mí el zumbido de los aviones alemanes, las voces neutras de los aduaneros españoles, el traqueteo sobre las carreteras pobremente asfaltadas. Pero ahora era Edward, no Julia, quien estaba sentado a mi lado en el Buick, y volví a experimentar el placer que en un tiempo me había procurado conducirlo. Con las piernas largas y delgadas abiertas ante él, abría y cerraba la guantera, sacaba el cenicero, bajaba y subía el parasol.

Puse en marcha el motor y me despegué del bordillo. La calle era apenas lo bastante ancha para que cupiera en ella un vehículo tan gigantesco.

—¿Conduces? —le pregunté a Edward.

—¿Yo? No. Pero Iris sí. *Y* navega. *Y* monta a caballo.

Bajó la ventanilla de su lado y sacó un brazo.

—Parece una mujer muy capaz, Iris —dije.

—Es como Salazar —dijo Edward—. Primer ministro, ministro de Asuntos Exteriores, ministro del Interior, ministro de Hacienda. Iris es ella sola el gabinete.

—¿Y eso te afecta en algo?

—Me hace un humilde peón. Obediente. Ese funcionario que conserva su trabajo poniendo mucho cuidado en no tener jamás una opinión, y que en la fiesta de su jubilación se pega un tiro… En serio, mi mujer es una maravilla. Mucho más inteligente que yo, aunque por supuesto ella no lo cree así. Se debe a que su educación fue muy poco sistemática; nunca le enseñaron lo básico…, ya sabes, a hacer divisiones largas, a puntuar una frase correctamente. Latín y griego. ¡Dios! Mientras que yo me pasé siglos estudiando latín y griego. Estoy supereducado, hipereducado. Pero, comparado con ella, soy tonto.

—Si tú eres tonto yo soy un cretino. No soy más inteligente que… este cenicero.

—Pero tú *haces* algo. Tienes un empleo. Vendes coches.

—Y tú escribes libros.

—Libros tontos. ¿Le ha contado Iris a Julia cómo empezamos a escribirlos? Fue una apuesta. Alec Tyndall, el tipo que conocimos en Le Touquet… Su mujer estaba leyendo a Agatha Christie. Bien, una noche él y yo nos emborrachamos, y apostó cien libras a que era capaz de escribir una novela policíaca antes que yo. Y acepté la apuesta.

—Supongo que ganaste.

—Sí. Pero no permití que me pagara. No pude. Para entonces nos llegaban ya cheques de los derechos de autor.

—Cobrar derechos de autor es algo de lo que uno debe sentirse orgulloso.

—No, no es algo de lo que nadie deba sentirse orgulloso. El *Tractatus Logico-Philosophicus* sí es algo de lo que sentirse orgulloso. El Teorema de Incompletitud sí es algo de lo que sentirse orgulloso.

Yo no sabía lo que era el Teorema de Incompletitud. Me pregunté si tendría algo que ver con la teosofía.

—En el mundo en que yo vivo, los hombres no se miden por su cerebro —dije—. Se miden por lo que ganan.

—Entonces, en tu mundo yo no soy nada, porque no he ganado un solo centavo en toda mi vida.

—Pero las novelas os dan dinero, ¿no?

—El mérito es todo de Iris. Como ya he dicho, ella es el cerebro del asunto. —Jugueteó con el seguro de la portezuela, levantándolo y apretándolo hacia abajo—. Aquí es donde hay que girar, dicho sea de paso.

Me volví. Íbamos bordeando el río. A nuestra izquierda destacaban las moles de los cascos de los barcos, con sus costados moteados a la luz de la luna. Se levantó una brisa, que inundó el Buick de olores marítimos —salmuera, goma quemada, tripas de pescado—, que inhalé con deleite, confiando en que erradicaran la naftalina, los cigarrillos, el café, todos los olores residuales y gastados de nuestro lento éxodo.

—Me gusta este coche —dijo Edward—. De veras. Tengo una idea. Hagamos como que soy un cliente, un desconocido. Suéltame el rollo. Véndeme un coche.

—Cuando se trata de lujo, no encontrarás nada comparable con el Buick Limited —dije—. Tiene 3,55 metros de distancia entre ejes y 1,42 metros de asiento delantero. Un poco menos que todo un sofá Davenport, e igual de cómodo, porque los asientos tienen una base de goma Foamtex sobre muelles Marshall y una tapicería de elegante piqué de urdimbre. Como si estuvieras relajándote en tu club preferido.

—¡Mi club preferido! Me encanta eso. Sigue.

—El reposabrazos se levanta y se hunde en el respaldo y tiene un cenicero encastrado, y las portezuelas están equipadas con guanteras laterales atractivamente fruncidas e ideales para contener revistas, mapas de carreteras y pequeños paquetes. Los mandos de las ventanillas y las aberturas de ventilación presentan un diseño que asegura el asimiento y facilita su manejo, y disponen de pomos de plástico de rico colorido en perfecta armonía con el interior del habitáculo. Ahora echemos un vistazo al salpicadero. ¿Ves el reloj eléctrico montado en la tapa de la guantera? Su margen de error es de tres segundos al año. Además, el usuario dispone de un encendedor eléctrico automático de cigarros puros y de múltiples ceniceros. Y no

sólo eso: este modelo brinda también un techo replegable Sunshine Turret, ideal para las tardes cálidas. Pero no creas que, por ser espacioso, el Buick Limited tiene que ser lento, porque viene equipado con un motor Dynaflash de ciento cuarenta y un caballos, con amortiguadores de aceite, válvulas a la cabeza y ocho cilindros en línea. Pasa de quince a noventa kilómetros por hora en dieciocho segundos exactos. Y nuestros exclusivos amortiguadores BuiCoil garantizan una conducción suave aun en los firmes más accidentados. Ahora, agárrate bien al asiento y mira el reloj. —Cambié de velocidad y pisé el acelerador.

—¡Guau! —dijo Edward, pegando una mano al salpicadero.

El Buick alcanzó los noventa kilómetros por hora.

—¿Cuántos segundos ha tardado?

—Catorce. Te lo compro. Estoy listo para extenderte el cheque.

—Puedes extenderlo si quieres, pero no voy a aceptártelo.

—¿Por qué no?

—Por la misma razón por la que no le aceptaste el suyo a aquel amigo…, aquel con el que hiciste la apuesta. No, me temo que tendré que venderlo perdiendo dinero. Bueno, como viene, se va… ¿Sabes lo que oí ayer? La última vez que el *Excambion* se hizo a la mar, un noble polaco estaba vendiendo su Rolls-Royce allí mismo, en el muelle…, mientras el barco se preparaba para zarpar. Cuando estaba, literalmente, levando anclas.

—Pero ¿por qué venderlo perdiendo dinero cuando yo te lo compro a precio de mercado?

—¿Y qué te propones hacer con el coche si ni siquiera sabes conducir?

—Dejarlo aquí. Para recogerlo cuando vuelva.

—¿Así que piensas que vais a volver?

—¿Por qué no?

Pensé en ello unos instantes.

—Julia, al parecer, piensa que si nos vamos es para siempre. Insiste en quedarse aquí, en Portugal.

—Puede que no sea la peor opción. Portugal es neutral, no hay que olvidarlo. Lo sé, la gente dice que esto no va a durar. Pero yo no subestimaría a Salazar. Es muy astuto. Sabe jugar a dos bandas.

—¿Entonces por qué la gente como los Fischbein está tan desesperada por irse?

—Porque no tienen relevancia social. Prestigio. Y fíjate de dónde vienen. De la guerra. De la guerra real. Así que quieren poner un océano entre ellos y ella. Nosotros lo teníamos más fácil, comparativamente hablando.

No podía estar en desacuerdo con esto. En París, la guerra parecía

al principio poco más que un baile de disfraces. Anticipándose a los ataques aéreos, Julia se compró un poncho de viaje de Charles Creed y una funda de máscara antigás de alta costura, en tweed rojo, con tachonado dorado, de Lanvin. Según *Vogue*, tal funda de máscara antigás de alta costura era ahora algo necesario y de lo que ninguna parisina sofisticada debía prescindir.

Las cosas empeoraron en primavera. Cayeron algunas bombas. Sin embargo, la actitud de los periódicos seguía siendo flemática. Luego, una tarde, volvía yo a casa del trabajo cuando divisé un humo que se alzaba desde la parte de atrás del Ministerio de Asuntos Exteriores. Me pregunté si sería otra bomba. Resultó que los funcionarios estaban tirando por la ventana fardos y fardos de documentos a una hoguera que ardía abajo.

Aquella noche, al abrigo de la oscuridad, el gobierno huyó de la capital (primero a Tours, luego a Burdeos), y a la noche siguiente, con el Buick cargado hasta los topes, Julia y yo hicimos lo mismo. En la funda para la máscara antigás, que jamás había contenido máscara alguna, metimos todo lo que no queríamos que nos encontraran en la aduana.

—Mira —dijo Edward, apuntando hacia algo a través de la ventanilla—. ¡Es la Exposición!

Miré. La Exposición estaba iluminada como un aeródromo. Todo en ella era de dimensiones colosales: los pabellones, las estatuas, las fuentes que lanzaban el agua hasta una altura de veinte metros.

—Es lo que sucede cuando el modernismo sucumbe al hechizo del fascismo —dijo Edward—. La vanguardia se convierte en el vehículo de las fuerzas que debería tratar de subvertir. Se secuestra una lengua vernácula modernista para proclamar los valores de un pasado idílico, un pasado que nunca existió. Una especie de nostalgia políticamente impuesta… ¿Podría quizá ser ésa la definición de fascismo?

—No sabría decirlo.

—Y pensar que el año que viene por estas fechas habrán derribado todo eso…

—¿Sí?

—Por supuesto. No es más que un decorado. De otro modo, ¿cómo habrían podido levantarlo en tan poco tiempo? ¿Sabes?, hay que concederle eso a Salazar. Tiene ese espíritu de «la vida debe continuar». Me refiero a que la guerra no podía haberle llegado en un momento peor.

—Los hoteles están llenos, al menos.

—Oh, pero es que estarían llenos de todas formas. Con turistas, no con refugiados.

Era cierto. Horas antes le había preguntado al Senhor Costa

cuántos de los huéspedes del Francfort estaban en Lisboa por la Exposición. «Quizá diez», me respondió en voz muy baja, como si estuviera diciendo algo vergonzoso. «En cuanto al resto…, ¡los pasaportes que he visto, señor! Búlgaros, húngaros, polacos, rusos, japoneses, soviéticos, luxemburgueses…, y pasaportes Nansen. Todos han venido a Lisboa. ¿Y para qué? Para irse de Lisboa.»

Lo extraño, lo que nadie entendía en un principio, era por qué Salazar había dejado entrar en Portugal a tantos refugiados. La opinión de Edward era que todo había sido gracias al cónsul portugués en Burdeos.

—¿Recuerdas la escena en el consulado? —me preguntó—. El cónsul se pasó toda la noche firmando visados, firmando todos los visados que le ponían en la mesa. Cuando Iris y yo estuvimos en el consulado, había un rabino ayudándole, un rabino de la vieja guardia, con un chal de oración. El rabino sellaba el pasaporte, y el cónsul lo firmaba. No se hacían preguntas. Era como una cadena de montaje.

Aunque yo no recordaba al rabino, recordaba al cónsul: un hombre gordo con barba, que se metía bocado tras bocado de estofado con una mano mientras firmaba con la otra. Es cierto que no rechazaba a nadie. También es cierto que cuando Julia y yo salimos finalmente del edificio con los visados, a eso de las once de la noche, el consulado seguía abierto y no había indicio alguno de que fueran a cerrarlo. Por el contrario, el consulado español cerraba todas las tardes a las cinco en punto, con independencia de lo larga que fuera la cola que serpeaba lentamente escaleras arriba.

—La cuestión es que, al firmar todos aquellos visados, el cónsul estaba incumpliendo flagrantemente las órdenes que había recibido, que eran que no expidiera ni un solo visado que no excluyese la autorización para instalarse en Lisboa. Es un hombre con conciencia, y lo pagará caro. Mientras tanto, Salazar se ve abrumado por un centenar de miles de refugiados.

—¿No puede devolverlos?

—¿Devolverlos adónde? España no los aceptaría. Francia tampoco. ¿Te he contado lo de la pareja que Iris y yo conocimos en el Puente Internacional? La mujer era holandesa, el marido belga. Habían salvado la patrulla fronteriza francesa y cruzado a España, pero los españoles les dijeron que algo no estaba bien en el visado de la mujer (no podían leer la fecha, o algo parecido), y la mujer tuvo que volver a Francia para que le hicieran uno nuevo. Así que volvió andando hasta la parte francesa del puente, donde los guardias franceses le dijeron que no podía entrar en Francia porque no tenía visado de entrada. Así que volvió hasta el lado español, donde le dijeron… Bien, ya te haces una idea. Por lo que sé, aún sigue en el puente…

Julia y yo también habíamos cruzado el Puente Internacional.

Había dos carriles para los coches; uno para vehículos normales, como el nuestro, que avanzaba a paso de tortuga, y el otro para vehículos con matrícula diplomática, de los cuales pasaron unos diez durante las cinco horas que estuvimos en el puente. Cruzar la aduana española nos llevó otras cinco horas; al final un guardia fronterizo nos indicó una ruta hasta la frontera portuguesa. Si nos salíamos de esa ruta, nos advirtió, podrían detenernos.

España fue quizá la peor parte del viaje. Julia se negó a comer. Llegó a ponerse tan quisquillosa en relación con los aseos que contrajo un estreñimiento agudo. Se pasaba horas haciendo solitarios (se había armado una especie de tablero que se ponía sobre el regazo), o mirando las fotografías de nuestro apartamento en *Vogue*, cuyos pies a veces leía en alto: «El deseo de la dama de la casa, una norteamericana residente en Europa desde hace mucho tiempo, era mantener el encanto de París y al mismo tiempo reducir la profusión de detalles parisinos. Menos de todo —¡Colette en lugar de Proust! ¡Matisse en lugar de Ingres!—, pero sin perder el marcado estilo *à la française.*» Sólo tenía un ejemplar, ya muy manoseado, y al que se le estaban doblando las esquinas.

Ahora, en el Buick, miré a Edward. Quería cerciorarme de que era realmente él, y no Julia, quien iba en el asiento del acompañante. Sacaba la cabeza por la ventanilla, como un perro.

—¡Mira, estamos en Estoril! —dijo—. ¡Es el Atlántico! —Señaló un hotel, sobre cuyo tejado parpadeaba en neón el nombre ATLÂNTICO —. ¡Y ése es el Palace! En lo alto del tejado, de nuevo, se leía un nombre: PALÁCIO, lo cual me hizo preguntarme si de verdad habría estado alguna vez en Estoril. Quería dar esa impresión: que dondequiera que estuviera fuera un lugar donde había estado antes.

Aparcamos el coche. Desde la escalinata del casino, un parque de estilo inglés descendía hacia el océano. Subimos por una avenida bordeada de palmeras en dirección a la entrada.

—Siente la brisa —dijo Edward—. Mucho más fresca que en Lisboa. ¿No te recuerda a la Riviera? Ya sabes, ese aire levemente convaleciente, y todos esos hoteles con un vago aspecto de hospitales. Y las vías del tren que separan la playa y la ciudad. Sólo que no es el Mediterráneo del otro extremo, sino el Atlántico. Ésa es la gran diferencia. Nunca he podido soportar esos sitios de recreo mediterráneo, con un agua como de baño tibio. Mientras que un océano es más salvaje que un mar. Escucha; hasta desde aquí oímos las olas.

Escuché…, y oí los motores de las limusinas, el gemido de la música de baile, la cháchara de los clientes de los cafés. Ciertas palabras son iguales en todos los idiomas europeos. Visado. Pasaporte. Hotel.

Llegamos al casino. Como en Macy's, porteros con charreteras sujetaban las puertas para que estuvieran abiertas. Dejamos atrás las mesas de juego y las salas de póquer y el cine y el Wonder Bar, y Edward me condujo a una vasta rotonda donde los europeos bailaban vestidos de etiqueta. Apartó una mesa de la pared, me indicó que me sentara y, cuando lo hice, empujó la mesa hacia la pared hasta dejarme aprisionado.

—Me siento como un niño al que le arropan en la cama —dije.

—Llámame Nanny —dijo él.

Sobre nuestras cabezas pendía una inmensa araña trémula. La orquesta estaba tocando «World Weary», de Noël Coward, y el cantante pronunciaba la letra conforme a las reglas de la fonética:

Cuando estoy cansado y triste, siento unas ganas
enormes de que me dejen en paz,
soñando con un lugar en el sol, cuando se acaba el día,
lejos de cualquier teléfono…

«Raras veces se ve el cielo», entonó al unísono Edward, «los edificios son tan altos…»

Dame un lugar apacible y bello
donde la tierra dormite en la monotonía…

Apareció un camarero.

—Absenta —pidió Edward—. Aquí está permitida —añadió cuando el camarero se hubo ido.

—Lo sé. Nunca la he probado.

—¿En serio? El beso del «hada verde» es amargo. —Sentí, bajo la mesa, la presión de su pierna contra la mía—. Lo cierto es que aprendí un montón de cosas sobre la absenta cuando escribimos la segunda de las novelas de Legrand. La idea de Iris era que la víctima fuera un adicto a la absenta. Como no puede conseguirla en París, tiene que hacer que se la traigan de contrabando de España. Bien, su mujer le odia, así que decide acabar con él echándole cianuro en la absenta. Su plan es que, al certificar su defunción, dictaminen que la causa ha sido un envenenamiento por absenta. Que es lo que sucede.

Estoy cansado del mundo, cansado del mundo,
por vivir en una gran ciudad tan grande…

—¿Existe realmente el envenenamiento por absenta?

—Tan sólo en la medida en que existe realmente el envenenamiento por alcohol. La tujona misma es relativamente

inocua.

Volvió el camarero, con una bandeja con los útiles necesarios para servir la absenta. En primer lugar, una jarra de agua y dos vasos muy pequeños, que llenó hasta un cuarto de su capacidad con el licor verde viscoso. Luego puso una cuchara perforada y con forma de hoja en equilibrio sobre cada uno de los vasos. Luego puso un terrón de azúcar en cada cuchara. Y fue Edward quien vertió el agua de la jarra sobre los terrones de azúcar. Y la absenta se enturbió.

—Para endulzar un poco el beso del hada verde.

Brindamos en silencio. La absenta —su sabor— me recordó el fuerte regaliz que mi madre solía tener en su mesilla de noche, para enmascarar, supongo, el bourbon del aliento.

Estoy cansado del mundo, cansado del mundo,
cansado de todos estos títeres…

De pronto surgió una mujer de entre los grupos de clientes.

—Eddie, ¿eres tú?

—Oh, Dios —dijo Edward—. Hola, George.

La mujer se inclinó para que Edward le diera un beso, de forma que sus pechos colgaron como vejigas infladas. Entre ellos, oscilante, una cruz tachonada de brillantes. Era una mujer sesentona, de piel pecosa y pelo negro-gris desordenado.

—George, éste es Pete.

—Georgina Kendall, encantada de conocerle —dijo la mujer, alargando una mano que era como un montón de nudillos hinchados —. Estoy con Lucy. ¿Te acuerdas de Lucy? ¿Del tren?

Edward asintió con la cabeza.

—Eddie y yo nos conocimos en el Sud Express, cuando se quedó atascado en las afueras de Salamanca —me explicó Georgina.

—En las guerras, los trenes jamás cumplen con el horario —dijo Edward, aforísticamente.

—¡A mí me lo vas a contar! Bueno, pues nos hicimos muy amigos los cuatro: Lucy y yo y Eddie y Aster. Por cierto, ¿cómo está Aster? Y ese encanto de pequeño schnauzer.

—Las dos bien. ¿Estáis aquí en Estoril?

—Sí. En el Palace. Y me está costando una fortuna. Lucy tiene debilidad por las mesas de juego…, pero espero que el material que estoy recogiendo para el libro nos haga recuperar sus pérdidas, y aún nos sobre algo. Soy escritora, ¿sabe? —me dijo a mí—, y estoy trabajando en mis memorias. No en un diario. En unas memorias. Me refiero a que las escribo como si ya estuviera de vuelta en casa, sentada en mi estudio, recordando todo lo que he vivido. Se va al

titular *Huida de Francia*. Bien, podríais preguntarme por qué lo hago de este modo, y yo os respondería que porque conozco el mercado. El año que viene, por estas fechas, os garantizo que las librerías estarán hasta arriba de memorias de extranjeros que huían de Francia, y no voy a permitir que ninguno de ellos se me adelante.

—Pero ¿eso no es un poco tramposo? —dijo Edward—. Tendrás que falsear la perspectiva. Fingir que estás recordando cuando en realidad lo que haces es estar en el meollo del asunto.

—La ilusión, Eddie, como tú muy bien sabes, es la materia con la que trabajamos. De todas formas, a nadie le gusta leer diarios. Son tan aburridos. «Treinta de junio: Me he despertado, he desayunado. Treinta y uno de junio: Me he despertado, he desayunado.»

—¿Treinta y uno de junio?

—Bueno, ya sabes a lo que me refiero.

—Pero ¿y si sucede algo totalmente inesperado? ¿Si Portugal se alía con los Aliados? ¿O Franco se alía con Hitler? Te arruinará el final.

—Te estás burlando de mí.

—No, no me río de ti. Te estoy retando. Te estoy poniendo en evidencia.

—Querido Eddie… —dijo Georgina mientras se volvía hacia mí—. Se diría que piensa que los escritores tienen que comportarse como los reporteros de los periódicos. No entiende que para nosotros el tiempo no existe. Ahí tenemos a Proust. —Sonrió, enseñando unos dientes pequeños y desiguales—. Bien, debo irme. Transmítele a Aster mis mejores deseos. Y lo mismo para el perro.

Mientras Georgina desaparecía entre los presentes apreté con más fuerza la pierna contra la de Edward. De pronto quería hacerle daño. Quería que se rindiera.

Ni siquiera pestañeó.

—Eso, muchacho —dijo—, es un escritorzuelo. Un *hackus literarius*. Por si no habías visto nunca uno vivo.

—Ni siquiera había oído hablar de ella.

—Mucho mejor. Es una charlatana. Una más de esas norteamericanas ricas que pasean su ocio por Niza desde las guerras napoleónicas. Niza, o puede que Saint-Tropez.

—Extraña…, esa idea de escribir sobre lo que está sucediendo como si ya hubiera sucedido.

—Miedo al futuro, eso es lo que es. Piensa que si convierte el presente en pasado, el futuro no puede hacerle ningún daño.

—¿Y tú? ¿Tú no tienes miedo al futuro?

—¿De qué voy a tener miedo? El futuro no existe. Es el pasado el que me da miedo.

—¿Por qué?

—Porque no puede enmendarse, y no puede conocerse. —Cambió de postura bajo la mesa, y sus piernas se apretaron contra las mías—. Ése es el problema, ¿entiendes?, que actualmente pasamos tanto tiempo preocupándonos por el futuro que el presente se nos escapa entre las manos. De forma que lo único que nos queda es la retrospección y la anticipación. Retrospección y anticipación. En cuyo caso ¿qué le queda a la memoria más que la anticipación pasada? ¿Qué le queda a la anticipación más que la retrospección futura?

—Sé lo que quieres decir —dije—. Es como lo de mi hermano Harry. La última vez que los vi a él y a su mujer, se pasaron todo el desayuno discutiendo sobre dónde iban a comer.

—Exactamente.

—Y toda la comida discutiendo sobre dónde ir a cenar.

—¡Sí!

—Y toda la cena hablando de lo que habían tomado en el desayuno y en la comida.

—¡Eso es! Eso es lo que hay que evitar.

—Pero ¿cómo evitarlo si, te sitúes donde te sitúes, tienes que hacer planes, aprender de tus errores, urdir estrategias?

—Exacto, ¿cómo evitarlo? ¿Cómo diablos evitarlo? —Inclinó su torso hacia mí—. ¿La sientes ahora?

—¿Qué? ¿Tu pierna?

—No. Sé que la estás sintiendo. La absenta.

—Aún no estoy seguro. ¿Qué se supone que debo sentir?

—Se supone que tienes que alucinar.

—Puede que esté alucinando. Tendré que comprobarlo.

Miré hacia la gente de la sala.

—¿Qué ves?

—Gente bailando. Oh, ahí están los Fischbein. ¿Los ves?

—Sí. Los veo. Así que o estamos teniendo la misma alucinación o están ahí realmente.

Si los Fischbein estaban allí, no nos reconocieron. Monsieur Fischbein llevaba un esmoquin de una talla demasiado grande; Madame Fischbein, un vestido de noche de tafetán verde. Sus perlas relucían sobre su tez pecosa. Su abrigo de pieles volvía a estar echado sobre el respaldo de una silla.

—Son tan malos como los alemanes —le estaba diciendo Monsieur Fischbein a un interlocutor invisible—. Nos dicen que necesitamos un papel, y se lo traemos. Nos dicen que necesitamos otro papel, y les decimos que no podemos traérselo. Entonces nos dicen que lo sienten, y que tendremos que intentarlo en otro país. Pero ¿qué país, qué sitio?, le pregunto a usted. ¿La Terre de Feu?

Al parecer siempre mencionaban la Terre de Feu.

—Volveremos a Amberes —dijo Madame Fischbein—. Hagan lo que hagan los alemanes, no podrá ser peor que esto.

Con gesto teatral de fatalidad, la anciana pareja se dirigió a la pista de baile. Y bailaron y bailaron al son de «When I Grow Too Old to Dream». Madame apoyaba la frente sobre el hombro huesudo de Monsieur.

—Mírales —dijo Edward—. Recoged capullos de rosa mientras podáis y todo eso. Es el final de Europa; por eso bailan, y por supuesto Lisboa es también el final de Europa. La punta del dedo de Europa. Y todo lo que Europa es y significa está condensado en esa punta. Demasiado. Es una cisterna llena a rebosar…, y cada vez que un barco zarpa el nivel del agua baja un poco. Pero no lo suficiente. Y mientras tanto las compuertas siguen abiertas.

—Un momento. Según lo que acabas de decir, Lisboa es una cisterna…

—Exacto.

—Y los refugiados son agua…

—Correcto.

—Pero eso significa que, cuando embarquen, el barco llevará una carga de agua. Llevará como carga el mismísimo elemento sobre el que navega.

—¿Qué? ¿Estás diciendo que mi metáfora *hace agua*?

Nos echamos a reír a carcajadas.

—¿Ahora lo sientes?

—Creo que sí.

—¿Tomamos más?

—De acuerdo.

Llenamos los vasos. ¿Cuánto hacía que conocía a Edward? ¿Doce horas? ¿Catorce? Es cierto: en la guerra, los trenes nunca cumplen con el horario. Y ahora aquel en el que nos encontrábamos, como el Wabash Cannonball, estaba a punto de llegar a su destino por mucho que aún no hubiera salido. ¿O había salido en el momento mismo en que me pisó las gafas?

Media hora después, pidió la cuenta.

—Ni se te ocurra —dijo cuando saqué la cartera.

Me puse de pie, sorprendido de que las piernas me siguieran funcionando.

—¿Adónde?

—A la playa. No a la de aquí de Estoril. Está plagada de policías. Vamos más abajo, por la costa, a Guincho.

Montamos en el coche. Durante un instante consideré la idea de

que no debía conducir en tal estado. La consideré y la deseché. Porque no sentía ninguno de los síntomas de la embriaguez: ni vértigo ni agitación ni somnolencia. Lo que sentía, más bien… ¿Han conducido alguna vez por una carretera húmeda en invierno? ¿Saben ese momento en el que de pronto el coche parece levantarse de la superficie de la tierra? Pues eso es lo que sentía.

No tenía la menor idea de qué hora era. Había relojes por todas partes; en mi muñeca, en el salpicadero… Pero no miré ninguno de ellos. Después de Cascais, la carretera se estrechó y el viento arreció, hasta hacerse demasiado fuerte para la circulación de un vehículo de semejantes dimensiones, pero me las arreglé para seguir la costa sin esfuerzo, como si hubieran dejado de regir las leyes de la naturaleza, como si el coche hubiera adquirido de súbito una elasticidad inesperada y pudiera curvarse como un acordeón. Ni siquiera me inmuté cuando apareció ante mis faros un ciclista; me limité a virar y a rodearlo. Mirando hacia atrás caigo en la cuenta de que todo era producto de la absenta, y de que ésa es una de las muchas razones por la que es peligrosa la absenta. Ahora me sorprende que no matáramos a nadie, o nos matáramos nosotros.

Llegamos a Guincho, donde vimos dos o tres coches aparcados en el arcén. A través de un bosquecillo de pinos piñoneros Edward me guió hasta unas dunas que descendían a una playa en forma de media luna. Aquí y allá se alzaban pequeñas lomas donde había parejas durmiendo o haciendo el amor bajo unas mantas. La luna estaba alta.

—¿Ves ahora lo que quiero decir sobre la diferencia entre el Atlántico y el Mediterráneo? —dijo Edward, quitándose los zapatos. Grandes olas coronadas de blanco rompían contra la orilla. Edward se remangó los pantalones y se metió en el agua. Le seguí, tratando de encajar mis pies en las huellas de los suyos, de forma que sólo hubiera unas pisadas.

El agua me mordió los tobillos.

—Esta fría —dije, retrocediendo, pero Edward no me escuchaba.

—Donde acaba la tierra y empieza el mar —dijo—. Camões, el gran poeta lusitano. Escribió eso del Cabo da Roca, en el punto más occidental de toda Europa. Está un poco más al norte. Mira. —Me puso las manos sobre los hombros y me hizo girar hacia unos oscuros acantilados—. ¿Lo ves?

—No sé. Pero le diré a la gente que lo he visto.

—Sí. Digamos a la gente que lo hemos visto.

No movió las manos.

—Pete…

—¿Qué?

—¿Puedo decirte algo?

—Por supuesto.

—Nunca en mi vida he sido tan feliz como lo soy en este momento.

Su voz era tan solemne que casi me eché a reír.

—¿Crees que estoy loco o que soy malo por decir esto? —continuó—. Quiero decir que henos aquí en Portugal (Santo Dios, Portugal…), y todo a nuestro alrededor, todo lo que alcanzamos a ver es sufrimiento y miedo, sufrimiento y pánico. Y, sin embargo, pensar que la gente que está aquí es la gente afortunada sólo por el hecho de que se las han arreglado para llegar tan lejos…, ¿qué derecho tengo yo para ser feliz? Pero lo soy. Y no me avergüenzo de ello.

—Quizá sea porque estás a salvo.

—Sí. Hay una sensación de alivio que no puedes evitar sentir… al saber que estás fuera de peligro. Y sin embargo el miedo y el pánico de los otros, el pánico y el sufrimiento de los otros…, siguen ahí. Y nos nutrimos de ello, ¿no es cierto? Será mejor que reconozcamos que nos nutrimos de ello. En realidad debería pertenecerles sólo a ellos esa vitalidad extraña, esa sensación de que puedes hacer cosas que normalmente no te permitirías hacer… No tenemos derecho a ello, pero lo compartimos… Y ésa no es la única razón por la que me siento feliz. Y ni siquiera es la razón principal por la que me siento feliz. La razón principal eres tú.

—¿Yo?

—¿No es obvio?

—Pero ¿por qué? Soy un tipo tan normal. Y tú has hecho tantas cosas en la vida. Has ido a Harvard y a Cambridge, has conocido a tanta gente interesante…

Me tapó la boca con la mano.

—Calla. No sabes nada de mí. No sabes… nada.

Estaba tan cerca que me pregunté si iba a besarme. Lo que hizo fue quitarse la chaqueta. Con un rápido movimiento se pasó la camisa y la corbata por encima de la cabeza.

—Vamos a nadar —dijo.

—¿Nadar?

—¡Venga!

Se había quitado ya los pantalones y los calzoncillos. Con las nalgas blancas brillantes, corrió agua adentro, y se puso de rodillas como si estuviera rezando. Una ola lo cubrió por completo. Y al retirarse Edward ya no estaba.

—¡Edward! —grité.

Segundos después, otra ola lo arrastró hasta la arena.

—¡Qué maravilla! —dijo, echándose hacia atrás el pelo—. ¡Vamos!

No lo dudé. Me quité la ropa como lo había hecho él, sin ceremonia. Me quité las gafas. El manchón oscuro hacia el que nadaba

podría haber sido una roca o un monstruo marino. Por lo único que me guiaba era por la voz de Edward.

—Caliente… —dijo—. Frío…, caliente…

De pronto chocamos. Los vellos de su pecho eran resbaladizos como algas. Percibí el contorno de sus pectorales. Percibí su erección.

A nuestra espalda se armaba una ola. Traté de recular, pero Edward no me permitió hacerlo.

—Lo que hay que hacer es zambullirse en ella —dijo—. Agárrate a mí.

Tiró de mí hacia abajo hasta que estuvimos sentados sobre el fondo arenoso. La ola rompió arriba. La sentí apenas como un débil temblor.

Salimos a la superficie. Yo me estaba riendo. Edward me cogió la cabeza entre las manos, y ahora sí me besó. Rompió otra ola, separándonos, volteándonos.

—¡Edward! —grité, pero no me contestó.

Me volví y vi que se acercaba una ola más grande y, recordando lo que él había dicho, me zambullí en su base, hendiendo el agua en dirección al fondo.

Esta vez percibí la ola como un estruendo, como lo que imaginaba que tendría que ser un terremoto.

—¡Pete! —oí que me llamaba cuando salí a la superficie.

—¡Estoy aquí! —le respondí.

Salimos del agua dando tumbos y cada uno por su lado. La marea nos había llevado a unos diez metros más allá de la orilla. Para llegar a la ropa tuvimos que desandar un trecho.

—Es una pena que no hayamos traído toallas —dijo Edward, secándose la cara con la camisa.

Me puse las gafas. El agua salada las había dejado enturbiadas. Como en un cómic de alguien borracho, lo veía todo salpicado de puntos.

—¿Adónde vas? —le pregunté a Edward, que había recogido su ropa y se dirigía hacia las dunas.

Tampoco ahora me contestó. Quizá no me había oído. Recogí mi ropa y le seguí, y llegamos al bosquecillo de pinos. De la arena brotaban aquí y allá matas de barrón. Edward dejó su ropa en la arena y vino hacia mí.

Con mucha delicadeza, me quitó las gafas de la cara, las plegó y las dejó encima del montón de ropa.

—¿Por qué has hecho eso? —dije.

Y él dijo:

—Para que puedas decir sin mentir que no viste lo que iba a pasar.

EN ALGUNA PARTE

9

Eran las cinco de la mañana cuando volví a Lisboa. Aunque el cielo estaba oscuro, ya no había estrellas. Se percibía la inminencia del alba. La puerta principal del Francfort estaba cerrada. Tuve que tocar tres veces el timbre para que el portero, molesto por haberle despertado, me dejara entrar. El vestíbulo tenía un aire callado, de iglesia. En el ascensor había un letrero en el que se leía NO FUNCIONA, así que subí por las escaleras hasta la segunda planta, donde llamé tímidamente a la puerta de nuestro cuarto. No hubo respuesta. Toqué un poco más fuerte. Nadie respondió. Estaba estudiando el dilema de cómo llamar lo bastante fuerte para despertar a Julia pero lo bastante suave para no despertar a nadie más en las habitaciones vecinas, cuando oí un gemido y un tropezón. Julia, en pijama, como un fantasma, me dejó entrar. La habitación estaba extremadamente oscura, como las habitaciones en las que otros han dormido suelen parecerles a quienes han estado fuera toda la noche.

—He tenido un dolor de cabeza horrible, y me he tomado un Seconal —dijo Julia—. ¿Qué hora es?

—No te preocupes. Vuelve a dormirte.

Julia fue hasta la cama dando tumbos, y al poco estaba roncando. Entré en el cuarto de baño y me desnudé. En el bolsillo de la chaqueta encontré el ejemplar de *La salida honrosa* que había comprado en Bertrand, con su envoltorio de papel castaño. Lo puse encima del inodoro, y me quité los zapatos. Estaban llenos de arena. También mis calcetines estaban llenos de arena. Cuando me bajé los pantalones la arena cayó en el suelo. Traté de barrerlo todo con un cepillo, pero de nada sirvió, porque cada vez que me agachaba caía más arena de la adherida a mi persona. Tenía pegotes de arena en el vello de pecho y piernas. Y los granos parecían moverse, como piojos. Me metí en el baño, y me lavé una y otra vez con agua tibia; pero siempre quedaban algunas rendijas o pliegues donde la arena parecía ocultarse. Pronto se atascó el desagüe. La bañera no se vaciaba. Me sequé y me vestí. Julia seguía claramente fuera de combate, así que bajé al vestíbulo y le dije al portero que le hiciera saber que estaba en el Suiça. Entretanto, había salido el sol. A excepción de algún hombre de negocios que iba

leyendo el periódico mientras caminaba, y de alguna mujer del mercado con la cesta de pescado sobre la cabeza, las calles estaban vacías. En el Suiça, los ayudantes de camarero bostezantes quitaban las sillas de encima de las mesas. El café que me trajo el camarero era el primer servicio del día, y tenía posos en el fondo de la taza. En la acera se pavoneaban las palomas, de plumas con la tonalidad de manchas de la goma de borrar de un lapicero.

Traté de aclarar en mi cabeza los sucesos de la noche pasada. El problema era que todo estaba enturbiado por la neblina de la absenta, en la cual la realidad era difícilmente discernible de las alucinaciones. Quizá el instinto mismo es una suerte de «hada verde», cuyo sabor amargo atemperamos con excusas. Estaba borracho. Era muy tarde. Se acababa el mundo. Por supuesto, tales excusas son endebles como el papel. No creemos en ellas ni cuando las estamos inventando. Son parte del ritual, lo mismo que la jarra y el terrón de azúcar y la cuchara perforada.

Al alba la neblina verde se había aclarado un poco. Volvíamos hacia el coche, con las perneras de los pantalones remangadas y los zapatos en la mano. Aún quedaba algo de luna, lo cual me brindó la ocasión para reflexionar sobre cuán grandes eran los pies de Edward (como mínimo el doble de grandes que los de Julia). Sobre cada nudillo carnoso sobresalía un penacho de vellos rígidos y claros. Para un hombre acostumbrado a acostarse con mujeres, el cuerpo de otro hombre supone siempre un gran desconcierto, no por su extrañeza sino por su familiaridad, la extrañeza de su familiaridad. Al tocar a Edward en la playa, en medio de la oscuridad, bien podría haber estado tocándome a mí mismo, por lo que supuse que lo que yo querría que me hicieran a mí coincidiría con lo que él querría que le hicieran a él. Y unas veces quiso. Pero otras veces no.

Un tórax duro y velludo donde debería haber habido unos pechos mullidos; un vientre que empezaba a ablandarse pero aún firme bajo la grasa superficial; testículos como ciruelas pasas, y el órgano propiamente dicho, alegre como la cola de Daisy, circuncidado, y por tanto necesitado de más lubricación que la natural para funcionar; lo cual era un problema, ya que en la playa no teníamos nada a mano, por así decir, más que lo que podíamos hacer con la boca. Y nos seguía entrando arena en ella… Todo esto me vino a las mientes mientras estaba sentado en la terraza del Suiça y el sol recuperaba su posición de soberanía aburrida y perenne, como un socorrista sentado en su alta silla, y las palomas se congregaban ante la expectativa de nuevos clientes que, agradecidos por encontrarse después de tantos meses en una ciudad donde había pan de sobra, les dieran unas cuantas migas… O bien me encontraba en medio del sueño más extraño que había soñado jamás, o bien todo lo que conocía hasta

ahora —mi vida entera— era el sueño mismo, y Edward la cálida cama en la que yo había despertado de él al fin.

Entonces vi a Julia cruzando el Rossio en diagonal. Llevaba tacones altos, y al verlos y ver el vestido de lunares negro y blanco se me antojó que se parecía mucho a una paloma; mientras que Iris era como un ave acuática grande y desmañada: un pelícano o, como la llamaban sus compañeras en el colegio, una cigüeña. Julia llevaba el pelo negro peinado hacia atrás y recogido con una cinta blanca.

—Quería lavármelo esta mañana, pero no he podido —dijo, sentándose—. ¿Qué ha pasado en el cuarto de baño? Parece que ha habido una tormenta de arena.

—Es culpa mía, me temo. Anoche estuve en la playa.

—¡En la playa! Creí que sólo ibais a tomar una copa.

—Y fuimos. Pero se nos ocurrió ir a Estoril.

—¿A esas horas? ¿Cómo fuisteis?

—En el coche.

—¿En nuestro coche?

—¿Por qué no? ¿Para qué sirve, si no?

Se apartó un pelo largo de los ojos.

—Espero que hayas encontrado sitio para aparcar al volver.

—Lo dejamos en Estoril, en la estación. No te preocupes. Lo recogeré esta tarde. Bebimos mucho, así que volvimos en taxi.

—Ya. —Hubo una pausa, como la ceniza trémula en la punta de un cigarrillo—. Menuda noche, ¿no?

—¿Te parece mal?

—En absoluto. De hecho, me gusta. Sueles ser tan parado para todo, que me agrada ver que eres capaz de vivir una aventura, aunque no sea conmigo.

Viajar acelera la formación de los hábitos. Al cabo de una semana, el camarero del Suiça nos conocía lo suficiente como para no preguntarnos qué queríamos tomar. Trajo una taza de café solo para Julia, y para mí otro *garoto*, y un plato de esos pastelillos rellenos que me gustaban tanto.

—¿Y qué? ¿Te divertiste? —Revolvía el café, pese a no haberle echado azúcar—. ¿Fue divertido?

—Sí, supongo.

—Es curioso, en París nunca tuviste muchos amigos varones.

—Bueno, aparte de los compañeros del trabajo, ¿con quién se supone que iba a salir? ¿Con tu decorador?

—¿Es que no ibas a poder ser amigo de Jean porque es mariquita?

—El que sea mariquita no tiene nada que ver. No teníamos mucho en común, sencillamente. Y lo cierto, Julia, es que yo tampoco tenía

mucho tiempo libre. Parece que te has olvidado de eso. Tenía un trabajo. Y los fines de semana estaba cansado. Nada podía apetecerme menos que…, no sé, jugar al tenis con tu decorador.

—Pero aquí en Lisboa es una historia completamente diferente, ¿es eso lo que quieres decirme?

—Bueno, aquí tengo tiempo. Por primera vez desde que puedo acordarme. No como esos pobres diablos que tienen que hacer cola todo el día delante de los consulados. Y sí, anoche me divertí. Lo pasé muy bien.

—Actúas como si no quisiera que te divirtieras, y no es así.

Me limpié las gafas, y recordé cómo Edward me las había quitado de la cara.

—No te gusta, ¿verdad? —dije.

—¿Edward? —Julia encendió un cigarrillo con aire pensativo—. Bueno…, no diría que me *disgusta*. Es un poco sabelotodo. Si tuviera que decir algo, diría que es anodino.

—¿Y qué te parece Iris?

—Oh, me gusta. Es interesante. Quiero decir que ha hecho cosas muy interesantes. Lo que me sorprende es que haya acabado con *él*. Aunque suele darse en mujeres que se han criado como huérfanas: que tiendan a buscar hombres que necesitan una madre. Es lo mismo que lo de los perros. Una forma de dar lo que a ellas no les dieron de niñas.

—Me pregunto por qué no han tenido hijos.

—Es que sí tienen. Tienen una hija. Retrasada, o algo así. Está en un centro. En California, creo.

Volví a ponerme las gafas.

—Me sorprende que no te lo haya contado, con lo buenos amigos que parece que os habéis hecho.

A mí también me sorprendía. Si la hija hubiera sido mía, ¿no se la habría mencionado a Edward?

Guardamos silencio. Julia sacó las cartas de los solitarios.

—¿Crees que de verdad podríais ser primos? —le pregunté al cabo de un momento.

—Por supuesto que no —dijo ella—. Sólo por tener parientes en la misma ciudad… Es ridículo.

—Pero aun así *podríais* ser primos.

Me miró a los ojos con calma.

—*No* somos primos, y te agradeceré que no vuelvas a mencionar este asunto.

Juntó las cartas y las repartió.

—Es de una clase social completamente diferente. Mi abuelo era

banquero.

—¿Y el abuelo de Edward?

—No tengo ni idea.

—Pero su dinero tendrá que venir de alguna parte.

—¿Su dinero? Yo creía que el dinero era de ella. —De pronto estaba mirando por encima de mi cabeza—. Oh, Dios, ahí están. Haz como si no los vieses.

—¿Por qué?

—Porque si les hacemos señas, o mostramos entusiasmo, se sentirán obligados a sentarse con nosotros, y puede que no tengan ganas. No quiero que él piense que somos unos pelmas.

Como un niño sorprendido fisgando, Julia bajó los ojos y miró las cartas. Sin saber dónde mirar, me quedé mirando hacia el frente. Iris estaba arrodillada en el suelo, intentando, al parecer, desprender algo de la pata de Daisy. No sabría decir si nos habían visto o no.

Al cabo de unos minutos, Julia acabó el solitario. Guardó las cartas y se levantó.

—Vamos —me dijo.

No tuve que pedir la cuenta. Sabía exactamente cuánto era. Pasamos por delante de la mesa de los Freleng, y Edward nos sonrió.

—Hola —dijo.

—Oh, hola —dijo Julia, como sorprendida.

Luego les saludé yo. Luego lo hizo Iris.

Luego hubo un momento en el que podríamos habernos sentado, o ellos podrían habernos pedido que lo hiciéramos.

Ese momento pasó.

—Bueno, es un placer veros —dijo Julia—. Vamos, cariño.

—Adiós —dije yo.

La sonrisa de Edward parecía casi apenada. Con el dedo índice señaló una postal que había sobre la mesa. Una postal de la playa de Guincho.

10

Una vez en el hotel, Julia entró en el cuarto de baño. Dejó la puerta entreabierta. En los primeros años de nuestro matrimonio, jamás habría dejado la puerta entreabierta. Y yo tampoco. Sólo con el paso de los años cede el pudor en el matrimonio, dejando una estela de relajación, una desenvoltura íntima, que es a un tiempo cómoda y terrible. Así, en la edad anciana mis padres no tuvieron ningún escrúpulo en usar el baño sin ocultarse, por mucho que hubieran pasado siglos desde la última vez que durmieron en la misma cama. Oh, es un asunto harto extraño…

Minutos después salió con el libro que yo había comprado el día anterior.

—¿Cuándo lo has comprado? —preguntó.

—Ayer. Y para pedirles que nos lo dedicaran, pero se me olvidó.

—Doy gracias al cielo. Pete, prométeme una cosa. Prométeme que no les vas a pedir eso.

—¿Por qué?

—Porque sería una falta de tacto. Tienes que confiar en mí en esto. Sé más que tú de estas cosas.

Sus ideas sobre lo que era apropiado o no siempre me habían sorprendido.

—De acuerdo. No les pediré que nos lo dediquen.

—¿Has empezado a leerlo?

—Aún no.

—Voy a echarle una ojeada. —Se quitó los zapatos y se tendió en la cama—. «Encontraron el cuerpo de Monsieur Hellier en su despacho» —leyó en voz alta—. «Se había disparado en la boca, y la sangre había salpicado la tapa de una primera edición rara de *Las ilusiones perdidas*, de Balzac.»

—Un comienzo muy animado.

—Aunque no particularmente original.

Creí lo que decía. No sabía mucho de novelas de misterio.

Después del almuerzo, fui a Estoril en tren para recoger el coche. Para mi alivio, Julia no se ofreció a venir conmigo. Estaba

profundamente inmersa en *La salida honrosa*.

Cuando llegué al coche, Edward me estaba esperando, apoyado contra el chasis en un perfecto *contrapposto*. Daisy estaba a sus pies.

Lo abracé. Visiblemente tembloroso.

—Tranquilo, tranquilo —dijo él.

—Esperaba que estuvieras aquí —dije—. Confiaba en que sí, pero no estaba seguro. Estuve pensándolo en el tren, y no he encontrado ninguna razón para que estuvieras.

—Bien, estoy aquí, y ya está. ¿A qué hora tienes que volver?

—No lo sé. ¿A la hora de cenar?

—Bien, tenemos unas horas.

En el asiento trasero del Buick, Daisy giró dos veces sobre sí misma, como era su costumbre, y se echó a dormir. Puse la mano izquierda sobre la pierna de Edward. Durante el resto del trayecto él la mantuvo allí con firmeza, aunque me la devolvía cuando veía que la necesitaba para no estrellarnos contra un coche que venía en sentido contrario.

—¿Estás cansado?

—Agotado. ¿Y tú?

—Lo mismo. Me encantaría que pudiéramos pasar la noche entera juntos. Y no tener que levantarnos por la mañana. Pero, claro, en una situación como la nuestra tenemos que levantarnos por la mañana.

Era la primera vez que utilizaba la palabra «situación» en relación con nosotros. Hablaba con la voz de un hombre que ha estado en ese tipo de situaciones antes.

Pasábamos por delante de la Exposición. A la luz del mediodía, los pabellones, tan impresionantes por la noche, parecían de tres al cuarto, provisionales. ¿O era provisional la ciudad misma, una Exposición que se había perpetuado a lo largo de ochocientos años?

Quizá no estaba conduciendo en absoluto. Quizá el coche estaba quieto, mientras operarios invisibles desplazaban decorados gigantescos a mi alrededor.

Para comprobarlo, levanté las manos del volante. El coche zigzagueó, y Daisy despertó sobresaltada. Volví a agarrar el volante.

—Sujeta el volante —dijo Edward.

—Lo siento. Hoy estoy un poco mareado.

—Es normal. No has dormido. Has vivido una conmoción.

¿A qué conmoción se refería? ¿A la guerra? ¿Al viaje hasta Lisboa? ¿A haberle conocido a él?

—No me siento conmocionado —dije—. ¿Existe esa palabra?[3]

—Si no existiera, debería existir.

—No, lo que siento… es más una especie de calma extraña.

Parecida a la que sentí cuando pasamos a Portugal. Como si todos los problemas quedaran atrás, y no los tuviéramos delante. ¿Suena a disparate?

—Me gustaría mucho aprender a conducir. Quizá tú puedas enseñarme cuando volvamos. ¿De dónde dijiste que eras?

No estaba seguro de haberlo dicho.

—De Indianápolis.

—Eso es Indiana, ¿no? Sí, por supuesto. El Medio Oeste es territorio desconocido para mí. Quizá vayamos juntos allí, hasta Indianápolis, y tú puedas enseñarme en el camino. Luego podríamos seguir hasta California. Conocerías a mi madre.

«¿Y a tu hija?», estuve a punto de decir, pero no lo hice. Porque mientras hablábamos habíamos entrado ya en Lisboa. Pronto los muelles dieron paso a los edificios históricos más conocidos, con sus fachadas de caprichosos tonos azules y rosas y verdes. Dondiegos de día florecían en balcones de hierro herrumbroso.

—Aparca aquí —dijo Edward cuando divisamos Cais do Sodré, la estación de donde partían los trenes a Estoril.

—Puede que nos cueste mucho encontrar un hueco —dije.

Y en aquel mismo momento encontré uno.

—El dios del aparcamiento siempre me ha sido benéfico —dijo Edward.

Nos bajamos del coche. Edward ató con la correa a Daisy y echó a andar. Yo le seguí. Edward caminaba con decisión, como Daisy; como si supiera perfectamente adónde iba. La cuestión estribaba en si no lo sabía perfectamente, como la propia Daisy.

Había taxis rodeando la Praça Duque de Terceira, al parecer por el mero placer de hacerlo. Algunos de ellos eran motocicletas; el pasajero iba en el sidecar. Fuimos sorteando el tráfico hasta Rua do Alecrim, que asciende desde el Tajo hasta el Bairro Alto con una pendiente tal que en su base la calle toma la forma de un puente empinado bajo el cual discurre como un río la Rua Nova do Carvalho. Unos puentes más pequeños que hacían de escaleras unían el puente con las casas de ambos lados. Subimos por uno de ellos. La puerta no tenía ninguna placa. Edward llamó al timbre.

Al poco salió una chica que tenía una mancha de nacimiento en la mejilla. Llevaba un uniforme francés de doncella que bien podría haber salido de un guardarropía teatral. Besó a Edward, y luego se apartó para dejarnos pasar.

Estábamos en un vestíbulo rectangular, muy pequeño. Ante nosotros se alzaba una enorme escalera, tan vertiginosa como la propia Rua do Alecrim.

Empezamos a subirla, la doncella primero, luego yo y finalmente

Edward con Daisy. En mi vida había subido unas escaleras tan largas sin la interrupción de descansillos, sin retroceder sobre sí misma ni rodear un hueco de ascensor.

¿Qué sucedería si me cayera? ¿Me sostendría él? ¿O mi peso lo derribaría y acabaríamos al pie de la escalera hechos un lío maltrecho?

Para controlar la sensación de vértigo, fijé mi atención en la espalda de la doncella. Llevaba un delantal blanco atado a la cintura, justo debajo de los pechos. Conté los escalones hasta llegar arriba.

Entramos en una especie de antesala. Las cortinas estaban echadas. A la tenue luz reinante las paredes eran del color de higos morados. Diseminados por el recinto había sofás y sillas tapizados de un terciopelo de aspecto turbio y con flecos dorados, en los que había chicas y mujeres sentadas, unas vestidas de cóctel, otras en combinación de seda y otras con sólo unas bragas de seda…, todas ellas arrellanadas con indolencia y en actitud de exhibirse. La mayoría tenía en la mano copas que parecían de champán. Unas cuantas fumaban, y algunas dejaban reposar la cabeza sobre el regazo de otras.

Olía a amoníaco y a regaliz. En la gramola cantaban un fado.

Al ver a Daisy, dos chicas le dirigieron unos gestos de bienvenida. Sin dudarlo un instante, Daisy fue hacia ellas. Las palabras susurrantes que le dedicaron mientras la acariciaban bien podrían ser las mismas que utilizaban con sus clientes. Con sus largas uñas le tiraban de la piel de la nuca y le rascaban el cogote. La perrita echó hacia atrás las orejas. Se dejó caer sobre las patas, luego se tendió en el suelo con las patas estiradas hacia atrás.

Una mujer anciana, robusta y más baja que la madre de Julia, salió de las sombras. Llevaba más joyas que Madame Fischbein. Se puso de puntillas y besó a Edward en ambas mejillas, tal como había hecho la doncella.

—Ésta es la señora Inés —dijo Edward.

La anciana sonrió y tendió una mano repleta de anillos.

—*Enchanté* —dije, torciendo el gesto ante la presión de su mano: los anillos se me clavaban en la carne.

Tenía un leucoma. En el ojo izquierdo. El dilema de elegir cuál de los ojos miraba —el ojo que se movía o el ojo inmóvil— hizo que me volviera la sensación de vértigo.

—La señora Inés es de Barcelona. Todas las chicas son de allí. Colecciona *poupées*.

Señaló una estantería desde la que nos miraban siniestramente una docena de muñecas de porcelana.

—*Ah, oui* —dijo la señora Inés—. *Sont mes petits*.

—*Garçons*?

—*Bien sûr, garçons. Ici on a trop de femmes*.

—¿No es increíble? —me dijo Edward bajando la voz—. ¿El sentimentalismo en el que puede caer hasta la más curtida de las prostitutas en su chochez?

Una de las chicas —la que sólo llevaba unas bragas— se puso de pie y se acercó a Edward. Tendría treinta y cinco o cuarenta años, y se le veían las costillas y esa especie de voluminosa panza que las mujeres flacas adquieren con la edad. Le tocó el hombro y le susurró algo al oído. Él se echó a reír. Una colega, más joven y rellena, vino hasta mí y me rodeó el cuello con los brazos. Abrió la boca para enseñarme la lengua, muy rosada y perlada de diminutas burbujas.

Miré a Edward. Besaba a la prostituta de las bragas de seda. Me sentí confuso. ¿Qué hacíamos allí? Sentí ganas de preguntárselo. ¿Se suponía que íbamos a ir por separado, cada cual con una? ¿O los cuatro juntos? ¿Había entendido yo mal algo?

No. Edward se volvió hacia la señora Inés, que dijo unas palabras cortantes en español. Las chicas se descolgaron de nosotros y volvieron a sus asientos.

—No las culpo por intentarlo —dijo Edward—. Vamos.

La doncella nos condujo hasta otra escalera, más estrecha que la anterior aunque no tan larga. Daba a un vestíbulo con varias puertas. La chica giró la llave de una de ellas.

Entré. La habitación era más grande que la nuestra en el Francfort, aunque de techo más bajo. Sobre la cama, impecablemente hecha y con una colcha de seda raída, colgaba una imagen de la Virgen María. Al otro extremo había un armario y un tocador con una palangana y un aguamanil. Las lámparas tenían pantallas de color rosa, con flecos y quemaduras.

Después de darle una propina a la doncella, Edward cerró la puerta y echó la llave. Se la metió en el bolsillo del pecho y liberó de la correa a Daisy, que en cuanto se vio sin ella se puso a dar vueltas por la habitación, parándose tan sólo para lamer una mancha del suelo de baldosas.

—No, Daisy —dijo Edward—. Seguramente es algo asqueroso. —Fue hasta la ventana y la abrió—. Mira.

Miré. A nuestra izquierda vi la rampa de la Rua do Alecrim y el puente escalera. Debajo de nosotros había varios pisos más hasta descender a la Rua Nova do Carvalho—. ¿No es extraño? —dijo Edward—. Es porque la planta en la que hemos entrado, aunque lo parece, no es la planta baja. Es el tercer piso. La planta baja está mucho más abajo, ¿lo ves? En esa calle que pasa por debajo del puente, el puente de la Rua do Alecrim.

—¿Cómo has encontrado este sitio?

—Tengo mis formas. —Me apartó de la ventana—. En fin, espero que sirva. Créeme, me he devanado los sesos para dar con algo mejor, pero vista la escasez de cuartos de hotel…

—¿Pero cuándo? ¿Cómo encuentras el tiempo?

—Hay más horas en el día de las que te imaginas. —Me quitó las gafas, las plegó y se las metió en el bolsillo—. Por supuesto, al principio me pidió un precio exorbitante, el precio que habríamos pagado por dos horas *con* una chica. He tenido que regatear para que lo bajara.

Me quitó la chaqueta y la tiró sobre la cama. Yo, a mi vez, intenté quitarle la suya, pero él me apartó la mano y me soltó el cuello. Volví a alargar la mano para asirle la chaqueta. Y él volvió a apartármela. Me desanudó la corbata y me pasó la camisa y la camiseta, juntas, por encima de la cabeza. Luego se agachó y me soltó los cordones de los zapatos. Luego, cuando me quedé descalzo, me empujó sobre la cama, boca arriba, me soltó el cinturón y me bajó y me quitó los pantalones y los calzoncillos con un solo y rápido gesto. Metió en el armario el montón de ropa, y lo cerró. Y se metió la llave en el mismo bolsillo donde se había guardado la llave de la habitación y mis gafas.

—¿Lo ves? —dijo, examinándome—. Es mejor que la playa. En la playa no pude echarte una buena ojeada.

Mientras hablaba, me pasó las manos por todo el pecho, por las piernas abajo, y las volvió a subir hasta donde mi erección palpitaba. Cuando me la estrujó, gemí. «¡*Chsss*!», dijo, tapándome la boca con una mano mientras con la otra me agarraba los testículos con la misma fuerza.

Fue cuando pasó una mano bajo mis nalgas cuando arqueé la espalda y emití un sonido —algo entre un gemido y una risa— que despertó a Daisy, cuya lengua sentí de súbito en un tobillo.

—¡Calla! —dijo Edward. Apartó las manos y retrocedió. Me miró de arriba abajo, sacudió la cabeza y se echó a reír, casi burlonamente —. Perfecto —dijo.

Levantó a Daisy del suelo, cogió la correa, abrió la puerta y salió. Oí cómo cerraba con llave desde fuera. Y oí sus pisadas en las escaleras.

Me incorporé. Los únicos sonidos eran el canto de los pájaros y, a lo lejos, la gramola, en la que seguían sonando fados.

—¿Edward? —grité—. ¡Edward!

No hubo respuesta. Fui hasta la ventana. Al cabo de un minuto, vi dos figuras borrosas, una grande y la otra pequeña, que salían por la puerta principal de la casa, bajaban por el puente escalera y torcían hacia la izquierda en dirección al río.

Nunca el sol de mediodía me había quemado tanto los ojos. Era como si los rayos me taladraran la cabeza.

Cerré las contraventanas y las ventanas y eché las cortinas. A excepción de la débil luz que se filtraba por la rendija al pie de la puerta, la habitación estaba a oscuras. Tuve que avanzar a tientas para llegar a la cama. Las sábanas apestaban a desinfectante y perfume y cigarrillos. Me las subí a la barbilla. Me puse de costado y pasé el brazo por debajo de la almohada. Traté de quedarme absolutamente quieto, porque si movía siquiera un músculo del cuello el dolor de cabeza me resultaría insoportable.

Dadas las circunstancias, estaba sorprendentemente en calma. A menudo sucede eso en los momentos críticos. El entendimiento va a la zaga de la experiencia. El motor especulativo tarda unos minutos en empezar a funcionar. Y, una vez que lo hace, el ritmo mismo de sus rotores tiene un efecto extrañamente apaciguador.

Barajé las posibilidades como Julia hacía con sus cartas. Quizá Edward era un espía, y había urdido aquel complejo engaño con intención de chantajearme, de inducirme a traicionar a mi país. O quizá era un timador, y cuando recuperase mi ropa descubriría que me faltaban la cartera y el pasaporte. En cualquiera de estas dos hipótesis, Iris probablemente era su cómplice, lo cual llevaba aparejado que todo aquello de su autoría de las novelas no era sino una mentira. No eran Xavier Legrand. ¿No se veía en esto el sello de un buen timador, una argucia que lo hacía absolutamente creíble? Lo cierto era que, pensándolo bien, todo estaba trabado con gran inteligencia. Porque ¿cómo podía yo ir tras él, desnudo y encerrado en una habitación de un burdel de mala muerte, con la ropa metida en un armario cuya llave se había guardado él en el bolsillo? Y no sólo la llave del armario sino también la de la habitación. Y no sólo la llave de la habitación sino también mis gafas. ¡Oh, mis gafas! Y pensar que si no las hubiera pisado en la terraza del Suiça no me encontraría ahora en tal tesitura…

Cerré los ojos. Los latidos de mi cabeza se hicieron más fuertes. El desinfectante olía a goma quemada. Te puedes poner tapones en los oídos para evadirte del ruido, una máscara en los ojos para dejar de percibir la luz. Pero ¿qué se puede hacer para suprimir un olor? Sin embargo me dormí.

El siguiente sonido que oí fueron unos golpecitos en la puerta. Voces femeninas gritaban en español. Normalmente soy un hombre absurdamente consciente del tiempo. Jamás en mi vida he puesto el despertador. Si tengo que levantarme a cierta hora, me levanto a esa hora. Cuando me despierto en mitad de la noche siempre sé con exactitud qué hora es.

Pero en aquel momento no tenía ni la menor idea.

Estuve a punto de levantarme, pero recordé que, con excepción de los calcetines, estaba completamente desnudo. Al otro lado de la puerta las voces arreciaron.

—*Je ne peux pas ouvrir la porte* —dije—. *Je n'ai pas la clé*.

No me entendieron.

—No tengo la llave. *Je n'ai pas la clé*.

Susurros de consulta. Luego silencio.

La voz siguiente fue la de la señora Inés.

—*Monsieur, c'est l'heure. Devez sortir*.

—*Je n'ai pas la clé. Monsieur…, l'autre Monsieur…, a pris la clé. Il est sorti*.

—*N'avez pas la clé*?

—*Je n'ai pas la clé*.

Más consultas. Luego pisadas. Luego debieron de encontrar una llave maestra, pues al cabo de un instante la puerta se abrió. La señora Inés entró en el cuarto. Fue directamente hasta la ventana, abrió las cortinas y las contraventanas, y se volvió para mirarme con los brazos cruzados sobre los pechos. Sin duda el espectáculo de un hombre desnudo pegándose una colcha contra el pecho no le era del todo extraño. Y sin embargo su expresión era de incomodidad.

Un ojo me miraba directamente; el otro un poco hacia mi izquierda, como si quisiera ver lo que había fuera de la ventana.

—*Mes vêtements… ils sont dans l'armoire* —dije—. *Je n'ai pas la clé de l'armoire*.

—*N'avez pas la clé de l'armoire*?

—*L'autre Monsieur a pris tous les clés, tous les deux*.

El hecho de que faltara la llave del armario parecía plantear más problema que el hecho de que faltara la llave de la puerta. La señora Inés llamó a la doncella, quien, al entrar en la habitación, rompió a reír. La señora Inés la reprendió, y la chica cerró la boca. La señora Inés impartió instrucciones y la doncella se fue del cuarto. La señora Inés ahora volvía a cruzar los brazos y me miraba con su ojo móvil. ¿Era cómplice de Edward en aquel plan? Parecía improbable. Me daba la impresión de que su escapada la había dejado tan perpleja como a mí.

Al cabo de un rato volvió la doncella. Traía media docena de llaves, que empezó a probar en la cerradura del armario. La tercera abrió la puerta.

La señora Inés ordenó a la doncella que se fuera. Cogió mi ropa del armario y la dejó encima de la cama. Su actitud era implacablemente solícita, como la de una enfermera. Una vez clasificadas las prendas, salió de la habitación y cerró la puerta. Me levanté y me vestí. La silla en la que me senté para anudarme los cordones de los zapatos era

ridículamente baja. Para mi sorpresa, tanto mi cartera como mi pasaporte estaban en el bolsillo de la chaqueta, donde los había dejado.

Una vez vestido, salí al vestíbulo. Apenas veía. Tuve que bajar las escaleras a tientas. En el salón, las prostitutas me observaron en silencio, para asegurarse de que percibía la intensidad de su desdén.

La señora Inés estaba detrás de la barra.

—*Combien*? —pregunté, metiendo la mano para buscar la cartera.

La anciana sacudió la cabeza.

—*Monsieur Edward a déjà payé*.

—*Merci* —dije.

Ahora me enfrentaba al reto más difícil: la escalera principal. Empecé a bajarlas, aferrándome al pasamanos como un inválido. Nadie se ofreció a ayudarme. Aunque nadie habría podido hacerlo, ya que era una escalera demasiado estrecha para que dos personas pudieran bajar codo con codo.

A medida que me acercaba a la puerta, la luz se hacía más intensa. Me pregunté cómo me las iba a arreglar para explicarle a Julia la pérdida de las segundas gafas. Al menos no tendría que decirle que me habían robado el dinero y el pasaporte. ¿O le habría gustado que lo hubieran hecho? Porque era astuta, mi Julia. Caería en la cuenta enseguida de que entre telegrafiar para pedir más dinero y solicitar un nuevo pasaporte, no podríamos embarcar en el *Manhattan*. En mi deseo ansioso de obtener su perdón, incluso podría reconsiderar su deseo de quedarse en Portugal.

Había llegado abajo. Abrí la puerta y salí. Me sorprendió mucho ver que estaba lloviendo. El cielo, tan azul y brillante durante toda la semana, era de una tonalidad gris oscura.

Al pie de la escalera de hierro fui a dar con la acera. Llovía con fuerza, con gotas como perdigones. El paso de los viandantes era un tráfico borroso. Cuando vi un espacio abierto, me metí deprisa en él.

Torcí hacia la izquierda, en dirección al río. Edward venía hacia mí, con Daisy.

Sonrió.

—¿Contento de verme? —dijo.

—¿Qué? —dije.

—¿Te alegras de verme?

Lancé el puño y le golpeé en la cara. Él se tambaleó y cayó. Daisy ladró. Lo levanté del suelo por las solapas y sentí cómo se rasgaban.

—Cabrón —dije, y le di otro puñetazo.

Volvió a caer, volví a levantarle. Estaba blando y fláccido, como una muñeca de trapo. Y sonreía.

—¿A qué juego estás jugando?

—A ninguno.

Le golpeé por tercera vez. Daisy era ya presa del pánico. Tiraba de la correa, ladrando, mordisqueándome los talones.

—Dame las gafas —dije.

Me las tendió. Me las puse, y enfoqué su cara. La sangre que le brotaba de la boca le caía hasta la camisa.

—¿Podemos volver a entrar? —dijo—. Necesito ponerme hielo en la mandíbula.

—No has contestado a mi pregunta.

—Creo que se me ha roto un diente.

—Dios. De acuerdo, vamos.

La doncella, al abrir la puerta, nos miró como podría haber mirado a un par de monos titiriteros. Me las arreglé para subir a Edward por las escaleras, sosteniéndole por detrás para que no se cayera, dado que no tenía la menor estabilidad sobre los pies. Luego descubriría que se había torcido el tobillo de mala manera. Al llegar arriba vimos que la señora Inés nos estaba esperando. Edward pidió una bolsa de hielo, y se la trajeron. Durante unos minutos la señora Inés y Edward hablaron en francés, muy rápido, él en tono apaciguador, ella en tono al principio severo, luego ofendido, luego claudicante.

Edward le tendió unos cuantos billetes, que ella se metió en el hueco del busto.

—Nos quedamos en la habitación otra hora, ¿de acuerdo? —dijo.

Seguía teniendo las llaves. Las dos. Me las entregó a mí, y subimos.

Una vez dentro del cuarto, cerré la puerta con llave. Solté a Daisy.

—Ven aquí —dije, y le quité la bolsa de hielo de la cara—. Abre la boca.

Me hizo caso. Metí un dedo dentro de ella, y lo deslicé por el borde de los dientes.

—No hay ninguno roto —dije—, pero te va a salir un moratón del demonio.

—Eso espero.

Lo empujé hasta tenderlo sobre la cama y me puse encima de él. Lo besé con brusquedad, sabiendo que iba a dolerle.

—No sonrías —dije—, o te daré otro puñetazo.

—No me pegues más —dijo.

Eran las palabras que necesitaba oír. Le apreté la corbata hasta dejarle casi sin respiración. Luego se la desanudé.

11

—No tendría que haberte pegado.

—Sí, hiciste bien. Me lo merecía.

—Te lo merecías, sí. ¿Por qué te marchaste así?

—¿Por qué? No lo sé. Estaba mirándote… y pensé: Esto es la perfección. Es lo que estaba deseando desde el principio. Así que me fui.

—¿Era lo que deseabas y por eso te marchaste?

—Bien, ¿cuál era la alternativa?

—Podías haberte quedado.

—Pero el momento se habría perdido. Al marcharme, lo conservaba (por así decir). Y no sólo para mí. Para ti también. Sabía que cuando te viera la próxima vez, querrías más. Y así ha sido. Daisy, no hagas eso.

—Pensé que lo tenías planeado todo de antemano. Que eras un espía o un timador. Que te habías llevado mi dinero y mi pasaporte.

—Sí. Después de pensarlo, me imaginé que podías pensar todo eso.

—¿Qué iba a pensar, si no?

—Oh, muchas cosas. Por ejemplo, que me había ido a tomar una cerveza al British Bar (¿conoces el British Bar?) y que había perdido la noción del tiempo. Lo que, dicho sea de paso, es tremendamente fácil que te pase en el British Bar, porque hay un reloj (bastante famoso) en el que los números están escritos al revés. O sea que si, pongamos, son las cinco y cuarto, la manecilla de las horas está en las siete y la de los minutos en las siete. Creo que lo he dicho bien.

—Pero ¿cómo iba yo a saberlo? Si además me habías dejado encerrado en el cuarto, y con la ropa bajo llave en el armario?

—Sí, eso he hecho, ¿no? Ha sido emocionante. Al final te tenía en mi poder.

—Entonces *tenías* una razón.

—Visto desde ahora, parece que sí. Iris seguro que diría eso. Es su visión del mundo. Piensa que todo está planeado. Mientras que mi visión del mundo es que las cosas suceden al azar, y la gente actúa por impulso, y sólo después, cuando miramos hacia atrás, vemos una

pauta. Supongo que es cuestión de sobre qué partes enfocas la luz, si sabes a qué me refiero. Mi gran fracaso es que no puedo con el tiempo. Quiero combatir la degradación que la memoria sufre a manos del tiempo. Y el esfuerzo es vano, porque…, ¿te has dado cuenta?, son los recuerdos que atesoras más ávidamente los que más rápido se desvanecen, los que más rápidamente son eclipsados por…, ¿cómo llamarlo?, una especie de «memoria ficción». Como un sueño. Mientras que las cosas que olvidamos por completo, las cosas que nos llegan en mitad de la noche, al cabo de treinta años…, resultan tan extrañamente frescas. ¡Daisy, por favor!

—¿Qué ahora es?

—La pregunta, entre todas las preguntas, que más odio. Las siete menos diez.

—Dios, ¿qué pensará Julia?

—Depende de lo que le cuentes.

—Tenemos que irnos. Aunque no quiero.

—Si te parece, puedo preguntar si podemos quedarnos la habitación otra hora.

—Dentro de una hora será lo mismo. Seguiré sin querer irme.

—Ahora somos como todos los demás forasteros de Lisboa. Donde tenemos que estar, no queremos estar. Donde queremos estar, no podemos estar.

—Si de mí dependiera…

—Depende de ti.

—No del todo.

—Hasta dentro de una hora puede depender de ti.

—¿Media hora?

—Muy bien. ¿Qué es media hora en la totalidad del tiempo?

—Pero todas cuentan.

—No, no cuentan. En realidad no cuentan.

12

—A ti tenía que haberte gustado Iris, ¿sabes?

—¿Iris?

Edward asintió con la cabeza. Estábamos sentados en una mesa del fondo del British Bar, en la Rua Bernardino Costa. En el reloj famoso la manecilla de las horas rozaba las cuatro, y el minutero estaba entre las seis y las siete. Habíamos ido al British Bar a posponer un poco más el inevitable reencuentro con nuestras mujeres.

—Y podría haber sido así de no ser por tus gafas. Algo en relación con tus gafas… Tus gafas me hicieron quererte para mí.

—No lo entiendo —dije, aunque hoy veo que sí lo entendía; que quizá lo había entendido desde el principio.

Me contó la historia. Cómo un año después de que Iris y él se casaran, Iris quedó embarazada.

—Y el embarazo resultó terrible. Por poco se muere. Y también el bebé. Y tal vez habría sido mejor que hubiera muerto.

—¿Iris?

—No. El bebé. Verás, nuestra hija era lo que en otros tiempos la gente llamaba débil mental. Una idiota. Así que yo prefiero esos vocablos anticuados, ¿no te parece? Son mucho más… alentadores.

—Lo siento.

—Bien. Ahora vive en California, con mi madre. Pero ésa es otra historia. El caso es que, después de tenerla, a Iris le entró un terror tremendo a volver a quedarse embarazada. Porque estaba convencida, absolutamente convencida, de que lo que le pasaba a nuestra hija se debía a las circunstancias del parto. Así que dejamos de…, bueno, paramos. De tener sexo, quiero decir. No hubo ningún acuerdo ni nada parecido. Fue más una cuestión de mutuo consentimiento tácito. Y luego la otra decisión, la de internar a la niña en un centro, le correspondía a Iris. Como madre de la criatura, tenía derecho a tomarla ella. Y no es que le resultara fácil hacerlo. Para ser sincero, se sintió bastante culpable. Aún hoy siente esa culpa.

»Entonces vivíamos en Nueva York. La niña tenía tres años. No sabía hablar, y apenas sabía andar. Así que la llevamos en tren a California. Le encantó el viaje. Creo de verdad que fueron los días más

felices de su vida; y ahora que lo pienso, aquella vez también me recorrí el tren de punta a punta. Con ella. Y luego la dejamos con mi madre, y volvimos a Nueva York, y saltamos para Francia, donde empezamos a darnos… la gran vida, así la llaman, ¿no?

—¿Y tu hija? ¿No pensabas en ella?

—Bueno, por supuesto que *pensaba* en ella. Lo malo es que era lo único que podía hacer, realmente: pensar en ella. Pero me estoy desviando del asunto, que es explicar por qué se supone que tenía que gustarte Iris. Pareces tan sorprendido. Como si la idea no se te hubiera ocurrido nunca. Bien, ¿por qué crees que te hablé de su ropa interior?

—¿Estás diciéndome que todo estaba planeado? ¿Que lo planeasteis entre los dos?

—En cierto sentido sí. Es una especie de… trato que tenemos. Desde hace años. Le Touquet. Allí fue la primera vez. De hecho, fue con Alec Tyndall, el tipo que se apostó conmigo que podría escribir una novela policíaca en menos tiempo que yo. Lo que demuestra que en cada historia hay siempre más de lo que se ve a simple vista. Iris también tiene razón en esto.

—Espera… ¿Qué sucedió con el tal Tyndall?

—Bueno, pues que estábamos en el bar del hotel, los dos muy borrachos. Llevábamos horas bebiendo. Iris se había ido a la cama, y la mujer de Tyndall estaba, como suele decirse, indispuesta. Estábamos hablando…, y empezamos a contarnos chistes verdes. El tal Tyndall era un tipo con una mente increíblemente sucia. Los británicos lo son; suelen serlo. Quería que le contase historias guarras, y yo, por supuesto, se las conté. Le conté todo tipo de cosas sobre Iris. Algunas incluso verdaderas. Luego, cuando vi que se estaba…, bueno, excitando de verdad, deslicé hacia él la llave por el tablero de la mesa. La llave de nuestra habitación. Y le sugerí que… subiera y entrara en ella, sin más.

—¿Lo sabía Iris?

—Oh, no. No tenía ni idea. Me estaba dejando llevar por un impulso, simplemente. Corriendo…, oh sí, un riesgo tremendo. Aunque, de alguna forma, sabía que no era tal riesgo. Y tenía razón.

»Se quedó con ella toda la noche. ¿He dicho ya que Daisy estaba conmigo en el bar? Daisy, mi camarada de tantas *madrugadas*.[4] Recorrimos una y otra vez el paseo hasta el amanecer, ¿verdad, Daisy? Hasta que vimos cómo entraba la luz en la habitación. Iris descorría las cortinas.

—¿Qué dijo luego?

—No dijo nada en absoluto. Se limitó a… mirarme. La expresión de su cara… era casi una sonrisa burlona.

»Bueno, así es como empezó. Ojo, nunca ha sido algo habitual

entre nosotros. Sólo varias veces al año. Y tampoco ha salido siempre tan a pedir de boca como con Tyndall.

—¿Y era eso lo que se suponía que tenía que pasarme a mí?

—Bueno, ¿por qué crees que Iris se llevó a Julia al veterinario de esa forma? ¿Por qué crees que le dijo a Julia que dejara que nos fuéramos a tomar un copa juntos?

—No puedo creer lo que estoy oyendo.

—No, no parece creíble en absoluto, ¿verdad? No tan creíble, por ejemplo, como que yo fuera un timador.

—¿Por eso me lo cuentas? ¿Porque estás molesto porque he pensado que eras un timador?

—¡Molesto! ¿Por qué iba a sentirme molesto? ¿Con la camisa llena de sangre y el labio hinchado y el mundo terminándose, por qué debería sentirme molesto? No estoy siendo sarcástico, ¿te das cuenta?

—Sí.

—Además, necesitas saberlo.

—¿Por qué?

—Porque Iris lo sabe.

—¿Se lo has dicho?

—No he tenido que hacerlo. Lo ha adivinado.

Volví a mirar el reloj. No le veía el menor sentido. Ya no le encontraba ningún sentido al tiempo.

—¿Y qué va a hacer Iris? Dios santo, ¿y si se lo cuenta a Julia?

—Oh, no hará eso. De hecho, fue lo primero que dijo: que Julia no debe enterarse nunca.

—Podrías habérmelo contado antes.

—¿Habría cambiado algo?

—No.

—Exactamente. El problema, amigo mío, es que esto, esta aventura (llamémosla por su nombre) va en serio. Importa. Me refiero a que si fuera sólo diversión y juegos en la playa, un puñetazo en la cara, una tarde en un burdel de cuando en cuando, sería una cosa… Pero ya ves, yo estoy empezando a tener unas ideas locas sobre ti. Por ejemplo, quiero bailar contigo. ¿No es de locos?

—No. A mí me pasa lo mismo.

—Y no cualquier baile. Una danza anticuada. Un vals.

—Sería todo un espectáculo.

—Dos varones adultos bailando… Lo sé, es ridículo. Ridículo…, y sin embargo conmovedor, si te pones a pensarlo.

—Edward…, ¿te ha pasado alguna vez esto?

—En rigor… Pero ¿cómo hablar con rigor de estas cosas? Tuve los coqueteos normales en el internado, por supuesto. Y una vez, cuando

estaba visitando a mi madre, me peleé con ella y salí furioso de casa y cogí un tren a San Francisco y entré en un bar. Y aunque era menor de edad, el camarero me sirvió. Conocí a un marinero. Estaba como una cuba. De ahí me viene esta cicatriz de la barbilla.

—¿Qué pasó?

—No importa. En cualquier caso, no hay nada más. La experiencia sodomita de mi vida es ésa… Hasta hoy. ¿Y tú?

—¿Yo? Nada. Nunca…

—Bromeas.

—No.

—¿Ni siquiera en la universidad?

—Wabash era un sitio de mente muy limpia.

—Pero parecía salirte de forma tan natural.

No respondí. Estaba azorado. El instinto me causaba una gran turbación, al haber aparecido en escena tan tarde.

Al final llegó el momento en el que ya no podíamos diferir más el volver con nuestras mujeres, así que pagamos y nos fuimos. Había dejado de llover. La niebla se alzaba desde el pavimento. La Rua Bernardino Costa pronto dio paso a la Rua do Arsenal, famosa por sus tiendas de bacalao en salazón. En las aceras, tiras combadas de bacalao colgaban de ganchos. Parecían esponjas desecadas, y olían a amoníaco. Cuando volvimos al burdel, horas antes, yo me había dado un baño de los que mi hermano George llamaba «baños de puta», y me había restregado con un paño mojado la parte alta e interna de los muslos. Ahora sentía un sudor pegajoso en los costados del torso. De vuelta en el hotel, el primer obstáculo estribaría en entrar en el cuarto de baño antes de que Julia pudiera olisquearme.

En el exterior de la puerta giratoria del Francfort, Edward y yo nos dimos la mano.

—¿Mañana? —dijo.

—¿Dónde? —dije—. ¿Cuándo?

—¿Qué te parece a las cuatro? No, a las tres y media. En el British Bar.

La perspectiva me infundió calor. Asentí con la cabeza.

Edward se alejó en dirección al Elevador.

En el vestíbulo, al pasar por el mostrador de recepción, vi que la llave de la habitación estaba colgada en su sitio.

—¿Mi mujer ha salido? —le pregunté al Senhor Costa.

—Está fuera desde las dos —respondió él—. Una señora inglesa vino a buscarla, y se fueron juntas.

—¿Era alta, la señora inglesa?

—Muy alta.

Le di las gracias y subí a la habitación. En mi ausencia, la habían hecho. Las almohadas estaban mullidas. Y, lo más extraño de todo, no había a la vista ni una sola prenda de Julia.

¿Era posible que hubiera dejado la habitación? ¿Llevándose todas sus cosas?

No. Encima del tocador vi las cartas de un solitario, La Belle Lucie, en el que éstas se disponen en abanico.

Debía de estar haciéndolo cuando Iris vino a buscarla.

Me desvestí, metí toda la ropa en una maleta —luego, cuando Julia no estuviera mirándome, la mandaría a la lavandería— y me encerré en el cuarto de baño. Fue un alivio comprobar que funcionaba el agua caliente de la bañera. Me resbalaba por brazos y piernas una sustancia residual grisácea.

Después de secarme, me puse unos calzoncillos limpios y una camiseta. Pensando echar una cabezada de diez minutos, me tendí en la cama, sobre la colcha.

A medianoche, me despertaron las campanas de una iglesia. La habitación estaba a oscuras.

No había ni rastro de Julia.

Me metí bajo las mantas y volví a dormirme.

A la una de la madrugada, dieron unos golpecitos en la puerta.

La dejé entrar. Olía a cigarrillos, a ginebra, a un perfume que no era el suyo.

—Siento volver tan tarde —dijo—. ¿Estabas preocupado? Seguro que estabas preocupado.

—Sí, bastante.

—Lo sabía. Iris decía que no te preocuparías, pero yo sabía que sí.

Me besó en la nariz.

—Tu mujer —dijo— ha tenido un día de lo más extraordinario.

13

De una noche a la siguiente, nuestros papeles se habían invertido. Tal era, al menos, la idea de Julia. Ahora era ella, no yo, quien había estado fuera hasta altas horas de la noche; ella, no yo, quien traía a nuestra cama el olor del mundo; ella, no yo, quien —según sus palabras— debía «una explicación».

¡Y los deseos que tenía de explicarse! Incluso mientras se duchaba me llegaba su voz desde detrás de la puerta del cuarto de baño, aunque yo no entendiera lo que me decía. Al final se acomodó en la cama, y fue como si un lingote al rojo, recién salido del horno, se apretara contra mi espalda. Porque siempre estaba ardiente, mi Julia. Acostarse con ella era como acostarse con una criatura fantástica, diminuta y demasiado caliente, uno de esos perros sin pelo que se utilizan en México como bolsas de agua caliente. Antes de Edward, eso me excitaba mucho. Hacer el amor con Julia había sido un sueño febril, en el que yo me hacía inmenso y ella se encogía hasta hacerse una pequeña y fogosa Pulgarcita, ante cuyas súplicas no me quedaba más opción que acceder… Y ahora quería apartarla de mi lado. Al sentir su tacto empecé a sudar. Temí agitarme en la noche y romperle la nariz; darme la vuelta y matarla por aplastamiento en mitad del sueño.

—Oh, Pete, ¿qué puedo hacer para compensarte? —me dijo a la mañana siguiente mientras esperábamos los cafés en el Suiça.

—¿Compensarme de qué? —dije yo.

—De haber estado tan imposible en las últimas semanas. Tan quisquillosa. Sobre las habitaciones y demás. Y lo de anoche, haber estado fuera hasta tan tarde… ¿Te preocupaste muchísimo? ¿Por eso no me has preguntado dónde estuve?

—Pensé que, si querías contármelo, ya me lo contarías —dije, tratando de fingir que estaba dolido.

Puso una mano encima de la mía.

—Oh, pobrecito, cariño…, qué molesto estás. *Debiste* de preocuparte mucho.

La irritación parecía una pantalla tan buena como cualquier otra para ocultar lo que sentía. Me encogí de hombros.

—Debo decir que me conmueve verte así. Ayer le dije a Iris, en serio, «Iris», le dije, «me he estado portando de tal forma que seguramente sentirá alivio si no estoy. Seguramente pensará que me he ido para siempre.»

—¿Y qué dijo Iris?

—Que no dijera tonterías. Que estaba dramatizando. Y tenía razón. Si algo hay que decir de Iris es que no se anda con rodeos. Te puede bajar los humos, pero con delicadeza. Sin herirte.

—¿Quieres decir que su sinceridad puede hacerte bien?

—No exactamente. No es sólo que tenga una manera de mirar las cosas, una forma que jamás se te ocurriría si ella no te la sugiriese. Pero cuando miras las cosas de esa forma las ves con un sentido nuevo, diferente.

—¿Y cuál es esa forma nueva de mirarte a ti?

—Bueno, que estoy furiosa con mi familia, y que la pago contigo. Lo cual es absurdo e injusto, porque tú eres el que me ha librado de mi familia. O sea que si no llega a ser por ti, no sé qué habría sido de mí. Y, sin embargo, por la forma en que he estado actuando…, cualquiera diría que está en tu mano cambiar las cosas… Pero ahora voy a compensarte, Pete. Lo prometo. De ahora en adelante voy a ser una mujer nueva.

Se echó hacia atrás, casi en un rapto de contrición. ¿Alguien ha reparado en cómo ciertos perros, cuando les hablas con una voz que no es la tuya, cuando utilizas un falsete o el miau de un gato, se agitan sobremanera? Yo soy como ellos. Me incomoda que la gente no suene a sí misma. Estaba acostumbrado al cinismo de Julia, e incluso a la hostilidad abierta. Pero aquella sinceridad… me estremecía.

Luego me contó cómo había sido. Al parecer, en cuanto me fui a recoger el coche a Estoril, Iris «bajó en picado» a buscarla. «Bajó en picado» fue la expresión que utilizó.

—Me refiero a que estaba yo arreglándome un poco, pensando en echar una cabezadita, cuando de repente sonó el teléfono y era el Senhor Costa para decirme que una dama quería verme. Así que bajé, y era Iris. Y me dijo: «Ponte el sombrero, que vamos de expedición.» Y yo dije: «¿Qué tipo de expedición?» Y ella dijo: «No te preocupes por eso, tú coge el sombrero.» Así que cogí el sombrero y salimos, y había un coche esperando. Lo había alquilado. Y nos fuimos a Sintra. Y, Pete, ¡es la villa más encantadora del mundo! Como una ciudadela italiana, pero más verde. No tan rocosa ni imponente. ¡Y el aire! Se puede *saborear* lo limpio que es. Y las vistas son de lo más impresionante, y hay un viejo hotel (en el que estuvo Lord Byron) y un palacio. Así que tomamos té, fuera, en el más hermoso de los jardines, con rosales trepadores y demás, y comimos esos deliciosos

pastelillos de queso que son la especialidad local. Y charlamos. Sobre París y Nueva York y nuestra niñez, y sobre ti y Edward. Le conté nuestro viaje desde París, y fue entonces cuando me echó el rapapolvo más estimulante que puedas imaginar, haciendo hincapié sobre todo en que, sean las que sean las penalidades que hayamos tenido que pasar, otra gente lo ha pasado mucho peor, por ejemplo esa pobre gente sin nacionalidad, sin país, porque, a diferencia de ellos, al menos nuestros pasaportes tienen algún valor.

—Pero eso es exactamente lo que dije yo en la cena. Y en la cena tú me llevaste la contraria.

—Lo sé. Seguramente porque…, tengo que reconocerlo, eras tú el que lo decía. Pero esta vez, quizá porque estábamos Iris y yo solas, y me hizo ver claramente lo horrible que había sido, fui capaz de escuchar.

—Vaya, esa mujer hace milagros.

—No te burles de ella. No es que sea una santa. Es que yo soy una necia y una testaruda. ¡Y cuando piensas en todo lo que ella ha tenido que pasar! Quedarse huérfana tan joven, y luego la tragedia de su hija.

—Oh, sí, su hija.

—¿Sabes? Se le parte el corazón al no poder criar a su propia hija. Sobre todo cuando, por lo que me cuenta, la niña es absolutamente preciosa. Preciosa. Pero la cabeza… no la tiene bien. «Es un tablero en blanco», dijo Iris. Bien, se estaba haciendo tarde, y dije que debería volver al hotel, por si tú te preocupabas, pero ella dijo que a la larga a mí me gustaría que ella fuera más independiente, y que además en Portugal la gente sale hasta muy tarde, así que ¿a qué venía tanta prisa? Y dimos un paseo por el pueblo, y fue mientras paseábamos cuando… Ahora, Pete, prométeme que no te vas a enfadar.

—¿Qué?

—Prométeme que no vas a perder los estribos. Porque en cuanto hayas pensado en ello, estoy segura de que te parecerá…

—¿Qué es, por el amor de Dios?

Julia tomó aliento.

—He alquilado una casa.

—¿Una casa?

—En Sintra. Y, Pete, ¡es maravillosa! Pasamos por delante de ella por pura casualidad. Había una verja con hiedra, y un letrero de SE ALQUILA. Y nos paramos, y me puse a mirar a través de la verja, como en un sueño, e Iris dijo: «¿Por qué no tocamos el timbre?» Y yo dije: «Pete me va a matar.» Y ella dijo: «Por preguntar no hacemos ningún daño.» Así que lo hicimos, y la guardesa nos dejó entrar. Los dueños son ingleses. Ahora están en Londres; el marido trabaja en algo bélico, y alquilan la casa por meses; hasta que acabe la guerra, ya

sabes. Nos lo enseñó todo una vecina, una señora portuguesa muy cultivada, que habla un francés perfecto, ¡Pete, es una casa exquisita! El arquitecto es famoso. No me acuerdo del nombre. Seguro que Iris se acuerda. Y no sólo diseñó la casa; también el mobiliario. Cada mueble. A mano. Cosas bellas, roble y cuero, nada de cosas chillonas. A Jean le encantarían. Así que pregunté el precio, y, Pete, era tan *barata* que… cerré los ojos y la alquilé.

—¿Qué quieres decir con «la alquilé»?

—Pues eso, que la alquilé.

—¿No querrás decir que adelantaste dinero…?

—Sólo el primer mes; no llevaba más dinero encima. Y dije que esta tarde…

—¿Firmaste algo?

—Sólo un recibo.

—¿No un arrendamiento?

—No, no un arrendamiento.

—¿Estás segura de que no era un contrato de arrendamiento?

—Por supuesto que estoy segura. ¿Por quién me tomas?

—Vamos. Levanta.

Eché unas monedas sobre la mesa.

—¿Por qué? ¿Adónde vamos?

—A que te devuelvan el dinero.

—Pero no quiero que me devuelvan el dinero… ¡Pete! ¡Me estás haciendo daño! Oh, sabía que reaccionarías así. Lo sabía. Iris dijo que entrarías en razón, pero yo dije… ¡Para! ¿Adónde vamos? ¡Pete, por favor!

No transigí. Prácticamente la arrastré a Cais do Sodré. Al cabo de unos minutos dejó de resistirse, aunque de cuando en cuando emitía un ruido —mitad tos, mitad gemido— y fingía quedarse sin resuello.

—Pete, si al menos me *escucharas*…

Habíamos llegado al coche.

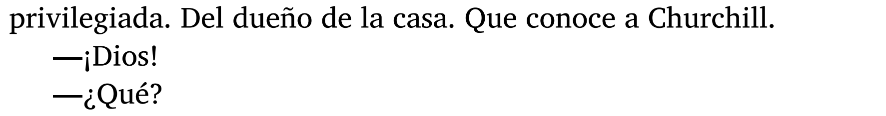
—Vamos, sube.

Montó en el coche.

—¡Pete! No tienes derecho a hacer esto. Ningún derecho. Y ni siquiera me has concedido el beneficio de… Ni siquiera has escuchado lo que quiero decir. No soy ninguna imbécil. Lo he pensado bien.

—¿Quieres decir que Iris lo ha pensado por ti?

—No, no quiero decir eso. Tengo mi propio criterio, aunque parece que lo has olvidado. Lo cierto es que hablamos del asunto con la vecina, y ella está convencida de que Portugal es un sitio perfectamente seguro para esperar a que acabe la guerra…, que calcula que no va a durar más que unos meses… Y tiene información



privilegiada. Del dueño de la casa. Que conoce a Churchill.

—¡Dios!

—¿Qué?

—Julia, ¿no te das cuenta de que esa gente te está dorando la píldora? ¿Diciéndote lo que quieres oír?

—No es cuestión de lo que yo quiera oír; es cuestión de lo que tú quieres oír. Por alguna razón que no conozco, no vas a escucharme… ¡Más despacio! Conduces como un loco. Eres tú quien rechazas totalmente considerar la posibilidad…

—¿Qué posibilidad? ¿Te has dado un paseo por el consulado estadounidense últimamente? Si Portugal es el paraíso que dices, ¿por qué está toda esa pobre gente haciendo cola hora tras hora, bajo un sol agobiante, para conseguir un visado?

—Sí, pero hay otra gente…, por ejemplo, un rumano al que la vecina estaba a punto de alquilarle la casa cuando aparecí yo. Por eso tuve que hacerlo tan rápido, para que el rumano no se me adelantara.

—¿Y la creíste?

—Pues claro que la creí. ¿Por qué no iba a creerla?

—¡Pero si es el truco más viejo del mundo! Inventarse otro aspirante para meterte prisa.

—No seas absurdo. Esa señora no es un vendedor de coches.

—Gracias.

—No lo he dicho en ese sentido. Quería decir que por qué iba a mentirme.

—¿Y es judío, ese supuesto rumano?

—No lo sé. No lo pregunté.

—Porque tú lo eres, por si se te había olvidado.

—Pero también soy norteamericana. Y, como dijo Iris, si eres norteamericano o británico…

—¿E *Iris* también va a quedarse en Portugal? ¿Ha alquilado *ella* una casa en Sintra?

—No, ella no. Pero lo haría si no fuera por los libros. ¡Pete! ¿Puedes ir más despacio? Por poco atropellas a esa mujer.

—De acuerdo. Esto es lo que vamos a hacer. Cuando lleguemos a Sintra, te bajas del coche y…

—No voy a bajarme del coche.

—Vas a bajarte del coche y vas a poner la mejor de tus sonrisas, y con tu francés más exquisito vas a decirle a esa vecina, sea quien sea, que cometiste un error y que quieres que te devuelva el dinero.

—No lo haré.

—Sí lo harás.

—Hazlo tú, si estás tan decidido. Hazlo tú.

—Para empezar, yo no le di el dinero.

—No me importa. No me importa. Quizá tendría que tirarme del coche ahora mismo. Quizá tendría que ponerme en medio de la carretera para que me atropellases. Porque eso es lo que querrías, ¿no? Que estuviese muerta. Bien, pues pronto verás cumplido tu deseo, te lo prometo.

—Si quisiera que estuvieras muerta te dejaría aquí, porque eso es lo que va a pasarte si te quedas. Que acabarás muerta. O peor.

Julia gimió. Con los ojos llorosos, y el pelo despeinado, apoyó la cabeza contra la ventanilla. Y, al otro lado del cristal, ¡qué belleza…! Porque habíamos dejado Lisboa y estábamos adentrándonos en las colinas. La carretera se curvó al iniciarse el ascenso. Había campos de olivos, y huertos, y una niña pequeña con un vestido de color vivo y una cesta de flores…, y de cuando en cuando, entre una hendidura entre colinas, se vislumbraba el Atlántico, las torres de Estoril, una casita de campo con un patio en la que comía una familia… Y pensar que, no tan lejos de allí, había ciudades enteras destrozadas… Mirando aquellas gentes en sus patios, sin embargo, se diría que la guerra era algo tan remoto como el invierno, algo tan impensable como las orejeras o las botas impermeables. ¿Quién podría censurar a Julia por querer quedarse? De verdad, ¿quién podría culparla por eso?

Y llegamos a Sintra. De la ciudadela misma sólo guardo un recuerdo de lo más vago, porque para entonces mi furia se había convertido en una especie de euforia. Y sentía una especie de vértigo, como cuando tomas mucho café sin comer nada. Me recuerdo pensando que Sintra era muy parecida a todas esas poblaciones donde los ricos habitan en los meses cálidos que habíamos visitado. Las superficies poseían esa suerte de pátina satinada. La mayoría de los coches eran nuevos, con matrículas polacas o belgas.

—Esa casa —dije—, ¿dónde está?

Julia respondió, con voz apática:

—Tuerce hacia la izquierda. Allí.

Aparqué. Había una verja con hiedra, tal como ella me había descrito. Y una tapia de piedra. Y, al otro lado de la tapia, un jardín con tilos.

Instintivamente, Julia sacó un espejo de maquillaje del bolso, se retocó la cara y se arregló el pelo con unos golpecitos.

—Pete —dijo cuando le abrí la portezuela para que se bajara.

—No.

No porfió. Me siguió hasta la verja, y se quedó a mi espalda mientras yo tocaba el timbre.

Salió la guardesa. Sonrió a Julia.

Siguió una conversación en tres lenguas, al final de la cual la mujer

fue a buscar a la vecina. Ésta era una señora imponente al modo de Margaret Dumont en una película de los Hermanos Marx. Incluso llevaba plumas de avestruz.

—*Enchantée* —dijo, alargando un brazo desnudo, cuya grasa se bamboleó un poco con la brisa.

Antes de que pudiera responderle, pasó por la verja y nos condujo hacia la casa.

—*Votre maison* —dijo Margaret Dumont.

—No —dije yo.

—*Comment*? —dijo ella, mirándome a través de sus quevedos.

Me volví hacia Julia, que se replegó con un gesto. Con la mayor claridad de que fui capaz, le expliqué a la mujer que mi esposa había actuado con precipitación, sin mi consentimiento. No podíamos quedarnos en Portugal. Teníamos que regresar a Norteamérica.

—*À notre patrie*.

Así que si la dama era tan amable de devolvernos el dinero de la señal…

—*Comment*? —volvió a decir la mujer—. *Qu'est-ce que vous dites*?

No como si no me hubiera entendido, sino como si se negara a aceptar mis palabras, tal como un tendero se negaría a recibir una partida de plátanos magullados.

Repetí lo que le había dicho.

—*Mais ce n'est pas posible* —dijo ella—. *Votre maison*…

—*Ce n'est pas notre maison.*

—*Votre maison.*

—*Ce n'est pas notre maison.*

Pero ¿qué le iba a decir al propietario en Inglaterra? Ya le había mandado un telegrama con la noticia.

Que habíamos cambiado de opinión.

Pero si la señora, mi esposa, no hubiera insistido tanto, podría haberle alquilado la casa al rumano. Y ahora era demasiado tarde. Porque había alquilado otra casa.

Ése no era problema mío.

Pero su esposa firmó un recibo.

Un recibo no es un documento legal.

—¿Es usted juez, Monsieur?

La miré, iracundo. Ella me devolvió una mirada igualmente iracunda. Traté de parecer amenazador. Ella sostuvo mi mirada sin miedo. Era implacable, aquella mujer, en su coraza de plumas de avestruz. Y no sólo era eso; tenía razón. No es nada agradable que alguien se eche atrás en lo que se supone un trato cerrado. Si hubiera estado en su lugar, también a mí me habría preocupado el caballero

de Inglaterra. Y también habría pensado en mi comisión.

No me avergüenza reconocer que, durante gran parte de mi vida, me dediqué a la venta. Y sin duda se debe a que yo era un vendedor que puede refutar sin ningún empacho la falacia de que los vendedores son estafadores por naturaleza. Para triunfar como vendedor, tienes que creer no sólo en el producto que vendes sino en tu propia rectitud. Adoptar falsas actitudes es un tormento. Sin embargo ahora no me quedaba otra opción. Porque aunque la suma de dinero en cuestión no era enorme, tampoco era insignificante. Nosotros no podíamos permitirnos perderla, como sin duda podrían Edward e Iris. Más aún: se me antojaba imperativo el darle una lección a Julia. Mi mujer tenía que afrontar los hechos. Ya no importaba lo que ella se llamara a sí misma. Lo que importaba era lo que la llamaran los demás.

Así que estábamos allí en el jardín, aquella mujer y yo, mientras Julia y la guardesa pululaban a nuestro alrededor como abejas. Transcurrieron varios minutos. La cuestión era quién de los dos parpadeaba antes; o, más precisamente, qué flaqueaba antes: su piedad o mi determinación. Porque ella debía haberse dado cuenta de que Julia no estaba bien. Aunque la justicia estuviera de su parte.

Entonces las campanas de una iglesia tañeron dos veces. De nuevo había perdido la noción del tiempo. Había quedado con Edward a las tres y media.

Pese a mí mismo, miré hacia abajo; no propiamente mi reloj, sino hacia él. Y en ese momento perdí la partida. Lo supe, y también lo supo la mujer de las plumas de avestruz. Lo vi en la manera en que relajó los hombros, en que se permitió una sonrisa. Porque la pelota estaba ahora en su tejado. Podía ser generosa o no, misericordiosa o no; a su albedrío.

—*Voulez-vous du café*? —preguntó.

—Sí, por favor —dijo Julia.

Una hora después nos fuimos con un tercio del dinero.

—Estoy agotada —dijo Julia cuando montamos en el coche.

No dije nada. Bajamos por las sinuosas carreteras a toda prisa. Esta vez sabía que estaba conduciendo a demasiada velocidad. Y, por supuesto, como sucede siempre que se tiene verdadera prisa, surgieron en mi camino todo tipo de obstáculos. Primero nos quedamos atascados detrás de un coche de caballos. Luego, cuando el carruaje se desvió y dejó la carretera, nos quedamos atascados detrás de un autobús. Luego llegamos a un cruce ferroviario en el preciso instante en que bajaban las barreras. Ya no era cuestión de si llegaba tarde o no; era cuestión de con cuánto retraso iba a llegar. ¿Me esperaría Edward? No tenía la menor idea. Podía esperarme hasta que yo

llegara; no podía marcharse al cabo de un cuarto de hora.

A las cuatro llegamos a Cais do Sodré. Los dioses del aparcamiento de Edward debían de seguir sonriéndome, porque encontré un hueco en escasos minutos.

—Necesito pasear un rato —le dije a Julia ante la entrada del Francfort—. Volveré luego.

No protestó. Se internó en la puerta giratoria y por espacio de un instante se vio multiplicada y fragmentada, como si el espejo la hubiera absorbido. Apreté el paso hacia el British Bar, en cuyas lóbregas profundidades —bajo el famoso reloj, de hecho— me esperaba Iris.

14

—Imagino que te sorprende verme aquí.

—No tanto como podrías pensar.

—Bien, no tienes por qué preocuparte. No me quedaré mucho tiempo. Edward llegará en cuanto yo me vaya.

—¿Sabe que estás aquí?

—Mi marido y yo no tenemos secretos el uno para el otro. Siéntate, por favor. Lo que tengo que decirte no me llevará más que unos minutos.

Me senté.

—La verdad es que me alegra que estés aquí —dije—. Porque me da la oportunidad de preguntarte qué diablos haces convenciendo a Julia para que dé un adelanto por esa casa.

—¡Convenciéndola de que…! Yo no hice nada de eso.

—Pero no la disuadiste.

—¿Por qué habría de disuadirla? No hay ninguna razón para que no se quede en Portugal si quiere hacerlo.

—Todo lo contrario: hay una muy buena razón. No es seguro.

—¿Algún lugar lo es? Mucha gente ha hecho montones de predicciones en los últimos años… Y mira adónde les han llevado.

—Pero vosotros *no* os quedáis.

—Estoy segura de que me entenderás, señor Winters, si te digo que no creo que sea bueno para mí (ni para Julia) que tú y mi marido sigáis en el mismo continente.

—Ya veo. Así que estás dispuesta a arrojar a Julia a las fauces de los lobos…

—¿Cómo te atreves a acusarme de arrojar a Julia a las fauces de los lobos cuando eres precisamente tú quien está haciendo algo que seguramente va a matarla? ¿O debo poner las cosas más claras? Muy bien. Lo haré. Estás teniendo relaciones sexuales con Edward. Yo puedo soportarlo. Julia no.

—¿Y por qué tiene que enterarse?

—Exacto. No tiene que enterarse. Bajo ningún concepto. Por supuesto, habrá menos riesgo si vosotros os quedáis en Portugal. Pero

tú has descartado esa posibilidad, y ahora parece que dentro de una semana los cuatro estaremos embarcando con destino a Nueva York. ¿No es maravilloso? Seguro que nos sentaremos juntos a cenar todas las noches. Y después de cenar, noche tras noche, Edward y tú desapareceréis…, ¿cuál será la mentira en la que todos convendremos? ¿A fumar un cigarro? ¿El viejo ritual de los caballeros y las damas separándose durante un rato? ¿O preferirás las tardes? ¿A la hora del té?

—¡Por favor, no hables tan alto!

—Vaya, ¿tienes miedo de que la gente lo oiga? Estupendo. Deberías tenerlo.

Se apartó y encendió un cigarrillo. Las manos le temblaban. Había algo espléndido en ella, espléndido y aristocrático y desmañado, con la espalda encorvada y el pelo desordenado y el cuello largo y blanco ofrecido a la guillotina…

—Sé lo que estás pensando —continuó—. Estás pensando que voy a prohibirte que sigas viendo a Edward. Bien, pues te equivocas. No soy estúpida. Conozco mis límites. En lugar de ello, por tanto, voy a ofrecerte lo que a mí me parece una proposición bastante razonable. Puedes hacer lo que te venga en gana con Edward, y yo miraré para otra parte…, siempre y cuando Julia siga en la ignorancia.

—¿Y a qué viene que de pronto estés tan preocupada por Julia?

—Porque es vulnerable.

—¿Y tú no?

Parpadeó.

—Tal vez esto te sorprenda enormemente, pero conozco a mi marido mejor que nadie en el mundo. Créeme, nada de esto me coge de nuevas.

—Te refieres, supongo, a vuestro acuerdo…

—¿Así es como lo llama él? Qué divertido… —Se inclinó hacia mí sobre la mesa, hasta que estuvo tan cerca que pude oler su perfume, el perfume que Julia llevaba al llegar a la habitación del hotel la noche anterior—. Señor Winters, Pete…, escúchame, por favor. No tienes ni idea, ni la menor idea, de dónde te estás metiendo con Edward.

—¿No?

—No, no la tienes. Si fueras mujer, te diría lo mismo. Si fueras yo hace veinte años, te diría lo mismo. No está bien, Edward… Oh, sé que se presenta como ese ser encantador y extraño e inteligente. Pero eso no es más que una pantalla. Y sí, quizá he hecho que empeore, rescatándole tantas veces, pasando por cosas que ninguna mujer razonable soportaría… No sé lo que te ha podido contar sobre los hombres y yo. Es cierto que me he acostado con otros hombres. Pero no, como parece haberse convencido a sí mismo, porque quisiera

hacerlo. Lo he hecho porque *él* quería que lo hiciera. Y no niego que hubo varias veces en que pensé: Iris, podrías disfrutar con ello. Te lo mereces. De hecho, hubo un hombre que estaba absolutamente dispuesto a dejar a su mujer si yo dejaba a Edward. Hoy me pregunto si no debería haberlo hecho.

—¿Por qué no lo hiciste?

Se inclinó hacia mí por encima de la mesa.

—¿Te has dado cuenta alguna vez de que cuando caminamos por la calle, nosotros cuatro, y la calle es demasiado estrecha para que vayamos de dos en dos, yo siempre voy detrás de Edward? Bien, ¿sabes por qué? Porque si fuera delante de él, existiría la posibilidad de que, al volver la cabeza, se hubiera ido. ¿Qué te parece esta confesión? Le quiero; no puedo soportar la idea de perderle, me cueste lo que me cueste. No soy como aparento. No soy insumisa. Si algo soy, es débil. Embarazosamente débil. Lo que Julia siente por ti, yo lo siento por Edward.

—¡Julia! Yo siempre he sido una decepción para Julia.

—Te resultaría todo mucho más fácil si eso fuera cierto.

—Ya veo. Te refieres al rapapolvo que le echaste ayer. «Estimulante», lo llamó ella. Una hazaña impresionante.

—Hablas como si yo fuera una hipnotizadora. ¡Ojalá tuviera ese tipo de poderes!

—Bien, pues hicieras lo que hicieras, el efecto ya ha pasado. Me odia de nuevo.

—No seas ridículo. Cuando cierto tipo de mujer, e incluyo a Julia y mí en esa categoría…, cuando cierto tipo de mujer ama a un hombre, haría cualquier cosa, cualquiera, para aferrarse a él a toda costa. Julia entiende esto tan bien como yo. Por eso está tan decidida a que te quedes con ella en Portugal. Porque sabe que tiene más posibilidades aquí que en Nueva York. Por mucho que no vea el *porqué*.

—¿Y tú? ¿Me estás diciendo que ésa es la única razón por la que te acuestas con esos hombres? ¿Para conservar a Edward?

—Me he acostado con ellos, sí. Como me habría acostado contigo. Así él podría luego olerte en mi cuerpo, en las sábanas. Así yo podría contestar a sus preguntas *detalladas*. Así podría cogerme el camisón que había llevado e irse con él al cuarto de baño y… No pongas cara de escandalizarte. No tienes derecho. No después de lo que has hecho. La noche en que os fuisteis a Estoril, yo me había preparado…, sí, quiero decir exactamente lo que piensas que quiero decir. Sólo que lo que me había imaginado desde el principio, lo que sabía que acabaría sucediendo, al final sucedió. La única sorpresa fue que fueras tú. Yo siempre había imaginado que quien le haría perder la cabeza sería algún jovencito increíblemente guapo… En fin, ¿quién puede hablar

de gustos?

—Gracias.

—No te estoy menospreciando. En cierto sentido me alegro. Contigo es menos probable que pierda la cabeza que con cualquier hombre más joven. En cuanto a mí, todo esto será una especie de alivio. Porque al menos ahora todo está claro. Y, en cuanto a Julia y a ti, sinceramente creo que será mejor para los dos si os quedaseis aquí. Lejos de nosotros. Somos veneno. Pero supongo que ya es demasiado tarde para eso.

—Si me estás preguntando si sigo planeando llevarme a mi mujer a Nueva York, la respuesta es sí. Aunque tenga que llevármela gritando y pataleando. Lo voy a hacer.

—Entonces, sólo queda una cosa que tenga que decirte. Que no se te meta en la cabeza que Edward va a dejarme. No lo hará. Puedes preguntárselo tú mismo. —Recogió sus cosas—. Bien, supongo que será mejor que me vaya. Está esperando en la otra acera. Vendrá enseguida.

—¿Y si Julia se entera, pero no por mí? ¿Si se entera por otra persona?

—Tendrás que vivir con ello toda la vida, ¿no?

Dirigí la mirada hacia el reloj desconcertante. Iris se levantó.

—Es probable que pienses que he disfrutado con esto. O al menos que he sacado alguna satisfacción primaria. Bien, pues no. Para mí esta conversación ha sido extremadamente desagradable.

—Entonces, ¿por qué la hemos tenido?

—Porque hay veces en las que ninguna de las opciones es buena. Y te limitas a calcular cuál es la menos mala.

—Como irse a casa.

—Más o menos.

Traté de reír. Ella no había bajado la guardia. ¡Y cuán gloriosa estaba entonces! Edward tenía razón al compararla con la *Madonna del largo cuello*. Había algo de genuinamente manierista en Iris, una calidad a un tiempo magistral y estrafalaria, como si hubieran sometido su cuerpo al potro del tormento y lo hubieran estirado más allá de lo humanamente soportable, y ahora el esplendor alongado de sus miembros, la torsión erótica de su cuello daban fe de la indivisibilidad de sufrimiento y gracia.

Minutos después de que se marchase, entró Edward con Daisy.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—*Estoy* bien —dije—. ¿Y tú?

Se sentó.

—¿Qué puedo decir, Pete? Es lo que sucede cuando uno se mezcla con gente como yo. Gente que no toma precauciones. Si no quieres

volver a verme, lo entenderé.

—¿Y qué es lo que quieres tú?

—Yo no estoy en situación de querer nada.

—Muy bien. Vámonos, entonces.

—¿Adónde?

—Ya sabes adónde.

Ni siquiera pidió una cerveza. Fuera, el sol estaba en su punto más brutalmente brillante, con la claridad que precede a su puesta. Con Daisy a nuestro lado, caminamos hacia la Rua do Alecrim, hacia la escalera de hierro y la puerta sin placa.

EN NINGUNA PARTE

15

Una tarde —creo que más o menos mediada nuestra estancia en Lisboa—, Edward y yo fuimos a montar en el Elevador Bica. Este ascensor, por si no lo conocen ustedes, es en realidad un funicular. Su único coche tiene tres compartimentos escalonados, al modo de los escalones de una escalera de mano. Bien, aquella semana Edward y yo buscábamos continuamente sitios donde poder estar solos. Aunque sólo fuera unos minutos. Y como el Elevador Bica era barato, y resultaba relativamente fácil conseguir un compartimento para nosotros solos, había llegado a ser uno de nuestros sitios habituales. No recuerdo que nos tocáramos en absoluto durante aquellos breves trayectos. Porque no era ésa la intención. La intención era respirar, siquiera durante un rato, un aire que nadie más estuviera respirando.

Nunca me han gustado mucho los funiculares. Añádase esto a la natural desconfianza del vendedor de coches ante todo vehículo que, concebido para recorrer un itinerario fijo, nos hurta el disfrute de la carretera abierta. ¿Y qué es un funicular sino un bicho raro entre trenes y tranvías y vehículos similares, jorobado y enfilado en su vía abrupta, de la que jamás puede separarse y sin la que su vida no es posible? Edward solía decir que el Elevador Bica le recordaba a Sísifo empujando su roca pendiente arriba. Para mí era más un inválido atado a un pulmón de hierro… Ahora se me ocurre que el matrimonio es una especie de funicular, cuyo funcionamiento cotidiano ciertos cónyuges no sólo tienen el deber de supervisar sino también de accionarlo. En la parte cuesta arriba, por mucho esfuerzo que requiera, no es nada comparada con la cuesta abajo, en la que siempre existe el riesgo de caída libre. Pregúntenle a un ciclista y les dirá que el descenso es muchísimo más peligroso que el ascenso.

En cualquier caso —y esto ahora se me antoja relevante— fue en el Elevador Bica donde Edward me dijo por primera vez que Iris era católica.

—Sospecho que es así como se debió de sentir en la niñez —dijo cuando el funicular inició el ascenso—. Las monjas siempre le estaban imponiendo pequeñas penitencias que cumplir. Pero en cuanto había cumplido una ya había cometido otro pecado. Y así sucesivamente,

por siempre jamás.

—¿Sigue practicando?

—Ya no. Lo dejó cuando se casó conmigo. Los postulados de la fe; si no los terrores. Los terrores…, de ésos es más difícil liberarse.

Habían pasado años desde que Iris se confesó por última vez, y aún seguía anotando sus transgresiones en una especie de libro de contabilidad espiritual, en el que intentaba equilibrarlas con actos de contrición. El pecado del que se consideraba más culpable era el orgullo, que es el único de todos los pecados que el mundo secular considera una virtud. Orgullo del trabajo propio, orgullo del propio éxito… Son cosas buenas, ¿no es cierto? E Iris estaba orgullosa de su trabajo, estaba orgullosa de su éxito, y sobre todo estaba orgullosa de los muchos años en los que había hecho que el funicular no se estrellara contra el suelo. Y ciertamente había una única cosa de la que no se sentía orgullosa, y esa cosa era su amor por su marido. Su misma desmesura la avergonzaba. Por eso me odiaba a mí tanto. Porque hasta que me había conocido nunca en su vida había bajado la guardia en ese sentido, ni siquiera cuando estaba en sus horas más bajas, ni siquiera en las noches oscuras del alma en que, después de despedir al amante que Edward le había enviado, se volvía hacia la pared y pensaba: «Si al menos tuviera una madre…» Porque no podía concebir confiar tal cosa a nadie más que a una madre. Y ahora me la confiaba a mí, su peor enemigo.

Ojo, Iris no estaba siendo en absoluto torpe. Era una avezada jugadora de cartas. Sabía que cuando en una mano te entran malas cartas lo único que puedes hacer es jugarlas como si fueran buenas. Y las cartas que le habían caído en suerte eran increíblemente malas. ¿Porque qué cartas le habían tocado? La costumbre (el hábito de un largo matrimonio). La lealtad (al menos una esperanza de ella). Una hija en el exilio. Un perro casi en el final de su vida. Y ésas eran las cartas *buenas*.

Bien, miró sus cartas e hizo un cálculo de sus posibilidades. Lo mejor que podía hacer para conservar a Edward no era prohibirle nuestra aventura, sino manejarla. Y para manejarla debía manejarme a mí. Y para manejarme a mí debía persuadirme de que Julia, en caso de percibir el más mínimo olor de Edward en mi ropa, se derrumbaría hecha añicos. Y aquí había tenido un golpe de suerte. Nuestra charla en el British Bar venía a continuación del terrible episodio de Sintra, justo minutos después de haber dejado yo a Julia en la puerta giratoria del Francfort. De modo que la imagen que me vino a la cabeza cuando Iris me dijo lo que pensaba no fue la que tenía de mi mujer cuando la conocí —aquella benjamina radiante y voluntariosa —, sino la de los últimos tiempos: frágil y febril, a través del espejo, cruzando un río, cruzando la laguna Estigia.

Así estaban las cosas. Iris se había ido del British Bar sabiendo que había conseguido su propósito. Edward y yo ya nunca volveríamos a estar solos. Allí donde fuéramos, ella estaría con nosotros: Iris y, a través de ella, el fantasma de Julia, desmoronándose. Sin embargo, ¿era consciente también Iris de que, al asegurarse mi anuencia, pagaba un precio más alto que el que en rigor debía pagar? Porque ella sólo pretendía mostrarme la hondura de su orgullo, y en lugar de ello se había venido abajo y me había mostrado la hondura de su pasión. En comparación, acostarse conmigo no habría sido nada.

Ahora la veo desfilando (es la palabra que procede con Iris) por la Rua do Arsenal. Ni una sola vez vuelve la cabeza. Sigue por la Rua do Ouro, pasa por el Elevador y cruza el Rossio en dirección al Francfort Hotel, donde, al subir las escaleras, el empleado de recepción piensa: He ahí una verdadera dama inglesa… Cierra la puerta a su espalda…, y es entonces, en la oscuridad de aquella habitación insalubre en la que hay que elegir entre asfixiarse del calor o del olor, cuando se desprende de la pesada coraza tras la que se esconde y con la que se protege el corazón. Porque ahora está absolutamente sola. Ni siquiera tiene a Daisy para que le haga compañía. En el último momento no pudo resistirse a imponer a Edward una sola condición: que cuando saliera conmigo se llevara con él a la perrita. Probablemente confiaba en que Daisy fuera un impedimento para nosotros…, que no se nos permitiese la entrada a ningún recinto por ir con ella, cuando lo que hacía era privarse de la única criatura cuya compañía le habría brindado algún consuelo en aquellas horas terribles.

Debía de sentirse como cuando la enviaron de regreso a Inglaterra en su niñez. Una vez más hacía la travesía marina desde Malasia; una vez más la entregaban a las manos frías y limpias de las monjas; una vez más escrutaba el camino que llevaba a la casa de sus sobrecogedores parientes. Intuyo que fue en esos años cuando adquirió su gusto por las penitencias, ya que hasta en las circunstancias más lúgubres uno ha de encontrar alguna forma de divertirse. Bien, en el peor de los casos fue una buena preparación para lo que le esperaba en el futuro.

Conoció a Edward en Cambridge, en uno de esos bailes de primavera, o comoquiera que se les llame a esos actos que ellos celebran. Edward llevaba ocho meses en Inglaterra, prosiguiendo sus estudios de filosofía con G. E. Moore. Por lo que puedo colegir, a Moore se le consideraba un Peso Pesado, así que el hecho de acoger a Edward en su departamento entrañaba una clara muestra de aprecio académico. Al parecer ello se debía a ciertos trabajos que Edward había escrito en Heidelberg.

Bien, Edward sacó a bailar a Iris, y al principio ella se mostró recelosa. Iris nunca se había considerado hermosa en ningún sentido.

Más aún, sus parientes habían hecho todo lo posible por cercenar la confianza en sí misma que pudiera haber en ella. Porque debía heredar mucho dinero cuando cumpliera veintiún años, y sus parientes sabían que, en caso de casarse, se malograrían sus posibilidades de manejar esa fortuna. Así, se habían asegurado de recordarle en toda ocasión que no era guapa, y que por lo tanto debía mirar con desconfianza a cualquier hombre que mostrase el menor interés por ella; estrategia que podría haber funcionado, de no haberle parecido Edward tan candoroso, algo que en verdad era, y no la hubiera comparado con la *Madonna del cuello largo*, lo cual hizo. Porque hasta entonces su gran estatura le había supuesto un gran problema, y ahora aquel joven le estaba diciendo que era su mayor atractivo. Por supuesto, le esperaban problemas mucho peores.

Por lo que me han contado, el primer año de matrimonio fue relativamente feliz. En Cambridge vivieron en una casita humilde, un nido mísero, del que salían una o dos veces al día para dar un enérgico paseo por el jardín. Un observador habría pensado que eran una pareja, si no atractiva, interesante: los dos tan altos, tan capaces de tales zancadas. Y hablaban entre ellos. En el matrimonio esto no es algo nimio. Julia y yo no podíamos hablar, y, mirando hacia atrás, veo el gran empobrecimiento que esa imposibilidad entrañaba. Mientras que Iris, pese a su falta de educación formal, poseía esa clase de intelecto que Edward apreciaba tanto. Poca gente fuera de los enrarecidos círculos de Cambridge era capaz de entender sus trabajos, y ella lo era. Ni le reprochaba el esfuerzo que le costaba escribirlos. Porque cuando Edward estaba trabajando, era proclive a cierto fanatismo, sobre todo en relación con los primeros borradores y las primeras páginas, que no le satisfacían y que solía romper en pedazos que quemaba en la chimenea. Luego enterraba las cenizas en el jardín trasero. Iris observaba todo esto con una suerte de embeleso erótico. Lo que no podía soportar eran sus desapariciones. A veces eran en sentido figurado (apenas hablaba con ella durante todo un día), y a veces literales (salía a dar un paseo y no volvía hasta la tarde siguiente). En ocasiones daba explicaciones (una súbita urgencia de ver los Mármoles de Elgin), y en otras no. ¡Cuánto sufría Iris durante las largas horas de su ausencia! Era, decía, como si la tierra temblara bajo sus pies, como si en cualquier momento el abismo fuera a engullirla… Cuando Edward volvía el mundo recuperaba su solidez. Todo ello habría resultado tolerable si él le hubiera dado algún aviso. Pero nunca lo hizo. Porque Edward, pese a sus anchos hombros, era un ser volátil. Podías alargar la mano hacia él y a veces lograbas asirlo. Pero otras veces lo único que lograbas asir era un reflejo de un reflejo en una puerta giratoria.

Bien, quizá ahora se entienda por qué duró tan poco tiempo en

Cambridge. Porque aun en aquel refugio de temperamentos erráticos existían normas que había que cumplir. Desde un punto de vista norteamericano, podría concederse que eran normas extrañas, la mayoría de ellas relacionadas con comidas o cenas y tés de asistencia obligatoria. Sobre todo si se trataba de un miembro joven del departamento, cuya ausencia en tales actos se desaprobaba enérgicamente; no porque a sus colegas les importara mucho su compañía, sino porque la inasistencia suponía un desaire a la tradición. Y si quien faltaba era extranjero, peor que peor. La infracción se consideraba una afrenta a la nación.

En cualquier caso, Edward no asistió a varios de estos tés y comidas o cenas, y a su debido tiempo el director de su facultad le envió una nota de amonestación. A modo de tirón de orejas. Pero Edward lo tomó como algo de gran gravedad y renunció al puesto.

El problema, a mi juicio, estribaba en que jamás había tenido un empleo de verdad, y por tanto nunca había sido despedido de un empleo de verdad. Ser despedido del trabajo es una experiencia crucial para un hombre, algo a lo que debe enfrentarse más pronto que tarde si quiere abrirse paso en el mundo. Porque, hasta que lo hace, vivirá con el espejismo de que los patronos son tan clementes como las madres. Bien, a Edward le habían dicho toda su vida que era un genio, y lo habían mimado por serlo. No supo ver, por tanto, que cuando se trata del ego de una Gran Institución, los antojos de un pequeño erudito son algo insignificante. Y a veces han de darse castigos ejemplares.

La suerte estaba echada. Lejos de rogarle que cambiara de opinión, el director aceptó su renuncia con frialdad. Al igual que con los demás golpes de su vida, Edward encajó éste sin torcer el gesto. Pero Iris fue presa del pánico. ¿Y cómo culparla? En un solo día, su idea del futuro —como encantadora esposa de un encantador profesor universitario— se había ido por la ventana. Por supuesto, sabía que Edward podía ser veleidoso. Lo que no había adivinado era que su capricho pudiera llegar a tales extremos. Pero siguió apoyándole. No vio otra alternativa.

El siguiente paso fue decidir dónde establecerse. Iris había tomado posesión de su herencia, y el dinero no era ningún problema. Edward dijo que quería ir a Nueva York, a ver a una tía abuela por quien sentía un gran afecto. Bajo su tutela, pensó, podría terminar el ensayo que habría de constituir su tesis. Fue durante la travesía transatlántica cuando fue concebida su hija.

¡Oh, su hija! Ése fue el golpe fatal. En Lisboa, Julia me contó que Iris llevaba fotografías de la niña en su cartera. Era muy bonita, y, según Iris, su cabeza adorable estaba tan vacía que podría haber sido de porcelana. Iris tenía miedo de tenerla en brazos, ya que, dada su

torpeza, podría caérsele y hacerse añicos la cabeza de porcelana. Mientras que Edward adoraba a su hija sin piedad ni culpa. Le hablaba durante horas, inasequible al desaliento de ver que ella no mostraba el menor destello de respuesta. O jugaba con ella, lanzándola al aire y recogiéndola en la caída. El espectáculo de sus cabriolas desarmaba a Iris. Se sentía reconvenida, reprobada. ¿No se daba él cuenta de que, al nacer, la niña había estado a punto de matarla? Y no sólo eso, sino que desde su llegada al mundo no había escrito ni una palabra de su tesis. Así que cuando tuvo la idea de ingresar a la niña en un centro —idea no particularmente escandalosa en aquel tiempo—, Iris pudo decirse a sí misma que lo hacía por Edward. Su error fue no darle a él la posibilidad de oponerse.

Fue entonces cuando hicieron aquel viaje legendario a California. Cuando cruzaban el Medio Oeste la pobre Iris no tenía ni idea, no imaginaba en absoluto que había consumado lo que en los tribunales llaman la enajenación del amor de su marido. Aunque la culpa no era suya del todo. No creo que Edward llegase a comunicarle nunca a Iris cuán resentido estaba por su decisión de separarse de la niña. No sé siquiera si alguna vez llegó a comunicárselo a sí mismo.

El caso es que la niña acabó en un atroz hospital mental del estado, cuya única ventaja era la de estar a unas horas de coche de la casa de la madre de Edward, y del que su madre, pasados unos días, tuvo el buen juicio de rescatarla. Y gracias a Dios que lo hizo. Su madre —una mujer extraña, al decir de todos, que organizaba sesiones de ocultismo y rastreaba fenómenos psíquicos— fue el rayo de esperanza en aquella negrura. Porque si no hubiera sido por ella, la niña habría languidecido en aquel centro durante el resto de su vida. En lugar de ello, creció entre teósofos que la consideraban una especie de silente sibila, a través de la cual confiaban en poder ponerse en contacto con sus maestros. Ciertamente una vida mejor de aquella a la que la habría sentenciado el estado de California, y probablemente mejor de la que habría llevado incluso con sus padres.

Después de aquello, Edward abandonó la tesis, al tiempo que a su hija y la parte sexual de su matrimonio; esto último actuó como un arma de doble filo para Iris, cuyo miedo a concebir otra criatura con idiocia superaba —si bien por escaso margen— al miedo de perder a su marido frente a otra mujer. Embarcaron con destino a Francia, donde dieron comienzo a una vida vagabunda —una vida en la que Daisy correteaba por los pasillos de hoteles de lujo—, no porque ninguno de los dos suspirara especialmente por un destino itinerante, sino porque ninguno de los dos se sentía tentado por la vida sedentaria. Iris —había observado Edward— no se sentía en casa en ninguna parte, mientras que Edward acostumbraba a encapricharse con los lugares hasta que tal encaprichamiento se convertía en tedio,

el tedio en depresión y finalmente en lo que Iris llamaba un «episodio». El episodio de las seis botellas de champán. El episodio de un combinado de pastillas. El episodio de las vías del tren. El episodio del balcón de la quinta planta. Y tiempo después, tal vez al cuarto año de residir en la esperanza vana —de país de las hadas— de la Europa de la época del jazz, el episodio de Alec Tyndall.

Bien, Alec Tyndall —de creer lo que contaba Edwardera un personaje secundario en aquella historia: en primer lugar, el instigador accidental de la carrera asimismo accidental de Xavier Legrand, y, en segundo lugar, del «acuerdo» por el cual Edward enviaba hombres a Iris por la noche. Mi intuición, sin embargo, es que el papel que desempeñó fue bastante más importante que eso. Porque, antes de Alec Tyndall, Edward no había caído en la cuenta de que podría amar a otro hombre.

Bien, ¿alguien sabría decir qué tenía Alec Tyndall capaz de poner patas arriba algo tan crucial en su vida? Yo no, ya que no lo conocí. Probablemente, a ojos de alguien que no fuera Edward, Tyndall no era nada especial: un hombre de negocios casado, de treinta y tantos años, tan poco notable como… yo mismo.

Y acaso en eso residía su atractivo. En el British Bar, Iris me había dicho que suponía que quien le haría perder la cabeza a Edward sería algún joven absurdamente guapo. Pero lo cierto es que ningún joven de esas características le haría perder la cabeza a Edward. Edward era inasequible a los jóvenes guapos. Lo que por el contrario le resultaba irresistible era el toque desmañado de un hombre común lleno de defectos.

Sea como fuere, Tyndall… fue para Iris el comienzo de su exilio en el desierto, de su época de tentaciones y duras pruebas. Al principio, cuando le abrió la puerta aquella noche, no podía dar crédito a sus ojos. Luego, su presencia ávida empezó a cobrar una especie de horrible sentido. Porque justamente aquella semana Edward había tenido otro episodio, en el que había habido un revólver prestado. Iris pensó que ahora entendía por qué.

Así que accedió a que Tyndall se metiera en su cama. Porque amaba a Edward. Pero ¿qué quería decir eso: que amaba a Edward? Me refiero a que si pusiéramos una gota de ese fluido vital bajo el microscopio, ¿qué es lo que veríamos?

En el caso de Iris, creo que lo que veríamos sería sobre todo miedo: miedo a que la tierra se abriese bajo sus pies, miedo a perder a Edward, que era a un tiempo perderse a sí misma. Creía que lo amaba como un santo ama a Dios. Pero ¿no es el amor de los santos un tipo de monstruosidad? Santa Ágata con sus pechos en una bandeja; Santa Lucía con sus ojos en una bandeja… Mirara donde mirara, pequeños diablos de rabo rojo la hostigaban. Como eran diablos, sabían

exactamente dónde clavarle los atizadores: en su orgullo. Podría pensarse que atizaban a Iris para que se acostara con Tyndall. ¡No! Lo que intentaron fue apartarla de él. ¡Y qué tormento fue para ella resistirse a sus imploraciones, y sucumbir por el contrario a la mortificación de la carne —de su propia carne— que su amor por Edward le exigía! Y ni siquiera a la señora Tyndall le importaba. Porque aquello era Francia en, creo, 1927. La infidelidad era algo «de rigor». Acostándose con Tyndall, Iris no traicionaba a nadie más que a sí misma.

Ahora permítanme volver a Edward. He mencionado el episodio del revólver prestado. No he mencionado a la persona de quien lo tomó prestado: un inglés anciano, jovial y achispado, que casualmente estaba presente cuando Edward se pegó el cañón de ese revólver a la cabeza, y que resultó providencial para convencerle de que lo apartara de ella. De hecho, aquel inglés fue tal vez la persona más sensata con que ambos se toparon en su vida, ya que, una vez pasada la crisis, llevó a Iris a un lado y le dijo: «Su marido está trastornado. Si yo fuera usted, le llevaría a un médico.» Consejo que encrespó a Iris, no sólo porque temía lo que un médico —en caso de avenirse a consultar a alguno— podría decirle; no sólo porque pensara que el anciano inglés había sido impertinente, sino porque, al sugerir que Edward estaba «enfermo», no había sabido apreciar la genialidad de su marido, la cual, estaba segura, explicaba, e incluso disculpaba, el haberse llevado el cañón de un revólver a la cabeza. Por supuesto, a la larga habría sido mucho mejor haberle hecho caso al anciano inglés. Al menos se habría ahorrado algo de tiempo. En lugar de ello, subió a la habitación y empezó a hacer las maletas. Tres horas después, se marcharon; fue la primera de las numerosas partidas precipitadas, todas antes del alba, todas a instancias de Iris, como si huyendo a otro hotel, a otra playa, a otra ciudad pudieran dejar atrás los problemas de Edward. Así que éstos les siguieron a todas partes.

Luego las cosas empeoraron. En el nuevo hotel, Edward se negó a levantarse de la cama. Las criadas no podían hacer la habitación. Y las criadas «hablaron». Y sus comentarios llevaron a que los demás huéspedes se preguntaran si los extraños norteamericanos de la 314 tenían algo que ver con ciertos rumores recientes que habían llegado como por paloma mensajera desde más al norte de la costa.

Y, ay, Iris se tomó aquellos rumores más en serio que la afección de su marido. Ahora era Edward quien pedía que le viera un médico. Decía sentirse cada día más hundido en la «ciénaga del abatimiento», frase que ella no acertaba a ubicar, pero que, por su misma calidad alusiva, afirmaba a sus oídos el vigor de la inteligencia y el aliento de los conocimientos de su marido, y le brindaba la excusa que necesitaba para hacer caso omiso de su trastorno. Porque sus nociones

de la enfermedad psiquiátrica, incluso para los patrones de la época, eran muy rudimentarias; algo más que agradecer a su educación católica. Lo que Edward necesitaba no era un médico, insistía; necesitaba aire fresco, comida saludable, sol…, y esto último lo subrayaba abriendo las cortinas de par en par, lo que hacía gemir a Edward. Se quedaba con él en la habitación todo el tiempo que podía, hasta que una tarde la necesidad de hacer ciertas compras demasiado íntimas para confiarlas a una criada la llevaron a hacer una breve escapada a la ciudad. Craso error, como se vería más tarde. Porque en cuanto salió de la habitación Edward telefoneó al director del hotel y pidió que le trajeran un médico. Era, dijo, una urgencia. Así pues, cuando Iris volvió de la ciudad, se encontró con el letrero de NE PAS DÉRANGER colgado del pomo de la puerta. Instantes después, dos damas de edad avanzada que merodeaban por las cercanías del ascensor no la reconocieron como la esposa del huésped en cuestión y la informaron de que el norteamericano de la 314 había tenido «algún tipo de crisis nerviosa».

—Tonterías —replicó Iris—. Mi marido tiene un resfriado. Por eso ha estado en cama estos últimos días.

Se abrió paso entre las dos ancianas y entró en su habitación, contigua a la de Edward. Allí se encontró con una Daisy gimoteando ante la puerta que comunicaba con la habitación de Edward. Levantó a Daisy, la apretó contra su pecho y aguardó, preparada para lo peor, aunque dispuesta ya para la partida y previendo el siguiente puerto de escala.

Veinte minutos después, se abrió la puerta. Entró el médico.

—¿Es usted la señora Freleng? —le preguntó.

Iris asintió con la cabeza.

—Bien, hemos examinado a su marido —dijo— y no le ocurre nada malo salvo que es un neurasténico vulgar y corriente. Los hay a millares en estos sitios.

Estaba a punto de responderle que su marido no era «ninguna cosa» vulgar y corriente cuando apareció en escena el propio Edward. Para asombro de Iris, se había vestido. Parecía inmensamente complacido tanto del diagnóstico médico como del tratamiento prescrito: un mes de estancia en una de esas *maisons de repos* en las que se han especializado los suizos, junto con cualquier forma posible de beneficiarse del infortunio y la codicia humanas. Y esto, para Iris, fue lo más confuso de todo. Porque siempre había dado por sentado que Edward era especial y único, y por tanto que cualquier dolencia que pudiera padecer sería igualmente especial y única. De modo que el hecho de que el propio Edward recibiera con agrado la noticia de que era un neurótico más, ocioso y morador de hoteles, la dejó casi sin palabras. Patidifusa, como suele decirse.

Al día siguiente partieron para Suiza, a la *maison de repos*, donde Edward demostró ser un paciente modélico, que se sometía dócilmente a cuantas órdenes pudieran darle sus enfermeras, por arbitrarias que fueran. Y éste era el hombre que, no tantos años atrás, ¡había renunciado a su puesto de profesor en Cambridge antes que doblegarse al té de las cinco!

Bien, quizá vean adónde quiero ir a parar. Creo que, en el fondo, Edward era una persona bastante modesta. Las pulsiones que le arrebataban el ánimo y lo torturaban eran comunes y corrientes. Apreciaba el diagnóstico del médico por la misma razón que Iris lo desdeñaba: porque lo confirmaba como miembro de la fraternidad de los hombres corrientes, aun cuando asimismo confirmara lo que llevaba mucho tiempo sospechando: que no era un genio. Que no era un Peso Pesado. Su mente era lo bastante penetrante como para percibir sus propios límites, no para traspasarlos. Y tal vez fue ésa la razón por la que se sintió atraído por Alec Tyndall, y por mí, y por la que sentía tanto afecto por su hija: porque no le exigíamos que fuera extraordinario.

Así, Edward pasó *tres* meses en la *maison de repos*. Esposa leal donde las haya, Iris aguantó todo ese tiempo en un hotel cercano. Llevaba todos los días a Daisy a visitarlo. Edward la sacaba al jardín, donde la perrita olisqueaba los edelweiss, o lo que fuera que se cultivase en los jardines suizos. Fiel a su nombre, la *maison de repos* ponía mucho énfasis en el reposo. Se exigía a los internos que descansaran unas doce horas al día, lo cual le venía de perlas a Edward. Y lo mismo las comidas, que eran abundantes y ricas en nutrientes como suelen serlo en las guarderías: todo con mantequilla y con nata y empanado; nada de pescado lleno de espinas que diseccionar, nada de entrañas o filetes burdos y chamuscados. Y no quiero decir que no recibiera tratamiento. En la *maison* había un psiquiatra con el que Edward hablaba todos los días. Hablaban sobre todo de Cambridge; de cómo, después de su renuncia, lo envolvió una tranquilidad que nunca había sentido antes. Porque al fin se había liberado de las veleidades de los empeños humanos. Pero, más allá del horizonte de aquel enorme alivio, se divisaba una gran incertidumbre. Porque ¿qué iba a hacer con el resto de su vida?

Pese a la antipatía que me suscita todo lo suizo, he de reconocer que la *maison de repos* les hizo un gran bien a Edward e Iris. Entre otras cosas, les dio a Xavier Legrand. Como a su hija, concibieron a este autor en el tránsito entre dos lugares —Montreux y Ginebra, creo—, cuando volvían a Francia al finalizar el tratamiento de Edward. Al principio el señor Legrand era un mero pasatiempo, y luego hicieron de tal pasatiempo la razón de ser de Edward. Aburrido en su retiro, había dado en escribir novelas como otros jubilados dan en pintar

acuarelas. Claro que el hecho de que fuera Tyndall quien hubiera metido la idea en la cabeza de Edward confería a todo el asunto, a juicio de Iris, un aire ligeramente sórdido. Y sin embargo ella siguió en el empeño, porque el psiquiatra de Edward pensaba que la escritura era buena para él y porque, para su sorpresa, descubrió que ella misma disfrutaba mucho urdiendo tramas. En Lisboa, Edward insistió en que nunca le habían importado gran cosa las novelas, en que eran «el bebé de Iris», y en que en su elaboración él no era más que un amanuense encumbrado. Yo no estoy del todo seguro de que esto sea cierto, ya que sus huellas digitales están por todas partes en los textos. Y, por supuesto, la primera de sus novelas le brindó la excusa que necesitaba para mantenerse en contacto con su inspirador y destinatario de la dedicatoria: Alec Tyndall.

Así fue como se forjó la carrera accidental de Xavier Legrand: en el más extraño de los crisoles imaginables. Llegado el día, su primera novela vio la luz en las librerías. Con el ejemplar que le envió a Tyndall, Edward incluyó una nota pidiéndole que fuera bueno y mantuviese en secreto la identidad del señor Legrand. Tyndall le respondió que se sentía más que feliz de acceder a tal petición. Y sólo le pidió que la próxima vez que Edward e Iris visitaran Inglaterra le concedieran a él y a Muriel el placer de abrir una botella de champán en su honor. Pero, por supuesto, Edward e Iris no volvieron a visitar Inglaterra. Y la razón oficial siempre fue Daisy.

Y ésta fue, durante años, su vida. Escribían, y Daisy correteaba por los pasillos de los hoteles de lujo, y una o dos veces al año Edward tenía un episodio que requería su vuelta a la *maison de repos*. Estos episodios implicaban más y más a otros hombres —a Alec Tyndall le siguió un griego, y a éste un austriaco, y a éste un argentino—, cada uno de los cuales único y singularmente angustioso para Iris, ya que en el terreno erótico no hay predicción posible sobre cómo va a comportarse un hombre. Uno de ellos le dio un puñetazo en la mandíbula, otro se enamoró locamente de Iris, y un tercero, después de acostarse con ella, fue presa de un acceso de contrición y volvió corriendo con su mujer. Dos veces pensó que estaba embarazada. Hacía mucho tiempo que había aceptado el cese de toda intimidad sexual con Edward, con el espíritu de fervor penitencial que hace que el sacrificio del placer sea en sí mismo una forma de placer. Pero, comparada con lo que Edward le exigía, hasta una vida sin sexo de ninguna clase habría sido aceptada con agrado.

Sinceramente no sé cómo lo soportó durante tanto tiempo…, lo cual no explica en absoluto por qué Edward le hizo soportarlo, cuando lo sensato que podía haber hecho fácilmente era buscar hombres con los que acostarse sin implicarla a ella. No tenía excusa alguna para no hacerlo. Había pasado un tiempo en Cambridge; estaba lo bastante

familiarizado con Krafft-Ebing y Havelock Ellis como para ver sus apetitos como lo que eran: algo normal y corriente. Hoy estoy convencido de que Iris estaba tan equivocada al suponer que Edward buscaba sólo satisfacer a través de ella sus propias urgencias sexuales, como poco honrado era Edward al asegurar que enviaba a los hombres a la cama de su mujer como una forma de recompensa. Edward los enviaba para su propia gratificación, y para comprobar hasta qué punto ella podría soportarlo. Lo hacía para castigarla y para recompensarla, para acercarla y para alejarla. ¿Y es tan poco común realmente actuar por motivos ambivalentes, e incluso contrapuestos? Si no hubiera sido por Iris —me diría Edward más tarde—, posiblemente se habría quitado la vida el día en que presentó su renuncia en Cambridge. Sin duda lo que lo había mantenido con vida desde entonces era que Iris se negaba a renunciar. Él la había empujado hasta el límite de la tolerancia humana, y ella seguía sin renunciar. Muy al contrario, lo que hizo fue alimentarlo a la fuerza. Le metía por la garganta el deseo de vivir como les metían el sustento por la garganta a las sufragistas. Y él le estaba agradecido, como el paciente siente gratitud por el cirujano que le salva la vida; pero al mismo tiempo la aborrecía, como el prisionero aborrece a su guardián.

Así fueron las cosas entre ellos… durante dieciocho años. En privado, Iris sentía pavor ante la idea de que un día Edward deseara más que palabras y olores; en que quisiera contemplar cómo aquellos hombres se acostaban con ella, o (Dios no lo quisiera) intentara meterse en la cama con ellos. Pero esto nunca sucedió. Envejecían, y los episodios eran menos frecuentes. Al margen de ellos, se comprende que llevaran una vida relativamente apacible. Los absorbía la escritura de sus novelas y un fox terrier de pelo duro que les divertía, y esa condición de compañeros, esa facilidad de comprensión mutua, es la bendición del matrimonio. En períodos de calma, Iris reflexionaba sobre las parejas que conocía. Todas ellas tenían secretos: la bebida, el juego, los problemas de dinero. Escuchaba sus historias y pensaba: Nuestros problemas no son peores que los de cualquier otro matrimonio. Y entonces Edward le enviaba un hombre a la cama, y ella pensaba: Me miento a mí misma. Nuestros problemas son *peores*.

En un momento dado alquilaron la casita de campo de Gironde, para que Daisy pudiera corretear libremente mientras le quedaran fuerzas. Fue Edward quien sugirió la mudanza. Al principio Iris se sintió desconcertada. ¿Era una trampa de algún otro demonio, un demonio infinitamente más astuto que aquellos con los que había tenido que vérselas hasta entonces? Al parecer no, porque Edward parecía mejor que nunca en Gironde. Se ocupaba de las cosas propias de hombres. Plantó una huerta y convirtió un cobertizo en un estudio. Por las mañanas escribían. Luego volvían a entrar en la casa para

comer las exquisiteces que les preparaba Celeste, la cocinera. Luego Edward llevaba a Daisy a que brincara por la playa, e Iris echaba una siesta. ¡Y qué milagro era aquél: poder tumbarse en el sofá a primera hora de la tarde sin tener que preocuparse por que Edward pudiera desaparecer, o amenazar con tirarse por un balcón! Porque en Gironde parecía imposible que pudiera desaparecer, y no había balcones. Cierto que tuvo otro episodio, que requirió otra estancia en la *maison de repos*. Pero en general aquéllos fueron unos años de tranquilidad para los dos, de placeres con la intensidad de lo sencillo y dificultades que en su sencillez resultaban casi placenteras.

Una mañana dejaron de trabajar temprano y dieron un paseo por la playa. Era invierno, y el viento alzaba pequeños remolinos de arena en el aire. Edward soltó la correa de Daisy, y la perrita corrió alegremente por la orilla, acercándose hasta el agua y huyendo de las olas que mojaban sus patas pequeñas y delicadas, olisqueando y marcando y persiguiendo la pelota que Edward le lanzaba. La atrapaba, se la llevaba y se negaba a entregársela, lo cual agradaba a su amo en grado sumo. Porque ¿qué era un retriever, preguntó Edward, sino una especie de bumerán vivo, una criatura predestinada por instinto a ir a buscar y traer, ir a buscar y traer? Mientras que un terrier tenía agallas. Un terrier se vería atrapado en un dilema: luchar para conservar la pelota o renunciar a ella. Un terrier entendía el terrible aprieto que suponía estar vivo, las imposibles opciones que se le presentaban, la cesión y la retención y la negociación incesantes.

Mientras Edward hablaba, Iris se arropó más el chal alrededor del cuello. El viento soplaba a sus espaldas, empujándoles hacia delante. Y entonces Edward hizo algo que no había hecho en muchos años: le tomó la mano.

Iris supo que no debía decir nada. Siguieron caminando hasta que Daisy volvió con la pelota. Sólo entonces le soltó Edward la mano; y en ese momento fue como si un gran perdón, mucho más grande que cualquier otra cosa que ella se hubiera atrevido a esperar, descendiera sobre ellos.

Seis meses después llegaron los alemanes. Y luego, en Lisboa, llegué yo.

16

—Me gustaría que estuviéramos en Bucarest —dije.

—¿Por qué en Bucarest? —dijo Edward.

—Porque por lo que he leído, si eres extranjero, y civil, y estás en Bucarest, te quedas allí varado toda la guerra. No es posible coger un tren, y para conseguir un barco tienes que irte a Grecia.

—¿Y qué pasaría con Iris y Julia?

—Oh, estarían en otra parte. En algún sitio seguro. Y estaríamos sólo tú y yo…, y Daisy.

—No sé nada de Bucarest, Pete. Por lo que he oído, es bastante deprimente. Quizá podríamos vivir fuera de la ciudad. ¿No hay bosques encantados en esa parte del mundo?

—¿Y qué haríamos durante todo el día en un bosque encantado?

—Cortaríamos unos árboles y nos haríamos una cabaña. En invierno dormiríamos desnudos con una piel de oso encima, junto a un fuego de troncos.

—¿Y viviríamos de frutos y bayas?

—¿Bromeas? Olvídate de los frutos y las bayas. Comeríamos como príncipes. Ragús de jabalí y setas, ensaladas de diente de león, truchas a la parrilla. Habría un lago, por supuesto. Y cuando nos sintiéramos particularmente carnívoros, podrías matar un unicornio.

—Eso tiene que estar penado.

—No creas lo que lees sobre los unicornios. Son malvados. En cuanto tiene ocasión, un unicornio te atraviesa con su cuerno y te lanza al aire como un muñeco.

—¿Has oído eso, Daisy? No te metas en líos con los unicornios.

—Daisy estará demasiado ocupada con las ardillas comunes y las ardillas rayadas. Y luego, por las tardes, la llevaré al lago. Y se revolcará sobre las truchas muertas. Y así pasarán los días.

—Hasta que acabe la guerra.

—¿Por qué será que sabía que ibas a decir eso? Eres un despertador humano. No piensas más que en el tiempo.

—No hacer caso del tiempo no lo detiene.

—Y por pensar mucho en él no haces que vaya más lento.

—Lo siento. Soy así.

—No importa. No hay bosques. Esto no es Bucarest. Son las seis y media en Lisboa, y Pete y Edward tienen una cita a las ocho con Iris y Julia.

—Maldita sea.

—¿Por qué juras? Será divertido. Vamos a ir a todos los bares de la ciudad.

—Creo que voy a contárselo todo a Julia. Decírselo con toda claridad.

—Ésa nunca es tan buena idea como puede parecer. Es como acercarte a un unicornio y pedirle que te cornee.

—¿Sabías que en todos nuestros años de matrimonio, Julia y yo nunca hemos pasado ni una sola noche separados?

—Qué interesante. Huelga decir que Iris y yo hemos pasado muchas noches separados.

—No es eso lo que quería decir. Quiero decir que no lo he dicho por eso.

—Sé por qué lo has dicho. Es la respuesta a tu propia pregunta. Es la razón por la que nunca debes contárselo. Y por la que no vas a hacerlo.

17

De pronto teníamos una rutina. Iris era su orquestadora, su arquitecta. Nos concedía a Edward y a mí cuatro horas diarias para nosotros mismos, aproximadamente el tiempo entre las cuatro y las ocho de la tarde, durante el cual ella llevaba a Julia a excursiones; para alejarla de todo posible indicio, supongo. Luego, a las ocho, comparecíamos en el Suiça, para tomar unas copas, cenar, seguir con las copas. Aparte de que se llevase consigo a Daisy, ésta era la única condición que le impuso Iris: que nunca dejáramos de presentarnos a esta cita. Pues bien, nunca dejamos de hacerlo.

Debo decir que nuestras mujeres hacían un uso muy provechoso de sus tardes. Recorrieron la Exposición, y fueron a ver posarse sobre el río al clíper («como un insecto de agua sobre un lago», dijo Julia), y tomaron martinis en el Aviz, el hotel más ostentoso de Lisboa, donde vieron a Schiaparelli.

Edward y yo, por el contrario, no éramos nada diligentes. Si podíamos, alquilábamos una habitación en el burdel de Rua do Alecrim. Pero lo más normal era que estuviese lleno, lo que nos condenaba a vagar por la ciudad irritables y sin rumbo, en constante búsqueda de algún rincón donde poder estar solos. Y cuán difícil se había vuelto eso, porque Lisboa estaba a rebosar de gente aquel verano. Los amantes ilícitos entienden mejor que nadie el malestar de tener que ocuparse de sus asuntos privados en público. Es como tratar de encajarte en la última franja de sombra que queda en una acera ardiente. Si no teníamos otra alternativa, buscábamos refugio en los retretes de caballeros, con los pantalones en los tobillos y Edward con Daisy bajo el brazo izquierdo como si fuera un libro de bolsillo. O nos íbamos a dar una vuelta en el Buick, con la esperanza remota de encontrar algún lugar en el campo donde no pudiera interrumpirnos un autobús o un burro tirando de un carro. En una ocasión encontramos ese lugar: un pequeño pinar a unos cuantos kilómetros más allá de Sintra. Nos bajamos del coche y, con una peculiar economía de movimientos, Edward nos desnudó a los dos, se tendió sobre el capó y me aupó hasta ponerme encima. ¡Y qué silencio aquella tarde! No se oía el más mínimo ruido, ni siquiera el canto de

los pájaros. Lo único que llegué a oír fue el leve chirriar de los neumáticos. A través del dosel de las hojas se filtraban franjas de sol, tan intensas que —como vería después— me dejaron la espalda roja. «He puesto mi hierro en ti», dijo Edward más tarde, tocándome la piel con un trozo de hielo.

A última hora siempre nos quedaba poco tiempo. «Daos prisa, por favor, es la hora», decía el furibundo sol, con su brillo más intenso antes del ocaso. Nunca teníamos ocasión de bañarnos. Cuando nos reuníamos con nuestras mujeres en el Suiça, solíamos estar sucios y olorosos, e invariablemente retrasados. Pero si Julia lo consideraba extraño, jamás lo dio a entender. Creo que su idea de lo que los hombres hacían juntos era bastante limitada, y se enraizaba en los recuerdos de sus hermanos, que reñían y boxeaban. Bien, tal vez suponía que reñíamos. O boxeábamos.

Cuando cruzábamos el Rossio, y por fin atisbábamos el Suiça, Edward y yo dejábamos de hablar. Instintivamente, nos separábamos un poco. Entonces Daisy veía a Iris y tiraba de la correa, e Iris, tan en sintonía con el tintineo de las chapas de Daisy como el perro de Pavlov con los clics de su metrónomo, saludaba con la mano y gritaba: «¡Daisy! ¡Daisy!» Con el pelo alborotado y su cuello de cigüeña húmedo de sudor, agitaba los brazos como una diva en una escena enloquecida. Mientras que Julia, pálida imagen lenta, seguía absolutamente inmóvil.

Edward y yo nos sentábamos; y se daba un breve y terrible momento similar al que acontece cuando tienes el coche parado ante un semáforo en una pendiente muy inclinada, y debes dejar de pisar el freno y simultáneamente meter la marcha. Por espacio de unos segundos de indefensión, las ruedas giran hacia atrás y el asfalto parece resbalar bajo el coche…, hasta que el motor social nos devuelve a la vida. Alguien pregunta cómo ha ido el día. Iris levanta a Daisy y se la pone en el regazo. La bebida ayuda. Bebimos mucho en Lisboa. Los cuatro. Porque el caso es que las ruedas *sí* giraban hacia atrás, el asfalto *sí* resbalaba bajo nuestros pies. Sin embargo, a juzgar por la forma en que nos comportábamos todos, se diría que estábamos dando una grata vuelta en el coche.

Una tarde nos topamos con los Fischbein.

—¡Ah, los norteamericanos! —dijo Monsieur Fischbein, levantando su vaso de cerveza a modo de brindis—. ¿Saben lo que he aprendido en estos últimos días? Que el pasaporte norteamericano es el *sésame ouvre-toi*. Y que cuando ven el mío, todas las puertas se cierran.

Se echó a reír; y esta vez su mujer, que hacía una especie de soga de punto, ni se molestó en avergonzarse por él. Monsieur Fischbein siguió explicándonos que, cuando les negaron el visado estadounidense, lo intentaron con los argentinos, con los brasileños,

con los mexicanos, con los cubanos y, finalmente, con los camboyanos, de quienes se conseguía en un santiamén un visado a un precio que dependía de la demanda, «como en la bolsa». Por supuesto, añadió Monsieur Fischbein, ese visado apenas valía para nada. No eran tan estúpidos como para imaginar que alguna vez irían a Camboya.

—Pero lo miras y es muy bonito. —Abrió el pasaporte para enseñárnoslo—. Y sirve para que podamos renovar el permiso de residencia un mes más.

—¿Y cuando pase el mes? —preguntó Edward.

—Cuando pase el mes, ¿quién sabe? Conseguiremos otro visado de otro país al que jamás vayamos a ir. O estaremos fuera de Portugal. O muertos.

Creo que esto sucedió los tres o cuatro días primeros de aquella última semana —es decir, tres o cuatro días después de que Iris y yo hubiéramos tenido nuestra pequeña charla en el British Bar—. Fueron noches en las que nos comportábamos con una alegría ficticia; dábamos la impresión de ser dos parejas que salían juntas por la ciudad, y no lo que en realidad éramos, personajes de una pequeña troupe de la *commedia dell'arte* de tres miembros, que interpretaban su pantomima para un involuntario auditorio de un espectador… Sí, estoy seguro de que si alguien nos vio aquellas noches nos tomó por los mejores amigos, que comían langosta y bebían *vinho verde* y hablaban de…, ¿qué? De política. De libros (sobre todo de los de Edward e Iris). Y de preguntas trascendentes como: ¿tenía Salazar una amante alemana? ¿Era hermafrodita Wallis Simpson? ¿Era la mujer de la mesa de al lado la gran duquesa de Luxemburgo? Se nos ocurrió que podría serlo. No estábamos seguros. Porque, bien pensado, no teníamos ni la más remota idea de cuál era el aspecto de la gran duquesa de Luxemburgo, lo cual ¿no era desternillante? Todo era desternillante; la hilaridad era nuestro medio de mantener a raya los instintos burdos que arraigaban bajo nuestra mesa: lujuria y envidia y animosidad y deseos homicidas… Era una situación nada difícil de interpretar, pues ¿qué papeles nos habían tocado en suerte sino los de nosotros mismos?… A Iris el de nerviosa y parlanchina, a Edward el de sombrío y acerbo, a mí el de ansiosamente atento con Julia. ¡Y qué irónico! De los cuatro, Julia era la única que no casaba con su personaje, la única que no actuaba. Y era así desde Sintra. Julia era, ¿cómo decirlo?, hermética. No hosca, ni irascible, ni malhumorada. Sólo hermética. En público mantenía una actitud de urbanidad irreprochable. Por incómoda que fuera la silla, siempre estaba derecha. Por rara que fuera la comida que se le servía, siempre comía una cantidad aceptable de ella. E incluso toleraba sin protestar que Daisy la obsequiara con sus habituales lametones de tobillos. Todo lo

cual se me antojaba misterioso. A mí, todo cambio de temperamento me infunde más miedo que cualquier cambio de opinión.

Me preguntaba si Iris tenía algo que ver con ello. Más allá de los detalles de sus excursiones por la ciudad, Julia nunca hablaba de las tardes que pasaban juntas. Y sin embargo Iris sin duda le decía algo en el curso de esas tardes. Tenía que decirle *algo*. Porque estaba decidida a recordarme (a cada oportunidad que se le presentaba) la dependencia de Julia de mi persona, por lo que ¿cómo resistirse a hacer todo cuanto estuviera en su mano para fomentar tal dependencia? Lo que más me preocupaba era que Julia pensara que Iris cuidaba de ella. Porque Iris no cuidaba de ella. Sólo se cuidaba a sí misma. Y se aferraba a Edward. Así, mientras cenaba con ellos en la mesa, me sorprendía pensando que ésa era otra de las cosas de las que yo debía proteger a Julia. Debía protegerla de Iris. Que era tal vez lo que Iris pretendía: que yo sintiera la soga del deber conyugal ciñéndose más y más a mi garganta. Sí, los cuatro éramos agentes dobles…

18

De vuelta en el Francfort, sola conmigo en la habitación, Julia se mostraba más hermética si cabe que en la cena. Realizó con viveza su complicada *toilette*, aplicándose una crema en las mejillas, otra en las manos y una tercera bajo los ojos, y luego se sentó a hacer el último solitario que hacía todas las noches antes de acostarse, a modo de propiciación de algún dios del sueño. Sólo que esa noche lo hacía en silencio.

Traté de hacerle hablar. Le hice preguntas. Le pregunté de qué hablaban Iris y ella cuando estaban solas.

—De cosas normales.

—¿Como cuáles?

—De esto y de lo otro.

—¿Y de mí? ¿Habláis de mí?

—¿Por qué los hombres suponen siempre que las mujeres hablan de ellos?

—¿Es que no lo hacen?

Sacudió la cabeza con aire burlón. Acabó el solitario. Volvió a barajar las cartas. Una y otra vez llegábamos a muros de conversación como éste. Y yo me volvía loco. El problema no era que antes nunca me hubiera vuelto la espalda. Porque lo había hecho. Una vez durante diez minutos seguidos; y al cabo, sin que yo la instara en absoluto, se había ablandado y me había dicho lo que le pasaba. Porque la Julia que yo conocía, si bien podía ser apasionada, jamás era sistemática. Podía empezar las cosas, pero jamás las continuaba. Así que aquel régimen de silencio que venía manteniendo durante días —sin flaquear, sin desfallecimientosme desconcertaba. Y sin embargo no me atrevía a hacer nada, por miedo a lo que pudiera desencadenar en ella.

Hoy tengo bastante más claro lo que sucedía. La doble vida empezaba a aflorar. Me estaba contradiciendo a mí mismo. Por una parte, seguía considerando un deber proteger a Julia. Por otra… Pero ése era el problema: esa otra parte. Apuntaba siempre, y únicamente, a Edward. Y Edward, por su lado, se volvía cada día más remoto. Aunque no podría poner la mano en el fuego sobre exactamente cómo.

Era más una percepción instintiva… de que estaba llevando a cabo una retirada gradual o un repliegue del ardor que había caracterizado los primeros estadios de nuestra relación amorosa. Porque ahora nos conocíamos desde hacía más de una semana, y para los tiempos que corrían en el verano de 1940, una semana era un año, cinco años, una eternidad.

Entonces perdí la paciencia.

Fue durante una de nuestras salidas de las tardes. Por segundo día consecutivo la señora Inés no tenía ninguna habitación libre, y me dio la sensación de que Edward no se sentía lo bastante decepcionado. Y no sólo eso: cuando le pregunté adónde quería ir, se mostró contemporizador.

—Tú decides —dijo.

—Supongo que podemos dar una vuelta en coche —dije.

—Sí, ¿por qué no? —dijo—. ¿Por qué no dar una vuelta en coche?

Tomé la carretera de Estoril. Al pasar por los muelles, alzó a Daisy hasta la ventanilla abierta para que pudiera oliscar el aire salobre.

—¿Por qué siempre que salimos de Lisboa vamos hacia el norte? —me preguntó.

—¿Eso hacemos? —dije—. No me había dado cuenta… Bueno, supongo que porque es la dirección que elegimos la primera noche, cuando fuimos al casino.

—Pero hay tantas otras que podríamos tomar…, por ejemplo hacia el sur.

—¿Quieres ir hacia el sur? Muy bien. Daré la vuelta.

—Oh, no lo hagas por mí. Me da igual.

—Entonces, ¿por qué lo has sacado a relucir?

—Por nada.

Me mordí la lengua.

—En cierto sentido, podría decirse que nuestro fallo es crear hábitos.

—¿Qué? ¿Qué fallo?

—Cito a Pater. *El Renacimiento*: «No distinguir en cada momento alguna actitud apasionada en quienes nos rodean…, en este breve día de escarcha y sol, es dormir antes de la noche.» Creo que es más o menos así. Lo siento, Daisy, se me están durmiendo los muslos. —La levantó, descruzó las piernas, volvió a cruzarlas en el sentido opuesto —. Es la forma burguesa de caer en la rutina, comer siempre en el mismo restaurante, dar siempre los mismos paseos. Y entonces llegas a un sitio nuevo y crees que puedes liberarte. Sientes la frescura de lo desconocido y te dices a ti mismo que ya es hora de que te pongas a explorar. Pero nunca dura.

—Pero eso no es cierto en nuestro caso. Hemos recorrido toda

Lisboa.

—Al principio. Luego el círculo se ha estrechado. Rua do Alecrim, el British Bar, la carretera de Estoril.

—De acuerdo. ¿Qué te parece esto, entonces? Tomaremos el próximo desvío. Nos lleve a donde nos lleve.

Pero resultó que el desvío siguiente nos condujo al pequeño pinar donde habíamos parado días antes. Ahora había un Cadillac con matrícula polaca aparcado en él. Mientras el chófer fumaba, dos parejas disfrutaban de un picnic en la arena.

—¿Cómo se atreven? —dije—. ¿No se dan cuenta de que nosotros tenemos prioridad?

—No entiendo por qué tienes que ponerte así —dijo Edward—. Tienen el mismo derecho que nosotros a estar aquí.

—Estaba bromeando.

—¿Sí?

Puse la marcha atrás. Decidido a que nos perdiéramos, tomé la siguiente desviación, y luego la siguiente, y luego la siguiente. Pero tales desviaciones volvían sobre sí mismas, y nos llevaron inevitablemente a la carretera original, aquella de la que queríamos escapar. Había gente por todas partes. Hasta cuando nos paramos para aliviar la vejiga —los tres en fila; Edward y yo de pie y Daisy en unas plácidas cuclillas— nos interrumpió un grupo de monjas con sombrillas tan negras como sus hábitos. Un poco más adelante, tres niños escuálidos trataban de hacerle fumar un cigarrillo a un gato. Volvimos a la carretera, pero nos quedamos atascados detrás de un camión viejo que transportaba una gran carga de corcho con la corteza en rollos, como gigantescos palos de canela en rama. No había espacio para pasar. Al cabo de unos veinte minutos llegamos a una bifurcación.

—Vaya por el camino que vaya, yo iré por el otro —dije.

El camión siguió recto. Yo tomé el desvío de la izquierda. Divisé un coche parado. El Cadillac. Los polacos del picnic.

—Estamos yendo en círculos —dije—. Llevamos todo el día dando vueltas en círculo.

—Como Francesca da Rímini —dijo Edward.

—Otra alusión que mi ignorancia me impide identificar —dije.

—Oh, suponía que habíais estudiado a Dante en Wabash —dijo Edward.

Aminoré la marcha y me detuve en el arcén.

—Bájate —dije—. Ya puedes volver andando a Lisboa.

—Muy bien.

Se apeó del coche con gesto ágil, y le puso la correa a Daisy. Cerré la portezuela de golpe y pisé a fondo el acelerador. Quería que los

neumáticos chirriaran con fuerza. Unos cien metros más abajo me detuve de nuevo. Furibundo, di marcha atrás, levantando polvo del asfalto. El polvo se asentó y me permitió ver a Edward y a Daisy a su lado, jadeante. No se habían movido.

Abrí la puerta del acompañante. La expresión de Edward al subir al coche no la había visto nunca. No había el menor humor en ella; sólo firmeza y hastío.

—Mírala —dijo, levantándola—. Tiene polvo en el pelo; tiene polvo en los ojos. Odia el polvo en los ojos.

Para entonces mi furia se había esfumado, y ahora sólo me quedaba un remordimiento asqueado.

—Edward, lo siento —dije—. Es que me has empujado a hacerlo.

—¿Que yo te he empujado a hacerlo? Eres tú el que conduces.[5]

—Escucha, al menos no te he dejado aquí. Podría haberlo hecho. Como tú me dejaste en aquel cuarto.

—Si lo hubieras hecho, al menos eso habría sido algo interesante.

—Oh, además de ser un ignorante, no soy interesante. Es tu segunda naturaleza, ¿no? Poner a la gente en evidencia, recordarle en cada momento lo decepcionante que te parece, lo muchísimo más que tú sabes comparado con lo que ellos podrán llegar a…

—¡Estate quieta, Daisy!

Le estaba limpiando el morro con el faldón de la camisa, que había mojado con saliva.

—Mira, realmente no entiendo por qué te has enfadado tanto. Si no entiendes algo de lo que digo, no tienes más que pedir que te lo explique.

—Estoy cansado de pedirte que me expliques.

—Pero ¿cómo puede alguien cansarse de pedir que le expliquen cosas? Yo te estoy pidiendo continuamente que me expliques cosas. Como por ejemplo eso de…

—El ahogamiento…

—Sí, el ahogamiento.

Hizo como si se estuviera estrangulando.

—Pero no es lo mismo. Es el profesor que pregunta a la criada qué es lo que usa para limpiar el retrete, comparado con la criada preguntando al profesor…, no sé…, quién era Aristóteles.

—Si yo fuera el profesor, me encantaría que la criada me preguntara quién era Aristóteles.

—Y si yo fuera la criada… Mira, vamos a dejarlo, ¿de acuerdo? Digamos que eres más inteligente que yo y dejémoslo así.

—Dios, de veras que esto es como lo de Francesca de Rímini. Exactamente igual que lo de Francesca de Rímini.

—Estás empeñado en decirme quién era, ¿no? Muy bien, dímelo.

Edward se aclaró la garganta.

—Francesca se enamoró del hermano de su marido —dijo—. Su marido era un enano jorobado o algo así, y el hermano era noble y guapo y tocaba el laúd. Y se sentaban juntos en un enrejado, Francesca y el hermano, y él tocaba el laúd y le leía en voz alta la historia de Lancelot y Ginebra. Hasta que el marido-enano se enteró de lo que sucedía y mandó que los mataran. Ambos difuntos fueron condenados al Segundo Círculo del Infierno, donde habrían de girar para siempre en un torbellino furioso, destino, de creer a Dante, de los amantes ilícitos.

—¿Y es ahí donde estamos? ¿En el Segundo Círculo del Infierno?

—Puede ser. O en la Fosa Décima del Octavo Círculo, el lugar reservado a los alquimistas, falsificadores, impostores perjuros. Creo que es una descripción acertada de Lisboa, ¿no te parece? Georgina Kendall es una pacificadora. Tú eres un alquimista. Yo soy un impostor. Perjuros somos todos, excepto Daisy. Ni una sola mentira ha pasado jamás por sus dulces labios negros.

A modo de respuesta, Daisy emitió un sonido entre gemido y aullido. Le eché una ojeada para cerciorarme de que estaba bien. Edward tenía los ojos cerrados, y con la mano derecha le acariciaba las orejas.

—¿Sabes?, te equivocas al pensar que soy tan inteligente —dijo—. Lo cierto es que no soy más que un vertedero. Todas estas alusiones y referencias, estas pequeñas asociaciones que saco a colación…, no son sino basura. Y lo que hago durante todo el día es buscarlas, alinearlas, moverlas de un sitio a otro.

—No me importan tus alusiones. Me refiero a que no te he echado del coche por ellas. Al principio he pensado que sí. Pero no ha sido por eso.

—¿Por qué, entonces?

—Lo que quiero es entender qué quieres. De mí. De esto.

—¿Esto?

—Esto.

—Lo que quiero… —dijo Edward, pensativo—. Todo el mundo me pregunta eso, cuando la verdad es que no estoy seguro de que alguna vez *quiera* algo. No, eso no es verdad. Quiero no hacer infelices a los demás. Y, de alguna forma, siempre hago que lo sean.

Calladamente, sin que nos diéramos cuenta, habíamos llegado a Lisboa. Miré el reloj del salpicadero. Las ocho y cuarto.

—Otra vez tarde —dije.

—No importa —dijo Edward. Sin embargo, cuando bajamos del coche levantó a Daisy del suelo y la llevó en brazos, supongo que para

apresurar el paso. Vi que, en efecto, tenía la camisa muy sucia. ¿Y cómo diablos iba a explicárselo a Iris cuando llegara el momento, cuando estuvieran solos en su habitación del Francfort Hotel y todos los demás huéspedes estuvieran dormidos, y la luz del alba fuera dibujándose en el cielo? Tendría lugar otra escena que la pobre Daisy habría de presenciar en silencio. Pero Edward tenía razón: ni una sola mentira había pasado jamás por sus labios negros, ni, de haber tenido el don del habla, diría jamás una palabra en contra de sus amos. Ni siquiera de mí.

Daisy, eras una buena chica. Ojalá sigas haciendo cabriolas en ese paraíso adonde van los perros buenos. Ojalá haya montones de espinas de pescado sobre las que revolcarte. Y, si no es pedir demasiado, ojalá me perdones por haberte echado polvo en los ojos.

19

Eran casi las ocho y media cuando llegamos al Rossio. En cuanto vio a Daisy, Iris se puso de pie y nos saludó con la mano, como siempre, mientras Julia, como siempre, siguió sentada en la silla, fumando y mirando la lejanía. En su quietud parecía una de esas somnolientas Madonnas del siglo XVIII, cuyas sonrisas no permitían vislumbrar el horror y la apoteosis por venir.

—Perdón, llegamos tarde —dijo Edward mientras nos sentábamos.

—¿Qué le ha pasado a tu camisa? —dijo Iris.

—¿Que qué le ha pasado? Se ha manchado de tierra —dijo Edward.

—¿Y Daisy…? Está llena de polvo.

—Los perros se llenan de polvo. Sobre todo los blancos. Son gajes del oficio.

Iris levantó a Daisy, se la puso sobre el regazo y empezó a hurgarle el pelo con los dedos.

—Me gustaría que tuvieras más cuidado con ella —le dijo a Edward, sacando una bolita de algo de la piel de Daisy y sosteniéndola ante sus ojos para examinarla.

—Querida, si pudiera controlar el tiempo, lo haría, pero no tengo esa facultad —dijo Edward—. Cuando no llueve, el suelo se seca. Cuando el suelo se seca, los perros se llenan de polvo.

—Tendré que bañarla esta noche. —Con un solo movimiento, Iris dejó a Daisy en el suelo y se levantó de la silla—. Bien, será mejor que nos movamos. Tenemos reserva en Negresco.

—Pero ni siquiera he tomado una copa…

—Si querías tomar una copa, haber llegado pronto. Puedes tomar esa copa cuando lleguemos.

Con exagerado, e incluso cómico, cansancio, Edward se puso en pie. Iris le tendió la correa de Daisy. Una vez más, tuvo lugar ese misterioso desacoplamiento y reacoplamiento, similar al de un tren en una estación, sólo que ahora éramos Iris y yo quienes íbamos delante, y Julia y Edward quienes nos seguían a cierta distancia.

—Pensaba que preferías ir detrás de Edward —le dije, una vez que estuvimos lo bastante lejos para que Julia y él no pudieran oírnos.

Iris sonrió crípticamente.

—¿No se te ha ocurrido que puedo tener una razón para que quiera que los cuatro cenemos juntos todas las noches? —dijo—. Es porque cuando estamos juntos sé que no va a desaparecer. Es el *cavalier servente* que hay en él; nunca hará nada poco caballeroso delante de una mujer. Bueno, aparte de mí. Y tendrás que admitir que es de justicia que yo también saque algo de nuestro acuerdo.

—¿Como qué?

—Sueño. Desde que entraste en escena, he dormido mejor que en muchos años. Sé que cuando me despierto él está ahí.

No respondí. Me metí las manos en los bolsillos y apreté las llaves dentro del puño. De alguna forma su peso, en ese momento, me sirvió de consuelo.

—Y ya que estamos con el tema del matrimonio, ¿cómo van las cosas con Julia? —dijo Iris.

—Es curioso, esperaba que me lo dijeras tú.

—¿Y yo cómo voy a saberlo?

—Tengo la impresión de que lo sabes.

Iris rió taimadamente.

—Como de costumbre, sobrevaloras mi poder de clarividencia.

—No es tu clarividencia lo que me preocupa. Sino tu influencia.

—¡Mi influencia! ¿Quién te has creído que soy, Svengali?

—No lo sé. Ése es el problema. Desde que te conozco, Julia se está comportando…, bueno, de una forma en que jamás se había comportado.

—¿Y crees que soy yo la causante? —Iris hizo chasquear la lengua —. ¡Esa tendencia de los hombres a echar la culpa de todo a todo el mundo menos a ellos mismos! Casi tiene gracia… ¿No se te ha ocurrido que puede que actúe de forma diferente desde que ha conocido a Edward? A fin de cuentas, es con él con quien tú te acuestas.

Miré por encima del hombro para asegurarme de que no podían oírnos.

—Por indicación tuya, me he asegurado de que Julia no se entere de eso.

—Oh, es cierto, no se lo has restregado por las narices. Pero eso no quiere decir que no *sepa*. Sabe que sucede algo, aunque no sepa qué es. Lo cual empeora la cosa.

—¿Por qué no contárselo todo?

—Bien, si nos ponemos en eso, ¿por qué no rompes con Edward?

—Creo que te equivocas. No creo que Julia tenga la menor idea de lo que pasa… De todas formas, si yo fuera el cabrón que piensas que soy, podría decirle: «Muy bien, quédate en Sintra. Yo me voy. Cuando

llegue a casa, te mandaré dinero.» Así ya no habría obstáculo para que me fuera con Edward. Pero no lo he hecho, como habrás visto. Me niego a abandonar a mi mujer.

—Qué noble por tu parte.

—Lo que yo digo es que Julia me preocupa lo bastante como para protegerla. Es lo que tú quieres, ¿no?

—¿O te da miedo lo culpable que te sentirías? No es que importe, porque tú agarras la punta equivocada del palo. En la mente de Julia hay más cosas que el hecho de volver a casa.

—¿Como cuáles?

Iris se tocó la frente con la mano.

—Oh, querido, ¿cómo lo diría…? Deduzco que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que…, ¿cómo lo llaman en los tribunales? ¿Relaciones conyugales?

—¿Te lo ha dicho ella?

—Claro que si había sido lo normal entre vosotros, pues bueno, no habría variado nada. Pero en vista de que habéis sido una pareja tan amorosa hasta ahora…, dos veces a la semana de media, ¿no es eso?

—Calla. No puedo creer que te haya contado eso.

—La verdad es que no sabes mucho de mujeres, ¿me equivoco? Y no es que eso me sorprenda. —Se paró en seco, se volvió hacia mí y me miró a los ojos—. De acuerdo, ahí va un poco de formación para Pete. Las mujeres no son como los hombres. Hablan de todo unas con otras. De todo… ¡Vaya, Pete, pareces muy afectado! Pobrecillo, eres tan inocente en algunas cosas. Tan *novicio*. Crees que hay un protocolo para todo esto… Que si haces el amor con tu mujer, equivale a engañar a tu amante. Pero en esto no hay normas. Estamos más allá de las normas… En cualquier caso, si te preocupa lo que Edward pueda pensar, estate tranquilo. Te prometo no decir ni media palabra. Será nuestro pequeño secreto.

—¿Y por qué debo fiarme de ti… en cualquier campo?

—No deberías. Pero debes creerme.

Nuestras parejas nos habían dado alcance.

—Lo siento —dijo Edward, un poco sin aliento—. Daisy nos ha hecho ir más despacio.

—No deberías dejarla que lama todo lo que le apetezca —dijo Iris —. Sabe Dios lo que habrá en el suelo de las aceras.

—No es sólo que se pare a lamer cosas. Es que es vieja. Ya no puede moverse como antes.

—Conmigo se mueve perfectamente. —Iris hizo un ruido como de cambio de velocidad—. Oh, Pete, quería decírtelo: esta tarde Julia me ha enseñado la fotografía de vuestro apartamento en el *Vogue*. Y resulta que la habíamos visto ya, sólo que no sabíamos que era

vuestro.

—No me sorprende; no pusieron nuestro nombre.

—Pensé que la pareja en cuestión se llamaba Client —dijo Edward.

—Son piezas *impresionantes* —dijo Iris—. Tan… despejadas.

—Es cierto —dije—. Cuando estaba en ellas siempre sentía como si estuviera estropeando un efecto.

—Por curiosidad, ¿por qué *no* disteis vuestro apellido? —dijo Edward.

—Fue decisión de Julia. Recuerdo que en aquel momento dije: «Pero, cariño, si no decimos nuestro nombre ¿cómo va a saber tu familia que es nuestro apartamento?» Y ella dijo: «Mi familia consideraría el súmmum de la vulgaridad que lo dijéramos.» En muchos más aspectos de los que ella está dispuesta a reconocer, mi mujer es la hija de su madre.

—Te falla la memoria —dijo Julia—. Tomamos la decisión juntos. No queríamos que pareciera que estábamos alardeando.

—No seas guasón.

—La verdad es que creo que Pete tiene razón —dijo Iris—. Quiero decir que a uno le apetecería presumir de un apartamento como ése. Yo lo haría.

—En cualquier caso, no entiendo a qué viene ahora tanto lío con el apartamento —dije—. No es que fueras muy feliz en él.

—Por supuesto que era feliz en él.

—¿De veras? Según puedo recordar, siempre estabas preocupada por que se te pudiera caer algo en la alfombra, o derribar una lámpara, o rayar algo. Por eso no invitábamos nunca a nadie.

—Eso no es cierto. Invitamos a gente.

—Y luego estaba ese escritorio de cuero que no me dejabas utilizar…

—Esos escritorios no se *utilizan*…

—¿Para qué los tienes, entonces?

—Vivir entre cosas bellas es la recompensa.

—Estoy de acuerdo —dijo Iris—. Las cosas bellas nos llevan a pensamientos bellos.

—Nunca hubo pensamientos bellos en ese apartamento —dije con amargura—. Al menos de ninguno de sus moradores.

—¿Se puede saber por qué estás tan desagradable? —dijo Julia.

—Me gustaría que vuestro decorador hubiera dado algún toque a nuestra casa —dijo Iris—. ¡Teníamos tantos trastos! Eddie es de esas personas que nunca tiran nada.

—Como si ahora importara gran cosa… —dije.

—¿Qué quieres decir? —dijo Julia.

—Bien, ¿hay muchas probabilidades de que cualquiera de nosotros vuelva alguna vez a Francia?

—Iris, ¿me disculpas? —dijo Julia—. No me encuentro demasiado bien. No creo que pueda cenar con vosotros.

—Julia —dijo Iris.

Pero ya se había marchado. Era sorprendente lo rápido que mi mujer podía moverse cuando quería. Era como Daisy en ese sentido.

De pronto Iris se volvió hacia mí.

—Santo Dios, ¿en qué estabas pensando? —dijo.

—¿A qué te refieres? Si no se siente bien…

—¿Estás loco? Ve tras ella. Podría hacer *algo*.

—Sí —repitió Edward, en tono casi sibilante—. Ve tras ella.

Lo miré. Había torcido el gesto como con rabia. Y pensé: Por supuesto. No puede soportar las escenas de otra gente. Sólo las suyas.

20

Cuando volví al Francfort, la llave no estaba en su gancho. Al comprobarlo, el corazón me dio un brinco y se hundió a un tiempo. Si ello es posible.

Subir despacio las escaleras… En estas páginas, no he escrito mucho sobre el aspecto sexual de mi matrimonio con Julia. Dada la historia que estoy contando, podría pensarse que ello obedece a que nuestro matrimonio era un desastre sexual. De hecho, sin embargo, era todo un éxito. Con ello quiero decir que en el dormitorio mi mujer y yo éramos felices de un modo en el que raramente lo éramos en el salón o en el comedor, y mucho menos en los restaurantes y los cafés y los coches. Pero las innatas —aunque peculiares— ideas de Julia sobre la discreción eran tales que, de haber estado ella viva, yo no habría hablado de estos temas con desconocidos más de lo que habría podido forzarla a que nuestro apellido apareciera en las páginas de *Vogue*. Por ello me desconcertó sobremanera enterarme de que hubiera confiado en Iris. Confiar en *alguien* iba en contra de su naturaleza. Lo cual sugería que se hallaba en una situación extrema. Y si bien era cierto que nuestros hábitos sexuales habían cambiado desde que dejamos París, también lo habían hecho nuestros hábitos alimenticios, nuestros hábitos del sueño, nuestras digestiones. Jamás se me había ocurrido que Julia pudiera considerar el cese de las relaciones conyugales entre nosotros (para emplear la primorosa frase de Iris) de mayor alcance y trascendencia que los demás trastornos que nos habían sobrevenido últimamente, o que pudiera *ser* realmente de mayor alcance y trascendencia que los demás trastornos que habíamos padecido. Como Edward había observado, yo no estaba acostumbrado a llevar una doble vida.

La encontré ante el tocador, haciendo un solitario con una vehemencia mayor de la habitual.

—¿Por qué vuelves tan temprano? —me preguntó.

—Quería asegurarme de que estabas bien —dije.

—Bien, como puedes ver, estoy bien —dijo ella—. Así que ya puedes volver al restaurante.

—Nada de eso —dije—. La cena se ha suspendido.

—¿Por qué?

—¿Acaso pensabas que los tres íbamos a cenar sin ti?

—Pues sí.

—Bueno, pues no lo hemos hecho.

Retomó el solitario. El ruido que hacían las cartas al golpear contra el tablero del tocador era parecido al de un matamoscas. «Castillo asediado» era el nombre del solitario.

Me solté la corbata. Me tendí en la cama y me puse los brazos debajo de la cabeza. En su mesita de noche se veía, abierta, *La salida honrosa*. A juzgar por dónde tenía el marcador, había leído como la mitad del libro.

—¿Qué piensas, hasta ahora? —dije, levantándolo.

—¿Sobre qué?

—Sobre su novela.

—Está bien, supongo. Por supuesto, sabes cómo va a acabar desde leguas de distancia.

—¿Así que has leído lo que viene más adelante?

—No he leído nada de lo que viene después.

—¿Entonces cómo sabes cómo va a acabar?

—No lo sé. Puedo equivocarme. Y probablemente me equivoque.

Echó otra carta. Dejé el libro en la mesilla.

—Julia…

—¿Qué?

—¿Por qué te has ido tan bruscamente?

—No me he ido bruscamente. No tenía ganas de cenar.

—Los Freleng se han alterado. Se han preocupado por ti.

—Lo superarán.

—Me he dado cuenta de que lo que he dicho del apartamento puede haberte molestado.

—¿Por qué iba a importarme lo que tú pienses del apartamento?

—Entonces, que lo haya dicho delante de ellos.

—Si quieres hacer que parezca una necia delante de otra gente, no creo que pueda hacer nada; excepto esperar que esa gente vea tus verdaderos motivos.

—¿Que son?

—No tengo la más remota idea. Nada de lo que haces tiene ya ningún sentido.

—Pero, Julia, has de reconocer que, después de Sintra, apenas me has dirigido la palabra. Y por eso… Bueno, quizá quería poner el dedo en la llaga.

—Oh, así que todo viene por eso. Por lo de Sintra. Bueno, no tienes por qué preocuparte. Ya he renunciado a la casa.

—Pero ésa era sólo mi opinión. Y no es que tú suelas renunciar a las cosas.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Que quieres que me pelee contigo para que tú puedas salirte con la tuya otra vez? ¿Para humillarme otra vez? No, gracias.

—Iris te ha dicho que digas eso, ¿verdad?

—¿Iris? ¿Qué tiene que ver Iris con todo esto?

—Tengo la impresión de que estás…, no sé…, sojuzgada por ella.

—¡Yo! Si hay alguien sojuzgado por ella, ése eres tú. Estás obsesionado con ella. A veces me pregunto si no estás enamorado de ella.

—¿De Iris? ¡Santo cielo!

—En fin, por tu bien, espero que no, porque nunca llegarías a nada. Quiero decir que ella ni siquiera piensa en ti como *hombre*. No hace más que hablar de lo dulce que eres, de lo entregado que estás a mí, y de cómo debería estar agradecida por el hecho de que me trates casi a patadas porque lo haces por mi propio bien. No es la forma en que una mujer habla de un hombre que desea.

—¿Eso se supone que tiene que ser hiriente? ¿Un palo a mi ego?

—Tómatelo como quieras… Tú te burlas del apartamento, pero yo sueño con él todas las noches. Que he vuelto. Y que otra mujer, una alemana, está sentada en mi mesa. Usando mis cosas. Me gustaría haberme quedado. Podría haberlo defendido. Quizá habría acabado muerta, pero ¿y qué? Todo lo que me importaba lo he perdido… Y ahora, como si las cosas no fueran ya bastante malas, he visto a la tía Rosalie.

De pronto echó las cartas sobre el tablero. Su voz era trémula. Me incorporé en la cama.

—¿La tía qué?

—La tía Rosalie. De Cannes.

—¿Te refieres a la oveja negra?

Asintió con la cabeza.

—Estaba en el Aviz. Yo estaba con Iris, y de repente ahí estaba, pidiendo una mesa. Rosalie. Y me entró el pánico. Hice como que me encontraba mal. Le pedí a Iris que se ocupara de la cuenta y corrí al cuarto de baño. No creo que me viera.

Me eché a reír. No pude evitarlo. Sentí un alivio impropio.

—¿Qué te parece tan gracioso?

—Nada.

—¿Entonces por qué te ríes? Oh, es tan típico de ti… Me bombardeas para que te cuente cosas; te las cuento y vas y te las tomas a broma.

—No, no es eso. Es que…, bueno, ¿qué es lo que pasa si la tía

Rosalie está en Lisboa?

—¿No es obvio? Significa que va a embarcar en el *Manhattan*. Que se lanzará sobre mí, que se pegará a mí como solía hacer cuando nos visitaba en Nueva York. Mi madre ni siquiera quería que apareciera por casa, pero ella seguía viniendo. Se me acercaba en el recibidor o en el salón (una vez hasta entró en mi cuarto), ponía la cara casi pegada a la mía (me llegaba su aliento de vino) y decía: «Somos iguales, tú y yo. Como dos gotas de agua.»

Julia se estremeció.

—Bien, ¿y no lo sois?

—¿No somos qué?

—Dos gotas de agua.

—¡Pete!

—Quiero decir que vuestras vidas tomaron el mismo rumbo. Las dos os fuisteis de Nueva York, las dos os instalasteis en Francia.

—¿Cómo te atreves a compararme con esa mujer? Es un parásito. Se ha dado la gran vida todos estos años, haciendo Dios sabe qué con Dios sabe quién… Y todo con el dinero de Edgar. Dinero Loewi.

—Pero, Julia, ¿estás segura de que es ella?

—Por supuesto que estoy segura de que es ella. No me pasa nada en los ojos.

—Pero a veces, en París, veías gente que creías que eran de tu familia, y luego resultaba que no lo eran…

Dejó caer la cabeza sobre el tocador.

—¿Entiendes ahora por qué no había dicho nada? Sabía que no me ibas a tomar en serio. Lo sabía. Durante todos estos años he creído que había escapado para siempre. Pero nunca escapas del todo. Nunca.

—¿Qué? ¿De qué no escapas?

Sacudió la cabeza. No se echó a llorar. Inspiró profundamente, irguió la espalda y metió las cartas en el estuche. Fue al cuarto de baño. Cuando salió, minutos después, llevaba puesto el pijama.

Me desvestí y me puse el pijama. Nos metimos en la cama. Había olvidado cerrar las contraventanas. Filtraban la luz de la luna, como la estopilla criba el caldo.

—Son las farolas —dije—. Aún están encendidas. Nunca nos vamos a la cama tan temprano, así que nunca sé cuándo las apagan.

—No importa.

—¿Estás segura de que no quieres que las cierre?

—No importa.

Como de costumbre, me daba la espalda. Se había apartado de mí todo lo que le permitía la estrechez de la cama. Y aun así oía los latidos de su corazón, la palpitación de aquel pequeño motor caliente;

¿y quién era yo sino el mecánico encargado de su mantenimiento… de por vida? No era una servidumbre forzada. Era el camino que yo había elegido. Sólo que nunca había imaginado que pudiera llegar un día en que mi mujer querría algo que yo no podría o no querría darle, por su bien o por el mío.

Apreté la mano contra su espalda. Se estremeció, pero siguió quieta.

—¿Quieres que te rasque la espalda un poco?

Hizo un levísimo gesto afirmativo. Le pasé las uñas suavemente por el espinazo. Suspiró.

—Ya nunca me rascas la espalda. Antes lo hacías. Continuamente.

—Lo siento. Últimamente estoy cansado.

—Es desde que conocemos a los Freleng.

—Oh, pero Julia… No es por Iris.

—No he dicho que lo sea.

—No. Lo que quiero decir es que no es por ti. Es que los días aquí son tan largos, y para cuando se acaban…

—Es todo ese andar por ahí siempre con Edward. Eso agota a cualquiera.

—Sí.

—Iris dice que deberíamos considerarnos afortunadas, porque mientras estéis por ahí juntos al menos no os seducirán las mañas de esas mujeres extranjeras. Iris me cansa… Oh, sí, ahí. Más abajo. A la izquierda. Un poco más arriba. ¿Es una picadura de mosquito?

—No creo.

Se me estaba quedando dormida la muñeca. La respiración de Julia se iba haciendo más profunda, y, a medida que lo hacía, yo movía más despacio los dedos para acompasarlos a ella. El alivio que había sentido antes se disipó rápidamente, y dio paso a la preocupación y la congoja. Porque algo debía de haber sentido Julia; debía de haber percibido alguna expresión o manifestación amorosa mía que no tenía que haberse producido, porque de otro modo ella nunca habría pensado que me había enamorado de alguien. Nunca lo había estado, a decir verdad. De nadie más que de ella.

Tenía un terrible dolor de cabeza. La luz de la luna, aunque apagada, dejaba entrever vislumbres de dureza, como si llevara incrustados en ella fragmentos del sol de mediodía. No tenía más que levantarme y cerrar las contraventanas, pero si lo hacía tenía que dejar de hacer lo que le estaba haciendo a Julia, y no me atreví.

—Cuando vuelvan a los Estados Unidos, harán una gira dando conferencias —dijo Julia instantes después, un tanto somnolienta—. Cuarenta ciudades.

Seguí rascándole la espalda. Traté de no hacerlo con demasiada

fuerza.

—Qué raro… Edward no me ha dicho ni una palabra.

—¿De veras? Iris no es capaz de callárselo. Parece que el contrato lleva una cláusula que dice que no deben viajar y dar la conferencia el mismo día. Alguien le ha dicho que es lo mismo con los cantantes de ópera, así que dijo: «Lo que vale para los cantantes de ópera, también vale para los novelistas.»

—Muy inteligente por su parte.

—Pete…, ¿alguna vez has deseado no haberles conocido? A los Freleng.

—¿Y tú?

—No lo sé… Pero a veces parece que las cosas eran más sencillas antes. Cuando estábamos sólo los dos. O sea… Bueno, no sé lo que quiero decir.

—No te preocupes —dije—. Ha sido un día largo. Para los dos.

Desplacé la mano hacia abajo, hacia la oquedad de encima de sus nalgas delgadas…, ante lo cual dejó escapar un suspiro un tanto agudo, casi un «relincho».

Pasó otro minuto, y se volvió hacia mí.

—Perdóname por cómo me he portado —dijo—. Estos últimos días me estoy desmoronando.

—Tonterías —dije—. Soy yo el que tiene que disculparse.

—No te preocupes —dijo ella—. Oh, Pete… Mi Pete…

Entonces me cogió la mano y se la pegó entre las piernas. Y la mantuvo ahí, apresada entre sus muslos fuertes.

—Te amo —dije, sin saber muy bien si estaba mintiendo…, pues no había dicho su nombre.

21

Esa noche, más tarde, desperté de pronto. Durante unos segundos no supe dónde estaba ni con quién. Estaba desnudo, y también la persona que dormía a mi lado. Julia nunca dormía desnuda, luego ¿cómo podía ser Julia? Yo nunca dormía desnudo, luego ¿cómo podía ser yo? Me incorporé en la cama…, y fue entonces cuando vi nuestros pijamas hechos un ovillo en el suelo. Una luz de luna macilenta llenaba la habitación. Los muebles parecían tener una pátina fosforescente.

No tenía idea de qué hora era. Pensé que tenía que ser muy tarde, pero cuando miré el reloj vi que eran sólo las dos de la madrugada. Normalmente a las dos de la madrugada estaríamos volviendo al hotel, lavándonos los dientes. Entonces recordé lo temprano que nos habíamos ido a la cama la noche anterior, y con ese recuerdo me invadió una sensación de hundimiento, de ser arrastrado a una vigilia perturbada y más honda que el sueño y más extraña que los sueños. Tan calladamente como pude, me levanté de la cama. Me vestí en la oscuridad y salí de la habitación. La luz del pasillo me hirió los ojos. Todas las puertas estaban cerradas, hasta la de la mujer que Julia había apodado Mesalina, la que estaba siempre en el umbral, fumando, esperando a alguien que nunca llegaba. El ascensor estaba estropeado, así que bajé por las escaleras. En la calle no había nadie. Lo único que oí fue el rumor lejano de los taxis, el arrullo dormido de las palomas. Caminé hasta el Rossio, donde me quedé un rato delante del Francfort Hotel, mirando la luna. Unas cuantas ventanas encendidas tachonaban la fachada oscura. Sabía que ninguna de ellas era la de Edward, porque me había dicho que su habitación miraba hacia el lado opuesto, hacia el mercado. Y, en esa habitación, ¿qué estaría sucediendo en ese momento? ¿Estaban los dos desnudos? ¿Estaba Daisy en la cama con ellos? Había muchas más cosas sobre ellos que no sabía que las que sabía.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que cogí el tren a Estoril, con la esperanza de que al llegar encontraría a Edward esperándome, y, en efecto, cuando llegué estaba esperándome junto al coche? Una semana, como máximo. Entonces, ¿por qué parecía ahora tan excesivo desear que si miraba con la suficiente fijeza la puerta del Francfort

Hotel ésta se abriera y apareciera él saliendo por ella? Lo intenté, no obstante. Concentré toda mi atención en aquella puerta, deseé que se abriera, deseé que él saliera por ella… Pero no salió. Teniendo en cuenta la hora, el Rossio estaba tranquilo. Un mendigo pedía limosna; un anciano cantaba un fado; una pareja salió de la Chave d'Ouro —el hombre con pajarita negra, la mujer con vestido de noche— y fue hasta la fuente cercana a la estatua de Dom Pedro, donde se quitaron los zapatos, pasaron con cautela por encima del borde y se metieron en el agua. Pero entonces apareció un policía, y ellos se apresuraron a salir de la fuente y se alejaron rápidamente. Vi que tenía dos opciones: podía quedarme allí toda la noche o podía volver a la habitación. Así que decidí volver. A pesar de la propina, el portero salió a abrirme rezongando, y cuando le pregunté si podía prepararme un sándwich o no me entendió o fingió que no me entendía. Una vez en la habitación, me acerqué a la cama de puntillas para no despertar a Julia. Me quité la ropa y me disponía a ponerme el pijama cuando me acordé de que no lo llevaba puesto cuando me levanté de la cama. De nuevo desnudo, pasé por encima de Julia y me tendí a su lado. Ella se dio la vuelta y se quedó acostada boca arriba. Y sólo cuando me había tapado ya el pecho con las sábanas caí en la cuenta de que de nuevo había olvidado cerrar las contraventanas.

22

El resto de la noche la pasé sin dormir. ¿Existe realmente una noche sin sueño? Mucho después, un psiquiatra me diría que la gente que se queja de pasar noches insomnes en realidad duermen, pero sueñan que están despiertos. Para mí se trata de una de esas distinciones sutiles que no significan nada.

En cualquier caso, mi memoria de aquella noche es menos de inercia inquieta que de actividad exhaustiva e incesante. Estaba en nuestro apartamento de París; no en el apartamento tal como estaba cuando vivía en él, sino como lo habían fotografiado para *Vogue*: desvaído de color, despojado de presencia humana, caro, frío, magnífico y austero. Durante toda la noche recorrí los pasillos y paseé por las habitaciones, tratando de memorizarlas como un topógrafo sin herramientas. Tengo muy mal sentido de la orientación —aunque debo de tener un reloj despertador en la cabeza, no tengo brújula—, y por tanto nunca he aceptado del todo que el apartamento diese al sur por una cara y al norte por la otra, porque para mí era como si mirase al este por una cara y al oeste por la otra. Es otra de las cosas que hice esa noche: tratar de ubicar el apartamento en el espacio, corregir mi perspectiva, alinearme yo mismo.

Obviamente, me sentía culpable por cómo había hablado del apartamento, por la arrogancia con la que le había hablado a Julia. «Vivir entre cosas bellas es la recompensa», había dicho Julia, y me había burlado de sus palabras. Sin embargo, ¿quién era yo para dudar de su autenticidad; yo, cuyo sentido estético no era más refinado que el de Daisy? He llegado a descubrir que la mayoría de la gente es exactamente lo que parece ser. Imaginar otra cosa —pensar que en nuestra ausencia nuestros seres queridos llevan vidas secretas, se acuestan con el hijo del conserje, roban diamantes en las joyerías…— no es sino un divertimento. Me habría gustado que Julia no hubiera dedicado tanto tiempo a hacer solitarios, pero los hacía, y por tanto tenía sentido que deseara tener un apartamento caro, frío, magnífico y austero donde hacerlos. Pero la mujer que se quedaba en casa y jugaba a las cartas no era tan distinta de la jovencita que había desafiado a su familia y se había ido conmigo a París. Porque la

cualidad realmente notable del carácter de Julia era la «inmovilidad de determinación», ¿y existe un trayecto tan largo entre la inmovilidad de determinación y la inmovilidad pura y simple? Demasiado a menudo lo que parece cambio es en realidad endurecimiento del espíritu.

En cualquier caso, ella *sí* durmió esa noche. Su respiración se hizo más lenta, su piel más fresca. Un motor en punto muerto. La reanudación de la actividad sexual, me dicen, a menudo tiene un efecto soporífero en las mujeres. Para mí era perturbador. Ahora me había habituado tanto al cuerpo de Edward, a su dureza y vellosidad, a su apariencia de indestructibilidad, que me sorprendí tratando a Julia con un exceso de cautela, como si yo fuera Gulliver y ella una novia liliputiense… No es que mi mujer fuera frágil. No lo era en absoluto. Aunque pequeña, era robusta; tan robusta como Edward. Sabía que mi miedo a aplastarla físicamente era en realidad miedo a aplastarla moralmente… Me pregunté si fue así como debió de sentirse mi padre cuando volvió de estar con su amante y se encontró a mi madre desmayada sobre la mesa de la cocina: arrepentido, culpable, pesaroso…, y sin otro deseo que el de salir corriendo de la casa. Y, al mismo tiempo, contento de estar en ella. Porque siempre hay algo que conforta en el regreso a casa, sobre todo cuando has estado deambulando por los descampados, riñendo y boxeando. Es como encontrarte con alguien con quien compartir la lengua materna después de semanas de andar vagando por tierras extrañas. La fluidez verbal te llega como un alivio, por mucho que las cosas que más necesitas decir puedan resistírsete…

Al final salió el sol. Julia se levantó de la cama. Yo seguí con los ojos cerrados hasta que oí que se cerraba la puerta del cuarto de baño. Entonces brinqué de la cama y me vestí.

—Oh —dijo Julia cuando salió del cuarto de baño—. Pensaba que estabas dormido.

También ella se había vestido. A hurtadillas, donde no había podido verla.

—No, ya estoy levantado. —Me palpé el bolsillo en busca de las llaves—. Bien, ¿estás preparada?

—Estoy preparada —dijo—. Pero, Pete…, ¿no podríamos desayunar aquí esta mañana? ¿En el hotel?

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo el Suiça?

—No tiene nada de malo. Pero he estado pensando que por qué gastar dinero en el desayuno si está incluido en el precio de la habitación… Desde que estamos en Lisboa no hacemos más que gastar a diestro y siniestro.

—Una taza de café no es dinero.

—Restaurantes, copas, gasolina para todas esas excursiones que haces con Edward. Todo suma. ¿Tenemos dinero suficiente para pagar la cuenta del hotel? ¿Lo has comprobado?

—Lo tendremos cuando venda el coche.

—Pero no lo has vendido.

—No te preocupes. Lo venderé.

—No entiendo por qué no lo has vendido todavía, con las ganas que dices que tienes de marcharte de aquí.

Este último comentario me dejó anonadado. Bajamos. El comedor estaba atestado de huéspedes del hotel. No había tenido interés en conocer a ninguno de ellos, y reconocía a muy pocos. Sólo había una mesa libre. Uno de sus lados lindaba con la puerta de la cocina, y en el otro había una mujer tan gorda que apenas me dejaba espacio para pasar hacia mi sitio.

—Dios nos libre de que se levante para dejar espacio —dije.

—No hables tan alto —dijo Julia—. Está hablando en inglés.

La mujer, en efecto, hablaba en inglés, ese inglés de colegio que es la lengua franca del exilio.

—Yo… yo tengo visado; y tengo dinero —le estaba diciendo a un compañero que nos daba la espalda—. Y ahora me dicen que no puedo embarcar en el *Manhattan*. El *Manhattan* es sólo para los norteamericanos.

—¿Has oído eso?

—¿Qué?

—En el *Manhattan* sólo dejan embarcar a los norteamericanos.

—Lo sé. Me lo dijo Iris. ¿Y qué?

—Pero no es posible que haya más de seiscientos o setecientos norteamericanos en Portugal. Va a zarpar casi vacío.

—Qué pena. Así que no puedo darle mi pasaje a esta mujer.

—La Estatua de la Libertad me da la espalda, y escupe —decía la mujer.

Un camarero con manchas en el uniforme se acercó a nuestra mesa, nos sirvió café de una cafetera plateada con abolladuras y se fue. Tomé un sorbo de café, y lo escupí sobre el platillo.

—Es malísimo. Peor que el de los hoteles franceses.

—¿De veras? No sé por qué te parece tan malo.

—Entonces, ¿por qué te estás echando azúcar? Nunca te echas azúcar en el café.

—Puedo echarme azúcar si quiero. Tú también lo estás haciendo.

—Sí, pero yo siempre lo hago. ¿Y por qué no nos ha traído nada para comer? *Garçon*!

—Tranquilízate. No vas a morirte de hambre.

—En el Suiça ya nos habrían servido.

—Oh, por el amor de Dios… Si tantas ganas tienes de ir al Suiça, puedes irte.

—Yo sólo estoy diciendo que si lo que queremos es sacar partido de nuestro dinero, lo mínimo que podemos esperar es algo de comer. ¿O es algo que tiene que ver con los Freleng?

—¿Qué pasa con los Freleng?

—Que lo más probable es que nos encontremos con ellos en el Suiça.

—*No* tengo ningún miedo de encontrarme con ellos.

El camarero, sin ceremonia alguna, dejó en nuestra mesa un cestito de cruasanes. Di un mordisco a uno.

—Están duros —dije—. Y ni siquiera son cruasanes como es debido. Sólo los franceses saben hacer cruasanes como es debido. Los italianos son bastante malos, y éstos son… ¿Julia?

Pero ya se había ido. Había desaparecido. Como si un retrato se hubiera esfumado de su marco.

La encontré en la habitación. Se frotaba con furia una loción en las manos.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué te has ido?

—Era ella. La tía Rosalie.

—¿Dónde?

—En el comedor. No creo que me haya visto. Creo que me he ido a tiempo. Baja y mira si sigue en el comedor.

—¿Por qué?

—Porque si no me tendré que pasar todo el día en la habitación.

—De acuerdo. Pero ¿cómo voy a saber que es ella?

—Estaba dos mesas más allá. Sola. Con gorra. Una gorra de marinero.

Bajé al comedor. En efecto, dos mesas más allá de la nuestra había una mujer con una gorra marinera. Pero no era la tía Rosalie. Era Georgina Kendall.

—¡Ah del barco! —llamó, dirigiéndome un saludo con la mano que quería ser náutico—. El amigo de Eddie, ¿no?

—Exacto.

—Soy tan mala con las caras que no estaba segura. Tome un café conmigo, ¿quiere? ¿Era su esposa? Se ha marchado con verdadera prisa.

—No se sentía muy bien.

—Demasiada absenta, sin duda. —Me hizo un guiño. A la claridad deslumbrante del comedor vi cuán moteada era su piel, como esas guardas de los libros—. Bueno, seguro que se está preguntando qué

hago aquí, y voy a decírselo. Nos echaron del hotel de Estoril. Por culpa de Lucy. ¡Esa chica! Había bebido demasiado champán y tiró un jarrón. Uno de esos jarrones chinos grandes. Apuesto diez contra uno a que era falso, pero intenta convencer de eso al director de un hotel. Por suerte, nuestro chófer se apiadó de nosotras y nos trajo aquí. No es el Aviz, pero, como le he dicho a Lucy, es sólo por unos días, hasta que zarpe el *Manhattan*. Ella quería ir en el clíper, pero una ha de trazar la línea en alguna parte. ¡No fabrico el dinero! ¿Y qué me dice de usted? ¿Van a irse también en el *Manhattan*?

—¿Nosotros? Sí.

Se inclinó hacia delante, con gesto de confidencia.

—Seguro que habrá oído que han decidido no permitir el embarque de extranjeros. Y ha habido un montón de quejas… Aunque, si quiere saber mi opinión, es la única forma. Sobre todo después de lo que sucedió el mes pasado, cuando el *Manhattan* fue a Génova. La idea era la misma que aquí: recoger a los norteamericanos varados en la ciudad, pero no controlaron la venta de pasajes y resultó que hubo montones de extranjeros que compraron montones de ellos. Judíos. Una amiga mía que iba a bordo me escribió contándomelo. ¡El barco estaba hasta los topes de ellos! Los hicieron acampar en el Palm Room, en el Grand Salon, incluso en la oficina de correos. Con montones de bebés. La lavandería no podía con tantos pañales. Bien, espero que me crea si le digo que siento toda la comprensión del mundo por esa gente…, toda la comprensión del mundo, pero si llegamos al punto en que a un ciudadano norteamericano no le pueden lavar la ropa en un barco norteamericano… Bueno, habrá que trazar la línea en alguna parte, ¿no cree?

—¿Cómo va su libro?

—Oh, fantástico. Verá, no entiendo muy bien qué estaba tramando Eddie aquella noche. Lo único que se me ocurre es que esté planeando un libro suyo y que le llevaran los demonios ver que yo le había tomado la delantera. ¿Van él y Violet a embarcar también en el *Manhattan*?

—Sí, eso es.

—Oh, muy bien. Vamos a divertirnos un montón, nosotros cinco. Nosotros seis. Y, la verdad, tendrá que reconocer… —aquí su voz cambió a un registro serio— que será una travesía mucho más placentera, muchísimo más placentera, si somos sólo gente como nosotros…

Llegó el camarero con el café, lo que me brindó la oportunidad que había estado buscando para excusarme y volver a mi habitación.

Julia estaba junto a la ventana, mirando la calle.

—¿Por qué has tardado tanto? ¿Estaba allí?

—No. Bueno, sí. Pero no era ella. Por eso he tardado tanto. La conocía. Me la presentó Edward.

—¿A quién?

—A esa mujer. La que no es tu tía.

—Pero es que *era* mi tía. Debes de haber estado hablando con otra persona.

—Julia, ¿cuántas mujeres con gorra marinera crees que hay en el comedor? —Le toqué el hombro, y dio un respingo—. La verdad, cariño, no tendrías que estar tan nerviosa…

—Cállate. Era ella. La he visto.

—Seguro que crees que la has visto. Pero te has equivocado. Probablemente porque estás muy nerviosa.

—No creas nada de lo que te diga. Prométeme que no lo harás. Es una mentirosa.

—Julia…

—Mi madre piensa que mató al tío Edgar. Le vino muy bien que lo enterraran en el mar. Porque no pudieron hacerle la autopsia.

—Pero yo creía que murió de un coma diabético.

—Sólo tenemos su palabra sobre eso. Su palabra y la del médico del barco; y ya se sabe lo de fiar que son esos médicos… Y pensar que tiene el descaro de volver a Nueva York todos los inviernos, y hospedarse en una suite del Saint Regis… ¡El Saint Regis, precisamente! Y organizar tés y demás. Por supuesto, siempre nos negamos a aceptar sus invitaciones. Bueno, yo fui una vez. Por curiosidad. Y, Dios, qué decepción… Esperaba que por lo menos ella fuera glamourosa. Pero nada de eso: ahí estaba esa cosita grumosa vestida de Dior. Y ni siquiera se daba cuenta de que la hacían de menos. Y eso era lo irónico del asunto. Que creía que lo tenía todo, que podía vivir en París y volver a casa y que la recibieran con los brazos abiertos.

—Qué triste.

—Y luego, cuando tú y yo nos mudamos a París, empezó a mandarme esas cartas, insistiendo en que tenía que ir a visitarla a Cannes, y repitiéndome todas aquellas idioteces de que éramos iguales, de que yo era la hija que nunca había tenido. Una vez hasta se presentó en nuestro apartamento como solía presentarse en el de mi madre.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo fue eso?

—Hace seis, siete años. No quise decírtelo. Mandé a la criada que le dijera que había salido. Pero les oí hablar. Rosalie no se lo creyó en absoluto: sabía que estaba allí. Y eso debió de hacer que tuviera más empeño en encontrarme. Y ponerme en evidencia.

—Pero, Julia, ¿no es posible que no quiera ponerte en evidencia?

¿Que lo único que busque…, no sé, es un poco de espíritu de familia?

—¡Oh, Dios! —Julia se apartó—. Gracias por confirmarme mis peores temores. Gracias por confirmarme que mi propio marido piensa lo que todo el mundo piensa en mi familia. Que soy como ella.

—No es eso lo que estoy diciendo. Escúchame. Estoy diciendo que si lo miras objetivamente verás que las circunstancias de vuestras vidas tienen cierto parecido superficial…

—¿Y que por tanto somos iguales por dentro? ¿Es eso? ¿Como dos gotas de agua? Y ahora vamos a llegar a Nueva York en el mismo barco. Cuando desembarquemos, la tendré pegada a mí… Oh, no puedo soportarlo.

—Pero no sucederá nada de eso, Julia. Por favor, cariño, ni siquiera es real, todo esto. La mujer que has visto en el comedor no es tu tía. Tu tía no está aquí. Mira, ¿quieres que vaya contigo ahí abajo y te la presente para que veas que no es ella?

—¡No! Dios, no… Durante todos estos años he pensado que era libre, pero era mentira. París no era más que un respiro, una suspensión de la ejecución. Nunca seré libre.

—Julia…

Levantó la mano.

—Por favor, cállate.

—Pero si ni siquiera sabes lo que iba a decir…

—No necesito saberlo. Digas lo que digas, te equivocarás. Siempre lo haces. Incluso cuando piensas que lo que dices es cierto. Sobre todo cuando piensas que lo que dices es cierto.

De pronto se quedó muy quieta.

—Échate —dije—. Quizá deberías tomar una pastilla.

—No quiero ninguna pastilla.

—Te calmará. —Busqué el Seconal en el cuarto de baño; me puse una pastilla en la palma de la mano, me acerqué a ella y se la tendí. Se la tragó. Cerré las contraventanas, y la acosté sobre la colcha—. Descansa —dije, quitándole los zapatos minúsculos—. Volveré dentro de unas horas.

—¿Adónde vas?

—A intentar vender el coche.

No era verdad. Iba al Suiça. Iba a buscar a Edward.

Cuando cruzaba el vestíbulo, el Senhor Costa me llamó con un gesto hacia la recepción. Tenía el teléfono en una mano, y tapaba el micrófono con la otra.

—Es para usted, señor. Madame Freleng.

—¿*Madame* Freleng?

Asintió con la cabeza. Cogí el teléfono.

—Pete, ¿eres tú? Soy Iris. Oye, ¿estás solo? ¿Está ahí Julia?

—No.

—Perfecto, porque tengo que hablar contigo en privado. Antes que nada, ¿cómo está ella?

—¿Cómo está ella? ¿Cómo debería estar?

—Por eso llamo. La forma en que os comportasteis anoche… fue muy… muy preocupante. Puede que no lo veas con claridad, lo cerca del límite que está Julia. Edward está tremendamente alterado con todo esto.

—¿Edward?

—Se ha pasado toda la noche en vela. Y por eso te llamo, para pedirte por favor que seas más amable con ella.

—Quiero hablar con Edward. Pásame a Edward.

—No puedo. Ha salido. Pero ha sido él quien me ha pedido que te llame. Estoy segura de que no me crees. Estoy segura de que piensas que es alguna argucia mía, algún plan… Pero no es así. De verdad, temo por la vida de Julia, Pete. Los dos tememos por la vida de Julia.

Georgina salió del comedor en ese momento. Llevaba ladeada la gorra marinera. Camino del ascensor se detuvo en seco y se puso a hurgar en el bolso. Quizá buscaba la llave.

—Si Edward tiene algo que decirme, que me lo diga él mismo —le dije a Iris, y colgué el teléfono, momento en el que el Senhor Costa, con ese ademán tradicional de los fisgones, se enfrascó en su libro de cuentas.

—¿Señor? —llamó cuando me dirigía hacia la puerta.

—¿Sí?

—Como quizá sepa, el *Manhattan* zarpará dentro de unos días.

—Sí.

—¿Debo suponer que usted y su esposa…?

—Sí.

—Entonces tal vez podríamos hablar de su cuenta; no en este mismo momento…

—Por supuesto. Si la tiene lista, la recogeré cuando vuelva.

—Gracias, señor.

Fuera lo que fuere lo que Georgina buscaba en su bolso, seguía sin encontrarlo. Pasé por su lado, entré en la puerta giratoria y salí a la mañana brillante. Unas cuantas palomas manchaban el cielo. Con excepción de ellas, el cielo era de un azul inmaculado. Y pensé: Tiene miedo de mí. Iris. Tiene más miedo de mí que yo de ella.

23

Cuando llegué al Suiça, Edward ya no estaba. Sin embargo, había dejado una nota para mí al jefe de camareros. En ella me proponía que, en lugar de encontrarnos en el British Bar, como de costumbre, lo hiciéramos en la entrada del castillo. Era el otro extremo de Lisboa (si tomábamos el British Bar como referencia), lo cual me hizo preguntarme si trataba deliberadamente de alejarnos del burdel de la señora Inés. ¿Y por qué me había dejado la nota en el Suiça, donde cabía la posibilidad de que no la recibiese, y no en el Francfort?

Pasé la mayor parte del día de un lado para otro. Cada media hora más o menos iba al Suiça por si se daba el caso improbable de que Edward hubiera decidido volver, algo que nunca hizo. Regresaba al Francfort para ver cómo estaba Julia, pero seguía dormida. Y salía de nuevo. Me vino a la cabeza que desde nuestra llegada a Lisboa apenas había estado solo unos minutos. Siempre había habido alguien —uno de los tres— haciéndome de guía. Ahora, sin ninguno de ellos, me vi reparando en cosas en las que no había reparado antes. Por ejemplo, en los coches. Además de la variedad habitual de Citroëns y Fiats, con sus motores trepidantes, de cortadora de césped, estaban los Studebakers, los Chevrolets, los Cadillacs. La mayoría de ellos eran nuevos o seminuevos. No había duda de que algunos se los habían comprado —por cuatro perras, como suele decirse— a refugiados como yo. Y, por supuesto, le había dicho a Julia que intentaría vender el coche aquella mañana, y por supuesto no era cierto… Caminaba con las manos en los bolsillos, y acariciaba las llaves. Las apretaba dentro del puño. Me dejaban marcas rojas en la palma y un olor acre y metálico en los dedos. Me habían hecho un agujero en el bolsillo por el que de vez en cuando se me escapaban algunas monedas. Y sin embargo no era capaz de imaginar que ya no las llevaba más de lo que era capaz de imaginar que no llevaba reloj o que no llevaba corbata.

Se me ocurrió una idea. ¿Y si no vendía el coche? ¿Y si, en lugar de venderlo, Edward y yo embarcábamos a nuestras mujeres en el *Manhattan*, las acomodábamos en sus camarotes y nos largábamos? Podríamos irnos en él a… cualquier parte. Incluso podríamos quedarnos en Portugal. Porque, de algún modo, Portugal con Edward

no suponía la horrible y deprimente perspectiva que supondría Portugal con Julia. Sino más bien una aventura. Si queríamos, además, podíamos ofrecer nuestros servicios al gobierno de nuestro país, y convertirnos en espías, que era lo que la gente pensaba que éramos, estaba seguro. Y aunque era cierto que Julia sufriría, al menos tendría a Iris para consolarla durante la travesía. Con un poco de suerte, hasta podría tener un romance en el barco, y llegar a Nueva York prometida a un diplomático o un periodista… Un hombre mejor que yo. Ahora que tengo más experiencia en ser infiel, puedo identificar ese espejismo en el que estaba cayendo aquella tarde: si el cónyuge al que estas engañando tiene una aventura, tu traición queda en cierto modo anulada. Y sí, esas cosas suceden, sobre todo entre los franceses. Sólo que nosotros no éramos franceses. Ni Julia era el tipo de esposa que va en busca de otro hombre, bien para ponerme celoso o bien para satisfacerse ella misma… Pero nada de esto me impidió pasar el resto de aquel largo día acariciando ese plan; lanzándolo al aire y haciéndolo rebotar sobre la punta de mi nariz; batiendo mis aletas mientras un auditorio invisible aplaudía y un invisible maestro circense me lanzaba un pez que me tragaba entero…

Entonces sucedió algo.

Eran como las dos de la tarde. Volvía al Francfort a cambiarme de ropa para la cita con Edward. Me acercaba al Elevador cuando dos niños me adelantaron a la carrera. Tendrían ocho o nueve años. Arrastraban sendas hileras de billetes de lotería como si fueran colas de cometa. Pero eso no fue lo que captó mi atención. Lo que captó mi atención fue que los chiquillos llevaban cada uno un solo zapato. Hasta donde alcanzaba a ver, los zapatos eran del mismo par. Un niño llevaba el izquierdo y el otro el derecho.

Corrían por la calle en dirección a la cola que se había formado delante del Elevador. Probablemente intentaban vender los billetes de lotería a los hombres y mujeres que esperaban, pero antes de que llegaran a la cola les cortaron el paso dos agentes de policía. En aquellos días los policías de Lisboa llevaban cascos como los de los *bobbies* londinenses, lo que les daba un aire engañosamente benigno. Se entabló una discusión. Al principio supuse que era por los billetes de lotería. Luego vi que los policías señalaban los pies de los niños. Gritaban. Muy cerca, el encargado del Elevador estaba de pie en su puesto, fumando, seguramente esperando a que llegara el minuto exacto para poder abrir las puertas. De pronto uno de los policías lanzó una carcajada y en ese mismo instante asestó una fuerte bofetada al niño que llevaba el zapato izquierdo. El niño gritó. El policía volvió a golpearle, esta vez con más fuerza. El niño cayó de rodillas. El otro niño echó a correr, pero el segundo policía lo agarró por el cuello. Lo alzó en el aire, como hacen las perras con sus

cachorros. El zapato cayó al suelo. Sus piernas eran como palos, y sus pies más pequeños que los de Julia. Al cabo de un momento, el encargado del Elevador miró su reloj, apagó el cigarrillo y abrió las puertas. Los buenos ciudadanos de la cola fueron entrando en silencio.

Cerca de mí había una mujer. Tendría mi edad, y un aire de seriedad en el semblante.

—Esto es terrible —dijo, con acento del Medio Oeste—. ¿Lo ve? Salazar ha declarado fuera de la ley no llevar zapatos… Es parte de su esfuerzo por que su país dé la talla para la Exposición. Pero estas gentes son pobres. Apenas pueden permitirse comprar zapatos para sus hijos, y mucho menos para ellos mismos. Así que un par sirve para dos. Y los pobres no conocen otra cosa. Han ido descalzos toda su vida.

—¿Qué les van a hacer? ¿Los van a encerrar?

—Quién sabe… En fin, lo importante no son esos chiquillos. Lo importante es la gente que estaba mirando. Se hace por su bien: es un pequeño recordatorio de lo que les aguarda si causan algún tipo de problema. Recuérdelo la próxima vez que algún imbécil se ponga a pontificar sobre lo maravilloso que Salazar es para Portugal. Bueno, adiós.

Se alejó a grandes pasos. El niño que había recibido las bofetadas no se había puesto en pie. El otro pendía como un cadáver de una horca. Entonces debí de cruzar la mirada de uno de los policías, porque me gritó algo y me hizo una seña para que cruzara la calle. Eché a andar de inmediato en dirección al Hotel Francfort. No miré atrás. Si me pone la mano en el hombro, decidí, haré como que no entiendo portugués. Pero no me puso la mano en el hombro. Entré deprisa en la puerta giratoria, derribando casi al botones.

—Disculpe —dije, apresurándome a subir las escaleras.

Pero al llegar a mi puerta caí en la cuenta de que no tenía la llave.

Llamé. No hubo respuesta.

—Julia, soy yo.

¿Habría salido? ¿Estaría en el cuarto de baño?

No me quedaba más remedio que volver al vestíbulo. Como de costumbre, Mesalina estaba en su puerta, fumando. Me dirigió una seña con la cabeza, y se la devolví. Consideré fugazmente la posibilidad de preguntarle si le importaría bajar a pedir la llave por mí, pero estaba en bata, y no sabía si hablaba inglés. Así que bajé yo. En el vestíbulo, todo estaba en orden. No me esperaba ningún policía. Ningún policía interrogaba al Senhor Costa. Pedí la llave, volví arriba y entré en la habitación.

Julia estaba en la cama. Aún dormía.

Miré mi reloj. Según mis cálculos, llevaba durmiendo unas cinco

horas.

—Julia —dije. No me respondió. La levanté por los hombros. Su cabeza cayó hacia un lado—. Julia, despierta.

Pero no despertó. Le cogí la muñeca. Tenía pulso. El frasco de pastillas estaba donde lo había dejado, en el borde del lavabo. Quedaban ocho pastillas. ¿Cuántas había por la mañana? Seguro que no eran tan pocas, porque me habría dado cuenta. Mi deber de marido era asegurarme de que nunca quedaran tan pocas, y por supuesto de que nunca se agotaran. Así, si hubieran quedado menos de una docena, habría tomado nota mental de que debía conseguir otro frasco antes de embarcar en el *Manhattan*.

Volví al dormitorio. Abrí las cortinas, la ventana, las contraventanas. La luz del sol iluminó la cara de Julia, realzando las tenues pecas que ella normalmente ocultaba con los polvos del maquillaje. No abrió los ojos.

—Julia —dije—. ¿Cuántas pastillas te has tomado?

Julia masculló algo ininteligible.

—Aguanta —dije—. Iré a buscar a un médico. Tú estate tranquila.

Salí corriendo al pasillo. Mesalina me miró con curiosidad desde su umbral.

—Médico —dije, bajando a toda prisa las escaleras—. Un médico —le dije al Senhor Costa.

—¿Señor?

—Mi mujer. No se despierta. Necesito un médico.

A mi espalda, una voz dijo:

—Soy médico. ¿Puedo ayudarle?

Me di la vuelta. Era la mujer con quien había presenciado el maltrato de los niños medio calzados. Estaba sentada en uno de los sillones, con una tetera y un plato con galletas delante de ella.

—Oh, hola —dijo—. Es usted. Soy la doctora Cornelia Gray. —Se puso de pie y se sacudió las migas de la falda—. ¿Qué sucede?

—Mi mujer… Creo que ha tomado demasiadas pastillas.

—¿Qué pastillas?

—Seconal.

—Barbitúricos. Será mejor que la vea. —Se encaminó hacia las escaleras—. Bien, vamos.

Miré al Senhor Costa. Se encogió de hombros. Con su falda recatada, sus zapatos bajos y su piel clara, a la doctora Gray podrían haberla sacado de un casting de Hollywood: la joven ingenua de una pequeña ciudad que se ofusca entre sofisticados neoyorquinos o europeos e inevitablemente pierde al competir con una actriz más famosa por un papel secundario. En la película en cuestión habría sido una enfermera. Aquí era médico. No había razón alguna para que

dudara de que lo fuera. Así que la seguí escaleras arriba; ella las subía de dos en dos.

—Disculpen —dijo al pasar rozando a una pareja en el descansillo —. Disculpe —le dijo a Mesalina, que se apartó de inmediato a su paso.

Abrí la puerta de la habitación.

—¿Julia?

La cama estaba vacía. El agua corría en el cuarto de baño.

—¡Julia!

—¿Qué pasa? —preguntó, saliendo del cuarto de baño.

Llevaba puesta la bata. La bañera se estaba llenando.

La doctora Gray miró a Julia. Julia miró a la doctora Gray. Ambas me miraron a mí.

—¿Pete?

—Lo siento. Pensé…

Me senté en la cama.

—Pete, ¿estás bien?

—Está bien —dijo la doctora Gray—. Ha tenido un pequeño shock. Pensaba que estaba usted muerta.

—¡Muerta! Estaba dormida.

—Sí, seguro que lo estaba —dijo la doctora Gray, poniéndole la mano en la frente a Julia—. No tiene fiebre. Míreme. No tiene las pupilas dilatadas.

Le cogió la muñeca. Mientras transcurrían los segundos, contuve la respiración. Julia me miraba por encima del hombro, aturdida.

—Sesenta y dos —dijo la doctora Gray—. Pulso normal, un poco bajo. No ha tomado ninguna sobredosis, ¿verdad?

—No —dijo Julia.

—Abra la boca. Diga *aaah*… Garganta normal. —Se quitó la chaqueta—. Bien, ya que estoy aquí, voy a examinarla. ¿Puedo lavarme las manos? Le veré abajo.

Tardé unos instantes en darme cuenta de que la última frase iba dirigida a mí.

—¿Abajo?

—Cuando yo termine.

—Oh, claro.

Salí de la habitación. En el vestíbulo, el Senhor Costa se acercó a mí.

—¿Todo bien, señor? —me preguntó.

En su voz había un tono suplicante, como si me instara a que le respondiera afirmativamente.

—Sí, todo bien. La doctora la está examinando ahora.

—¿Quiere decir que no…?

—No. Está despierta.

La cintura del Senhor Costa se dilató visiblemente. Volvió a recepción.

Como no tenía nada mejor que hacer, me senté en el sillón de enfrente del de la doctora Gray. El té se estaba enfriando. De forma instintiva, alargué la mano y cogí una galleta. Sólo cuando estaba con ella en la boca caí en la cuenta de que estaba cometiendo un fallo de etiqueta. Porque yo no había pagado por aquellas galletas. Eran las galletas de la doctora Gray. Había dado ya un mordisco a una, y pensé que no iba a remediar la situación por mucho que la devolviera. Así que me la comí. Me las comí todas. Me lamí las migas de los dedos. No probé el té.

Veinte minutos después, la doctora Gray bajaba el último tramo de las escaleras. Me puse de pie.

—Su mujer está bien —dijo, cogiéndome una mano entre las suyas —. Bien, perfectamente. Lo que quiero decir es que no ha tratado de quitarse la vida. Está deshidratada. Y posiblemente anémica. Si yo fuera usted, le proporcionaría algunos líquidos ahora mismo. Y le diría que no tome Seconal.

—Gracias —dije—. Lamentó la falsa alarma.

—Oh, no hay problema. Lo cierto es que, desde que estoy aquí, me moría de ganas de ejercer un poco de médico. Los cristales de esas gafas son terriblemente gruesos. ¿Miopía? ¿Astigmatismo?

—No, que yo sepa.

—¿Glaucoma? ¿Cataratas? Míreme la mano. Mueva los ojos, no la cabeza. ¿Cuántos dedos ve aquí?

—Dos.

—Muy bien. Aparte de estar ciego, parece gozar de buena salud. Siéntese, ¿quiere?

—Creo que debería de volver…

—Aún no. Está dándose un baño. Dele un poco de tiempo para recuperarse… Supongo que vuelven ustedes a casa.

Asentí con la cabeza.

—Embarcaremos en el *Manhattan*. ¿Y usted?

—¿Nosotros? Oh, nosotros venimos, no vamos. Mi marido y yo llegamos hace una semana. En el clíper. Somos del Comité del Servicio Universalista Unitario, y si nunca ha oído hablar de él, no se preocupe: se creó el mes pasado. Tratamos de organizar algo para los refugiados que están atrapados en Francia. De ayudarles a llegar a Lisboa, y de Lisboa a los Estados Unidos. Si podemos. Pero esto es un avispero burocrático. Peor aún que Praga, donde estuvimos la primavera pasada. Por suerte, Don, mi marido se ocupa de este

aspecto del asunto. En este mismo momento está reunido con el cónsul, tratando de arreglar de algún modo la cuestión de los visados. Y en el ínterin nos hemos visto implicados en un empeño absolutamente quijotesco pero verdaderamente meritorio: enviar un vagón de mercancías con leche en polvo a Marsella. Hay una terrible escasez de leche en Francia. No es como aquí, donde hay de todo. Hablando de ello, ¿le apetece una taza de té? Oh, éste se ha hecho demasiado. No importa. Pediré otra tetera.

Llamó al camarero, que se acercó al instante. Daba la impresión de que ni por un momento habría osado hacer esperar a la doctora Gray. Porque en ella había algo que exigía respeto, pese a ser todo lo opuesto a lo que uno podría considerar fascinante, con su pelo castaño y bien arreglado, sus sueños de manicura, su voz imperativa, aunque sin exigencias.

Trajeron el té en un abrir y cerrar de ojos.

—Qué horrible incidente el del Elevador… —dijo la doctora mientras servía el té—. Le hace a uno recordar que está en una dictadura. Por supuesto, no lo percibimos tanto…, como por ejemplo se percibe en Praga. Quiero decir que si a los quioscos llegan todos nuestros periódicos, ¿para qué comprobar si los periódicos locales están censurados? Que, por cierto, lo están. Me lleva los demonios esa actitud de no intervención con Salazar, cuando en realidad no es mejor que Mussolini. La diferencia es que a él sólo le interesa mantener su dominio, no apoderarse del mundo entero. Nosotros los extranjeros no somos para él más que una distracción, un circo que ha llegado a la ciudad. En cuanto nos vayamos, volverá a lo que tenía entre manos, que es apalear a la ciudadanía portuguesa hasta sojuzgarla por completo.

—Yo lo veo ahora. Antes no.

—¿Y cómo iba a verlo? Yo lo sé sólo porque… Bueno, porque estoy en el asunto, podríamos decir. Y no es que esto sea demasiado obvio, como en Praga. O en Berlín, Dios nos libre. Me refiero a que de lo peor que aquí nos podemos quejar es del aburrimiento, de tener que pasarnos los días en los cafés del Rossio. Pero no deberíamos olvidar que el Rossio fue en su día escenario de las más monstruosas ejecuciones públicas. Que millares de personas jaleaban. En tiempos de la Inquisición era como un entretenimiento. Y podría llegarse a ello de nuevo. ¿Ha visto a esos chicos desfilando con sus ridículos uniformes? Sabrá por qué Salazar ha elegido el verde, ¿no? Porque el negro y el marrón ya están cogidos.

—Parece que tienen intención de quedarse, entonces…

—No mucho tiempo, espero. En cuanto Don haya sorteado la burocracia, nuestro plan es ir en coche a Marsella, abrir allí la sede principal y seguir con una especie de operativo satélite en Lisboa. Por

supuesto, en este terreno siempre surgen obstáculos inesperados. Por ejemplo, ¿quién habría imaginado que iba a ser tan endiabladamente difícil conseguir un carné de conducir internacional?

—¿Tiene usted coche?

—Aún no. ¿Por qué? ¿Sabe de alguno?

—Pues sí. Un Buick. Casi nuevo.

—Entonces tendría que hablar con Don. Volverá esta noche. Oh, ni siquiera le he preguntado su nombre.

—Winters. Pete Winters.

—Encantada de conocerle, Pete Winters.

Nos dimos la mano. ¿Y ese apretón de manos no duró unos cuantos segundos más de lo que debería haber durado normalmente? No estaba seguro. Porque de pronto fue como si mi mano no fuera ya mía, como si la voz que hablaba por mi boca fuera la de un ventrílocuo. Estaba allí, en el vestíbulo del hotel, y al mismo tiempo estaba muy lejos, en una de las últimas filas de un cinematógrafo, viendo la película.

—Bueno, será mejor que me vaya —dije, sacando la cartera del bolsillo—. ¿Cuánto le debo?

—¿Por qué?

—Por la visita a domicilio.

—No me haga reír. Me ha dado algo que hacer. Desde que llegamos me aburro como una ostra. Odio la burocracia. Me muero de ganas de salir de esta ciudad dejada de la mano de Dios y ponerme de nuevo a hacer algo.

—En tal caso, no puedo sino darle las gracias. —Me levanté—. Oh…, y además me he comido sus galletas. Al menos déjeme que las pague.

—Puedo pedir más, si quiero. Bueno, adiós. Y si necesita cualquier cosa, no dude en llamarme.

—No lo dudaré.

—No tiene más que llamar a mi puerta. Habitación 111. Muy fácil de recordar.

—Sí.

—A cualquier hora del día o de la noche.

Nos estrechamos la mano por segunda vez. Subí a la habitación. Mientras estaba con la doctora Gray, Julia se había vestido.

—¿A qué ha venido todo eso? —me preguntó—. ¿Qué te ha hecho pensar que me había tomado un montón de pastillas?

—Sólo quedaban ocho en el frasco.

—Sí, y cuando te marchaste había nueve.

—Pero no podían quedar tan pocas. Me habría dado cuenta.

—Ya ves que no.

—Pero ¿por qué no te despertabas? Te sacudí y seguías sin despertarte.

Empezó a cepillarse el pelo.

—No *quería* despertarme. ¿Hay algo por lo que despertarse? Esta pequeña habitación deprimente. La mujer de ahí abajo.

—¿La doctora Gray?

—No, no la doctora Gray. Ya sabes a quién me refiero.

—La tía Rosalie.

—Así que admites que es ella.

—No. Me refiero a la mujer que crees que es la tía Rosalie. Cuyo nombre, por cierto, es Georgina. Georgina Kendall. ¿Qué hora es? Tengo que irme corriendo. Llego tarde.

—¿A qué? ¿Adónde vas?

—He quedado con Edward.

—Oh, Pete…, ¿tienes que salir también esta tarde? ¿No podrías no ir?

—No, con tan poco tiempo para avisarle.

—Pero me da miedo quedarme sola.

—No vas a estar sola. Iris vendrá en cualquier momento.

—¡Oh, Dios, Iris! No puedo enfrentarme a Iris hoy. Me siento tan incómoda con ella. Y no estoy bien, Pete. Lo ha dicho esa doctora. Dice que estoy deshidratada. Anémica. ¿Y no se suele decir que no hay que emprender una travesía por mar estando enfermo?

—Pero tú no estás enferma. Lo único que necesitas es beber más agua. Y de todas formas habrá un médico a bordo.

—Sí, como también lo había cuando el tío Edgar murió en el mar.

—No seas tonta.

Estaba quitando pelos del cepillo.

—A veces tengo la sensación de que ya no te conozco —dijo Julia—. El hombre con el que me casé… nunca me dejaría así. —De pronto volvió la cara hacia mí—. ¿Adónde vas realmente cuando dices que vas a ver a Edward?

—¿«Dices que vas a ver»? *Voy* a ver a Edward.

—¿Y es tan importante que vayas a verle? ¿Tan importante como para que abandones a tu mujer cuando te necesita? ¿O Edward es sólo una tapadera? ¿A quién vas a ver en realidad, Pete?

—Ya te lo he dicho. A Edward.

—Tienes una aventura, ¿no es cierto? Por eso no me tocabas nunca. Hasta ayer.

—Julia, esto es absurdo. Toda esta conversación. ¿Por qué piensas que tengo una aventura?

—Algo que ni siquiera has negado. Es esa doctora, ¿verdad? Lo he visto en sus ojos; en la forma en que me miraba…

Inspiré profundamente.

—Muy bien. Sólo lo diré una vez. No te he estado mintiendo. A la única persona que he visto todas estas tardes es a Edward. Lo vi ayer, y lo vi anteayer, y lo voy a ver hoy. ¿O a quién se supone que voy a ver hoy, si es que llego a tiempo…? No sé de dónde te vienen esas ideas locas. ¿De Iris?

—Qué poco me valoras, ¿eh? Crees que soy estúpida o ciega. Pero no lo soy. Tengo ojos.

—No sé qué más puedo decirte. No te crees que la mujer de ahí abajo es Georgina Kendall. No te crees que voy a ver a Edward. ¿Y dices que *yo* he cambiado?

Julia se sentó en el tocador y apoyó la cabeza sobre las manos.

—Mira, déjalo. Vete.

—No. Me quedo.

—Pero yo no quiero que te quedes. Necesito estar sola.

—No lo necesitabas hace cinco minutos.

—Eso fue hace cinco minutos.

Me quité la chaqueta.

—No me importa. Me quedo.

—¡Oh, por el amor de Dios, Pete, vete! Escucha, te prometo que seré una buena chica, ¿de acuerdo? Haré un bonito solitario, y luego iré a ver sitios con Iris, y esta noche nos reuniremos los cuatro en el Suiça. Y haremos como en los viejos tiempos. Nos recorreremos todos los bares de Lisboa.

—Pero esto no tiene nada que ver con los viejos tiempos…

—Chsss. No digas ni una palabra más. Tienes esa vía de escape, ¿no lo ves? Así que vayas a donde vayas, y te veas con quien te veas…, vete. Ponte la chaqueta y vete.

Durante unos segundos no me moví. ¡Y cómo me gustaría tener una fotografía de Julia en ese momento! El fulgor de sus ojos eran de una intensidad que no le había visto desde Nueva York, cuando le prometí rescatarla de su familia y llevarla a Francia. Y ahora, lo que le había dado se lo estaba quitando; y lo que le había dado era ni más ni menos que la libertad. Pero en la derrota —ésta fue la sorpresa— Julia era mucho más espléndida de lo que lo había sido en la victoria, aquella victoria que le había asegurado yo quince años atrás cuando zarpamos del puerto de Nueva York para, muy probablemente, nunca más volver.

Me puse la chaqueta. Me fui. Cerré la puerta a mi espalda. Mesalina, desde su puesto, me sonrió con lo que sólo podría calificar de compasión. Nunca llegué a saber quién era aquella mujer a quien

llamábamos Mesalina. Nunca llegué a saber de dónde procedía, ni qué estaba esperando. Y sin embargo en aquel instante me pareció que ella me conocía mejor que nadie en el mundo, y que con su sonrisa me estaba concediendo una especie de autorización…

Abajo, en el vestíbulo, la doctora Gray ya no estaba en su sillón. Había un libro abierto sobre la mesa que había ocupado. Aunque las letras del título eran demasiado pequeñas para poder distinguirlas desde cierta distancia, no había equivocación posible con el nombre del autor: Xavier Legrand.

24

Edward me estaba esperando en la puerta del castillo, con Daisy a sus pies.

—Gracias por haber aceptado verme aquí —dijo, cogiéndome la mano—. Tenía muchas ganas de ver estos pavos reales. Y ya sólo me quedan unos días.

—No sólo para ver a los pavos reales —dije.

Abrió la boca; pareció, durante un momento, hacer un cálculo mental; y no dijo nada. Entramos en los terrenos del castillo. Me cuentan que han sido restaurados. Entonces, en 1940, de los adoquines brotaban tres raíces. Las murallas se desmoronaban. Rosales zanquilargos florecían en medio de devastados cipreses y jacarandás. Por las sendas polvorientas y a través de los patios se movían sin prisa los pavos reales, una docena, como mínimo. Si se exceptuaban las ocasionales franjas azules o verdes del pecho, todos eran brillantemente —casi ostentosamente— blancos. Llevaban pequeños morriones blancos y plumosos y arrastraban estelas de plumas blancas que parecían colas de vestidos de novia. Aparte de estas aves, lo único que cabía admirar en el castillo eran las vistas, que me habrían impresionado más si no conociera ya las que se disfrutaban desde lo alto del Elevador. El propio castillo poseía una calidad mohosa, como si los siglos de lluvia lo hubieran dejado limpio de toda residual presencia humana.

Los pavos reales cautivaron a Daisy. Inmóvil, con el rabo tieso y las orejas erectas, los contemplaba.

—Tranquila, chica —dijo Edward, arrodillándose y acariciándole el cuello—. Es extraño este repentino interés que siente por las aves. Los terrier no suelen ser muy aficionados a las aves.

—Imagino que no es la única que ha cambiado de dirección desde su llegada a Lisboa —dije.

Esta vez tuve respuesta de él: una carcajada, aunque sin demasiado entusiasmo. Nos sentamos en un banco huérfano. «Tienes el diablo en el cuerpo», solía decirme mi madre cuando, de niño, tenía un estado de ánimo parecido al que tenía ahora y nada me satisfacía sino «pincharla» hasta que me daba una bofetada. Ni estaba muy seguro

tampoco de por qué tenía el diablo del cuerpo, pues por fin había llegado el momento que había estado esperando desde la mañana: el momento en que iba a estar a solas con Edward. Y sin embargo lo tenía. Me habría gustado que no fuera así, pero así era. Estaba furioso por el hecho de que hubiera insistido tanto en que quedáramos en el castillo, tan lejos de la Rua do Alecrim, y de que me hubiera dejado una nota en el Suiça en lugar de en el Francfort, y de que Julia me hubiera retrasado por no haberse tragado demasiados Seconales… Uno de los pavos reales se dirigió hacia nosotros. Con la cabeza ladeada, desplegó a medias su abanico de plumas, para plegarlo después. La correa de Daisy se tensó. La perrita era todo tensión, atención…, mientras que la actitud de Edward era lacónica; tenía las piernas estiradas ante él, y el brazo izquierdo justo detrás de mi cuello, pero sin tocarlo.

—Estás terriblemente callado hoy. ¿Qué tienes en la cabeza?

Apreté los puños. Traté de zafarme del diablo.

—¿Que qué tengo en la cabeza? —dije—. Bien, veamos. Todavía no he vendido el coche. Los nazis están en París. Estoy engañando a mi mujer. ¿Qué más? ¡Oh, por supuesto! Me acaban de decir (no tú) que, cuando volváis, Iris y tú os vais de gira de conferencias por todo el país.

Edward cerró los ojos y levantó la cara hacia el sol.

—Cuarenta ciudades, ¿no es eso? —dije.

—Eso me han dicho.

—¿Eso te han dicho?

—Es una decisión de alto nivel.

—¿Y siempre acatas las decisiones de alto nivel?

—Me parece lo más sencillo.

—Así que si Iris te dijera que no volvieras a hablarme en la vida, ¿no volverías a dirigirme la palabra?

—Pero no lo ha hecho. No lo haría.

De nuevo se acercó el pavo real. De nuevo hizo su pequeño número de striptease, la tentadora exhibición que duraba lo que un suspiro.

—¿Qué le dices cuando te pregunta por mí?

—Nada. Nunca me pregunta por ti.

—¿Ni siquiera al principio? ¿Ni siquiera cuando estabais negociando los términos de…, cómo lo llamaríamos…, del acuerdo? ¿Que dispondríamos sólo de las tardes?

—Todo fue idea suya.

—Pero en algún momento debió de insistir para que dejases de verme. Tuvo que hacerlo.

—No. Nunca.

—¿Y si lo hiciera?

—Te lo he dicho. Nunca lo haría.

—¿Y si yo lo hiciera?

—¿Qué?

—¿Pedirte que la dejaras?

—Por favor, no me preguntes eso, Pete.

—¿Por qué? ¿Porque por una vez tendrías que contestar? Tendrías que decir no… o sí.

Entonces el pavo real floreció todo entero. No sabría describirlo de otro modo. El efecto fue asombroso: como si, de entre sus plumas, brotara un millar de diminutas aves blancas, un millar de diminutas aves blancas que alzaban el vuelo hacia el cielo. Las palomas rezongaron, como acusando un dolor. Se levantó una brisa, contra la que la cola desplegada era como una vela. Sólo las pavas seguían serenas, como tan a menudo se muestran las mujeres ante el espectáculo de la vanidad masculina.

Finalizó el espectáculo. Daisy dejó escapar una serie de ladridos que eran como un claxon. Las plumas se plegaron, como unas cartas magistralmente cerradas en abanico.

Me volví hacia Edward. Tenía lágrimas en los ojos.

—Lo siento —dijo—. Me gustaría decirte lo que quieres oír. Pero no puedo. No soy valiente, Pete. La vida heroica, la vida de aventura… No estoy hecho para ella.

—¿Y crees que yo sí?

—Sí. Y lo estás descubriendo ahora.

—No te creo.

—Debes creerme. Yo sólo sigo vivo por Iris.

—Entonces sigue vivo por mí.

—No. Hay cosas más valiosas para ti.

—¿Eso no tendría que decidirlo yo?

—Todos estos años ha sido Iris la que me ha ido sacando a rastras del infierno, una y otra vez. Y nunca se da por vencida. Y ahora tampoco tú te das por vencido. Me gustaría que, por una vez, alguno de los dos me mirara a los ojos y me dejara ir. Yo nunca he pedido nada de esto.

—Sí lo pediste. Lo hiciste. Viniste a mi habitación, me llevaste a Guincho…

—Y lo que yo empecé, tú lo continuaste.

—Los dos lo continuamos.

Se secó los ojos.

—Tienes razón. Tienes razón. Te he fallado, Pete. Pero ¿sabes? Jamás pensé que llegaríamos tan lejos. O que llegarías a pensar que…

Me refiero a que supuse que Julia iba a hacer de parapeto. Que, mientras estuviera Julia, habría una línea que nosotros no cruzaríamos. Así que cuando Iris dijo que Julia no debía enterarse, que no podría sobrevivir si se enteraba, yo le seguí la corriente, sí, para apaciguarla… Pero también porque me convenía. ¿Lo entiendes ahora? Soy un cobarde. Otra de las razones por las que deberías querer librarte de mí.

—¿No es una manera retorcida de decir que eres tú quien quiere librarse de mí?

—No. Me gustaría que fuera así de sencillo. Pero no lo es.

Yo estaba en silencio. Los pavos reales se dispersaron. En alguna parte tendría que haber crías. Nidos. Polluelos. ¿Cómo se llamaban? Pavitos.

—¿Qué va a pasar ahora? —pregunté.

—No tengo ni idea. Embarcamos. Cruzamos el Atlántico. Suponiendo que no nos hunda un submarino, llegamos a Nueva York…

—Y Julia y yo nos vamos a Detroit, e Iris y tú os vais a vuestra gira de conferencias, y quizá al cabo de unos años, si coincidimos en la misma ciudad, cenaremos juntos, ¿no? No. No es posible…

—¿Y esto lo es? ¿Lisboa? ¿Esta guerra? Pregunta a la gente que está por aquí si algo de esto es posible, y te dirán que no. Nada de esto lo es. Y sin embargo es real.

—Me niego a aceptarlo. Nosotros tenemos más opciones que ellos. Por ejemplo, podemos quedarnos. Otra gente lo hace. Y hay alguna gente que incluso *viene*. Hablo de esos vuelos del clíper que llegan cada semana: no vienen vacíos.

—Déjalo, Pete. No es real.

—Puede que no. Pero es posible.

—Para mí no. Y, por supuesto, tampoco para Julia.

—No soy su primer marido, ya lo sabes. No hay razón para pensar que tenga que ser el último.

—Sí, sí la hay. Lo siento, pero la hay. Si no crees a Iris, créeme a mí. Somos muy parecidos, Julia y yo. Somos como dos gotas de agua.

Me eché a reír.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Que hayas escogido esa frase. De entre todas las frases del mundo.

A lo largo de toda esta charla, Daisy había estado observando a los pavos reales. Y ahora se lanzó hacia ellos.

—¡No, Daisy! —le ordenó Edward, y se puso de pie de un brinco para retenerla.

Cuando volvió a sentarse, lo hizo un poco más alejado de mí en el

banco. Y esta vez tampoco me puso el brazo detrás de la nuca.

Hundí la cara en las manos. Sentía los latidos de mi corazón. En París, Julia y yo a veces íbamos a un cine por cuyo subsuelo pasaba el metro. A veces el metro retumbaba de tal modo que nos sacaba de la película —durante una escena de amor o una canción—, pero otras veces lo hacía en el momento justo en que, en la pantalla, un tren se internaba en un túnel, o un avión caía al mar, o unas pistolas disparaban al aire… Y ahora mis latidos eran ese fragor, y en la pantalla, dos hombres y un perro estaban sentados en un banco, ante un castillo en ruinas, y los pavos se pavoneaban al sol. Nada de ello tenía que ver conmigo. Yo no era ninguno de esos dos hombres, ni era el perro ni ninguno de los pavos reales. Yo era sólo el fragor, lo que podría haber sido el tráfico de los bulevares o el rugido de la guerra a centenares de kilómetros de distancia, pero que en realidad no era sino el palpitar de mi corazón. No estaba llorando. Me habría gustado poder llorar. Cerré los ojos con fuerza, y traté de forzarme a llorar. Pero no pude; como no había podido Julia aquella misma tarde, horas antes, después de haberme decepcionado por no haberse quitado la vida.

Entonces sentí algo húmedo en la mejilla. Abrí los ojos. Daisy se me había subido encima de los muslos. Y me estaba chupando la cara.

—Oh, Daisy —dije, acariciándole el cuello—. Al final va a ser a ti a la que más voy a echar de menos.

—Va a ser a ella a la que más vamos a echar de menos todos —dijo Edward.

EN TODAS PARTES

25

En la primavera de 1941, se publicaron dos libros cuya acción se desarrollaba en Lisboa: *El inspector Voss en el Hotel Francfort*, de Xavier Legrand, y *Vuelo desde Francia*, de Georgina Kendall. Aparezco en ambos, aunque es muy poco probable que alguien pueda reconocerme. En el primero soy «el señor Hand», un vendedor norteamericano que vuelve a casa después de vivir varios años en Francia. En el segundo soy «Bill», el marido de «Alice», la sobrina de la autora, a quien ésta no ha visto desde hace muchos años.

El inspector Voss en el Hotel Francfort comienza con el siguiente párrafo, bastante inteligente, a mi juicio:

«Una tarde de junio de 1940, en el British Bar de Lisboa, dos hombres, uno norteamericano y el otro inglés, jugaban a las cartas. Sus nombres eran Hand y Foote. Casualmente los dos eran vendedores: el primero de cuberterías, y el segundo de aspiradoras.»

Dos páginas más adelante, Hand gana la mano que está jugando. Foote le acusa de hacer trampas. Tiene lugar un altercado, al final del cual se les pide que abandonen el bar. A la mañana siguiente, encuentran a Hand colgado del techo de su habitación del Hotel Francfort, mientras que Foote ha desaparecido de Lisboa, hecho que, combinado con la coincidencia de sus nombres, lleva a Fred Gentry, del consulado estadounidense y narrador de la novela, a sospechar que ambos son espías. Con la esperanza de descubrir una red de espionaje y por ende de progresar en su carrera, Gentry le pide al famoso inspector Voss, de la Sûreté francesa —a la sazón en Lisboa, ya que es un hombre parecido en la lista de sentenciados de la Gestapo—, que le ayude en la investigación. Voss se muestra reacio a hacerlo, pero accede cuando Gentry le da a entender que la suerte de su visado estadounidense depende de esa cooperación. Los dos proceden entonces a ahondar en las vidas de Hand y Foote, y cuanto más ahondan, más perplejos se sienten ante sus hallazgos. Entre otras cosas, descubren un diario que parece escrito en clave; un ejemplar muy manoseado de *Clarissa* («el último libro que uno imaginaría encontrar entre las lecturas de un vendedor de cuberterías»); una carta de una tal Fräulein Lipschitz ofreciéndole dinero a Hand para que se

case con ella y la lleve con él a Nueva York; y unas cartas de hacer solitarios, de las que la Reina de Diamantes tiene una esquina doblada hacia atrás. Pero ninguna de las piezas encaja. La solución de un misterio no hace más que plantear otro. Y la mayoría de ellos resultan insolubles. «Cuando todo puede significar algo distinto», comenta Gentry hacia el final, «¿cómo puede uno saber si algo significa algo?»

Doy por sentado que el responsable de esa frase era Edward. Doy asimismo por sentado que era el responsable de la resolución del crimen, que, en las últimas páginas, el inspector Voss revela con una sangre fría asombrosa. Hand y Foote no son espías. Son exactamente lo que parecen ser: vendedores. No sólo eso, sino que el asesinato es exactamente lo que parece ser. Furioso porque Hand le ha engañado a las cartas, Foote lo estrangula, y luego trata de que el asesinato parezca un suicidio. Al final es el propio Gentry quien resulta ser un necio: «Todo lo que pensaba que había descubierto —el libro en clave, el libro de códigos, la misiva, la carta con una esquina doblada— no era sino polvo en un camino seco, polvo agitado por mis impacientes pies.» Sin embargo, cumple con su palabra y consigue un visado para el inspector Voss, que, al final de la novela, está de pie en la cubierta del *Excambion* contemplando cómo se aleja la costa portuguesa y preguntándose qué le deparará el futuro, a él y a Europa…

Más que ofrecer un resumen de «las memorias» de Georgina, que no se pueden resumir, creo que me limitaré a copiar el capítulo que viene al caso:

«Desde que dejé París, me había acostumbrado a toparme con la gente más inesperada en los sitios más improbables. Había visto a la Gran Duquesa de Luxemburgo comiendo un sándwich mientras se sentaba con las piernas cruzadas en un apartadero del tren de Vilar Formoso, y había visto a Elsa Schiaparelli lavándose el pelo en los lavabos del Sud Express. Había visto a Julien Green rezando en la vieja catedral de Lisboa, y había visto a Madeleine Carroll repostando en una gasolinera de España. Viejos y nuevos amigos surgían una y otra vez aquí y allá, ora en el consulado portugués de Bayona, ora en la Aduana de Fuentes d'Oñoro, ora en la mesa de dados de Estoril. Pero, de todos ellos, a la que más me sorprendió ver fue a una sobrina de Nueva York con la que no había hablado en muchos años. Para preservar la poca reputación que pueda quedarle, la llamaré Alice.

»Era la hija menor de la hermana de mi primer marido, una chica de gran belleza pero educada a la más antigua de las usanzas domésticas imaginable. Mucho antes de su nacimiento, sus padres habían planeado su futuro: debía casarse con un buen partido y darle hijos. Pero, desde su más tierna niñez, Alice dio muestras de albergar otras intenciones. Era evidente en todo lo que hacía: en el modo en que se arrancaba los lazos del pelo y se negaba a tomar la sopa; en su

preferencia por los juegos bruscos de sus hermanos en lugar de jugar a las muñecas con sus hermanas; en su porte orgulloso y en su propensión a contestar con insolencia. Más inquietante aún que estos rasgos de su carácter, para su madre, era el afecto que la niña mostraba por *mí*, la joven dama de dudosa procedencia con quien su hermano, en su opinión, ¡había tenido el poco juicio de contraer matrimonio! Yo tampoco me sentía indiferente ante esta sobrina que veneraba cada una de mis palabras. Por el contrario, veía en Alice muchos aspectos de mí misma a su edad, y decidí proporcionarle lo que nadie me había proporcionado en mi vida: ¡el aliento de un adulto que de verdad la entendía!

En otro lugar he contado cómo vine a Europa, aquel viaje fatal a través del Atlántico para lo que pensé iba a ser una estancia de seis meses, y resultó que fueron treinta años. Hasta ahora no he hablado del efecto que la noticia de mi partida inminente tuvo en la pequeña Alice. Decir que la abocó a un estado de angustia sería casi un eufemismo. Profundamente consternada, vino y me suplicó que la llevara con ella. Tan pacientemente como pude, le expliqué por qué no podía ser, por mucho que yo también lo deseara. Pero no se apaciguó hasta que me arrancó la promesa de que enviaría por ella para que me visitara en sus próximas vacaciones escolares. Juntas, le aseguré, visitaríamos las principales capitales y lugares de interés de Europa. Pero, ay, qué poco imaginábamos lo que nos depararía el destino… Primero la muerte prematura de mi marido, y luego la guerra…

»Apenas puedo imaginar el dolor que a mi pobre sobrina le causó saber, meses después, que nuestra separación habría de prolongarse, quizá indefinidamente. Las muchas lágrimas de aflicción que debió de derramar; las de su madre, sin embargo, fueron sin duda de alegría. Porque no cabe duda de que mi cuñada, al enterarse de que —al menos durante unos años— su hija iba a librarse de mi nociva influencia, difícilmente pudo contener su júbilo. ¡Ahora, debió de pensar, ha llegado *mi* turno! ¡Por fin podría encarrilar a su hija por la senda de la cual yo la había apartado! Con lo que no contó, por supuesto, fue con lo que ninguna madre, incluida la mía, cuenta nunca, a saber: la firme determinación de una mujer de buscar su propio camino.

»Alice y yo seguimos en contacto durante todos aquellos años de la guerra. En mis cartas le hablaba de mi ajetreada vida en Cannes y de la labor de ayuda humanitaria que estaba llevando a cabo. Ella, en las suyas, me hablaba de sus esperanzas infantiles, del noble francés que en sus sueños llegaba a ella a lomos de su caballo blanco y la enamoraba al instante y se la llevaba a vivir con él felizmente en su castillo de cuento de hadas de *Francia*. Y yo fomentaba en ella —de

forma insensata, según comprendería después— esas fantasías inocentes. Porque a menudo es de esos caprichos de chiquilla de donde emergen y luego se materializan las ambiciones de las mujeres intrépidas: periodistas y escritoras y artistas. Por fortuna seguía teniendo cuentas en todas las tiendas de Nueva York, y podía por tanto, incluso desde el extranjero, obsequiar a Alice con *petits cadeaux*: sombreros y guantes y todas las novelas de la serie Claudine de Colette, y una preciosa baraja de solitarios en un estuche de piel de caimán…

»Al final terminó la guerra. A la primera oportunidad que tuve, viajé a Nueva York, donde, para mi consternación, Alice se había convertido en una joven dama de gran encanto pero poco juicio. Porque al parecer, ante los apremios de su madre, había actuado neciamente y se había casado con el “buen partido” elegido para ella. Bien, quiero dejar bien claro que no había absolutamente nada malo en aquel joven, ¡si exceptuamos que era mortalmente anodino! En todo caso, el pobre hombre parecía bastante traumatizado por tener que vérselas con una novia con tanto temperamento, cuando lo que esperaba era una joven como sus hermanas, todas ellas deprimentemente domésticas. Dicho lo cual, admitiré que era un hombre galante y deseoso de hacer todo lo posible para conquistar el amor de su esposa. Hasta yo le aconsejé que sacara el mayor provecho posible de su situación. Como le recordé, mi primer marido, su tío, había empezado la vida siendo un joven bastante anodino, ¡y había que ver lo que yo había conseguido hacer de él! Bajo la tutela de una mujer inteligente, hasta el menos prometedor de los varones puede hacer una gran carrera. Todo lo que se necesitaba era paciencia y desarrollo personal. Pero, ay, la paciencia no era una de las virtudes de mi sobrina.

»A partir de ahí, lamento tener que reconocerlo, las cosas sólo fueron a peor. A través de amigos de confianza supe que, lejos de seguir mi consejo, Alice había hecho caso omiso de él. Dejando a su marido a un lado, se había liado con un francés de noble cuna pero innoble carácter, cuya reputación de vicio y holganza aún habría de seguirle hasta al otro lado del Atlántico. Tan pronto como me llegaron tan lúgubres noticias, cité a Alice en mi suite y le dije en términos harto claros que estaba cometiendo un grave error, y que debía acabar con su aventura de inmediato porque de otro modo se vería envuelta en un escándalo mayúsculo. Pero no quiso escucharme. Porque estaba enamorada, según dijo, y pensaba dejar en breve a su anodino marido, casarse con el haragán e irse con él a París a dar comienzo a la *grand vie* para la que siempre, desde niña, se había creído destinada…

»¡Oh, las ilusiones! Me gustaría haber podido hacer algo por Alice… Pero era demasiado tarde. La testarudez, cuando no la

atempera la inteligencia, es una fuerza que ni la más capaz de las mujeres es capaz de dominar. En cuanto salió de mi suite Alice se dirigió rápidamente a las habitaciones de su amante, donde se arrojó a sus pies y le declaró su amor imperecedero. Ahora bien, si eres un noble francés con muy mala reputación en tu país, una cosa es pasarlo bien con una chica guapa norteamericana y otra muy distinta que se te lance encima una arpía decidida a atraparte en el matrimonio. Así que este *jeune homme* hizo lo que todo *jeune homme* habría hecho en tales circunstancias: alegar una falsa urgencia familiar y apresurarse a embarcar en el primer transatlántico que zarpara del puerto de Nueva York. Sólo una vez a salvo en Francia escribió a la pobre Alice para informarla de que, dado que estaba prometido a una adinerada joven de la clase comerciante cuya familia quería comprar su ascenso a la aristocracia, no podía casarse con ella, ni entonces ni nunca. Para empeorar las cosas, Alice había descubierto hacía poco que llevaba un hijo en las entrañas. Su anodino marido no era tan obtuso como para no percatarse de que el hijo en cuestión no podía ser suyo. Airado, pidió el divorcio.

»Así pues, las olas del escándalo rompieron sobre mi sobrina… ¡Y cómo lo sentí por mi pobre cuñada en ese momento! Pero cuando la visité para ofrecerle mi solidaridad y asegurarle mi voluntad decidida de ayudarla en lo que pudiera, lejos de aceptar lo que le ofrecía, me apuntó con el dedo de la culpa. ¡*A mí*! ¡Sí, yo era la responsable de los temerarios actos de Alice! ¡Era yo quien le había “metido ideas en la cabeza”! Tal acusación injusta, viniendo de una criatura tan estúpida, ni me sorprendió ni me conmocionó, porque para entonces yo ya estaba habituada a ese tipo de denigraciones: era el precio que debía pagar de forma inevitable toda mujer de espíritu verdaderamente independiente. No, lo que de verdad me decepcionó fue descubrir que la propia Alice seguía los pasos de su madre, ya que se había unido a la legión de calumniadores al acusarme de haberla dejado en la estacada. Puedo tolerar el insulto con serenidad. Pero la deslealtad me hiere en lo más profundo.

»Días después, más sabia y más triste, volví a Francia. De la suerte que correría luego Alice me enteraría por unos amigos dignos de crédito de Nueva York. En cuanto su estado de gravidez se hizo patente se la envió precipitadamente al campo, a una de esas instituciones donde, por un ojo de la cara, a las adorables niñas como Alice se les liberaba de su indeseada carga con la máxima discreción. Entretanto, en Nueva York, una de sus hermanas empezó a ir de un lado a otro con una almohada embutida bajo la falda. Cuando el bebé, un varón, vino a este mundo, le fue relativamente fácil hacer pasar por hijo a quien en realidad era su sobrino, máxime cuando Alice no tenía intención alguna de reclamarlo, ni de siquiera conocerlo, y

mucho menos de hacer público su origen. Desde su divorcio, Alice vivió sin rumbo fijo varios años, hasta que por fin conoció a un cándido y bienintencionado joven, un empleado, que se enamoró de ella y la llevó a París, donde hasta la Segunda Guerra Mundial Alice llevó un simulacro de la vida con la que había soñado desde la niñez.

»Durante los años que siguieron, apenas me separaron de mi sobrina un puñado de kilómetros. Aun así, ni una sola vez la vi o hablé con ella, aunque en numerosas ocasiones ella trató de reavivar nuestra antigua intimidad enviándome cartas que yo no respondía, o, cuando sabía que estaba en París, dejándome mensajes en el hotel, que tampoco respondía. Ello no era tanto crueldad por mi parte cuanto prevención y cautela. Por mucho que deseara lo mejor para Alice, no podía soportarla… Mi equivocación, ahora lo veo, fue pensar que tenía luces para llevar la vida que yo deseaba para ella: la vida apasionante de una aviadora, una valiente abogada, una animadora cultural…, cuando en realidad no era sino la mediocridad en persona, como su madre. Mi anhelo de dar aliento a una versión joven de mí misma me había hecho concederle a Alice más crédito del que merecía.

»Y entonces, en Lisboa, me topé con ella. Fue al final de mi estancia en Portugal. Hartas ya de Estoril, Lucy y yo nos largamos a la capital y nos hospedamos en el Hotel Berlino. Una tarde, cruzaba yo el vestíbulo cuando vi a dos damas en el otoño temprano de su vida sentadas cerca del bar. A una la reconocí inmediatamente: era Fleur, una escritorzuela de novelas policíacas de tres al cuarto con quien había hecho amistad, con ella y con su marido y su *petit chien*, en el Sud Express. La cara de la otra estaba en la penumbra. Mientras Fleur hablaba, ella hacía un solitario. Azuzada por esa curiosidad que es a un tiempo prerrogativa y perdición de los escritores, me acerqué unos pasos… y vi que el estuche de las cartas con las que la desconocida estaba haciendo el solitario era de piel de caimán. ¿Era posible? ¡Sí! ¡La mujer que iba poniendo las cartas sobre la mesa no era otra que Alice!

»Me acerqué aún más. Aunque el tiempo la había despojado de gran parte de su frescura, y del encanto que sólo la esperanza en el futuro es capaz de mantener vivo, no había duda de que aquella cara era la que yo había amado con ternura maternal un día. Y al caer en la cuenta de que a lo largo de todos aquellos años la impaciente Alice había estado haciendo aquellos solitarios, con el regalo que yo le había enviado de forma tan casual, el corazón me dio un vuelco. Siguiendo un impulso, pronuncié su nombre. Ella se dio la vuelta. Dirigí mis brazos abiertos hacia ella, ante lo cual ella dejó escapar un pequeño grito, se puso de pie de un brinco (volcando la mesa al hacerlo) y corrió escaleras arriba. “¡Alice!”, volví a exclamar. Fleur, al

oírme, también se puso en pie bruscamente. Las pequeñas cartas del solitario estaban sobre la alfombra, junto a vasos y colillas, desperdigadas. No cruzamos palabra alguna. Lo que hicimos fue arrodillarnos instintivamente, las dos a un tiempo, y empezar a recogerlas. Hoy, por supuesto, me pregunto por qué nos ocupamos en tarea tan trivial en lugar de haber salido detrás de Alice. ¿Porque ambas comprendimos que las cartas podían recuperarse, pero jamás el buen juicio de nuestra sobrina y amiga, respectivamente?

»Poco después apareció en escena el marido de Alice, Bill. Lo había conocido ya, por casualidad; estaba con el marido de Fleur en el casino de Estoril. Le explicamos rápidamente lo que había pasado, y él se quedó muy confuso: ¿cómo iba a ser yo la tía de su mujer, preguntó, si me llamaba Georgina Kendall?

»No queriendo contarle en ese mismo momento la historia de cómo había llegado a adoptar ese *nom de plume*, le informé de que su mujer había subido a la habitación poco menos que a la carrera, y le tendí el estuche de piel de caimán, en el que había metido las cartas de cualquier manera. Lo cogió, me dio las gracias y se fue apresuradamente.

»Fleur y yo charlamos un momento. Aunque me urgió para que le diera detalles de mi relación con Alice, me negué a contarle nada aparte de un puñado de cosas de lo más superficiales. (¡Lo primero que un escribidor aprende es a no confiar en absoluto en un miembro de su propia tribu!) Acto seguido se despidió de mí, con aire contrariado y confuso. En ese momento bajó Lucy.

»“¿Qué pasa?”, me preguntó al verme alicaída.

»Sacudí la cabeza.

»“Una cara del pasado”, dije. “Nada más que otra cara del pasado.”

»La noche siguiente, cuando volví al hotel después de la cena, me enteré de que una dama aún joven, también huésped del hotel, se había tirado desde lo alto del Elevador de Santa Justa. No me hizo falta preguntar su nombre. Ya lo sabía.».

26

No soy, supongo, un narrador de historias muy bueno. Al menos ése habría sido el pronóstico de Georgina Kendall. Hace unos años, hojeando las viejas revistas que inevitablemente se apilan en las salas de espera de los médicos, mi mujer dio con un número de *Good Housekeeping* en el que aparecía un artículo de Georgina Kendall titulado «Diez normas que debería seguir el aprendiz de escritor». Dada su naturaleza complaciente, y sabiendo que, desde mi jubilación de Ford, acariciaba la idea de escribir un libro, mi mujer lo recortó y me lo dio. No me dijo si había reconocido el nombre de la autora, o si se percató del papel que ésta había desempeñado en mi vida; aunque, por supuesto, no decirlo habría sido muy propio de ella.

No leí el artículo. En lugar de hacerlo, lo guardé en el cajón donde guardaba todas las demás cosas de mi pasado europeo: el puñado de fotografías que tenía de Julia y el puñado de cartas que Edward me había escrito a lo largo de los años; mis ejemplares de *Vuelo desde Francia* y de las novelas de Xavier Legrand; el número de *Vogue* en el que salía nuestro apartamento; y unos cuantos objetos misceláneos, botones y lápices y llaves y alfileres de corbata, cuya importancia ya no podía recordar, y que por su mismo carácter esquivo eran, en cierto modo, más conmovedores. El libro que le había dicho a mi mujer que tenía ganas de escribir iba a ser una crónica de aquellas semanas que pasé en Lisboa en el verano de 1940. Llevaba casi un año preparándome para escribirlo. Tenía blocs de notas en blanco listos, lápices afilados, una máquina de escribir portátil nueva. Sin embargo, hasta aquella noche, no había escrito mucho más que unas cuantas palabras. Ahora veo que fue el artículo de Georgina —no tanto su contenido como su presencia absolutamente talismánica— lo que me proporcionó el impulso para empezar. Porque, a partir de la noche en que mi mujer me lo entregó a modo de obsequio, escribí sin descanso durante seis meses, hasta llegar al capítulo que narraba la visita que Edward y yo habíamos hecho al castillo. Y entonces no pude continuar; no sé por qué. Guardé el texto mecanografiado en el cajón, con las viejas cartas y fotografías y libros y botones y demás…, y lo dejé allí seis meses. Y el otro día, obedeciendo a un impulso, abrí el cajón y saqué no mi original sino el artículo de Georgina: «Diez

normas que debería seguir el aprendiz de escritor».

Georgina, tengo que agradecerte mi trabajo. Fue la constatación de que en él había quebrantado todas y cada una de tus normas lo que me empujó a terminarlo.

Veamos:

1. Nunca sitúes escenas de diálogo en los cafés. Proporcionan poco material para los personajes. (Pero ¿dónde sino en los cafés pasamos todo nuestro tiempo en Lisboa?)

2. No dejes nunca cabos sueltos en la trama. (Pero ¿qué hay de la forma en que la guerra hace jirones las historias?)

3. No introduzcas nunca un personaje que no vayas a hacer reaparecer más tarde. (Nunca supe qué fue de los Fischbein.)

4. Ten en mente siempre la competición. (Después de un breve auge de popularidad a mediados de los años cuarenta, las novelas de Xavier Legrand cayeron en el olvido.)

5. Recuerda que los finales infelices suelen proporcionar mejores resultados de ventas que los felices. (Pero mi relato tenía un final feliz…)

6. Asegúrate de que el móvil de los actos de un personaje sea lo bastante claro para que el lector se lo pueda explicar a un amigo. (Aún no sé por qué se quitó la vida Julia.)

7. No fuerces demasiado la credulidad. (La mayoría de los miembros de la tripulación del *Manhattan* eran nacidos en Alemania, antisemitas y partidarios del Eje. El boletín informativo del barco lo podría haber escrito el propio Ribbentrop.)

8. Nunca permitas que el narrador en primera persona se salga de su radio de observación. (¿Dónde traza uno la línea entre observación y sueño?)

9. No te fíes de las coincidencias. (¿Quién lo iba a creer, Georgina? Era cierto que eras la tía Rosalie.)

10. Nunca permitas que los hechos interfieran en tu historia. (Cómo interfirieron los hechos… Ésa es la historia que trato de contar.).

27

Aun así, supongo que estoy obligado a contar lo que le aconteció a cada uno de nosotros.

Daisy murió tres semanas después de que el *Manhattan* llegara a puerto. Iris y Edward iniciaron su gira de conferencias, pero, mediada ésta —en Terre Haute, creo—, Iris abandonó a su marido. Al final se casó con un joyero francés de nacimiento y dio comienzo a una carrera literaria en solitario en la que se ha labrado cierto renombre.

Hasta el día de hoy, Edward vive —solo, que yo sepaen el Upper West Side de Manhattan. No tengo ni idea de qué hace o cómo se gana la vida.

El hijo de Julia —que yo sepa, de nuevo— sigue creyendo que es sobrino de su difunta madre. Es abogado y tiene un bufete en Wall Street. Está casado y tiene tres hijos.

La hija de Edward e Iris sigue viviendo en la comunidad filosófica fundada por su abuela. No es débil mental. Es autista. (Cuando era una niña pequeña, aún no se había identificado este síndrome.)

El año pasado, Georgina Kendall publicó su libro número cincuenta y siete.

Salazar sigue siendo primer ministro de Portugal.

Hace dos meses, en el escaparate de una tienda de Madison Avenue, vi el escritorio de cuero de nuestro apartamento de París. Su precio: cuatro mil dólares.

28

Para mí resulta un misterio por qué tantos europeos se presentaron en el muelle de Alcântara aquel día, sabiendo perfectamente que nunca se les permitiría embarcar. La esperanza nacida de la desesperación, supongo. En cualquier caso, a aquellos de nosotros que disponíamos de pasaje no nos quedó más remedio que abrirnos paso entre la multitud congregada en el muelle: hombres, mujeres y niños apiñados entre montones de equipajes que dos horas después tendrían que volver a la estación, o a las pensiones donde iban malviviendo con paciencia. Tres mozos de cuerda conducían a nuestro grupo. Cada uno llevaba cuatro maletas atadas a los extremos de una soga que le rodeaba el cuello. Había más maletas y baúles amontonados en carros de madera, que los mozos manejaban con sorprendente agilidad, habida cuenta de lo cargados que ya estaban y la gran resistencia que tenían que vencer. Sin aquellos mozos de cuerda, no sé si habríamos logrado embarcar.

—¿Dónde estará Lucy? —preguntó Georgina—. Espero que esa chica estúpida no haya olvidado a qué hora zarpa el *Manhattan*.

—Estoy seguro de que llegará a tiempo —dijo Edward.

Llevaba en brazos a Daisy. A través de sus ojos nublados, la perrita miraba por encima del hombro de su amo la ciudad que abandonaba para siempre; su expresión era impasible, como si ni el tufo de todos aquellos cuerpos apelotonados fuera capaz de estimular su curiosidad. ¡Siendo como era una perra que había dedicado toda su vida a la atención más vigilante! Porque en el curso de los últimos días la senectud que Daisy había logrado orillar hasta entonces parecía haberla asaltado al fin, y de forma tan fulminante que le habría resultado aterradora si el miedo no hubiera sido una de las muchas fuerzas que su estado actual había embotado. Cuál era su nivel de entendimiento —cuánto había comprendido a lo largo de su vida— era un misterio. Pero yo creo que entendía más de lo que Edward el Iris creían que entendía.

Al acercarnos al barco, la multitud se hizo más densa. Creí vislumbrar la cara de Mesalina. Pero desapareció. Seguimos empujando, hasta que al fin alcanzamos la línea de cuerda que la

policía había establecido como barrera. A unos treinta metros de distancia, se alzaba el casco del *Manhattan*, negro y reluciente como la piel de una ballena.

«La última vez que embarqué en el *Manhattan* fue hace dos años», dijo Georgina, como si le hablara a un magnetófono. «No es un mal barco. Aunque, si me preguntan mi opinión, en la temática colonial norteamericana se carga un poco las tintas. ¡Esos murales del comedor! Espantosos.» Le tendió el pasaporte al funcionario, que le hizo una seña para que pasara. Luego nos fue haciendo pasar a todos, excepto a Iris, ya que su pasaporte era británico y el funcionario quería una prueba de que ella y Edward estaban casados, lo que dio paso a una discusión que finalmente ganó Edward al preguntar a dicho funcionario si acostumbraba a llevar encima su certificado de matrimonio. «El escrutinio al que se ha sometido a nuestra amiga inglesa ha eliminado todas las dudas que pudiera yo albergar sobre la seriedad de la política de mi gobierno», dijo Georgina a su magnetófono interno, lo que me llevó a reflexionar que una de las cosas más cómodas de estar en su compañía era que en realidad le importaba un bledo si la escuchabas o no. Desde el suicidio de Julia, se había pegado a nosotros con una avidez que era tanto más intrigante cuanto que parecía rebosante de candor. Cada mañana, a la hora del desayuno, me la encontraba en mi mesa. Cada noche, a la hora de la cena, nos la encontrábamos en el restaurante. Nunca la invitamos. Aparecía, sencillamente. Y tampoco es que nos importara demasiado su presencia locuaz, ya que nos liberaba de la obligación de hablarnos unos a otros… Por propia iniciativa, y en su calidad de tía de Julia, Georgina se había hecho cargo de los trámites burocráticos del suicidio, y se las había arreglado con suma eficiencia con la policía y el consulado y los demás departamentos gubernamentales que debieron verificar, certificar, validar, dar fe notarial y, en general, «oficializar» la muerte de mi pobre esposa. Gracias a ella, este proceso, que podría haber durado meses, se solventó en cuarenta y ocho horas escasas.

Una extraña apatía marcó nuestros últimos días en Lisboa, como si, después de semanas de nadar contracorriente, de pronto hubiéramos caído en una de esas balsas de agua salada caliente que salpican la costa portuguesa, y que ciertos enfermos buscan con fines terapéuticos. ¿Qué era aquella ciudad para nosotros, después de todo? Un embarcadero, una senda aérea de espera, una estación intermedia. Lo único que habíamos hecho en ella era esperar. Y ahora la espera llegaba a su fin, y yo no quería que fuera así. Cada mañana despertaba deseoso de que hiciera mal tiempo, de que se desencadenara una tormenta…, cualquier cosa que retrasara la partida del *Manhattan*. Porque, con la muerte de Julia, los días se habían vaciado de tensión,

y habían dejado atrás un malestar que se percibía casi como grato. Y ya no sentía ningún deseo de meter la mano por debajo de la mesa para tocar la pierna de Edward, si bien, curiosamente, él estaba siempre alargando una de las suyas por debajo de la mesa para tocarme la mía, y amasándome la rodilla con una persistencia torpe e implacable que sólo generaba en mí cansancio y entumecimiento. Ni Iris lo fulminaba con la mirada cuando sus manos desaparecían bajo la mesa. Lo que hacía era seguir sentada, con las mandíbulas relajadas y la barbilla apoyada sobre la mano, escuchando lo que Georgina no paraba de decir sobre lo habido y por haber, porque ya no había ningún tema prohibido: ni la vida de primera juventud de Julia, ni el hijo que había tenido antes de conocerme, ni el misterio mismo de su suicidio, que a ojos de Georgina no era en absoluto ningún misterio. «Mi sobrina no podía soportar el pensamiento de que usted descubriera que le había mentido sobre ese niño», dijo con la voz fría y objetiva del detective que cierra un caso. «Por eso se negaba rotundamente a volver a Nueva York: porque en Nueva York usted podría toparse con alguien que se fuera de la lengua.» A la sazón yo carecía de base alguna para desechar esta hipótesis. Desde entonces he pensado mucho en ello, y he llegado a la conclusión de que tal hipótesis hace agua. Porque Julia me conocía mejor que nadie en el mundo, y por lo tanto tenía que haber sabido que, al enterarme de que tenía un hijo, no la habría amenazado con el divorcio o con matarla. Antes bien la habría estrechado entre mis brazos, le habría secado las lágrimas y quizá la habría animado a que buscase al chico para tratar de entablar algún tipo de relación con él, lo cual, para ella, habría sido mucho más terrible que cualquier amenaza. Porque mientras hubiera un océano entre ella y su hijo, su culpa sería más o menos tolerable. Pero si tenía que verse en situación de oír cosas, o ver fotografías —o, Dios la librara, llegar a conocerlo en persona—, tal vez aflorara en ella algún impulso maternal, en cuyo caso sus remordimientos la desollarían viva.

En aquellos últimos días no recuerdo haber sentido algo parecido a la desolación por la muerte de Julia. En realidad no recuerdo que sintiera nada en especial, sólo me hacía reproches. Porque ella me había dicho una y otra vez que prefería morir antes que volver a Nueva York, y yo nunca había tomado en serio sus palabras. Pero ¿eran esas palabras suficiente explicación? No creo que sea posible explicar ningún suicidio. ¿Se había quitado la vida Julia para herirme a mí o a su familia? ¿Para ahorrarse humillaciones? ¿Para acabar con un dolor insoportable? ¿O había elegido —tomándolo del título de la novela de Xavier Legrand— «la salida honrosa», haciendo mutis por mi bien, o por el de su hijo? Sigo sin saberlo. Ni, en aquellos últimos días en Lisboa, estaba yo en condiciones de reflexionar. Tenía muchas

cosas que hacer. Entre otras, aún tenía que pagar la cuenta del hotel. Para reunir esa suma vendí algunas joyas de Julia. No vendí el coche. Se me ocurrió la idea de regalárselo a la doctora Gray y a su marido. Pero la única vez que me encontré con ella, en el vestíbulo del Francfort, tiró de mí hacia donde no podían oírnos y me interrogó sobre mi estado con tal preocupación e intensidad que ni siquiera tuve ocasión de sacar a colación lo del coche.

—Tiene que cuidarse —dijo, cogiéndome una mano entre las suyas —. ¿Se acuerda de comer? Intente no beber, si es capaz. El alivio sería momentáneo, y luego se sentiría mucho peor. Y lo mismo con el Seconal. Tírelo por el inodoro.

—Es curioso. Me había olvidado completamente del Seconal.

—Perdone que le pregunte, pero ¿dejó una nota? ¿Su mujer?

Negué con la cabeza.

—No dijo ni una palabra. Si tuviera que decir algo, diría que el último día estuvo más tranquila que nunca.

—Entonces no hay nada que usted podría haber hecho. Ya había tomado la decisión. —Me apretó la mano—. Bien, si necesita algo ya sabe dónde encontrarme. Habitación 111. A cualquier hora del día o de la noche.

29

En cuanto cruzamos la barrera de cuerda la temperatura bajó más de diez grados. El hormigón ya no era tan duro bajo mis pies. Me hizo recordar lo que contó Edward sobre el paso de España a Portugal; cómo la lluvia cesó en el instante mismo en que Iris y él pisaron el otro lado de la frontera. Y del mismo modo en que, en aquel instante, España y sus privaciones parecieron esfumarse, el gentío a nuestra espalda, su miedo y su frustración parecieron retroceder a una lejanía increíblemente distante. Nuestro pequeño grupo empezó a subir la pasarela en silencio, y arriba nos esperaba el sobrecargo con una tablilla de pinzas. Su acento alemán era inconfundible.

—La perrera está en la cubierta B —le dijo a Edward mientras comprobaba nuestros nombres en la lista de pasajeros.

—¿Qué? —dijo Edward—. Oh, ¿se refiere a Daisy? No se preocupe, preferimos que venga con nosotros en el camarote.

—Lo siento, señor, pero las normas del barco estipulan que todos los perros se alojen en la perrera.

—Pero tiene quince años… —dijo Iris—. No ha estado en su vida en una perrera. Seguro que podrá hacer una excepción.

—No hay excepciones, Madame.

—¡Pero eso es atroz! ¡No lo aceptaré! —Como para corroborar lo que decía, Iris arrebató a Daisy de los brazos de Edward y la estrechó contra su pecho—. No puedo creer que en un barco norteamericano, un ciudadano norteamericano no pueda tener a su perro en su camarote. Quiero hablar con el capitán. Y quiero que me diga su nombre, señor.

—Puede hablar con el capitán si lo desea. Pero él le dirá lo mismo.

—No voy a permitir que un alemán me diga lo que tengo que hacer…

—Yo soy ciudadano norteamericano, Madame. A diferencia de usted.

Georgina nos llevó aparte.

—Acabo de hablar con aquella dama de allí, que entiende alemán, y me ha dicho que toda la tripulación es alemana. Bueno, alemana de nacimiento. Dice que ha oído por casualidad cómo uno de los

camareros le decía a otro que en cuestión de un año veremos al Führer marchar por la Quinta Avenida en un desfile triunfal. ¿No es increíble?

—Me tiene sin cuidado lo que diga nadie —dijo Iris—. No he abandonado a Daisy hasta ahora y no voy a abandonarla ahora. Si es necesario, dormiré en la perrera.

—Por favor —dije, y le toqué en el hombro; ella, al sentirlo, se apartó dando un respingo—. Espera un momento. Déjame ver si puedo hacer algo.

Me alejé por la cubierta, y encontré a un camarero que no tenía acento alemán y le pregunté dónde estaba la perrera. «Se cazan más moscas con miel que con vinagre.» Este consejo de mi abuela —quién lo iba a decir— me había sido de suma utilidad a lo largo de mi carrera profesional. Y ciertamente lo fue en aquella ocasión. Porque resultó que el encargado de la perrera era un paisano mío de cierta edad, muy afable, con cara de manjar blanco, de quien en cinco minutos conseguí la excepción a la norma que los Freleng no habrían logrado en un millón de años por ellos mismos. Y sencillamente porque ellos eran de ese tipo de personas que creen que la forma de obtener resultados es acudir siempre a los superiores de la gente. Y mi pregunta es: ¿por encima de cuántas cabezas has de pasar para llegar a la cabeza sobre la que ya no hay ninguna cabeza más? Cualquier vendedor respondería que con la amenaza de acudir al superior de alguien lo único que consigues es subirte el precio de ti mismo. Lo que se pierde en dignidad se gana en comisiones.

Diez minutos después, estaba hecho.

—Todo arreglado —le dije a Edward—. Podéis tenerla en el camarote.

Edward sonrió.

—¿Y cómo lo has conseguido?

—No importa —dije.

Porque no estaba de humor para regodearme. Ni me importaba demasiado que mi éxito hubiera puesto aquel fulgor de admiración en los ojos de Edward; ni aquella mirada de puro odio en los ojos de Iris, como si, en lugar de haberle hecho un favor, le acabara de dar otra puñalada en la espalda. Después de todo, yo era la última persona en el mundo a quien quisiera estarle agradecida. Lo cierto, en cualquier caso, era que no lo había hecho por ella, y mucho menos por Edward. Lo había hecho por Daisy.

Iris se apartó de mí.

—Me voy al camarote —le dijo a Edward.

—Yo iré dentro de unos minutos —respondió éste.

Sin siquiera una inclinación de cabeza, se alejó. Georgina había ido

hasta la barandilla para ver si veía a Lucy. Por primera vez desde la cita en el castillo, Edward y yo estábamos solos.

Vino hasta mí, y se quedó muy cerca.

—Te dije que eras valiente.

—¿Valiente? Lo único que he hecho ha sido sobornar a un viejo.

—No me refiero a eso. Me refiero a cómo te has comportado estos últimos días.

—No creo que tuviera muchas alternativas. Aparte de matarme yo también.

—Pero tú nunca lo harías. Lo dijiste.

—Sí, lo dije.

—¿Sabes? En cierto modo me siento culpable de la muerte de Julia.

—¿Por qué? Según se ha visto, no tuvo nada que ver contigo.

—Me doy cuenta. Pero qué quieres, ella y yo éramos tan parecidos… Me pregunto si no debería haber visto lo desesperada que era su situación. Tal vez habría podido detenerla.

—Pero Iris te detuvo a ti cuando querías matarte, y lo único que hizo fue ganarse tu resentimiento… En fin, no hubieras conseguido nada. A Julia no le gustabas. Decía que eras un sabihondo.

—¿Ves? Ella me entendía.

—Y se moría por hacerlo, si me permites el juego de palabras. ¿Sabes lo que nos dijo el encargado del Elevador? Que se tiró de cabeza. Ya ves, un consejo de Iris que Julia se tomó al pie de la letra.

Se oyó una sirena.

—¿Cuántos minutos faltan para que zarpemos? —preguntó Edward.

—No tengo ni idea —dije—. No entiendo las señales de las sirenas de niebla.

Se acercó más a mí.

—Pete… Espero que…, bueno, que no haya acabado todo entre nosotros. Que podamos ser amigos. —Ahora estaba tan cerca que podía sentir su aliento en mi mejilla—. Amigos… es una palabra ambigua, lo sé…

Y yo pensé: Durante toda esta semana voy a tener un camarote para mí solo. Al final vamos a tener la oportunidad de hacer lo que hemos querido hacer desde el principio: pasar una noche entera juntos… Y no tener que levantarnos por la mañana. Sólo que ahora no estaba seguro de que quisiera pasar una noche entera con Edward, y mucho menos dormir hasta tarde con él. Porque lo cierto era que estaba cansado de levantarme tarde. Estaba preparado para empezar a levantarme temprano.

Me aparté un paso, y miré el reloj.

—Será mejor que me vaya —dije.

—Por supuesto… Nos vemos en la cena, espero.

—No lo sé. Estoy cansado. Puede que cene en el camarote.

—Oh, no hagas eso. No la primera noche de la travesía.

—Ya veré.

—Pete… Espero que… No, no te preocupes. —Pero incluso en el momento mismo que estaba diciendo «no te preocupes», yo sabía que lo que esperaba era que yo le preguntase qué esperaba. Pero no lo hice. Una vez me había dicho que no temía el futuro, sólo el pasado. Mientras que lo que yo temía, hoy lo veo, era el presente, y su prolongamiento incesante: hora a hora, semana a semana, año a año. Un embarcadero, una senda aérea de espera, una estación intermedia.

Nos dimos la mano, y se fue. Me quedé mirando cómo su espalda ancha desaparecía de mi vista. No volví a verle nunca más.

30

Lo que cuento a continuación es, supongo, lo que Georgina me diría que contara: cómo, sin pensarlo dos veces, le pedí a un camarero que reuniera mi equipaje; cómo, sin volver la vista atrás, bajé por la pasarela del *Manhattan*; cómo volví al Hotel Francfort y llamé a la puerta de la habitación 111 y le ofrecí a la doctora Gray no sólo el coche sino mis servicios como chófer… Y luego cómo, durante los dos años siguientes, con los Gray como compañeros y Marsella como base, pasé refugiados a través de los Pirineos, en mitad de la noche, en mi fiel Buick…, hasta que los alemanes ocuparon la zona no ocupada y tuvimos que huir a Lisboa, una vez más. Pero no voy a contar esa historia porque se ha contado ya muchas veces, y porque de todas formas no hice nada que no podría haber hecho cualquier otra persona. Además, aborrezco los libros en los que el interés estriba en la fama de la gente con la que se topa el narrador, o a quienes sirve, o a quienes salva. Dejemos esas porquerías para Georgina. Ya no tengo paciencia para esas cosas.

Sobre lo que yo quiero escribir es sobre lo siguiente: cómo vi la habitación de los Gray aquella tarde, iluminada por la luz que se filtraba a través de las cortinas y suavizaba la dura geometría del piso. Encima del tocador, bien ordenadas, botellas de ginebra y vermut en lugar de botes de ungüentos y cremas. Donde habrían estado desplegadas unas cartas de solitarios había pulcros montoncitos de periódicos. Cornelia —insistió en que la llamara Corneliahacía calladamente un crucigrama. «¿Por qué no se quita los zapatos y se echa en la cama un rato?», dijo. Y yo dije que por qué no, que me parecía una buena idea. Y me acosté en aquella cama que ella compartía con su marido, y me quedé dormido mucho más profundamente que en semanas, y me desperté hacia las seis de la tarde, cuando el *Manhattan* se habría ya hecho a la mar. Entonces alcé la mirada hacia Cornelia, y vi que seguía sentada en la silla del tocador, en silencio, haciendo el crucigrama, y por un instante fue como si el futuro proyectara su sombra sobre el presente, o un tren hubiera llegado a su destino sin haber salido siquiera de la estación de partida. Y en ese instante, lo juro, vi todo lo que iba a suceder a continuación: que en mi futuro habría más infidelidad, y otro

matrimonio roto, aunque no el mío. Y lamenté que Julia, con la intuición del traicionado, hubiera visto antes que yo lo que iba a suceder. Y deseé que sus últimas semanas sobre la tierra hubieran sido más felices.

—¿Cómo se siente? —dijo Cornelia.

—Mejor, gracias. —Me incorporé, puse los pies en el suelo—. Oh, he olvidado contarle… Cuando he cogido el taxi para venir ha sucedido algo extraño. He dicho: «Al Hotel Francfort», y el taxista me ha llevado al Francfort Hotel.

—¿Qué? Creía que éste era el Francfort Hotel.

—¿Quiere decir que no lo sabe?

—¿Saber qué?

Mi esposa ha sido siempre una mujer a quien le disgusta no saber las cosas. Así que le conté lo que Edward me había contado la mañana en que lo conocí: la historia de por qué los dos hoteles tenían el mismo nombre. Pero se la conté como si me hubiera enterado de primera mano, como si Edward no hubiera tenido nada que ver en el asunto, cuando en realidad yo no se lo había oído a nadie más que a él. Y ni siquiera puse en su boca el comentario ingenioso que, al contármelo, atribuyó a los propios refugiados: «Imagínese, huimos de los alemanes y acabamos en un hotel llamado Francfort.».

AGRADECIMIENTOS Y FUENTES

Al recopilar información para *Los dos hoteles Francfort*, me inspiré en muchas fuentes y me beneficié de la ayuda de muchos amigos, eruditos y expertos. En especial, tengo una deuda de gratitud con Mitchell Owens, Irene Flunser Pimentel y la ya fallecida Sally Broido por su generosidad de sabiduría y conocimiento. También debo agradecer a Jill Ciment y a Mark Mitchell por sus sagaces lecturas del original.

Entre las obras especializadas que he leído —y de las que he aprendido mucho— están *Fleeing Hitler: France 1940*, de Hanna Diamond (Oxford University Press, 2007); *Roots and Visions: The First Fifty Years of the Unitarian Universalist Service Committee*, de Ghanda diFiglia (UUSC, 1990); *Lisbon: War in the Shadows of the City of Light, 1939-1945*, de Neill Lochery (Public Affairs, 2011) [trad. esp.: *Lisboa, 1939-1945: la guerra secreta de la Ciudad de la Luz durante la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Aguilar, 2013]; *Émigré New York: French Intellectuals in Wartime Manhattan, 1940-1944*, de Jeffrey Mehlman (Johns Hopkins University Press, 2000); *Consensus and Debate in Salazar's Portugal*, de Ellen W. Sapega (Penn State University Press, 2008); *The Shameful Peace: How French Artists and Intellectuals Survived the Nazi Occupation*, de Frederic Spotts (Yale University Press, 2008); *Rescue and Flight: American Relief Workers Who Defied the Nazis*, de Susan Elisabeth Subak (University of Nebraska Press, 2010); *The Lisbon Route: Entry and Escape in Nazi Europe*, de Ronald Weber (Ivan R. Dee, 2011) [trad. esp.: *La ruta de Lisboa: una ciudad franca en la Europa nazi*, Barcelona, Tusquets, 2014]; y, la más importante de todas, *Judeus em Portugal durante a II Guerra Mundial*, de Irene Flunser (A Esfera dos Livros, 2006).

En muchos casos, los libros mencionados más arriba me llevaron a las fuentes principales —memorias, diarios, artículos, cartas y novelas —, de las que he espigado mucho de lo que sé de la Lisboa del verano

de 1940. Entre estos textos se incluyen «The Nazi Offensive in Lisbon», de Jack Alexander (*The Saturday Evening Post*, 6 de marzo de 1943); *For the Heathen Are Wrong*, de Eugene Bagger (Little, Brown, 1941) (como Edward e Iris Freleng, Bagger y su mujer viajaron a Nueva York vía Lisboa en compañía de un viejo fox terrier de pelo duro; su libro me sirvió también de fuente para la historia de la mujer atrapada en el Puente Internacional); *Vivre sans la patrie: 19401945*, de Suzanne Blum (Plon, 1975) (aunque Blum estuvo en Lisboa al mismo tiempo que la Duquesa de Windsor, con quien se vería indisoluble y escandalosamente unida más adelante, no se conocieron allí); *Flight into Portugal*, de Ronald Bodley (Jarrolds, 1941); «Memoirs of a 1940 Family Flight from Antwerp, Belgium», de Sylvain Bromberger (*Portuguese Studies Review*, vol. 4, n.º 1, 1995); *Dieu ne dort pas*, de Suzanne Chantal (Plon, 1946) [trad. esp.: *Dios no duerme*, Barcelona, José Janés, 1956]; *Destiny's Journey: Flight from the Nazis*, de Alfred Döblin (Paragon House, 1992); *If I Laugh*, de Rupert Downing (Harrap, 1943); *La fin d'un monde: Juin 1940*, de Julien Green (Éditions tu Seuil, 1992) (Green atribuye la frase con la que concluye esta novela a Jean-Michel Frank); *Out of This Century*, de Peggy Guggenheim (Dial Press, 1946); *World War II Writings*, de A. J. Liebling (Library of America, 2008); «Lisbon — Gateway to Warring Europe», de Harvey Klemmer (*National Geographic*, agosto de 1941); *Le cactus et l'ombrelle*, de Lucie Matuzewitz (Guy Authier, 1977); *No Passport for Paris*, de Alice-Leone Moats (Putnam, 1945); *Under the Iron Heel*, de Lars Moen (Lippincott, 1941); *European Junction*, de Hugh Muir (Harrap, 1942); *Occupied Territory*, de Polly Peabody (Cresset, 1941); *Journal d'une époque: 1926-1946*, de Denis de Rougemont (Gallimard, 1968) (Rougemont es la fuente de la broma sobre los Cuatro Ases que transportaban exeuropeos al exilio); *The Hunt*, de Maurice Sachs (Stein and Day, 1965); *Wartime Writings: 1939-1944*, de Antoine de Saint-Exupéry (Harcourt, 1986); *Shocking Life*, de Elsa Schiaparelli (Dent, 1954); *A Drive to Survival: Belgium, France, Spain, Portugal 1940*, de Joseph Shadur (Kenneth Schoan, 1999); *Assignment to Catastrophe*, de Sir Edward Spears (A. A. Wyn, 1954 y 1955); «Lisbon Fiddles…» (*Vogue*, octubre de 1940) y «What Comes After War», una serie de despachos de prensa de agosto y septiembre de 1940 para *Los Angeles Times*, de Tom Treanor; *The Last Days of Paris*, de Alexander Werth (Hamish Hamilton, 1940).

Expreso asimismo mi gratitud a la University of Florida por concederme un permiso sabático y ayudarme en los trabajos de investigación durante la escritura de esta novela; a Michael Fishwick y Anton Mueller, de Bloomsbury; a Jin Auh, Tracy Bohan, Jacqueline Ko y Andrew Wylie, de la Agencia Wylie; a Jamie Fisher por brindarme la frase del insecto acuático que se posa sobre un lago; a Will Palmer por

su magnífica labor de corrección; y al personal de la Biblioteca Central de Marinha (Lisboa), de la Bibliothèque National de France, de la Condé Nast Library, de la Hemeroteca Municipal de Lisboa, de la New York Historical Society, de la New York Public Library, del Rockefeller Archive Center y de la University of Florida, en especial al extraordinario John Van Hook.

A diferencia de Pete Winters, yo he seguido ocasionalmente en estas páginas el consejo de Georgina Kendall y he orillado los hechos que interfieren en la historia. Por ejemplo, no es cierto que en 1940 hubiera pavos reales deambulando por los terrenos del Castelo de São Jorge de Lisboa. De ésta y de cualesquiera otras infidelidades para con la historia, el color local y el sentido común, asumo toda responsabilidad y toda culpa.

NOTAS

[1] En inglés, *nearsighted*, «con vista de cerca». (*N. del T.*)

[2] Aquí se plantea una dificultad insalvable, ya que en español los nombres propios no tienen plural y no cabe decir «los dos Hotel Francforts». Se ha optado, en consecuencia, por referirnos a ellos como «los dos hoteles Francfort». (*N. del T.*)

[3] *Upheave*: «levantar, elevar, trastornar». En castellano «conmocionar» es un vocablo común; no así *upheave* en inglés. De ahí que Pete pregunte si existe. (*N. del T.*)

[4] En portugués en el original. (*N. del T.*)

[5] Juego de palabras entre *to drive me to* («empujar, llevar a alguien a») y *to drive* («conducir» un vehículo). (*N. del T.*)